



Manuel Peña Muñoz

Ayer soñé con Valparaíso

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Manuel Peña Muñoz

Ayer soñé con Valparaíso

- I -

Recuerdos del viejo puerto

MEMORIAL DEL SIGLO PASADO

¡Bahía mayor de Valparaíso! Anda en novelas y poemas ingleses y noruegos.
Quien navegó la conoce y la cuenta siempre al contar sus mares.

Gabriela Mistral. 1931.

Poética, absurda y llena de melancolía, la ciudad de Valparaíso ha ejercido siempre una profunda fascinación en escritores y viajeros, especialmente en el siglo pasado, cuando las calles y terrazas del cerro Alegre, fragantes a glicinas, se poblaban de palacios de estilo europeo donde se desarrollaban veladas musicales con sopranos y se recibían visitas venidas del otro lado del océano. Abajo, en el plan, tocaban las bandas extranjeras en los quioscos de música, mientras paseaban por el Jardín Abadie damas elegantes bajo sombrillas de seda.

Ilustres extranjeros como Charles Darwin y posteriormente Pierre Loti dieron cuenta de sus impresiones en esta ciudad, dejando testimonios en páginas vívidas o en apuntes de viaje, como los realizados por Claudio Gay. En todos ellos, hay descripción de costumbres y la profunda sorpresa que se llevan ante una ciudad donde abundan los teatros, los carnavales y la intensa vida cultural.

De incendios y melancolías

Era ciertamente una época atrayente. Los caballeros ingleses acudían al Café de los Artistas de la calle Victoria y salían rápido cuando llamaban las sirenas de bomberos.

Porque Valparaíso ha sido siempre un puerto de incendios. Es una de las pocas ciudades del mundo que tiene tradición bomberil con sus desfiles de carros de color rojo brillante, esmaltados, y sus serios y solemnes «caballeros del fuego» que pertenecen a diferentes colonias extranjeras y que desfilan ceremoniosamente con sus carrozas cuando ha muerto un bombero.

Caótica y fantasmal, fue «la ciudad de los siniestros» y sigue siéndolo hasta el día de hoy. Su nombre nativo es precisamente Aliamapu, porque antiguamente, cuando vivían allí los indios changos, los que pescaban en balsas de cuero de lobo marino, la bahía se caracterizaba por los frecuentes incendios de [24] bosques que arrojaban sobre las casas una lenta lluvia de cenizas.

Todo ese toque crepuscular y de paraíso perdido, la hizo atractiva por su misterio y su inefable magia triste. No en vano se quedó a vivir en ella María Graham en 1822, cuando por circunstancias azarosas decidió bajar de aquel barco en el que había quedado viuda, para rehacer su vida en esa ciudad de extraña luz blanquecina en cuyas calles se hablaba también el idioma inglés.

Algo había en la atmósfera que la hacía atrayente. Tal vez era que no se parecía a ninguna ciudad del mundo, con esa mezcla de elegancia europea en medio de calles llenas de barro por donde circulaban carretas y vendedores de congrio y mote mei.

Los ojos de María Graham

Con aguda ironía británica, María Graham observó las costumbres, las procesiones y los bailes. Todo lo registró en su diario: los baratillos, los cafés, las fondas y aquellos muchachos mestizos que llevaban la alfombra a misa para que se hincaran las señoras. Era la época de los penosos viajes en carreta, de las primeras posadas, de las fábricas de salar carnes y de su amistad con lord Cochrane.

Sin duda, María Graham es una mujer curiosa que se siente atraída por la vida en el puerto, aunque considera que todo tiene «una sensible proporción de ordinariéz». Interessada en las letras, la escritora armó en una carpa en Quintero una prensa litográfica que fue el antecedente casero de las primeras publicaciones periódicas en Chile.

Valparaíso y los primeros diarios

Pocos años después, en 1823, el padre de Benjamín Vicuña Mackenna, que cumplía en el puerto funciones comerciales, desencajonó una rústica imprenta olvidada y dio origen a

incipientes boletines de vida mercantil y política. Más tarde, don Pedro Félix Vicuña se asoció a Thomas Wells, un tipógrafo norteamericano que había sido compatriota de Benjamín Franklin y que traía en su equipaje una pequeña máquina de impresión. [25] Juntos alquilaron una habitación redonda en la subida de la Matriz e imprimieron «El Verdadero Liberal» y «El Observador de Valparaíso», los primeros diarios del país.

Perfeccionando técnicas y aumentando el número de páginas, crearon allí, en ese lugar empinado, el diario «El Mercurio», cuyo primer ejemplar apareció el 12 de septiembre de 1827, en aquella ciudad de casas de adobe con tejas rosadas y aguateros que transportaban el agua a lomos de mula. El diario era muy simple y en él aparecían los primeros avisos, en uno de los cuales leemos que «un caballero alemán tiene el honor de anunciar a este respetable público que se halla en actitud de enseñar a tocar piano».

Iniciados estos primeros escarceos periodísticos, Valparaíso se convirtió en un verdadero centro de publicaciones diarias. Así nacieron «El Crisol», «El Cosmopolita», «El Azote de la Mentira» y «La Gaceta del Comercio» fundada por Nicolás Pradel, entre muchos otros que tuvieron corta vida, a excepción de «El Mercurio» que aparecía con toda regularidad y que mantuvo periodicidad constante.

Valparaíso tenía en esa época sed intelectual e informativa. El porteño quería saber sobre todo lo que ocurría en otros países, por eso que «El Mercurio» ofreció amplia cobertura a los problemas políticos europeos, incluyendo también novelas folletinescas por entrega que venían de París, algunas de ellas firmadas por escritores notables, como Alejandro Dumas o Emil Zola que eran los autores más leídos.

La primera librería de Santos Tornero

Aquí en el puerto nació también la primera librería que hubo en Chile y que perteneció a Santos Tornero. Esta gran tienda ofrecía también distribución de libros a Bolivia, Perú y Argentina, además de abastecer la necesidad lectora de los porteños, ansiosos de leer a los autores de moda en España y Francia. Posteriormente de esta librería matriz salieron sucursales a Santiago, Concepción, Copiapó y San Felipe, entre otras ciudades chilenas interesadas en los buenos libros.

Los porteños leían las crónicas madrileñas de Mesonero Romano, editadas en Valparaíso por don Manuel Rivadeneira, un célebre impresor español radicado en el puerto, que conocía el delicado arte de la edición. Estas publicaciones iniciales en [26] Valparaíso eran incluso mucho más cuidadas que las que se realizaban en España, como cuando editó los artículos periodísticos de Mariano José de Larra, que aparecieron en 1842 en las librerías del puerto en una edición superior a la de Madrid.

Cuando este editor regresó a su país donde se destacó como editor de obras clásicas españolas en empastes de lujo, Santos Tornero, que era dueño de la imprenta y del diario

«El Mercurio», editó muchos libros que eran conocidos en Europa y también algunos que fueron muy célebres en todo el continente, como «La América Poética» editada al cuidado del escritor argentino Juan María Gutiérrez, todo lo cual prueba la atmósfera intelectual de Valparaíso en tiempos de Barros Arana y de don José Victorino Lastarria, el destacado político, intelectual, educador y propulsor de las actividades culturales que vivía también en esos años en el puerto.

Lugar de convergencia internacional

En una época de notable actividad cultural y comercial, llegan personas de todo el mundo a buscar fortuna y horizontes. Valparaíso es la gran metrópolis de América del Sur, el puerto obligado de los vapores que venían de Europa y la ciudad que atraía como un faro a los aventureros y artistas.

Por los cerros está Mauricio Rugendas que viene de Alemania y que se enamora de las estampas coloridas de los cerros. Allí está pintando a la familia Canciani, italianos de Valparaíso, viajando en carretas o a caballo por las cuestas porteñas, ellas, vestidas de crinolinas, y ellos, con bonetes maulinos.

También Thomas Sommerscales pinta marinas y escenas costumbristas en las quebradas. Y Alfredo Hellsby que sabe captar los matices de la luz en los miradores y pasajes del cerro de la Concepción con sus pequeños patios donde florecen el ciruelo y el jazmín de España.

Y no sólo ellos. También pintores nuestros como Valenzuela Puelma y Juan Francisco González saben captar con sus óleos y pinceles, la atmósfera lechosa de los cerros antes de la tempestad o cuando sopla el viento que viene del norte y que deja ver, allá lejos, coronada de nieve, la Silla del Gobernador.

En un periodo luminoso y fascinante habían llegado al puerto, además, autores importantes del extranjero que veían en [27] Valparaíso un centro relevante en el ámbito de la cultura nacional, entre ellos, el poeta peruano Felipe Pardo y Aliaga que fue secretario del General Bulnes, el colombiano don Juan García del Río, el argentino Bartolomé Mitre que fundó el diario «El Comercio de Valparaíso» en 1847 (y que fundó el diario «La Nación» de Buenos Aires, uno de los más importantes de América del Sur), y el venezolano don Andrés Bello que escribió páginas notables en «El Mercurio» durante el siglo XIX.

También vinieron europeos, como el escritor y educador francés Eugenio Choteau que en 1870 fundó en el puerto el periódico francés «Le Courier du Chili» y en 1883 «La Colonie Française», siendo también colaborador de «El Mercurio».

Zarzuelas, sainetes y juguetes cómicos

En este tiempo empieza un interés por las lecturas de los niños y se funda la «Enciclopedia de la Infancia», un periódico semanal dedicado a la niñez y la juventud de Latinoamérica, con pequeñas piezas teatrales para representar en los colegios. Porque desde pequeños se educa a los niños en la escuela de la sensibilidad y del arte.

Es la época de la ópera, cuando la compañía lírica italiana Grani, la misma que iba a inaugurar más tarde el Teatro Municipal de Iquique, representa en el puerto «Rigoletto» en el Odeón, al mismo tiempo que en el Teatro de la Victoria, actúa una compañía de zarzuelas con «Chorizos y Polacos», seguida de un sainete de costumbres madrileñas con escenografías pintadas.

Tan afrancesada es la ciudad que todo Valparaíso acude al teatro de la Victoria a aplaudir a Sarah Bernhardt que actuó en Valparaíso en las obras «Frou Frou» y «La Dama de las Camelias» en una completa efervescencia por el teatro en francés.

Los porteños gustan del arte y la moda cosmopolita. Acuden a los salones de té con orquesta, cantan romanzas, recitan versos de Espronceda, tocan al piano el «Vals a Valparaíso» de Strauss, forman estudiantinas alegres con mandolinas, saludan en inglés a los vecinos de la iglesia anglicana en el cerro de la Concepción, visten a la usanza francesa con modistos venidos de París, leen la revista «L'Illustration», educan a sus hijos con institutrices suizas, cantan operetas vienesas y bailan en polaco. [28]

Los caballeros vestidos con sombreros de pita y las damas que visten con guantes de cabritilla, se entrecruzan en la Plaza del Orden, esa plaza que por estar cerca del mar, un viajero con alma romántica la comparó con la Plaza de San Marcos de Venecia.

Irremediablemente nostálgicos y enamorados de gaviotas y viento sur, los porteños leen los folletines de Alberto Delpit, compran sedas y percalas en La Rosa Blanca y acuden a los grandes emporios a comprar té de Ceylán y café de Costa Rica. Son grandes almacenes fragantes a comino y nuez moscada que expenden bacalao y galletas finas de Huntley y Palmer para la hora del té.

Los andares de Rubén Darío

Esta ciudad era un verdadero crisol cultural donde se amalgamaban las bellas artes, la literatura, el teatro y la música, en una mezcla curiosa y única. Así, elegante y a la vez maltrecha, la vio el escritor y educador argentino Domingo Faustino Sarmiento (1811 - 1888) cuando la visitó a mediados de siglo y tuvo la idea de que Valparaíso era «la Europa acabada de desembarcar y botada en desorden en la playa».

Profundamente interesado, escribe en su cuaderno de viaje el 2 de septiembre de 1841: «Es la miseria con los atavíos de la opulencia, el combate de las costumbres nuevas con las añejas, la invasión lenta, pero irresistible de la civilización y los hábitos europeos. Valparaíso es una belleza y una monstruosidad, un jardín sin verdura, una playa poblada, un desembarcadero y no un puerto, la puerta de Chile y el gran emporio de su comercio».

Los viajeros ingleses quedaban también sorprendidos al ver la compleja arquitectura y se afincaban en casas maravillosas en el cerro de la Concepción, con porches y ventanas de guillotina, tal como las describió Rubén Darío cuando llegó al viejo puerto y subió esas escaleras que no conducían a ninguna parte.

Joven y lleno de esperanzas por una vida mejor, el poeta se había embarcado rumbo al sur, después de que el escritor Juan José Cañas, que había sido Ministro de San Salvador en Chile, le dijo: «Vete a Valparaíso aunque sea a nado. Aunque te ahogues en el camino.»

Rubén Darío se entusiasmó con el ambiente afrancesado y exótico que se respiraba en la ciudad. Y fue en una prensa porteña [29] donde publicó su primer libro «Azul» en 1888. El poeta nicaragüense caminó por el cerro Reina Victoria y se extasió mirando aquellas casas de embrujo victoriano con amplios jardines. Y de allí, de esos parques sombríos con palmeras, salió a Santiago donde trabó una especial amistad con Pedro Balmaceda Toro, hijo del presidente José Manuel Balmaceda, con quien compartió el gusto por las chinerías, las japonerías, las pieles de tigre y los aromas de Oriente en habitaciones recargadas a incienso.

Con el tiempo, cuando escribe sus memorias, Rubén Darío no dejará de recordar Valparaíso, su atmósfera dramática, el aullido de los perros en las quebradas de los cerros y también el refinamiento de las tiendas que huelen a agua de tocador Corylopsis del Japón y a sándalo de Midy.

«Valparaíso fue para mí ciudad de alegría y de tristeza, de comedia y de drama, y hasta de aventuras extraordinarias» escribe en su autobiografía en la que recuerda el apoyo de Eduardo de la Barra, otra de las figuras notables del puerto que era poeta, rector del Liceo de Hombres y fundador de una sociedad de estudios científicos y literarios en la que tomaron parte destacados intelectuales del puerto.

Poesía y música en un puerto de luces y sombras

Era un tiempo de cambios en la cultura, cuando los ojos se dirigen a Europa y los porteños dejan de encumbrar volantines para leer a Campoamor, declamar versos de Zorrilla en las academias de recitación y comprar libros de autores franceses en «La Joya Literaria».

Los poetas se reúnen en el Ateneo de Valparaíso a leer sus composiciones líricas y a escuchar trozos selectos interpretados por la orquesta formada por damas de las colonias extranjeras. El canto, los solos y cuartetos formaban una parte muy importante en los programas e iban artísticamente enlazados con las producciones literarias y científicas de las mejores plumas porteñas.

Los primeros trabajos del Ateneo tuvieron fuerte impacto alrededor de 1899. Entre los conferenciantes se destacó don Santiago Severin, descendiente de daneses, una figura notable del puerto que tenía su palacio frente a la iglesia de los Padres Franceses. También tuvo este Ateneo vinculación con el teatro y fue [30] en esta sede que se honró al famoso actor dramático Antonio Vico.

Estas academias literarias fueron muy importantes en el desarrollo del pensamiento intelectual, siendo también destacada la actividad en torno a la filosofía y la música llevada a cabo en el prestigioso Colegio Alemán del cerro Alegre.

En general, la colonia alemana descolló en el siglo pasado con un Conservatorio de Música que dirigía el doctor Harthan y una sociedad de canto denominada Deutsche Singerbund.

Literatura y vida intelectual

Benjamín Vicuña Mackenna estuvo también ligado al puerto durante estos años. Primeramente por sus padres que residían allí y luego por su intensa vida cultural. Además vivió sus últimos años en la Hacienda Santa Rosa de Colmo a la orilla del río Aconcagua, vecina a Con Con.

Fue en Valparaíso, en este ambiente culto, donde Vicuña Mackenna publicó la mayoría de sus obras, entre ellas «Historia de Santiago», «Historia de Valparaíso», «Historia General del Reyno de Chile por el Padre Jesuita Diego Rosales» y otras que publicó como folletines por entrega en «El Mercurio», un diario que se prestigiaba por los escritos de autores notables, entre ellos, don José Joaquín Vallejos que firmaba como Jotabeche y que se le consideraba el Larra chileno.

También escribieron artículos y crónicas, autores como el dramaturgo Daniel Barros Grez que publicó en este diario como folletín «Las Maravillosas Aventuras de Cuatro Remos», novela de sabor local que se ha reeditado muchas veces.

Otro escritor notable en Valparaíso en el siglo pasado fue don Liborio Brieba a quien se le atribuían poderes diabólicos porque había impulsado la mecánica de esos infernales artefactos que eran los ascensores mecánicos de los cerros. Don Liborio Brieba fue autor de «Los Talaveras y el Capitán de San Bruno» y de una serie de episodios históricos. También fue fundador del diario «La Prensa» en tanto que don Roberto Hernández se dedicó a la

investigación histórica del puerto y al movimiento teatral porteño desde la época de la colonia hasta finales del siglo XIX.

Aquí, en las calles abigarradas del puerto, vivieron también los hermanos Alberto y Guillermo Blest Gana que editaron [31] sus famosos libros en una ciudad que tiene un clima propicio a la actividad intelectual y teatral.

No hay que olvidar que en Valparaíso existían las sociedades filarmónicas y que se efectuaban los Juegos Florales Cervantistas para honrar al autor de «El Quijote» con damas de honor y carros alegóricos alusivos a las principales escenas literarias como la de los molinos de viento que era la más socorrida.

Efectivamente, el autor de «Martín Rivas» y «El Loco Estero» estrenó en Valparaíso en el siglo pasado, una obra en tres actos, en prosa, titulada «El Jefe de la Familia», cuya acción dramática transcurría en Santiago.

También vivió en el puerto la escritora española Concha Espina en 1878. Hoy, en su recuerdo, hay una placa recordatoria en la casa que ocupó en la calle Yungay, frente a la sacristía de la catedral.

En Valparaíso asimismo ejerció investigación en el siglo pasado don Francisco Vidal Gormaz, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia de España y organizador de la Oficina Hidrográfica. Hoy, uno de los principales buques de investigación oceanográfica de la Armada lleva su nombre.

El terremoto, castigo divino y fin de una época

En este tiempo de fines de siglo, un hijo del ex propietario de «El Mercurio», don Recaredo Santos Tornero, fundó «El Comercio» en el que divulgó artículos escritos por don José Manuel Balmaceda, bajo cuya presidencia en Chile y en especial en Valparaíso, hubo una extraordinaria prosperidad económica que se reflejó en la vida artística y cultural.

Otro autor destacado en la vida de Valparaíso durante la última parte del siglo pasado fue Víctor Domingo Silva, autor de «El pago de una deuda», que descollaría años más tarde con su novela «Golondrina de Invierno» en una época en que escribían Daniel de la Vega y Eduardo Barrios, dos autores que marcaron definitivamente la literatura porteña de comienzos de este siglo.

También hay que nombrar en estos años a Carlos Pezoa Véliz con los famosos versos de «Tarde en el Hospital», escritos mientras convalecía en el cerro Alegre, en el Hospital Alemán de Valparaíso, víctima de un accidente sufrido durante el terremoto de 1906 que marca definitivamente el final de una época de esplendor. [32]

Tan violento fue este sismo que se consideró en su época un castigo divino al clima de opulencia y grandiosidad que vivía la ciudad cuando Chile entero vivía del auge del salitre.

El siglo pasado fue un tiempo de glorietas y reinas luisas, de mazurcas rusas y de Nocturnos de Chopin en un piano del pasaje Oxford en el cerro Alegre, cuando la clase alta acudía a las lecciones de baile y las damas de sociedad iban presurosas a las boticas del puerto a adquirir Jarabe de Follet y Agua de Melisa de los Carmelitas contra la apoplejía y el mareo...

Recordar ese tiempo hermoso es dar cuerda a una cajita de música en una casa del Paseo Gervasoni y saber que es necesario escribir un memorial nostálgico y detallado de ese fin de siglo para que nadie olvide nunca esa antigua manera de vivir... [33]

ASCENSORES DE SOL Y VIENTO

En muchos aspectos, Valparaíso es una ciudad absurda: escaleras que no conducen a ninguna parte, palacios de lata y cartón construidos sobre la nada, un Cristo de la Colonia que no ha querido nunca salir de la Iglesia de la Matriz.

En Navidad, pasean una llama del altiplano con un letrero colgante que dice: «El Viejo Pascuero se llama Chaín». La Droguería del Doctor Knopp todavía vende escamas de ballena, té de burro y humo de pez. En la antigua tienda de don Nicolás Ross (reino intacto del siglo pasado) aún es posible encontrar esponjas griegas de árboles marinos. Por la calle Victoria circulan gigantes en zancos y bajo la marquesina del Teatro Rívoli -que ahora es un Mercado Persa con palcos dorados al pan de oro- hay una adivina vestida de hada que anuncia con un megáfono lo que venden las paqueterías de turcos. Después de las lluvias, las señoras se asoman a la bahía. Y si se divisa la Silla del Gobernador, se entran desmoralizadas: «Va a llover otra vez».

En las vitrinas de la tienda La Rambla, hay una colección de espejos para que los clientes se vean deformes entre popelinas y tafetanes. En otro escaparate de la calle Yungay hay cien cabezas de negros con distintos sombreros. Siempre los miraba Óscar Kirby, la Ocarina Humana, del brazo de su mujer, Flor del Lago. En esos años, un temporal arrasó con un circo en la avenida Argentina. Los cauces se desbordaron. A la mañana siguiente, amaneció un león ahogado en la playa de El Barón. En otra ocasión, a raíz de un terremoto, se abrieron varios mausoleos en el cementerio del Cerro Panteón. Esa noche terrible, llovieron huesos humanos sobre los techos de la Subida Cumming. Una señora declaró al día siguiente, que había hallado sobre unas matas de fucsias, un esqueleto vestido con el uniforme de soldado de la Guerra del Pacífico.

La historia de Valparaíso linda con lo «real maravilloso» y todo aquel que quiera entender o amar esta ciudad, deberá hacerlo con la lógica de los sueños. No hay que sorprenderse si vemos anclado un bote en lo alto de un cerro, al pie de un eucalipto, o si

caminando por la Antigua Calle de la Tubildad nos sale al paso una osamenta de toro. En el pasaje Gálvez número 45 hay un antiguo convento de varios pisos, con mansardas, galerías y corredores, cuya columna vertebral es una victoriana [34] escalera de caracol. Hoy día es una romántica mansión pintada de verde que guarda secretos y suspiros de una familia de apellido inglés.

En Valparaíso, todo está envuelto en poesía, pero desde luego, los ascensores constituyen lo más enigmático y asombroso del puerto. Benjamín Subercaseaux decía: «No he visto nada más absurdo y atrayente».

Las playanchinas bajan al «plan» por el ascensor Artillería y luego se movilizan a la Plaza Victoria en «trole». (Ya no quedan en Chile ciudades con «troles»). Allí compran en La Joven Italia, en El Palacio del Calzado, en El Negro y el Globo o en Las Dos Campanas. Si son del Almendral, bajan por el ascensor Los Lecheros y van a comprar agujas El Ahorro de Familia a la Paquetería La Noria del Campo o un vanity de fiesta a la Fábrica de Carteras La Chatelet, en un edificio de color amarillo rabioso que hace «punta de diamante». Otros bajan por el ascensor Larraín, detrás de la Iglesia los Jesuitas, y van de compras al Pasaje Quillota. En la calle Victoria todavía está abierta la Librería El Peneca, el Almacén El Triunfo del señor Solórzano, El Olivar y la Botillería de Los Lobos Marinos. De niño, me sugestionaban los nombres de las tiendas de Valparaíso, pero el que más me impresionaba era el de la «Colchonería la Sultana».

«La ciudad de pie»

Así llamó a Valparaíso Gabriela Mistral. Fue muy gráfica. Salvador Reyes la llamó «puerto de nostalgia». Hay quienes la han llamado «la ciudad del viento» o «Valparaviento». Antiguamente se la llamaba «la ciudad de las estatuas viajeras». Poco tiempo permanecían en un lugar fijo. Lo que también ocurre en la actualidad. La estatua que más ha viajado ha sido la del Bombero. (¡Hay tantos bomberos en Valparaíso!). Le sigue la de Lord Cochrane que fue la primera estatua porteña, inaugurada en 1873. Yo la llamaría «la ciudad de las cúpulas plateadas». Hay algunas bellísimas. La de La Europea, por ejemplo. La de ciertas boticas y almacenes de abarrotes del Almendral. La torre de la iglesia del Corazón de María es una extraña aguja de tejuela plateada.

Aunque también podría llamarse a Valparaíso «la ciudad de los ascensores». Viajar en ellos es una experiencia fuera de época. [35] Y para remontarse al pasado, no hay más que entrar por un oscuro pasadizo que es como el túnel del tiempo. Al final, nos recibe «un hombre pálido, un misterioso ángel de sombra, marchito por las perpetuas tinieblas del lugar».

Debemos pasar por un torno de bronce que contabiliza diariamente el número de pasajeros, produciendo un sonido metálico característico. Son antiquísimos. Tienen exactamente un siglo y han sido traídos de Inglaterra y de Alemania. Cuando hay pocos

pasajeros -y es lo habitual- una anciana arropada en un chal, bruñe con Brasso el bajo relieve del torno que dice: «Schiersteiner Metallwerk. Gesellsch mit beschr. Haitung. Berlin».

En el ascensor del cerro Larraín leemos: «Se prohíbe estrictamente saltar por arriba del torno». Al otro lado, en una especie de antesala del ascensor, hay avisos con informaciones locales. En el ascensor Monjas, el resultado de una rifa. En el Florida, «Permanentes Eliana. Se ponen pestañas, una en una». En el Villaseca, «Pedagoga diplomada da clases de solfeo y piano». En el Artillería, un cartel desteñido anuncia una Academia de Bailes Españoles de Matilde Peón. En todos, se avisa: «Gran Baile de los Ascensores Gran. En el Salón de los Artesanos. Regia Orquesta. Ambiente Familiar. Precios Módicos. Espléndido Buffet».

Recorrido nostálgico

Primero un tirón y luego el carro comienza a ascender por rieles engrasados entre matas de alcayota, higueras polvorientas, arbustos de anís, espuelas de galán y dedalitos de oro. El ascensor Florida roza las ramas de un caqui. Los pasajeros van sentados en silencio. Ni siquiera se asoman por las ventanillas a mirar los barcos. El ascensor se eleva por encima de los tejados, penetra a veces en la intimidad de las casas, ascendiendo por estrechos pasajes como hendiduras en la tierra, abriéndose paso por entre tiestos de cardenales (la flor del pobre) y jaulas de pájaros.

No solamente vuela sobre las calles. El ascensor Mariposas pasa «por debajo» de la avenida Alemania en juegos de luz y sombra. Ruidos chirriantes. Roldanas y poleas. Una vez arriba, los pasajeros salen ordenadamente. A veces hay que cruzar un puente de madera. Otras, se atraviesa una galería oscura con pequeños «puestos varios». Antiguamente, se podía tomar el té a [36] la salida del ascensor Artillería. Hoy permanecen los frisos de madera terciada y mesones con superficie de vidrio donde antes exhibían empolvados. En las paredes hay restos de un letrero de polvos de hornear. En otro, se lee claramente: «Cocoa Peptononizada Raff».

Afuera, hay paseos del siglo pasado con miradores y jardines. El ascensor Artillería sale al Paseo Veintiuno de Mayo donde antes había grandes carnavales. En primavera, la gente hacía cola en la Plaza Weelwright para tomar el ascensor. En ese entonces, había dos líneas, es decir, cuatro carros que transportaban a los enamorados a la avenida de los pitosporos. Una vez arriba, era posible mezclarse entre los cadetes de la Escuela Naval o asomarse a contemplar la luna menguante reflejada en la bahía desde la glorieta victoriana con piso de madera y balcones de latón en arabesco.

El ascensor Concepción va a dar al Paseo Gervasoni, con olor a flor de la pluma y ecos de romanzas al piano. Todavía se pasean señoras alemanas de pelo blanco o viejos almirantes en retiro. El ascensor El Peral sale al Paseo Yugoeslavo donde está el Palacio

Baburizza con decoraciones Art Nouveau. El ascensor Esmeralda iba a dar al Paseo Atkinson, uno de los más hermosos y bien conservados del Valparaíso antiguo, sobre la Plaza Aníbal Pinto. El ascensor Reina Victoria salía al Paseo Dimallow. A la salida, los vecinos avanzaban sobre una peligrosa pasarela suspendida sobre la pendiente. La vista desde allí es hermosa, como de otra época, traspasada de poesía. Al fondo, se divisa el Colegio Alemán, la iglesia luterana y los escaños de la Plazoleta de los Catorce Asientos (que siempre fueron siete). Las casonas con palmeras y terrazas en declive, los jardines con buganvillas y estatuas, dan a los cerros una apariencia sugestiva, como de tarjeta postal. Algo de Génova con el pintoresquismo de Lisboa.

En otros cerros, los ascensores han quedado paralizados, como detenidos en el tiempo. El del cerro Santo Domingo conserva los dos carros dramáticamente inmovilizados en medio de los rieles. El Arrayán también está detenido. El del cerro Toro ya no existe. Quedó vacío el caserón de lata con la enorme rueda giratoria. El del cerro Los Placeres está cubierto por la hiedra. A los antiguos carros del ascensor Artillería se los comió la madre selva. Ya no quedan ni los esqueletos. Y los carros del ascensor Las Cañas quedaron olvidados en la caseta inferior, como absurdos testigos de una época. [37]

El primer viaje en ascensor

El primer ascensor de Valparaíso fue el del cerro de la Concepción, en la Cruz de Reyes, frente al reloj Turri. Fue «ruidosamente inaugurado» con helados y champagne el 1 de diciembre de 1883. El Orfeón Municipal interpretó «Ondas del Danubio» y el alcalde de la ciudad, junto al escritor don Liborio Briebe, el inventor de tan espectacular prodigio, montaron al carro inferior, mientras otras temerosas autoridades subían al superior. Pronto, los carros de madera rústica fueron accionados por un sistema hidráulico que funcionaba mediante estanques de agua ubicados en ambos extremos del recorrido. En la mitad, los carros se detuvieron y las autoridades brindaron, intercambiándose las copas por las ventanillas. Pronto, prosiguieron viaje, en medio de los aplausos, «vivas», serpentinas y guirnaldas.

Pero los porteños no se atrevían a subir. Consideraban peligrosa tan diabólica invención, y suspicaces, las señoras de polisón y los caballeros de sombrero de copa, contemplaban desde los balcones de la Fotografía Garreaud cómo subía un carro mientras bajaba el otro.

No pasó demasiado tiempo. Poco a poco se fueron disipando los temores y las damas porteñas, encoloniadas con agua de tocador Corylopsis del Japón y empolvadas con polvos de arroz La Veloutine, se subieron a los ascensores «tan alegres y confiadas como si tan sólo se tratase de dar algunas vueltas en un carrusel».

Los dos primeros días ya habían viajado 1.842 personas, debiendo suspenderse el servicio por falta de carbón. A los diez días, ya habían subido y bajado más de 10.000 personas y don Liborio Briebe -que además era autor de las novelas «Las Camisas de

Lucifer» y «Los Anteojos de Satanás»- publicó satisfecho un artículo que decía: «Queda, pues, probado, que el público les ha perdido el miedo».

Pero no faltaron los temerosos que -conociendo la obra literaria de don Liborio Brieba- atribuyeron al mismo demonio la invención del ascensor, ya que el espectáculo en la noche, con los carros subiendo y bajando en medio de las chispas rojizas y el humo de las calderas, les parecía algo verdaderamente infernal.

De día era otra cosa. El domingo, las señoras del plan subían a tomar el sol al Paseo Gervasoni y sentadas en los escaños, leían la página de modas en «El Ferrocarril» firmada por la [38] Vizcondesa de Castefildo que recomendaba usar guindas de terciopelo en los sombreros. Los caballeros, en cambio, preocupados de asuntos más trascendentales, se ajustaban los monóculos y observaban desde lo alto el vapor Aconcagua que acababa de atracar procedente de El Callao, o el Navas de Tolosa que zarpaba para Liverpool con un cargamento de charqui y coquitos de palma.

Cuenta de este ambiente lo da Alfredo Helsby en su pintura «Niña en el Paseo Atkinson» en la que vemos a una niña jugando al aro, y al fondo, se divisa la empalizada del ascensor Esmeralda, hoy desaparecido.

En 1884 se construyó el ascensor Cordillera y pronto, proliferaron los ascensores de Valparaíso, abriendo sus rieles en los cerros como las varillas de un abanico: Placeres, Barón, Lecheros, Larraín, Polanco, Las Cañas, La Cruz, Monjas, Mariposas, Florida, Espíritu Santo, Concepción, El Peral, San Agustín, Perdices, Cordillera, Toro, Santo Domingo, Arrayán, Artillería, Villa Seca...

Los primeros fueron a carbón, aunque hubo otros que funcionaban mediante el sistema de las «balanzas de agua» como el ascensor Panteón. En 1948 todavía funcionaba este ascensor con este rudimentario procedimiento, elevando a los que iban a visitar a los difuntos. El 1ro. de noviembre se apiñaban en estas jaulas minúsculas portando crisantemos y ramilletes de ilusión polaca.

El primer ascensor eléctrico fue el del cerro El Barón, que por este motivo todavía se le conoce con el nombre de «el eléctrico». En la actualidad, es posible visitar la sala de máquinas y un pequeño museo fotográfico de ascensores.

Los primeros recorridos eran muy populares. Funcionaban desde las 6 de la mañana hasta las 10 de la noche. Un pito a vapor indicaba todos los días la hora exacta en que el ascensor comenzaba a trabajar y con un cuarto de hora de anticipación el momento en que cesaba de funcionar.

Actualmente, cuando uno de los carros está lleno, se da el aviso al maquinista con un timbre o con una luz roja, pero antes de la electricidad, tocaban una campana o bien «la señora de abajo» se asomaba por una ventanilla y gritaba hacia arriba: «Listoooo»...

Los pasajeros subían con sus cargamentos. Venían del plan, de comprar en los almacenes del puerto. Eran grandes bazares cosmopolitas con aromas de tiendas extranjeras

donde vendían [39] azúcar de París, café de Guayaquil, almendras españolas, papel de hilo para cigarrillos, yerba-mate, pasas de Huasco, cueros de cabrito, aceitunas sevillanas en barriles, cebada cervecera, dulces en almíbar, cueros de chinchilla, semilla de alfalfa o «azufre sublimado para viñas». Circulaban por Clave o por Serrano, los marineros de barba rojiza y bebían cerveza en el Bar Roland estampando su rúbrica después en la bitácora que el capitán manejaba sobre el mostrador.

Los ascensores en el arte

Numerosos fotógrafos y acuarelistas se detienen a rescatar en imágenes la poesía de unos carromatos hechos de luz y de sueño. Los ascensores de Valparaíso son ideal de pintores y dibujantes. Recientemente (1984) se inauguró en el Palacio Lyon de Valparaíso una muestra fotográfica de nuestros ascensores. También son inspiración de poetas. Pablo Neruda subía en ascensor cuando vivía en La Sebastiana junto al Teatro Mauri. Sarita Vial subía en ascensor cuando vivía en la calle Abtao del cerro Alegre y visitaba casas donde había pianos Pleyel y damas extranjeras que tocaban «Cairo Oriental» e «Idilio de Luciérnagas». Julio Flores tomaba ascensor cuando vivía en su Bettina, su casa-navío anclada en uno de los cerros, junto a la avenida Alemania. Benjamín Subercaseaux, Augusto d'Halmar, Salvador Reyes, Joaquín Edwards Bello, Carlos León, Alfonso Larrahona, Carlos Hermsillas, Ennio Moltedo, subieron y bajaron en ascensor. Y cómo no, el genial Lukas, que ha sabido extraer a los ascensores, en pinceladas furtivas, toda su magia del ayer.

Cuando los artistas extranjeros llegan a Valparaíso, se enamoran de los ascensores. Vicente Blasco Ibáñez, el autor de «Sangre y Arena» montó en ascensor y al llegar arriba, escribió en una tarjeta descolorida: «Nunca he recibido una impresión más hermosa y poética que la de esta bahía poblada de luces». Rubén Darío en 1888 subió por el ascensor Concepción y admiró las «ondeantes cortinas de enredadera» y ventanas de guillotina. En ascensor redactó notas para su «Álbum Porteño» que está incluido en «Azul». Jorge Luis Borges vino en 1977 a Valparaíso a presentar el libro de María Luisa Bombal «La Historia de María Griselda». Después de la ceremonia en el Club Naval, se retrataron juntos en la Escalera de la Muerte, a los pies del ascensor Cordillera. [40]

Un holandés, Joris Ivens, subió por el ascensor Delicias, también llamado El Hogar. En 1962 filmó «En Valparaíso», una película que ha dado la vuelta al mundo mostrando con mirada extranjera la magia poética de los ascensores. En la última escena, una novia sube al ascensor y su larguísimo velo flamea al viento desde la ventanilla, mientras el carro asciende vertical hasta el cielo.

En Valparaíso, novias y ataúdes han subido y bajado en ascensor. El médico y director de cine Aldo Francia los filmó en su película «Valparaíso, mi amor». Y siguen aún dando tema a los poetas.

Misterioso pasaje Simpson

Al abrir una verja, después de subir unas empinadas escaleras al final de la calle Simpson, el visitante curioso penetra a un escondido pasaje que ahora en otoño huele a pitosporos y a rosas color té.

Allí está, al final de una larga escalinata, en medio de un ambiente vegetal con jaulas y helechos colgantes. En otros tiempos vivieron allí familias españolas, inglesas e italianas que penetraron también por el recóndito pasaje y supieron de ese inefable silencio por las tardes. Era el tiempo de ese Valparaíso eterno, cuando a los pies de las casas estaban las lecherías, las huertas y el convento de Santa Marta. Tocando el piano en uno de los grandes salones -en la época de Estrellita Labarca- se podía sentir la campana llamando a oración y ver incluso desde los ventanales del segundo piso a las religiosas entrando en ordenada fila a la capilla.

Hoy día vive allí la familia Castro Forti y en el corredor de la casa, donde crecen las copihueras, queda el telescopio de un doctor, como testimonio de esa época en que salía a mirar la luna.

Más allá hay casas que recuerdan un pasado glorioso, con escaleras, mansardas y medusas de mampostería. Todas en calles con nombres sonoros, como la de Ruperto Chapí, que recuerda al autor de la zarzuela «La Revoltosa» que todo Valparaíso cantaba a fines de siglo.

De pronto, el viajero encuentra un interminable túnel horadado en la piedra. Parece la entrada a una mina de carbón [41] o a una cueva de tesoros. Pero da acceso a uno de los más curiosos y pintorescos ascensores de Valparaíso que asciende verticalmente hasta un mirador que tiene algo de palomar y de ausencia.

Un ascensor atípico

El ascensor Polanco es el «fuera de serie». No sube oblicuamente por el cerro. Hay que ingresar por un oscuro túnel horadado en la roca granítica y subir después verticalmente por un socavón perforado en el cerro. Las leyendas dicen que esas perforaciones en la tierra corresponden a una antigua mina de plata, pero la historia no deja de ser producto de la fantasía natural de los habitantes del puerto.

El sistema de subir y bajar verticalmente llamó la atención en 1912, fecha de la inauguración de este curioso ascensor, pero en realidad, el principio mecánico se remonta a

muchos siglos atrás. Eso que ya Arquímedes, unos 200 años A.C. construyó un rudimentario ascensor que subía verticalmente portando carga con un sistema de palancas y poleas. Por otra parte, antiguas ruinas romanas presentan también vestigios de huecos donde se hallaba instalada alguna plataforma móvil para subir y bajar carga.

Pero en Valparaíso, todo esto era novedad. El mismo Liborio Brieba, que tenía fama de brujo, arengó a los porteños diciendo: «No es interesante que hagan juicios temerarios. En todos los países que en el mundo necesitan de estos artefactos, los usan. No existe el peligro. Por lo demás, el que lo probaré seré yo y nada importa que me pase algo. No olviden que la misma guerra que ustedes me hacen -no a mí, sino al ascensor que será muy útil- se la hicieron antes al ferrocarril. Yo subiré a este ascensor con los mismos trabajadores que en él laboraron, con las autoridades que tienen plena fe y con los que deseen acompañarme».

El ascensor Polanco fue uno de los primeros de este tipo establecidos en Chile. Posteriormente, el sistema fue aplicado para los edificios, utilizando para entrar o salir, el mecanismo de la puerta corredera. También causaron temor los primeros, pero luego los pasajeros fueron confiando cada vez más en la seguridad y comodidad que proporcionaban. [42]

Los constructores comenzaron a decorar también el interior de los ascensores con maderas de calidad, fieltros, terciopelos, lámparas y espejos. Hasta plantas, preferentemente palmas. Todo a la manera europea, mejor dicho, norteamericana, porque el primer «ascensor de personas» se inauguró en los grandes almacenes de E. V. Hangwong & Company en New York en 1857, causando revuelo entre los compradores que podían subir y bajar varios pisos, sin necesidad de usar las escaleras.

Pero en Valparaíso, tanto los ascensores que van por dentro del cerro, como los que van por fuera, están desapareciendo. Pertenecen a otra época: extraña, absurda y romántica.

Cuando todos querían ver los fuegos artificiales en la bahía desde el mirador del ascensor Polanco y la precaria -aunque victoriana- construcción, amenazaba como la torre de Pisa con precipitarse al vacío.

Junto con los helados Hayskrimm, las galletitas Fraymann, las calugas Cara Mu, los confites Calaf, el álbum de Astros y Estrellas de Ambrosoli, la revista Para Ti o la orquesta vespertina del Café Vienés de la calle Esmeralda del puerto, los ascensores se terminan. Cualquier día hacemos el último viaje en ascensor. Será hermoso y triste al mismo tiempo, como suelen ser las despedidas.

Subamos por última vez como en los sueños, por Villaseca o por Mariposas, por San Agustín o por Lecheros, por Espíritu Santo o por El Peral. Tal vez, al salir, nos encontremos con un organillero tocando un viejo vals de amor. No nos sorprendamos si a su lado, veamos a una señorita vestida de rosa que, leyendo el papelillo de la suerte -y comiendo caramelos Sueño Dorado- nos diga extrañada: «Lo que se va, no vuelve». Quién sabe si todo aquello no sea el anticipo del olvido. O, quién puede decirlo, el comienzo de la imaginación. [43]

VALPARAÍSO, 450 AÑOS DE MAGIA TRISTE

«Porque lo cierto es que en ningún lugar del mundo occidental he visto yo una arquitectura con más cornisas, ménsulas, florones, cornucopias, cartelas, frisos, metopas, canecillos, ringorrangos y arrequives que la que rige estas fachadas. ¡Santo Dios, cuánto ha dado de sí el salitre y la empresa náutica!»

Eduardo Blanco Amor. «Chile a la vista». 1952.

Hace algunos días (1986) la ciudad de Valparaíso celebró 450 años de vida. Para muchos, este aniversario va teñido de nostalgias y evocaciones. Cosa muy natural por lo demás, porque ha sido demasiado el tiempo y las imágenes que han ido sucediéndose en el recuerdo, más aún si las visiones que retenemos van asociadas a un puerto hecho de melancolías y ausencias.

Es que la historia de Valparaíso, a lo largo de estos 450 años, está formada por anécdotas caprichosas y episodios inútiles. Todo allí, desde que llegara el español Juan de Saavedra, se conformó en torno a lo insólito. Y lo inverosímil pareció la norma de vida de esta ciudad despeinada y absurda. Así la vieron los poetas y pintores, desde Thomas Sommerscales hasta Thomas Daskam, que con pinceladas sutiles han llevado a sus lienzos el colorido del mar antes de la lluvia, las casas construidas sobre la nada o los viejos palacios de zinc plateado con parrones con buganvillas y flor de la pluma.

María Graham decidió desembarcar en Valparaíso y quedarse a vivir allí, para observar con aguda ironía británica, las costumbres, las procesiones y los bailes. Era la época de los penosos viajes en carreta y de sus furtivos amores con Lord Cochrane en la casa de patio español y techo de teja que aún se conserva en el cerro Cordillera.

Años más tarde, Rubén Darío, otro extranjero y poeta, se entusiasmó también con Valparaíso. Y fue en una prensa porteña donde publicó «Azul», su primer libro en 1888. El poeta nicaragüense caminó por el cerro Mariposas y se extasió mirando aquellas casas con amplios jardines donde tomaban sol familias holandesas. En «Álbum Porteño» retrató cinco bocetos de los cerros de Valparaíso que son como estampas de un pintor.

Pablo Neruda vivió en Valparaíso. Y junto al Teatro Mauri, de tejado rojo, eligió una vieja casona de varios pisos asomada al vacío que bautizó «La Sebastiana». Un famoso fotógrafo de [44] Valparaíso que firmaba las fotos de novias en el diario «La Unión» como «Rolando», retrató a Neruda en esta casa horas después del terremoto de 1971. En el estudio fotográfico de la calle Esmeralda estuvieron expuestas estas fotografías que mostraban al poeta posando delante de las paredes agrietadas de «La Sebastiana».

Como Augusto d'Halmar y Salvador Reyes, el autor de «Valparaíso, Puerto de Nostalgia», Neruda subió y bajó por el ascensor Lecheros, por La Cruz o por Monjas.

Gabriela Mistral llamó a Valparaíso «la ciudad de pie». La sorprendía que el puerto se irguiera sobre sus cerros y que sus construcciones tendieran siempre a la línea vertical.

Joaquín Edwards Bello, el escritor cosmopolita, añoró siempre Valparaíso y continuamente lo recreó en sus sabrosas crónicas. «En el viejo Almendral» es un melancólico canto a la infancia en la Calle del Teatro, en la antigua Calle de la Tubildad y en los viejos salones de té. Edwards Bello acudía al Café Vienés que marcó época en la calle Esmeralda. Allí había incluso una pequeña orquesta para amenizar las tardes junto al chocolate espeso y a los tradicionales «berlines» de crema de vainilla espolvoreados con azúcar flor, recién horneados a media mañana.

En la calle Condell existía el salón de té «Ramis Clar» con auténtico café de moka servido en tazas de porcelana azul. El «Riquet» sigue siendo famoso en la Plaza Aníbal Pinto, frente a un edificio enchapado en zinc y con ventanas de guillotina, que representa la tradicional arquitectura porteña.

El viajero avizor o el observador curioso advierte pronto en Valparaíso la belleza de las arquitecturas olvidadas. Casi descolgándose de un cerro puede haber un verdadero palacio en ruinas, con palmeras centenarias y balcones de madera torneada como la balaustrada de un barco a paletas. Muchos almacenes están coronados por torreones de tejuela de alerce. Un ejemplo es la tienda La Europea, frente al Teatro Metro, que en los años 40 fue inaugurado rutilantemente con la película de George Sidney «Escuela de Sirenas».

Las viejas glorias de Valparaíso se van. Pero todavía quedan auténticas reliquias. En la plaza Sotomayor existe el palacio Serrano, subdividido en talleres de zurcido invisible, con escalinatas de ónix. En Valparaíso, lo absurdo se da la mano con lo poético. Hay seres fantasmales, señoras de edad muy empolvadas como salidas de una revista de modas de los años treinta.

Por la calle Pedro Montt todavía pasan «góndolas». Había [45] una de color celeste que hacía el recorrido «Los Placeres-Cementerio». Como en la obra de teatro «Un tranvía llamado Deseo», en Valparaíso hay «una micro llamada Esperanza».

En un edificio de granito rosa en estilo Art Decó, subsiste todavía la Sombrerería Woronoff, en cuyas vitrinas se exhibe más de un centenar de cabezas de yeso de blancos, mulatos y negros de boca roja, con sombreros, jockeys y boinas vascas marca Elósegui.

En el parque O'Higgins, donde se instala el domingo un curioso mercado de gramófonos, pianos Stenway y roperos con espejos de media luna, existe la tienda de artículos religiosos «La Conversión», la mercería El Mono, la pastelería Bavestrello y el Teatro Velarde donde antiguamente actuaban compañías de zarzuelas y bailes españoles.

En primavera, cuando los dedalitos de oro cubren las laderas de los cerros, aparecen los primeros circos. El circo Celín y Las Águilas Humanas marcaron época en tardes de viento

con volantines. Por las mañanas, al compás de la marcha «La Cabalgata del Circo» desfilaba la «troupe» por la calle Colón (esquivando a los trolleys) encabezada por un elefante afgano en cuyos colmillos iban dos niños rubios vestidos de raso. Una vez, un temporal imprevisto arrasó un circo de fieras instalado en la avenida Argentina. A la mañana siguiente, amaneció un león africano ahogado en la playa de El Barón.

En ese sector hay un reloj centenario, una casa de piedra, unos barcos varados, algunas locomotoras fuera de circulación y el primer ascensor eléctrico. Cuando fue inaugurado con banda de músicos, todos querían subir hasta el mirador de faroles a gas desde donde se veía la maestranza, la avenida de las palmeras, los barcos en la bahía y los fuegos artificiales la última noche del año.

Toda la magia triste del mundo parece caer sobre Valparaíso como esas lentas lluvias de ceniza que se dejan caer sobre la ciudad todos los veranos después de un incendio de bosques. Los que han nacido en esa ciudad son acaso distintos porque para ellos, lo inusual, lo melancólico y lo poético son formas naturales de vivir.

Conmemorar 450 años de vida en Valparaíso es festejar toda una historia de extraña belleza. Acaso los estudiosos del realismo maravilloso no hayan notado que el mejor ejemplo está al alcance de nuestros ojos. Y no en vano los poetas se asombran ante tanto milagro cotidiano. Pasajes, escalinatas, rostros y penumbras, merecen un redescubrimiento en este aniversario. [46]

ADIÓS AL CAFÉ VIENÉS

Cerraron el Café Vienés. Se llevaron sus sillas -lógicamente vienesas-, sus lozas con logotipo, bandejas y aparadores. Embargaron todo por quiebra. Lo que no pudieron llevarse fue el rótulo de bronce de la puerta que decía: «Café Vienés. Calle Esmeralda». Los transeúntes pasaban por delante, indiferentes, sin pensar que con la desaparición de ese salón de té se terminaba un periodo elegante de aquel Valparaíso que se fue.

Hoy, al pasar por delante, el viajero que regresa a sus lugares de origen contempla un peldaño de mármol que sobrevive a la desaparición del Café. Han transcurrido más de veinte años desde entonces y sin embargo, todavía lee: «Café Vienés». Pareciera que todavía volviera a sonar la música de violín del viejo salón de té. Allí adentro estaba uno de los salones de té más refinados de Valparaíso. Adentro estaba el amplio salón en penumbras rodeado de zócalos de madera e iluminado por lámparas antiguas que se reflejaban en los espejos laterales coronados por ángeles dorados al pan de oro. Antiguamente, las damas del cerro Alegre acudían al Café Vienés a escuchar valeses interpretados por una orquesta en vivo. Aún quedaba el estrado antes que lo cerraran. Y los atriles de bronce arrumbados detrás de una cortina.

Fue un tiempo hermoso con camareras que siempre ponían sobre las mesitas, unos floreros diminutos, metálicos, con un clavel y un poco de helecho o ilusión polaca. Era el detalle de buen gusto de las confiterías de Valparaíso.

Entrando, a mano derecha, podíamos ver en el mostrador, los tradicionales berlines humeantes debajo del vidrio. Era agradable sentir desde la calle esa tibia fragancia azucarada... Los había redondos o alargados, de mermelada o de crema de vainilla. Una señorita de mejillas sonrosadas que pegaba estampillas en un álbum en sus ratos libres, los servía sacándolos de la vitrina con unas tenazas y los espolvoreaba luego con azúcar flor. «Azúcar impalpable», decía ella que era de Tucumán.

Detrás suyo, en las estanterías de nogal, estaban las cajas de bombones en sus tapas festoneadas con cintas zigzag. [47]

Tiempo de tres por cuatro en el Café Vienés

En el centro del negocio estaba «la caja» -que literalmente era una caja de madera y vidrio- donde la antigua dueña comentaba siempre con los clientes de libros y obras de teatro. Una tarde, la señora Adriana Vacarezza estaba allí hojeando un álbum de partituras de música de las que se usaban en el salón: «Tristeza de Amor», mazurca; «Gavota» de Sudessi; «Tú en mi mente», Waltz. Las portadas representaban mujeres espirituales entre velos y margaritas, y en los vestidos -o aun en las mejillas- alguien había estampado un sello violeta que decía «Almacén de Música Casa Amarilla».

A veces, encontrábamos a Lukas tomando un café, al grabador Hermosillas, al escritor Julio Flores, a Sara Vial escribiendo poemas para su libro «La Ciudad Indecible» (basado en Valparaíso), al retratista Rolando Rojas, al escritor Fernando Emmerich, al librero y poeta Modesto Parera, al actor Arnaldo Berríos, al director de teatro Marcos Portnoy con su grupo de actores o a Pablo Neruda de cuando vivía en La Sebastiana.

El Café Vienés era un punto de cita de hombres de teatro, de intelectuales y artistas. Era un verdadero lugar de conversación abierta -como en Europa y en Buenos Aires- donde iban a tomar el té con limón y a conversar de libros los escritores Joaquín Edwards Bello, Salvador Reyes y Augusto D'Halmar.

También era posible comprar allí esas antiguas galletas besitos, de vino, de jengibre, bizcochos de anís, canutos o palmeras, mientras las señoritas se desplazaban como en puntillas por el salón luciendo sus tocas y delantales almidonados de otra época.

El Café Riquet, lo más elegante y alemán

En la Plaza Aníbal Pinto, frente a la fuente del dios Neptuno y a la tradicional Joyería Klickmann, sigue estando el tradicional Café Riquet con sus tortas de merengue, lúcuma, piña, manjar con nueces o la tradicional Selva Negra con canutones de chocolate. Dirigido por un matrimonio alemán, este salón de té ha sido siempre símbolo de europeísmo porteño. Un ambiente refinado y antiguo sobreflota. Hay colecciones de cuadros, óleos, acuarelas y grabados del viejo Valparaíso. Lo más característico son los camareros que llevan más de treinta años atendiendo a los [48] mismos matrimonios de edad, en su mayoría ingleses o descendientes de antiguos almirantes que un día encallaron en la misteriosa geografía del puerto. En el silencio habitual, sólo se escuchan las cucharillas del té, diminutas, mientras los camareros de punta en blanco, sirven el té con coladores de alpaca. Aquí venía siempre el escritor Carlos León a escribir entrañables páginas de su novela «Todavía». Sentado siempre en la misma mesita a las cinco en punto de la tarde, este escritor de Playa Ancha sacralizó el Riquet.

En los años veinte estaba de moda en Valparaíso la Pastelería Parisiense «Ramis Clar» en la calle Condell, famosa por los té-conciertos amenizados diariamente por el Quinteto Vela. Las damas del cerro Alegre bajaban temprano para pedir el té con pasteles cerca de la pequeña baranda de madera torneada que separaba el estrado del público. Así podían escuchar mejor la pequeña orquesta de cuerdas.

Era la época cuando las elegantes compraban en La Linda y acudían al Teatro Colón a divertirse con las peripecias de las películas de Perla White, mientras los caballeros se probaban sombreros en la Sombrerería Presciutti, compraban papel para liar cigarrillos marca Elefante o aprendían a bailar el charleston con el profesor Rubén Green.

Salones de té ha habido siempre en Valparaíso: el Ideal Room en la Plaza Victoria o el Hesperia con su parpadeante letrero de color violeta en la calle Victoria.

Enfrente al monumento de la Loba Capitolina en el Parque Italia -que en otro tiempo se llamaba Jardín Abadie- se cerró hace tiempo el Café Munich que tenía un curioso papel mural estampado. En las pequeñas vitrinas se exhibían novios de azúcar y cálices para decorar tortas de Primera Comunión.

Se desaparecen los salones de té en Valparaíso. En el puerto, se cerró la Confitería Marconi con sus mesitas de mármol y pasteles de cremas de colores con trocitos de jalea de adorno. También en El Almendral desapareció el Salón de Té La Condesa con sus pisos embaldosados semejando un tablero de ajedrez y sus damas españolas que, sirviéndose un chocolate espeso con churros, comenzaban la función de zarzuela que acababan de aplaudir en el Teatro Avenida.

También junto al Teatro Velarde, que tenía siempre representaciones de operetas y bailes españoles, existía el elegante salón de té Bavestrello -famoso por las palmeras y los merengues- [49] a donde se acudía a tomar un café después de las funciones. Aquí venía siempre el poeta Ennio Moltedo a hablar de libros con sus amigos escritores.

En tanto que en la ciudad jardín -como llamó a Viña del Mar don Benjamín Vicuña Mackenna- también ha habido salones de té del tiempo perdido. El Chalet Suisse era famoso por sus copas de helado con galletas obleas y el rumor de pájaros y plantas. Las despedidas de solteras se hacían siempre en el Chalet Suisse y como hoy día ya no existen esa clase de despedidas de solteras ni esa clase de salones de té, podemos concluir que ambas instituciones han pasado ya a la historia de los recuerdos. Otro elegante era el Mirabel que hace poco cerró sus puertas. Una pena, pues tenía magia cautivante su cortina de visillo y el ambiente interior de semi penumbra, con tortas de milhojas delante de un fresco con motivos pastoriles.

Pero de todos, el que más se recuerda es La Virreina en la calle Valparaíso, elegantísimo y punto de reunión de la sociedad viñamarina a la salida de misa de la Parroquia o a tomar el aperitivo con Cinzano o la taza de té. O el Samoiedo que fue lugar de reunión de artistas como Álvaro Donoso o los poetas Juan Luis Martínez y Juan Cameron.

Despedida con dos cucharadas de azúcar

Los salones de té tienen su magia. Por algo en Europa se restauran y son una institución arquitectónica en Viena o Salzburgo. En Suiza, los arquitectos tratan de recuperar su poesía y redecoran los más olvidados. Lisboa mantiene intacto su salón de té Iberia con damas de edad jugando al bridge en las mesas. También los hay elegantísimos en el Paseo de la Castellana de Madrid, llamados Salones de Thé... ¿Y qué decir de las confiterías de Buenos Aires con sus orquestas de señoritas? El Ideal, en la calle Suipacha, un verdadero templo del ayer; el Molino, frente al Congreso, un sobreviviente del Art Nouveau con vitrinas doradas que exhiben cajas de chocolate blanco; o el Tortoní, con raso color borgoña en las paredes, en un estilo muy parisién de fin de siglo donde estuvieron Federico García Lorca, Alejandro Casona, Jorge Luis Borges, Manuel Mujica Láinez y Alfonsina Storni entre muchos otros. [50]

En New York he visto salones de té de los años cuarenta en el Old Brooklyn. Me parece ver uno en Flatbush Avenue. Desde la calle se veían las ladies americanas saboreando un apple cake como a través de un acuario. Escuchaban «Collar de Perlas» de Glenn Miller, mientras sobre sus cabezas giraban las aspas de un inmenso ventilador...

En Santiago, es posible tomar el té tradicional en el Café Santos a la hora de onces. Sobre las mesas hay paneras con galletas de agua y rebanadas de pan centeno con mantequilla y mermelada. La mantequilla la sirven en pequeños platillos en forma de «pelotitas» llamadas «pompones de mantequilla».

Desapareció el Pompadour en la calle Huérfanos y también el Villarreal junto al Teatro Real, tan victoriano con pañitos de crochet debajo del vidrio de cada mesa y señoritas con cofia que atendían ceremoniosamente. Al destapar el azucarero de alpaca -de forma muy Art Decó- hallábamos sin duda el azúcar en terrones que había que tornar con tenacillas.

Hoy existe un Villarreal también en el barrio de Providencia, detrás del Cine Oriente, con un aire ligeramente nostálgico de los años cincuenta, y con frescos pintados por Luca Burchard.

Hace años existió también el famoso salón de té Lucerna o el Goyescas que tenía una escalera mecánica y una pista donde actuaban cantantes a la hora del té, principalmente españoles como Miguel de Molina, Pedrito Rico o Carmen Sevilla. También era de buen tono ir a tomar el té al Hotel Crillón...

En provincias, estos salones para practicar el arte de la conversación, también desaparecen al ritmo de la vida práctica, sin tiempo para perder. En Concepción se fue «La Hormiguita». En La Serena todavía está «La Rapsodia» que ostenta en su puerta de entrada, como un escudo de armas, una pintura emblemática que representa una taza de té humeante sobre un cojín de terciopelo rojo...

Un té crepuscular

Cuando finalmente desaparezcan estos salones de la nostalgia, podremos sentarnos melancólicamente en el que aún reste y pedir por última vez una taza de té. Será verdaderamente un té crepuscular. Y cuando uno de nuestros amigos quiera repetir la taza, nosotros, en nuestro interior, sabremos que literalmente aquel té que nos traigan será... el último té. [51]

RECUERDOS DE MEDIADOS DE SIGLO

«Y si llegaras a estar en una prisión cuyos muros no dejaran que tus sentidos capten los ruidos del mundo, ¿no te quedaría todavía tu niñez, esa riqueza incalculable, real, ese baúl de recuerdos? Es en ella en la que debes concentrar tu atención. Trata de sacar a la superficie las sensaciones enterradas en ese vasto pasado.»

Rainer María Rilke

Cada uno ve la ciudad de Valparaíso de manera diferente. Y cuando paseamos por sus miradores y plazoletas, podemos reinventarla a cada paso. Sobre todo si tuvimos la suerte de nacer en ella y tener dentro de nosotros un poco de viento sur o de aliento de mar a medianoche. Asomados al balcón de la infancia, vemos el patio de una casa fragante a mantecados españoles por Navidad. Mi madre los preparaba y los sacaba del horno disponiéndolos sobre unas bandejas circulares de madera para luego espolvorearlos con

azúcar flor. Aún me parece verlos a través del vidrio de aquellos grandes frascos que sonaban de manera tan característica cuando se destapaban.

¡La vieja casa de la niñez con su papayo, su hibiscus de flores rojas y su níspero!... En el parrón colgaban las jaulas de los canarios y jilgueros. Todas las tardes venían los gorriones a picotear el alpiste que caía de las pajareras. Después, al menor ruido -una puerta que se abría, el sonido de la loza en la cocina- huían entre el follaje o se posaban en las ramas del olivo del vecino que siempre tenía volantines agonizantes en septiembre.

El patio tenía también un laurel centenario y un damasco en el que construí una atalaya para leer mis novelas predilectas de Julio Verne y Emilio Salgari con la vista perdida a mi ciudad mágica. Desde allá arriba contemplaba los barcos y los ascensores que subían y bajaban dejando una huella plateada como la doble senda de un caracol. Provisto de un antejo largavista podía ver la iglesia de San Francisco de El Barón y la silueta de los cerros con sus diminutas casas colgantes. Allá una torre ladeada, más acá una casa con patio, un jardín con un columpio o una bajada en pendiente en donde quemaban a Judas la mañana del Domingo de Resurrección. Los niños lo rodeaban y le pegaban [52] con palos. Envuelto en llamas, el Judas de trapo bailaba y soltaba monedas que rodaban por las callejuelas del barrio.

Más allá estaba el Bosque de los Lobos Marinos que se alzaba desde la quebrada de la Cabritería como se denominaba en otros tiempos cuando había allí un «lazareto» como antiguamente se llamaba al leprosario. Unos italianos construyeron más tarde un almacén contiguo a un ascensor y con los años denominaron a ese sector de mi infancia con el nombre de Yolanda, en recuerdo de la hija mayor del rey de Italia, Víctor Manuel III... Por allí subíamos al cerro de los Placeres por un camino de curvas con casas antiguas, llenas de jardines escalonados, con papayos y madre selvas. En una casona en lo alto, toda pintada de blanco, vivía la familia Bavestrello que tenía crianza de aves en largos gallineros bajo los árboles frutales. En otra casa con balastradas sobre el mar, vivía un profesor universitario especializado en «El Principito». Todas las tardes subían jóvenes por la vetusta escalera a escuchar las charlas de este filósofo espiritual del barrio, enamorado de Saint-Exupéry. Más allá, la sombra de un pequeño obelisco apuntaba como un huesudo índice a la botica donde el señor Meyer vendía pastillas de eucaliptus en su recinto fresco y mentolado. ¡La farmacia de los Placeres, con sus frascos de porcelana con inscripciones en latín! ¡Cómo me gustaba ir allí a contemplar las estanterías, los pequeños cajoncitos de caoba, la «romana» que arrojaba un pequeño boleto de cartón como los del tren, con nuestro peso exacto y una frase para la buena fortuna!

El señor Meyer era amistoso y siempre nos regalaba gomitas de menta brillantes de azúcar que extraía de un remoto frasco de cristal. Luego se quedaba enfundado en su impecable chaqueta blanca contemplando el monolito que recordaba el sitio exacto donde fue asesinado el Ministro Diego Portales bajo los centenarios pitosporos...

En primavera florecían los «don diego» y los olivos de Bohemia que perfumaban las noches de la calle Malfatti. En torno nuestro vivían familias italianas como los Paolinelli en una casa inmensa llena de muebles y con una amplia biblioteca. Allí vivía la señora Ada Malfatti, casi centenaria, haciendo recuerdos del viejo Valparaíso, una tarde de viento. Y

también don Guido Paolinelli que era un destacado especialista en ópera italiana. También recuerdo a las hermanas Fresia y Norma Ojeda que eran famosas profesoras del puerto, una de francés y la otra de [53] Economía Doméstica. Cuando murió mi padre, llegó a nuestra casa «la señorita Fresia» -como solían llamarla en el barrio- y acercándose discretamente a la urna recitó un poema de Alfred de Musset en torno a la muerte...

Más allá, en una subida empinada, vivían los Perramont que eran catalanes y tenían una fábrica de cajas de cartón en la calle Amalia Paz. Muchas veces fuimos con mi madre a visitarlos. Me gustaba mucho entrar a aquella fábrica que estaba en la parte baja. Tenía incluso chimenea porque en otros tiempos había sido la casa de una familia del puerto. Don Fernando Perramont me mostraba orgulloso sus cajas de bombones, de zapatos o de guantes que fabricaba en unas máquinas con sus operarios. Por unas escaleras permanentemente frías subíamos después al segundo piso donde vivía con su familia. Su esposa, la señora Aurora Peris de Perramont, siempre olorosa a agua de colonia, era una mujer muy distinguida amante de la ópera que escuchaba en una gran discorola Grundig. Cuando íbamos a verla, me llamaba aparte y me hablaba del Teatro del Liceo de Barcelona donde había oído a la soprano María Barrientos, «la que cantó en la boda de Alfonso XIII». Aquella casa tenía mucho de Europa en sus aparadores, cuadros y adornos. Los Perramont hablaban de otro modo. Tenían un marcado acento catalán al hablar y guardaban libros hermosos en anaqueles de cristal como si fueran verdaderas reliquias. Muchas veces, en invierno, encendían la chimenea del segundo piso y me mostraban, como un gran tesoro, libros de pintura o de arte, mientras la señora Aurora hablaba teatralmente luciendo siempre grandes prendedores, anillos o broches de piedra granate que llamaban poderosamente mi atención. Vivían allí con una hija y una nieta a quien llamaban Ninetta que en lengua catalana quiere decir Muñeca, aunque su verdadero nombre era Leonor Alejandra...

Los vecinos de la calle Malfatti

La familia Garay era también muy querida en el barrio. El jefe de familia era «profesor de estado» como decía la lustrosa placa de bronce en la puerta de la mampara. Don Lorenzo era un respetado docente de matemáticas de los principales liceos del puerto, muy venerado por sus alumnos. Muy alto y con el pelo canoso, de hablar reverenciante y pausado, su sola presencia [54] imponía respeto. Tenía muchas hijas de nombres sonoros: Tella, Maru, Lucy, Gina, Lily, Alicia... todas ellas con características especiales, siempre sonrientes y alegres. Solamente tenían un hermano llamado Lorenzo, como el padre y que se casó con Hortensia Lay, una dama de ascendencia china. De todos, a mí me gustaba la menor, Haydée, que tocaba polcas y pavanas en el piano de cola y le gustaba sentarse a mirar una pintura inmensa que representaba un paisaje campestre imaginándose que estaba dentro del cuadro. En otra pared colgaba una marina con un buque mercante a punto de naufragar. También había una gran biblioteca que servía de escritorio del profesor y como estudio de dentista de una de las hijas.

Un verano llegó una prima lejana que venía en barco desde Italia. Se llamaba Mirca. Era la primera vez que me hablaban en otra lengua. No le entendía pero sabía que me transmitía afecto. Muchas tardes de viento sur íbamos de visita a aquella casa tan concurrida a entablar amistad con las visitas que llegaban de tantos países y lugares lejanos, reuniéndonos siempre en Navidad bajo un gigantesco pino muy bien decorado.

En verano llegaban unas primas lejanas de Chillán, muy tímidas y silenciosas. Estaban siempre sentadas, mirándolo todo con arrobos y admiración a través de sus lentes ópticos. Una de ellas era muy amable y hablaba correctamente el castellano, pronunciando con mucha afectación. Nosotros la hacíamos hablar tan sólo para escuchar cómo nos contaba con su gran parsimonia, de las lluvias del sur, con su permanente sonrisa y sus palabras perfectas.

Una víspera de Año Nuevo llegó una pariente de Santiago que era actriz. Se llamaba Berta Sandoval e inyectó en mí el veneno del arte hablándome de teatro. Era una mujer muy resuelta y expresiva que me contaba del ambiente en los ensayos de las obras que se representaban en la capital. Yo la escuchaba magnetizado imaginando los rostros de los actores y actrices que ella mencionaba familiarmente.

En otra oportunidad llegó una cantante del sur, muy enigmática y de mirada profunda, llamada Carmen Catalán que tocaba guitarra bajo un olivo ceniciento. Una tarde, mientras todas sus amigas iban a la playa, ella bajó sola con un cuaderno a la caleta Portales. «Voy a escuchar a los pescadores», me dijo con voz grave. «Y voy a escribir una comedia musical inspirada en [55] sus vidas». Otras veces se iba a los cerros con su cuaderno y regresaba con él lleno de poemas dedicados a las gentes de Valparaíso.

Con aquellas hermanas y sus extrañas visitas trabé una singular amistad que se ha mantenido a través del tiempo. Muchas tardes bajábamos con ellas a pasear a los jardines de la Universidad Santa María que eran maravillosos. Nos imaginábamos que estábamos en un palacio encantado o en un castillo de Europa al subir y bajar por aquellas escalinatas de piedra o al sumirnos en patios húmedos llenos de plantas, estanques y gigantesco helechos. La construcción en estilo Tudor con hiedra trepando por las paredes semejava aquellas residencias de los colleges ingleses al estilo de los campus de la Universidad de Oxford donde también caían pesados mantos de enredaderas.

Hablábamos de nuestros sueños adolescentes, nos enamorábamos y dejábamos que nuestro placer mayor fuera llegar a un mirador sobre la antigua maestranza desde donde se podía ver la bahía abierta y a nuestros pies, las viejas locomotoras caldas en desuso.

La vida de barrio en los cerros porteños era de amable convivencia entre las clases sociales y las distintas religiones y colonias que se entreveraban en sana tolerancia y camaradería. Teníamos amigos yugoslavos, ingleses o italianos, sin cuestionarnos la procedencia de las familias ni su origen. Tampoco era motivo de discriminación el que uno

de nuestros amigos fuera luterano, anglicano o judío. Los barrios mezclaban familias de diversas culturas y en las calles o paseos convivíamos amparados por juegos en común.

Junto a nuestra casa vivía Eliseo Guisado «cortador sastre». Era español. «Republicano», decía mi padre. Con paciencia cortaba sobre un mesón de madera las piezas de tela que marcaba con grandes barras de tiza. Una vez me hizo entrar para regalarme un frasco mágico de pompas de jabón. En el patio de su casa soplábamos aquellos enormes globos plateados donde navegaba un arco iris, con sus hijos españoles Cirilo y Rubí a quienes nunca más volvimos a ver. Se esfumaron un día como aquellas hermosas y efímeras burbujas...

De todos los vecinos, me gustaba la familia Celedón que vivía en una casa de dos pisos. Arriba, la atmósfera era vetusta, con un gran piano de cola y grabados de fines de siglo en las [56] paredes, encuadrados en marcos dorados. Era una casa inmensa, llena de pasillos y habitaciones de techos altos, con muebles antiguos y plantas en pedestales.

Todos los años, el señor Celedón representaba el papel de Poncio Pilatos en las dramáticas actuaciones del Vía Crucis Viviente que se desarrollaban durante la Semana Santa en las calles de Los Placeres. Con recogimiento y respeto seguíamos la trayectoria de Cristo crucificado por la avenida Matta hasta llegar a los altos de la farmacia, donde el señor Celedón salía a un balcón a lavarse las manos en un lavatorio de plaqué. Abajo, sollozante, iba su hija en el papel de Virgen María, con una túnica celeste cosida por ella misma, en tanto que Eduardo, el menor de los hermanos, salía de una de las casas representando a un hijo de las Mujeres Lloronas. Eduardo era uno de mis mejores amigos en esa época. Nos juntábamos en su casa para confeccionar los trajes de los títeres y los decorados del teatro que tenía en mi casa bajo el parrón. Todos los fines de semana dábamos funciones a los niños del barrio con elegantes muñecos de papel maché muy bien vestidos. Con el correr de los años, Eduardo emigró a República Dominicana donde actualmente es uno de los modistos especializados en trajes de novia más destacados del Caribe...

Al lado de esta casa estaba la de la familia Pacheco. Igualmente, como todas las del barrio, era inmensa, con un gran hall embaldosado lleno de plantas y un jardín descuidado con una glorieta cuyos pilares estaban incrustados por trozos de porcelana salvados de los últimos terremotos.

Junto a nuestra casa vivía una familia de origen campesino. La dueña de casa era la señora Adelaida, una mujer de mucho carácter que siempre estaba rodeada de perros bravos. Uno de sus hijos era luchador de Katchakaskán en los campeonatos de lucha libre que se llevaban a cabo en el Fortín Prat. Asomados en un muro, veíamos a Tonino Jerez luchar con el torso desnudo junto a La Momia bajo los árboles frutales del patio contiguo. Otro de los hijos era contrabandista. Una tarde de verano, estábamos tomando el té en el jardín cuando vimos que llovían enaguas Can Can sobre los rosales. Asombrados contemplamos el milagro de color rosa, celeste y verde limón sobre los arbustos. Luego oímos voces en el patio vecino. La policía había llegado y en un afán por salvar la mercancía que traía desde Arica, don Gumersindo lanzó sobre nuestro jardín el contenido [57] de sus enormes cajas de cartón. «Estraperlo» dijo mi padre con su acento español. Fue

la primera vez que oí esta palabra y que supe con el correr del tiempo su significado: «Contrabando».

Un paso a la modernidad

En esta época, muchos porteños viajaban al norte para llegar cargados de mercaderías prodigiosas que nuestros ojos de niño veían con expresión de asombro. Hasta mis padres entusiasmados viajaron en barco y regresaron al cabo de unas semanas trayendo aquellos objetos mágicos que jamás habíamos soñado.

El cuarto de atrás se llenó de unas cajas llenas de polvos blancos marca Ace que suplantaban al jabón Gringo. Disueltos en agua, lavaban milagrosamente la ropa sin necesidad de escobillarla. Aparecieron las camisas que no necesitaban plancharse, los bibelots chinos, los juguetes a cuerda, las hojas crujientes de camarón que al freírse aparecían de color verde, rosado y amarillo, los estuches de azafrán, las tazas de porcelana que al mirarlas al trasluz traían el amable rostro de una japonesa. ¡Tantos objetos maravillosos que nos hablaban de rincones remotos!

Las damas elegantes del puerto viajaban a Europa en transatlánticos y regresaban al cabo de muchos meses con mercancías fantásticas que luego vendían a los vecinos para costearse el viaje. En amplias camas del cerro Alegre vi desplegarse pañuelos de seda italiana, boquillas de marfil, pipas de caoba, licores espesos de color amarillo, boas de plumas, prendedores de Toledo y cigarreras florentinas que valían oro. Nuestras madres adquirían a precio altísimo una bandeja con pátina dorada, «exclusiva» como decía la viajera vendedora, sorprendiéndose años después al ver la misma vendida a un dólar en un canasto del Ponte Vecchio.

Caminando por las calles del puerto, aparecía de pronto, de cualquier rincón, un señor que sigilosamente mostraba, como si se tratase de un tesoro o una piedra preciosa, una lata de sardinas importada o un perfume francés en frasco chico. Era la época del prodigio, de la maravilla, cuando en la avenida Pedro Montt aparecieron los vendedores ambulantes que ofrecían algo impensado y absolutamente desconcertante: bolsas transparentes [58] que reemplazaban a las de papel. Tan resistentes eran que ni siquiera dejaban pasar el agua. Y para demostrar su diafanidad y resistencia, las vendían con un pez rojizo nadando en su interior. Habían nacido las bolsas plásticas. Sorprendidos las inflábamos, las llenábamos con agua o las coleccionábamos, especialmente las de tiendas elegantes como La Joven Italia, La Camelia, la Casa Zardoya o la Casa Otero que las estampaban con figuras de damas vestidas a la usanza de comienzos de siglo.

Estábamos entrando en una especie de modernidad. Así lo sentimos cuando mi madre preparó un postre con unos polvos mágicos. Disueltos en agua y puestos en el «frío», se convertían en unas gelatinas transparentes y de colores que temblaban en el plato y nos dejaban absortos.

El símbolo de aquel confort era tener radio en el velador y aún más increíble, una radio que no se enchufaba y podía transportarse a la playa para deslumbrar a las amistades junto al bronceador Rayito de Sol, achocolatado, que alguien había traído de contrabando, muy oculto en una maleta, desde Mendoza. Pequeña, con un asa de cuero, la gloriosa radio portátil que transmitía a Los Churumbeles de España podía meterse en un bolso o dejarse colgada, mientras oíamos las mismas canciones que nuestro tocadiscos de la pieza...

Una mañana de diciembre leímos en el diario que en la playa Las Torpederas iba a estar Doménico Modugno firmando autógrafos a mediodía. La playa se llenó de gente, pero ningún cantante de moda llegó porque se trataba de una broma en el Día de los Inocentes. Al año siguiente «La Unión» traía otra noticia sorprendente: en la misma playa había varado una gigantesca ballena azul. Por supuesto que cientos de porteños se sintieron defraudados. ¡Otra vez se trataba de una broma!

Era una época hermosa e ingenua, cuando todavía se podía deambular por el Paseo Rubén Darío admirando las estatuas o caminar tranquilamente por la avenida Alemania avistando, a lo lejos, la línea del horizonte que separa el cielo del mar.

Cines y teatros de la infancia

La avenida España se desplegaba bajo un reloj inglés y una casa de piedra. Allí estaba la Universidad Católica y el antiguo Teatro Avenida al que se entraba por el lado de la pantalla. Las [59] hermosas puertas de vidrios biselados del foyer están ahora en una casa de Playa Ancha, rematadas por una artista porteña enamorada de la historia de su ciudad.

¡Los viejos cines y teatros de Valparaíso hoy demolidos o convertidos en mercados persas! En la calle Victoria subsiste el Rívoli con sus escalinatas para subir a la platea alta. Aún están los globos de vidrio, la marquesina y el precioso embaldosado del foyer donde disponían las fotografías de las películas de Gary Cooper, seriales de vaqueros y comedias románticas de Myrna Loy, Ava Gardner o Elizabeth Taylor.

En el Almendral estaba también el Teatro Chile en el pasaje Quillota donde muchas veces actuaban las compañías radiales en gira. Recuerdo haber visto en el teatro Pacífico a la compañía de Nieves López Marín y a la de María Guerrero en la obra «La Dama del Velo» que oíamos por radio en capítulos.

Aquella tarde fui con mi tía Antonia que, como española, gustaba mucho del teatro y la literatura. Al entrar al foyer lo primero que vimos fue un yate a escala en una urna de cristal. A través del vidrio, leímos una flecha que decía: «Camarote de la Dama del Velo». Así, todos los escenarios y personajes estaban reproducidos en aquella pequeña embarcación en la que viajaba la protagonista. Minutos más tarde, veíamos a la actriz actuando junto al actor y libretista Arturo Moya Grau, apodado El Gaviota. Había una

tempestad en alta mar muy bien ejecutada y mejor actuada para mis ojos de niño. Los actores se movían, especialmente la enigmática Dama del Velo que se balanceaba por la cubierta del barco con los brazos en alto, simulando el intenso movimiento de la embarcación. Dentro, en aquel lujoso teatro, los porteños asistían a la representación en completo silencio, admirando luego, en el intermedio, las figuras helénicas -un carro del sol- sobre los gruesos cortinajes, mientras afuera pasaban los vendedores de la plaza Echaurren pregonando «la pescada fresca» con un canasto.

Otro teatro imponente era el Valparaíso, con su gran marquesina de baldosas negras frente a la Plaza Victoria. En el lujoso interior, unas figuras pintadas representaban la historia del mundo, incluyendo desde una escena del tiempo de María Antonieta bajándose de un carruaje con peluca empolvada hasta unos corsarios batiéndose a duelo en una playa del Caribe, pasando por un gigantesco zepelín que cruzaba toda la platea.

También me gustaba el Teatro Imperio con sus hermosos [60] decorados y balcones. En la Plaza O'Higgins estaba el Velarde donde representaban operetas. Este teatro era elegantísimo y su foyer poseía espléndidas maderas y bronce. También era hermoso el Victoria que tenía cortinajes de terciopelo rojo. Todos hablaban con orgullo de este teatro en el que habían actuado grandes compañías de ópera. Aquí cantó el famoso tenor Miguel Fleta junto a jóvenes de la colonia española que se ofrecieron para completar el coro en aquellas triunfales funciones de comienzos de siglo en Valparaíso.

Ya en los años cincuenta, cuando este teatro estaba en decadencia, se presentó «Coccinelli» anunciado como «el primer hombre que se convirtió en mujer». Fue un espectáculo que conmocionó a los porteños. Después se sucedieron programas dobles y triples, películas de Audie Murphy, Joan Crawford, Betty Grable, Kim Novak, Cantinflas... hasta que fue demolido porque quedó en malas condiciones después del terremoto de 1968. Fue una pena porque era uno de los pocos edificios nobles con el que podían enorgullecerse los porteños. Además no sólo era bello por dentro, con sus butacas forradas en felpa granate y sus palcos dorados al pan de oro. El Victoria tenía un elegante foyer y una hermosa marquesina de fierro que hoy son parte de la historia del puerto... Junto a él, estaba la Confitería Forno que era famosa por sus dulces de anís, sus malvas, sus naranjitas confitadas y especialmente sus caramelos Sueño Dorado rellenos con nuez, típicamente porteños, infaltables en una función de Vermouth...

Al teatro Real llegaban las compañías de bailes españoles entre ellas la de Imperio Argentina que era famosa por el lujo de trajes y decorados: glorietas madrileñas, patios andaluces... En el Valparaíso de los años 40 y 50 la colonia española añoraba las estampas rurales de aquella patria lejana a donde era tan difícil volver. Por eso, estas compañías que venían de lejos parecía que acercaran un poco el país en donde vivían la madre y los hermanos. Así, las familias hispanas acudían a aplaudir y a emocionarse con las canciones y jotas aragonesas de Imperio Argentina a quien habían visto bailar con castañuelas en las películas «Nobleza Baturra», «Morena Clara» y «La Hermana San Sulpicio» entre muchas otras. [61]

Luego transformaron el teatro y a finales de los años 50 lo reestrenaron con la película «Los Diez Mandamientos». Con pavor asistimos a ver esta película de «largo metraje» que contaba con intermedio y que poseía una escena espeluznante en la que se veía a Moisés abriendo el Mar Muerto para que por el ancho camino de arena aún húmeda, con restos de naufragios y palpitantes estrellas de mar, pasara el pueblo de Israel. Esta escena era sobrecogedora y nos impresionaba muchísimo a los porteños, no acostumbrados aún a la pantalla en Cinemascope y a los «efectos especiales» que vendrían después.

En la década del 50 se presentaron en este teatro diversas compañías de zarzuelas, entre ellas las de Faustino García que traía una gran selección de títulos: «Luisa Fernanda», «La del Soto del Parral», «Marina» y también las del «género chico» como «La Verbena de la Paloma», «La Gran Vía», «La Revoltosa» y «Molinos de Viento» que se presentaban en «programas dobles», teniendo especial atractivo aquellas que tenían un contenido pícaro, más lindante con lo revisteril como «Las Corsarias» o «La corte del Faraón».

La zarzuela tenía un éxito enorme en Valparaíso. Aquellas canciones se transmitían después por la radio y eran el acompañamiento de las largas tardes otoñales. En una casa del cerro Alegre o del Almendral, siempre había un piano que interpretaba romanzas de zarzuelas, mientras las visitas cantaban en los sillones:

«Dónde estarán nuestros mozos
que a la cita no quieren venir»...

En este tiempo llegaron también las compañías de bailes «Cabalgata» y «Romería» con números artísticos que mezclaban canto y baile español en coreografías muy simples que gustaban en aquella época. Con «Romería» se presentaba Nena Mónaco que cantaba «Valencia» y «Granada» en medio de una escenografía de cartón piedra que representaba abanicos movibles y balcones morunos entre rejas y claveles gitanos.

Una noche se presentó el Niño de Utrera que era figura obligada en esas compañías españolas. Contaban que era andaluz, aunque había algunos que lo desprestigiaban diciendo que era argentino. Se presentaba con el clásico sombrero cordobés y la chaquetilla negra brillante de lentejuelas cantando y recitando «El Hijo de Nadie». Una gitana tenía un hijo con un marqués e [62] iba con el niño recién nacido a pedirle que lo reconociera. Con gesto altanero, el marqués le cantaba:

«¿Mi apellido? ¡¡¡Tú estás loca!!!

Recapacita mujer.
Tú eres Vargas, la gitana
y yo soy un gran marqués.
Sangre roja y sangre azul
eso nunca puede ser».

Con el tiempo, el marqués se arrepiente y va donde la gitana a reconocer a su hijo, pero el niño ha muerto. La gitana le abre la puerta llorando y le recrimina en un conmovedor recitado:

«Tarde llegaste, marqués,
a volver arrepentío.
Que se me ha muerto mi hijo
ya no quiero tu apellío.
Guárdate tu sangre azul,
tu dinero y tu linaje
y déjame a mí llorar
lo que nació de mis entrañas
y me consume la sangre
pensar que no lo veré
ni me llamará
más madre».

Esta escena hacía llorar a todo el público porteño por la emoción que lograban transmitir estos artistas. Quizás, en la penumbra del Teatro Real los españoles evocaban los tradicionales dúos que en los teatros de Madrid interpretaban Carmen Morell y Pepe Blanco. Pero esa noche, en plena función del Real, al recibir los aplausos, el Niño de Utrera cayó desplomado. La cortina se cerró y al cabo de un momento, el empresario salió al proscenio y anunció la muerte del artista. Un estremecimiento recorrió la platea. Los cortinajes se abrieron y toda la compañía cantó en escena con lágrimas en los ojos La Marcha Triunfal del espectáculo con las Monísimas de Romería desfilando con sus abanicos y sus batas de cola por los pasillos laterales y por la pasarela que habían construido delante del escenario. El público [63] aplaudió de pie y salió consternado. Al día siguiente, fue el entierro del Niño de Utrera en el cementerio de Santa Inés al que asistieron todos los artistas de la compañía después de una misa en la Parroquia de los Padres Capuchinos de Chorrillos. Durante todo el día, las emisoras del puerto transmitieron en homenaje al cantante «El Hijo de Nadie» interpretado por este artista que lograba transmitir la emoción de España con ese famoso diálogo cantado.

En el lujoso Teatro Metro vi «Mujercitas», «El Manto Sagrado», «Ben Hur» y «El Mago de Oz». Eran famosas sus matinales infantiles a las once de la mañana con los clásicos cuentos en versiones de Walt Disney, mientras afuera se escuchaban los acordes marciales de las bandas escolares ensayando para desfilan el 21 de mayo. En ese teatro vimos «Blanca Nieves», «Pinocho», «Bambi» y tantas otras... Antes de la película, transmitían el noticiario Emelco. Una vez, sorprendidos vimos a Margot Loyola en pantalla grande que sólo pensábamos reservada a los artistas de Hollywood. También daban sinopsis y festivales de dibujos animados de Tom y Jerry. Recuerdo que en el intermedio salíamos al foyer alfombrado donde una amiga de mi madre atendía el buffet. Siempre estaba perfumada detrás de un mostrador de cristal y me obsequiaba un paquetito de «delicias turcas» mientras hacía recuerdos de España. Se llamaba Paca Sánchez y aunque han transcurrido tantos años, me parece que escucho otra vez su vibrante timbre de voz.

El Teatro Metro antes de ser remodelado era maravilloso. Tenía cortinajes de color calypso y dos hermosas figuras a cada costado representando a la tragedia y la comedia. Fue estrenado en 1945 con la película «Escuela de Sirenas» con Esther Williams y para la ocasión hubo juegos de agua en el foyer acordes con el tema acuático del film musical. Aquí también vi «Quo Vadis», una película que me impresionó mucho con Deborah Kerr y Robert Taylor, en los papeles de Ligia y Vinicio. Me encantaba la actuación de Peter Ustinov en el papel de Nerón especialmente cuando lloraba y atesoraba cada una de sus lágrimas en pequeños frascos de cristal. Allí estaban también su esposa Popea y su madre Agripina. Otro personaje de esta novela que me fascinaba era el poeta Marco Petronio a quien llamaban «el árbitro de la elegancia». Tanto me motivó esta película que con un amigo reprodujimos Roma a escala en el patio a la que después de muchos [64] meses de trabajo, con cartones, cartulinas y maderas, prendimos fuego como en la novela de Enrique Sienkiewick.

Este libro lo adquirimos en una pequeña librería de la calle Freire atendida por un señor muy circunspecto que también vendía artículos de bromas. Al lado estaba la Casa de Música Sandoval. ¡Ya no existen las casas de pianos! Una dama de pelo blanco era la dueña y siempre estaba allí con su hijo vendiendo partituras de música, violines y cuerdas de guitarra marca «Señorita» o «Mariposa». A veces, la señora se sentaba en el taburete de uno de los pianos maravillosamente brillantes y tocaba a Liszt o a Chopin. Sentado en el Parque Italia bajo la estatua de la Loba Capitolina donde me gustaba ir a leer, me distraía oyendo la lejana música de piano que emanaba de la genialidad de la señora Sandoval.

Otro cine que me gustaba era el Condell especialmente por las pequeñas tiendas que lo circundaban. Me agradaba una que vendía antigüedades y otra que era especializada en filatelia y la atendía un señor llamativamente pálido y silencioso. Siempre estaba allí tomando sellos de África o Singapur con sus pinzas. Las observaba detenidamente con una lupa y luego las guardaba celosamente en unos álbumes. En un Valparaíso lejano, esas pequeñas estampillas nos hablaban de países lejanos y nos hacían soñar en damas misteriosas que escribían cartas en Madagascar o Creta. Por eso, entrar a este laberinto era una pequeña aventura para la imaginación.

En ese pequeño teatro Condell y en el Central junto al mítico Hotel Prat vi las inolvidables películas de Marisol, Pily y Mili, Joselito e Isabel Garcés como «Una vez un Ruiseñor» que rebosaban ingenuidad y añoranza. También vi películas en el Teatro Colón que era famoso por sus festivales de películas de Greta Garbo, Shirley Temple, Jeanette Mac Donald y Nelson Eddy. Aquí vimos «El gran Carusso» con Mario Lanza y «Las siete colinas de Roma» con Marisa Allasio.

De todos los teatros del puerto, el que recuerdo con más cariño es el Carrera que estaba en el cerro Placeres, quizás porque allí vi tantas películas durante la década del 50. Eran programas dobles y triples con películas en technicolor que incentivaban mi imaginación por descubrir otros universos. Allí vi «El Ladrón de Bagdad» con Gordon Scott y las películas de Tarzán con este mismo actor. También mexicanas protagonizadas por

Evangelina [65] Elizondo, una actriz que me encantaba y que con los años vino a Chile. Por cierto, siendo niño fui a pedirle su autógrafo a la salida del Hotel Miramar. Llevaba la mitad del pelo rubio y la otra negro. Creo haber sido su único admirador del puerto, pues viajaba de incógnita acompañando a la delegación de un equipo de fútbol mexicano. No podía creer que teniendo diez años yo hubiese visto «Tropicana» y «Tres balas perdidas» y que la reconociese a la salida de un hotel...

El foyer del teatro Carrera donde había seguido las películas de mi actriz favorita era tan elegante que en una pared había adosada una mascarita que representaba un fauno. Si uno le introducía una moneda, escupía un chorrillo de perfume «Lancaster, tapa lila», según decía mi tía Laura, enarcando las cejas y echándose el extracto detrás de las orejas con la punta de los dedos. La dueña del teatro era una mujer muy bien vestida, de pelo rojo, con varias hijas muy rubias y educadas, una de ellas inválida. Para mí, era una fiesta acudir allí a las funciones dominicales a admirar a mis actrices y actores favoritos, cuyos rostros contemplaba en las grandes vitrinas bajo llave. Nuestro sueño era apoderarnos un día de un cartel publicitario de «Mogambo» con el rostro sabiamente maquillado de Grace Kelly o de una fotografía en blanco y negro de Ingrid Bergman de la que una amiga dijo que se parecía a mamá. Con mis primos canjeábamos envoltorios de caramelos Ambrosoli por unas figuras en las que aparecían esos mismos rostros impresos y los estampábamos luego en el maravilloso Álbum de Astros y Estrellas que nunca más he vuelto a ver...

También iba al Aula Magna de la Universidad Santa María que daba dos películas distintas el día domingo, una en la matinée para los niños y otra en la vermouth para los adultos. Mi placer mayor consistía en asistir a las dos funciones. El ambiente era elegante, con matrimonios muy bien vestidos y en su mayoría gente mayor que compraba mentitas Costa en el mesón de los confites, antes de entrar. En el interior, transmitían siempre música clásica antes de las funciones y encendían unas luces bordeando la pantalla que representaban las banderas y escudos de los países. Aquí presencié también numerosas obras de teatro y conciertos. Mi tía Antonia que me inició en el mundo del arte, me trajo a este teatro muchas veces a oír sinfonías y festivales de coros. Una tarde incluso oímos a Rayén Quitral, la famosa soprano de origen mapuche, que cantó antiguas canciones [66] chilenas: «La Tranquera» y «El Ay Ay Ay» de Osmán Pérez Freire, vestida con una larga túnica araucana. Con su voz potente y su rictus dramático, llevando una diadema en la frente y luciendo una trapelacucha de plata sobre el pecho, cantaba con voz sentida recordando al «Copihue Rojo» junto a la orquesta de Izidor Handler. La segunda parte de su espectáculo incluía fragmentos de la ópera «Fidelio» de Beethoven... En la penumbra de aquella sala, oíamos con unción a aquella cantante, sabiéndola extraída de un sombrío paisaje de bosques sureños al fin del mundo.

Luego recordábamos la función en la casa de mi tía Antonia situada en la avenida Argentina junto a la iglesia de San Juan Bosco. Era un barrio alegre y sencillo, con amistades de la colonia italiana que vivían en las calles Victoria y Colón. Allí estaba la Ferretería Valparaíso que era de la familia Prieto Trespacios, venida de un pueblecito asturiano en la ribera del río Cares. Blanquita Trespacios atendía siempre enfundada en una gruesa bata de color azul. Siempre muy seria, vendía clavos y martillos, pronunciando con su característico acento español.

Enfrente estaba la casa de la familia Costa. Cuando hacían fiestas por la noche, se asomaba una dama muy elegante desde un balcón y arrojaba puñados de caramelos a los niños pobres. Nos gustaba también entrar a la Farmacia Española, llena de frascos de porcelana con rótulos en latín... En la entrada exhibían un cartel de la famosa soprano italiana Adelina Patti con un gran sombrero de plumas y alzando una copa ante una chimenea humeante, haciéndole réclame al Jabón curativo Patti. Con letras muy artísticas decía: «Embelleceos el cutis con la Crema Patti y seréis feliz».

También recorríamos con singular placer los emporios y el noble edificio en esquina llamado El Alcázar que era una hermosa construcción de estilo mudéjar...

En un jardín parroquial

El Padre Luciano Pignoni era un sacerdote italiano de aspecto patriarcal que tenía especial preocupación por nuestra familia. Él fue quien bendijo nuestra casa y quien administró los sacramentos de toda la familia a lo largo de la vida. Le teníamos un gran respeto por su voz profunda, su porte altivo y su tremendo magnetismo que emanaba de su persona. Principalmente congregaba a los jóvenes de la avenida Argentina, estimulándolos [67] en juegos compartidos. Muchas tardes, se sentaba con nosotros debajo de una palmera del Pasaje Quinta y nos hablaba de Turín. Para nosotros era un amigo. Nos inspiraba confianza y a la vez un profundo respeto.

Las tardes de lluvia en ese jardín parroquial de la iglesia San Juan Bosco eran misteriosas y llenas de encanto porque entonces, el padre Pignoni permitía subir a sus habitaciones. Las recuerdo con una fragancia perfumada. Eran cuartos amplios, sombríos, donde flotaba una magia y un ambiente que no había en otras casas. Entonces, podíamos jugar con unos lentes magnetoscópicos con los que se veían vistas de Italia: el Coliseo romano, el Monumento al rey Víctor Manuel, la Torre de Pisa, el Ponte Vecchio de Florencia, las dos torres de Bolonia... También tenía juegos de tablero y revistas infantiles como «El Peneca» que leíamos en unos libros encuadernados. Y cuando nos íbamos de allí, nos regalaba pescaditos de dulce que extraía de unos remotos frascos de cristal.

En primavera se iniciaba el mes de María Auxiliadora que siempre olía a flores. El jardín era bellissimo con pensamientos, jazmines, zinnias y grandes macizos de buganvillas. Cuando no estábamos jugando bajo los árboles, mirando caracoles, buscando cuncunas o enterrando tesoros, estábamos en la sacristía vistiéndonos de acólitos para participar en la novena de la Virgen. Éramos cientos de niños que estábamos ansiosos de compartir y de entablar nuevas amistades en torno a la iglesia. Nos vestíamos con roquetes y esclavinas rojas bordadas con encaje e hilos dorados y salíamos portando faroles o llevando la naveta con el incienso o la patena.

Al término de la ceremonia y después de cantar el Tantum Ergo en latín en medio de bocanadas de incienso, cuando nos sentíamos más puros, el Padre Pignoni siempre rifaba

libros entre los monaguillos. Pienso que él, como europeo adelantado a su ambiente, sabía de la importancia que tenían aquellos cuentos y de cómo podían influir en el desarrollo de nuestra imaginación. Una vez fui el favorecido. Estaba tan contento con ese libro que lo leí esa misma noche y lo conservé durante mucho tiempo como recuerdo de los días de infancia en aquella parroquia. Se llamaba «El Mono Relojero» de Constancio C. Vigil y hoy día, no necesito cerrar los ojos para volver a ver sus ilustraciones y los rostros de mis amigos perdidos...

En esta iglesia hice la Primera Comunión. El recuerdo más [68] bello que tengo -aparte del significado de la hostia y el chocolate en la casa- fue el momento cuando los mayores nos entregaron los regalos que en su mayoría eran -en esa época- unos pequeños depósitos para el agua bendita que se ponían en la cabecera de la cama. Recibí varios, de metal, de loza y de un extraño material nacarado que llamaban concheperla y baquelita, dos palabras que me gustaban mucho. El libro que más me impresionó fue «Los Pastorcitos de Fátima», regalo de mi profesora, con una dedicatoria en líneas oblicuas, escritas con su característica caligrafía en tinta negra. Era un libro de tapas celestes, en sentido horizontal, con unos extraños dibujos que me infundían miedo. Recuerdo que me causó mucha impresión la lectura de ese libro que narraba la historia de Jacinta y sus hermanos pastores, y de cómo en Portugal se les apareció la Virgen.

Estos libros me acompañaron siempre. Los llevaba al jardín o los tenía en el velador. Era tan agradable leer en esos días de invierno, cuando había que guardar cama por una de esas enfermedades infantiles -tos convulsiva, escarlatina, peste cristal, alfombrilla- y debía permanecer a solas en el dormitorio, escuchando la lluvia en el tejado y sentado entre almohadones leyendo «Papelucho en la clínica», «Robinson Crusoe» o «Los Últimos Días de Pompeya»...

Tiendas y palacios de la calle Victoria

La calle Victoria donde transcurrió parte de mi infancia me agradaba por sus tiendas de árabes y turcos. La colonia siria y palestina había establecido aquí su imperio a través de pequeñas paqueterías, «depósitos de lana» y almacenes que vendían medias Laban con costura, cintas de Primera Comunión, coronas de reina, calcetines Monarch y huevos de madera para zurcir. En uno de los escaparates se subía a veces un muñeco humano vestido de frac que se movía mecánicamente golpeando el vidrio con su bastón. Los dueños de la tienda ofrecían una recompensa al que lo hiciera reír. En otra vitrina, una modista del puerto hacía demostraciones públicas en una máquina de coser Singer o Vencedora. Más allá estaba la Librería El Peneca que aún existe, la fábrica de carteras La Chatelet, la Paquetería La Noria del Campo -que algunos llamaban La Novia del Campo- y la Botillería de los Lobos Marinos. Aquí mis tíos maternos instalaron [69] la Zapatería El Cortijo pero no supieron administrarla y desapareció.

Serpenteando por esas calles se llegaba a la iglesia de las Madres de la Divina Providencia que tenía un Asilo de Huérfanas. De allí salieron dos hermanas solteras, Gladys y Lucía, muy monjiles, que eran especialistas en tortas de manjar blanco y dulces chilenos. Vivían solas en una vivienda sencilla detrás de la iglesia y recibían a sus clientes preferidos, en su mayoría matrimonios de la colonia española que siempre le encargaban tortas Pompadour. Eran unas tortas blancas, cuadradas, hechas de almendra que no he vuelto a ver. Las envolvían cuidadosamente en grandes pliegos de papel de mantequilla que sujetaban con alfileres. Aún puedo sentir la atmósfera de la casa de la infancia cuando se desplegaban aquellos papeles dejando ver aquellas tortas inconfundibles de las hermanas de la Casa de la Providencia.

También había modistas de muñecas. Mi madre le llevaba a una señora las muñecas de mi hermana que luego pasaba a retirar. Allí estaban las muñecas de porcelana y loza en unas vitrinas, rodeadas de sombreros y vestidas de encaje y organdí. Esta señora tocaba guitarra, cantaba y vestía también a niñas de la colonia española a quienes les cosía trajes para que luego bailaran en la Academia de Matilde Peón. Muchas veces veíamos en la penumbra del probador a unas pequeñas valencianas o andaluzas ante el espejo de la modista del Almendral. O a niñas alemanas, más serias y distinguidas, que bailaban ballet en la Academia de Margot Mücke y que luego se presentaban de sílfides en el Teatro Velarde.

En la calle Victoria había tiendas de telas en las que siempre exhibían maniqués vestidos o un simple busto de yeso que representaba a una elegante mujer coronada por un impresionante sombrero con un ligero velillo de motas. Allí estaba la Tienda La Rambla que tenía espejos cóncavos y convexos en los que podían mirarse las clientes. Un almacén que me llamaba mucho la atención era El Olivar con sus elegantes estanterías, sus balaustradas del segundo piso y sus hermosos anaqueles de cristal que exhibían porcelanas y adornos traídos de Europa.

Todo este dédalo de calles estrechas que circundaban la calle Victoria estaba lleno de edificios de dos pisos, con almacenes en la planta baja. En su mayoría eran tostadorías, tiendas de afinación de instrumentos, florerías de coronas fúnebres y [70] tiendas de abarrotes llamadas «Menestras». Por allí pasaban los impresionantes desfiles de bomberos con sus grandiosas carrozas fúnebres tiradas por caballos negros. Siendo niños nos impresionaban estas pompas que casi siempre tenían lugar al atardecer cuando cobraban mayor magnitud teatral las antorchas encendidas que llevaban los bomberos. De riguroso uniforme, desfilaban a paso lento y desaparecían por la calle adoquinada bajo el compás de un tétrico timbal.

Otro desfile que nos impresionaba era el Paseo de los Huerfanitos que tenía lugar todos los años en primavera. Desde muy temprano se corría la noticia de que iban a pasar por tal o cual calle. Los porteños estaban ansiosos. No sé por qué este paseo anual despertaba tanto cariño, tanta ansiedad o tanta compasión. Se había convertido en algo entrañable de Valparaíso, como las sirenas de incendio, el viento sur o el pitazo de la Maestranza de la Avenida España que anunciaba la salida de los obreros. De pronto escuchábamos que la gente gritaba «Ahí vienen», «Ahí vienen». Desde las ventanas del colegio Tránsito Silva en la avenida Argentina o en la calle Colón, corríamos para ver pasar a los «huerfanitos» de

Valparaíso, haciendo señas en las ventanillas de las micros pintarrajeadas y llenas de globos. Allí estaban esos niños de mirar tremendo agitando banderitas chilenas y tocando pitos, en una demostración de alegría inusual. «No tienen papás», decía la gente con una inflexión de piedad y moviendo la cabeza. Ahora pasaban velozmente cantando canciones que no conocíamos en medio de las bocinas de las micros que los transportaban y que a toda costa querían hacerse notar. Decían que venían de un paseo en Santos Ossa, que era la única salida anual de aquel asilo lejano... Lo cierto es que ese Paseo dejaba una triste huella en nuestros corazones cuando veíamos pasar la caravana por las calles del puerto.

En la calle Victoria estaba el palacio de la familia Labarca... en ruinas después del gran incendio que lo destruyó. Hace años -invitado por el pianista porteño Juan Leighton- estuve en su interior visitando a las dos hermanas Estrella y Marie Charlotte, personajes enigmáticos y poéticos que han poblado la geografía humana de Valparaíso. Estrella era la mayor y siempre acudía a las reuniones de la colonia española vestida con un traje de color rosa viejo, un camafeo al cuello y una peluca de rizos. Era pintora naiff ya que incluso firmaba los cuadros pintando una [71] estrella y una barca: Estrella Labarca. Al Club Español de Valparaíso le regaló uno de sus óleos que representaba a la reina Isabel la Católica. También vi cuadros suyos de temáticas florales. Marie Charlotte era la menor. Siempre altiva, con la mirada lejana, refugiada en sus recuerdos y abolengos. Allí estaban siempre, asomadas a los ventanales del palacio que daban a la calle Almirante Barroso, en medio de aquel mobiliario francés y bajo el escudo de armas de la familia. Luego pasaban al comedor original de Enrique VIII y mostraban la platería inglesa, las porcelanas, el piano que había sido traído de la Exposición Universal de París...

Las Labarca eran marquesas de las Siete Iglesias, descendientes de la nobleza española, herederas de los títulos nobiliarios del Marqués Calderón de la Barca, siempre viviendo en aquel rancio palacete de comienzos de siglo en donde Marie Charlotte Elena, rodeada de gatos, tocaba al piano a la luz de los candelabros. Todavía hoy se la ve deambulando por las calles del puerto, con el pelo blanco suelto y sus sandalias verdes llevando en la mano un gladiolo. En uno de sus álbumes guarda una foto suya, un retrato del fotógrafo Rolando, en blanco y negro, en el que se la ve de joven, con un ramo de azucenas en el regazo.

Muchas tardes de viento, Marie Charlotte iba a saludar a Diela Reed, su amiga, en el caserón del doctor Reed, frente al Hospital Alemán, en la calle Guillermo Munich del cerro Alegre... Una tarde, Marie Charlotte escribió un pensamiento en el álbum de firmas de los Reed y luego se lo pasó a su esposo, don Guillermo Watterson-Montt Zúñiga, descendiente del Presidente de la República don Manuel Montt, especializado en genealogía, conocedor del ambiente británico del cerro Alegre y entusiasta estudioso de las familias antiguas del puerto. Allí, en ese álbum perdido en un arcano baúl, quedaron estampadas las rúbricas de este poético matrimonio del puerto.

A estas tertulias en la casa de los Reed llegaba también la actriz Violeta Adam, haciendo recuerdos de los tiempos en que cantaban opereta y actuaba en «El Conde de Luxemburgo» con su hermano Fernando que tenía una voz extraordinaria. Los Adam provenían de una

familia catalana que tenía casa en un pasaje de la avenida Francia. La abuela era de Barcelona y tenía un remoto parentesco con Sarah Bernhardt a tal punto que guardaban en el álbum de la familia -marcada la página por una cinta roja- una fotografía en la cual se veía a la famosa actriz francesa [72] en su visita a Valparaíso retratada con sus parientes porteños en los ventanales de un lujoso hotel de la calle San Juan de Dios. La abuela tocaba arpa y formó a sus nietos en los caminos del arte. Ambos hermanos actuaron mucho en los teatros de Valparaíso a comienzos de siglo, siendo famosas sus actuaciones en «La Viuda Alegre». Con posteridad, Violeta, que tenía unos profundos ojos azules, «tirando al violeta» como ella misma decía, y un acento muy particular, trabajó en los primeros radioteatros de los años treinta junto a Eugenio Elordi «y un gran elenco».

Con una compañía de grandes actores representaron en el teatro y en la radio a los clásicos españoles, ingleses y norteamericanos. Violeta Adam interpretó con su voz los papeles que Greta Garbo encarnaba en el cine, entre ellos «Anna Christie» de Eugene O'Neill, su papel más recordado en la radio. Otra obra que interpretaba con su dicción característica y su acento remotamente catalán era «Mañanitas de Sol» de los hermanos Álvarez Quintero, representando los papeles de la abuela y la niña joven a la vez. Los diálogos eran muy vivaces y lograba muy bien apoderarse del papel de la abuela ya que imitaba a su propia abuela catalana en las inflexiones de la voz. Ésta era tan característica que, todavía joven, tenía un programa radial a fines de la década del 50, llamado «La Audición de la Abuelita». Tan marcada estaba por su propia abuela que jamás se desprendió de su figura a tal punto que los niños se sentían defraudados cuando veían salir de los camarines del Teatro de la Biblioteca Severin a una actriz bastante más joven de como se la habían imaginado. Al domingo siguiente encantaba al auditorio infantil representando al Hada Escarlata con su vestido largo rojo y su varilla mágica. Violeta Adam siguió actuando en el teatro, especialmente en esporádicas operetas o comedias musicales donde lucía su voz, pero las modernas corrientes teatrales la sacaron muy pronto de la escena.

Personajes de la radio

Muchos de estos actores y actrices dejaron grabadas sus voces en los estudios de la Radio Cooperativa Vitalicia, «la voz de Chile para toda América». Ésta fue una de las radios más antiguas del país, inaugurada el 20 de febrero de 1935 con un mensaje que dirigió al país el Presidente Arturo Alessandri Palma. La [73] radio funcionaba en la parte posterior del Teatro Valparaíso y a ella acudían los locutores más famosos que llegaban a sus auditores simplemente con la magia de la voz. Entre ellos se destacaron Mario Pechini, Renato Deformes, Alejandro Michel Talento, Renato Jiménez Orozco -a quien se le conocía con el pseudónimo del Conejito Blanco- y desde luego Berta Rioja, El Hada Madrina, que transmitía su programa La Hora del Niño con cuentos, canciones y poemas...

Berta Rioja de Rioja era sobrina del empresario Fernando Rioja, fundador de la Compañía Chilena de Tabacos y propietario de la Quinta Rioja de Viña del Mar. Esta dama

de la radio -casada con un hijo de ese hombre de empresa- tenía condiciones especiales para comunicarse con los niños y jóvenes a los que formaba para que luego trabajasen como locutores o libretistas radiales. Siendo niños, nos fascinaba el embrujo que emanaba de su voz... También escuchábamos La Audición de los Enfermitos... ¡y las «comedias» radiales protagonizadas por Luchita Botto, Quela Briones y posteriormente por actores cubanos! Recuerdo «La Rebelión de la Juventud» protagonizada por dos hermanas, una buena: Xiomara, y una mala: Olga Lidia. También oíamos al Doctor Mortis que era Juan Marino, al Comisario Nugget, la Tercera Oreja y el Capitán Silver en la voz de Ricardo Montalbán. ¡También al Padre Pienovi con su Audición Cantemos!

Por la radio Presidente Prieto oíamos los schottisch madrileños con organillo, los cuplés de Lilian de Celis, los pasodobles de Pepe Lucena o las canciones de Pepe Blanco que estaba de moda, como «Me debes un beso», «Amor que vive cantando» o «Frente a frente». Teníamos también una vitrola en la que escuchábamos discos en unos sobres de color barquillo. Me gustaba una canción de Juanito Valderrama que se llamaba «El Emigrante» y que decía:

«Te voy a hacer un rosario,
con tus dientes de marfil»...

Esta canción se refería al tema de la emigración que a mí me impresionaba mucho. No tenía conciencia todavía de lo que significaba, pero lo intuía a través de las conversaciones que había en mi casa en las que siempre se añoraba España. La radio jugaba un papel importantísimo en los hogares. Era de madera con un ojo de vidrio verde que nos miraba como un cíclope [74]. A la hora de almuerzo se giraba la perilla y la pupila de ese ojo se dilatava o se contraía, mientras del interior de una tela color barquillo aparecían esas características voces mezcladas al pasar de una emisión a la otra. Finalmente mi padre sintonizaba Radio Agricultura que siempre transmitía avisos radiales del jabón Flores de Pravia, Medias Kayser o Cocoa Peptonizada Raff. La publicidad era muy simple. Dos locutores iban alternando frases leídas sobre cada producto: «¿Por qué el aceite Cocinero es de todos el primero?». Mucho más tarde aparecerían los «gingles» en los años 60 que eran propagandas cantadas:

«De noche y de mañanita, Odontine
suave, cremosa y fresquita, Odontine».

O bien:

«Lux, Lux, Lux, el jabón de las estrellas
Lux, Lux, Lux, sea linda como ellas».

Amparados por la magia de la radio, imaginábamos los rostros de los locutores en la penumbra de la habitación. Un día, los veíamos salir de un café del puerto y alguien nos decía: «Ese hombre que va allí es Luis Muñoz Ahumada», «Ese señor es Alex Varela Caballero». O bien «Ese caballero que está sentado en esa mesa es don Justo Ugarte que «sale» en la radio en «Adiós al Séptimo de Línea». Lo mirábamos con respeto. Con

admiración, pendientes de cada sorbo en su taza de té. Eran seres mágicos, con alma.

Otro personaje radial fue Eugenio Elordi, que tenía un programa después de almuerzo llamado «La Audición del Buen Provecho». Kenito Elordi, como también lo llamaban, era un personaje característico del puerto. Como Violeta Adam, tenía también una inconfundible manera de hablar, cierta entonación irrepetible y ligeramente aterciopelada. En su audición solamente transmitía música española, principalmente cuplés de Margarita Sánchez o canciones de Conchita Piquer como «En Tierra Extraña». Además, era el encargado de las cobranzas de las cuotas de socios de la Unión Española de Deportes y por eso, lo veíamos llegar puntualmente, todos los últimos viernes de cada mes, a cobrarle la cuota a mi padre al negocio Peña Hermanos de la calle Independencia.

Apenas lo veía entrar con su bigote blanco y lo escuchaba hablar con el mismo tono de la radio, sabía que era él y me quedaba [75] mirándolo largo rato, oyendo cómo hablaba con papá y paladeando la cadencia de su voz que luego, después de almuerzo, volvía a oír por la radio, leyendo los anuncios de las tiendas comerciales del puerto: «Las Dos Campanas», «El Negro y el Globo», «Zapatería El Quijote», «Fajas Nirvana», «Librería El Pensamiento», «Calzados Lepanto, donde comprar es un encanto»...

Una vez, años más tarde, hablé con él en la plaza Victoria. Sentados en un escaño y ya completamente retirado de la radio, hacía recuerdos del tiempo de las filarmónicas y las estudiantinas. Me hablaba de los concursos de mantones de Manila, de los bailes del Estadio Español, de los carnavales estudiantiles y de los trucos en el radio teatro, de cómo hacían para imitar el sonido del viento, el trueno, la lluvia, los pasos sobre la acera y hasta los besos. De toda esa música de su «Audición del Buen Provecho» ya no quedaba nada. Mi padre le compró -para ayudarlo cuando ya no tuvo trabajo en la radio- gran cantidad de discos: 78 con pasodobles de Lola Flores como «Ay Sevilla, villa, villa» que aún andan rondando en algún viejo ropero. En aquella oportunidad me habló de sus inicios en la radio y en lo mucho que le desagradaba el teatro moderno de Federico García Lorca, un teatro que, según sus palabras, había echado por tierra el buen teatro declamado que se hacía antes. Un día supimos que había muerto en una pensión del barrio del puerto, completamente olvidado...

Personajes amables, tristes o risueños ha habido siempre en el puerto. La provincia o la ciudad pequeña tienen siempre esa ventaja sobre la impersonalizada capital. Resguardan en sus intrincados laberintos toda la inconmensurable paleta humana.

Entre todos aquellos seres poéticos, sobresale en mi corazón Oscar Kirby, la Ocarina Humana, casado con Flor del Lago. Era un matrimonio bastante excéntrico que cantaba y silbaba en los transatlánticos de lujo que llegaban al puerto. Cada cierto tiempo se embarcaban en ellos y no volvían hasta la próxima temporada, siempre cargados de baúles y con ropa traída de países lejanos. Él siempre paseaba unos inmensos perros por las calles céntricas, siempre vestido de blanco y con un sombrero de cinta azul. Decían que se empolvaba el rostro. Que se maquillaba. Que se había casado con Flor del Lago porque era rica. En ese tiempo, era un matrimonio que despertaba toda clase de comentarios en el puerto, al punto que pasaron a la leyenda. [76]

El señor de los viejos sombreros

En los altos de la librería La Joya Literaria existe aún hoy día un soberbio edificio que da albergue al Club Naval. Junto a la puerta principal con su escalinata alfombrada hay otra puerta que daba a la casa de don Manuel Venegas, uno de los principales sombrereros de la ciudad. Cuando yo lo conocí, ya era un hombre arruinado porque nadie le compraba ni arrendaba sus sombreros, pero puedo atestiguar que allí, en esa casona de techos altos, vi la mayor colección de sombreros que alguien pueda imaginar. Eran maravillosos y dormían en perchas por toda la casa, en vitrinas de cristal bajo llave y aún en grandes sombrereras.

Don Manuel Venegas arrendaba sombreros, guantes y boas de plumas a la más rancia aristocracia del puerto durante la primera mitad del siglo XX. Su mayor reliquia era una boa de plumas de color zapallo que -según decía- le había alquilado a Vivien Leigh cuando estuvo presentándose en el Teatro Municipal de Santiago. Don Manuel la sacaba con gran cuidado de su estuche como si en verdad fuera una boa y contaba cómo se la había echado sobre los hombros la protagonista de «Lo que el viento se llevó». También atesoraba cajones repletos de abanicos de plumas de avestruz y unas plumas maravillosas de color marrón veteadas de negro que llamaba «cuchillos de faisán». El salón de recibo, bastante venido a menos, lleno de muebles arrumbados, se componía de grandes espejos de marco dorado, altísimos, que casi llegaban al techo y un inmenso gobelino francés bastante desteñido por el sol. Una vez tenía encaramado en un andamio a un mozo suyo retocando el vestido de una reina con lápices de colores.

Don Manuel Venegas era un personaje excéntrico del viejo Valparaíso, aunque jamás salía de su casa. Simplemente ordenaba y ordenaba sus sombreros en sus percheros y vitrinas, y recibía a tomar el té a empolvadas damas de edad de Valparaíso que acudían allí a hilvanar recuerdos de otro tiempo, de cuando todo era más elegante y se acudía a las temporadas de ópera en el Victoria.

En medio de palanganas que recogían el rítmico gotear de la lluvia, hablaban de una dama de pretéritos linajes que tenía la cara esmaltada y de una señora madrileña que atendía el buffet de confites del teatro Velarde. Una vez fui a saludarlo. Subí aquellas [77] escalinatas de mármol que comunicaban con otras casas. Al llegar al tercer piso, me llamó la atención que la puerta estaba junta. Empujé y no pude creer lo que veía. Aquellas abarrotadas habitaciones estaban completamente vacías. Don Manuel Venegas había fallecido en esos días y unos lejanos parientes vinieron rápidamente a rematar todo. No quedaba rastro de aquel mundo. Era como si el viento frío de la eternidad se hubiera llevado aquel vetusto mundo de plumas y abanicos.

Otro ser misterioso y poético fue Carola Esponda, una mujer «de buena familia» que tenía joroba y que andaba siempre muy maquillada en medio de actrices y actores

noctámbulos en los bares del puerto. Contaban que se había ido de su casa, que vivía en una pensión con actrices y bohemios, que era concertista de piano...

Es que ese tiempo de mediados de siglo en Valparaíso era una época llena de personajes mágicos, una época fascinante en la que había tiempo para reunirse en las casas, para esperar bien vestidos el almuerzo del domingo y para oír discos rayados en un gramófono, recordando momentos bellos al calor de un tango o un schottisch. Tiempo de seres únicos e irrepetibles que se reunían a compartir para cantar alrededor de una mesa bien servida...

Veladas musicales a la hora del té

Un tío de origen italiano, de gran temperamento, dueño de la Tostaduría La Independencia, cantaba fragmentos de ópera todas las tardes, después de atender el mostrador. Se llamaba Carlos Marino y también tocaba violín, abriendo sobre un alto atril unas partituras de Sarasate. Me gustaba mucho ir a su casa porque siempre estaba al tanto del teatro y tenía un carácter conversador y alegre. Puede decirse que a él le debo el gusto por la música. En el living tenía una curiosa lámpara cilíndrica con un aspa en su interior. Al encenderla, el aspa giraba y producía un efecto de movimiento en unos paisajes que se veían al trasluz. Así, los molinos giraban y el agua de la cascada daba la impresión que caía. También tenía un mueble de vitrola donde escuchaba sus discos italianos y canciones napolitanas de Dino Butti. «Cuando yo me muera, dentro de esta vitrola va a estar mi tesoro» solía decirme. Luego le daba cuerda y ponía siempre música [78] italiana, cantando al unísono con Tito Schipa las canciones «Mamma» y «Torna Sorrento». Era además el que me llevaba a la zarzuela y el que me inculcó cierto sentimiento artístico. Junto a él, mi tía Laura Reale cantaba un repertorio de canciones antiguas como el «Ay ay ay», «La Tranquera», «El Copihue Rojo» o «Río Río» con su hermosa voz de soprano de timbre tan único. También llegaba a esa casa una amiga de mi madre que era sevillana. Se llamaba Maruja Flores y recitaba el larguísimo poema andaluz «Parque de María Luisa». Tenía un gran moño y una voz muy aguda con la que recitaba:

«Los claveles del Parque de mi Sevilla
se suben ellos solos a las mantillas»

Luego, en un momento dramático, preguntaba con su acento andaluz:

«¿Que no lo conoce usted?»

La esposa de mi primo Miguel se llamaba María Antonieta y también cantaba en aquellas veladas con una voz lírica en aquel comedor, en medio de vitrinas con copas y arreglos florales de centro de mesa. También había una señora Harrington que cantaba arias de ópera. La hermana de mi madrina actuaba también en teatro. Elba Leighton -cuyo nombre me parecía de novela- actuó en «La Dama Boba» de Lope de Vega en la compañía de Elsa Croxatto que se presentaba en los salones del Club Español frente al Arco

Británico... Todos estos personajes tenían música en el corazón, eran fantasmas de otro escaparate, seres escapados de una tarjeta postal en sepia. Ahora que los evoco y los fijo en mi memoria como hacemos con los retratos en un álbum, me parece que me sonrían desde lejos, como comprendiendo... Es que todo en aquellos años era distinto, hasta el sabor del sueño...

Casi siempre, cuando llovía torrencialmente, nos quedábamos escuchando el rugido del mar. Mi madre hacía chocolate con churros mientras mi padre jugaba al dominó con mi padrino si era día domingo. Afuera el viento agitaba violentamente el laurel y había que encender las luces del comedor a las cinco de la tarde. Cuando nos sentábamos a la mesa, las conversaciones eran recurrentes a estos personajes que estaban muy presentes [79] en nuestras vidas. El mundo giraba en esa herradura poblada de luces que se abría al mar. Y nada había más allá como no fuera un recuerdo hacia Valparaíso.

Hacedora de la fantasía

Mi madrina fue la principal hacedora de la fantasía a través de sus regalos que invariablemente eran libros. Se llamaba María Olga Leighton y vivía en el pasaje Gálvez del cerro de la Concepción, en una inmensa casa verde que tenía en el centro, una victoriana escalera de caracol. Había sido en otra época un convento de monjas de clausura y de ese tiempo conservaba un piso de linóleo. A mí me gustaba mucho ir a esa casa llena de muebles y cuadros, con un piano y figuritas de porcelana, para subir por la escalera a los pisos superiores que tenían una extraña fragancia a misterio.

Allí había muebles vetustos y libros en inmensos estantes. Pero nadie dormía allí. Eran cuartos vacíos. También había una terraza que daba al mar. Recuerdo que salíamos a ese espacio lleno de viento y desde la altura mi madrina me mostraba las otras casonas del vecindario donde vivían las familias británicas o alemanas.

Fue ella en realidad quien más cultivó en mí el amor por la lectura. Una vez me regaló «Corazón» de Edmundo d'Amicis. Puedo recordar nítidamente el dormitorio de mi infancia donde leí este libro, el papel mural con su arabesco de color gris perla y aquellas ilustraciones que mostraban a Garrón y al protagonista de aquel cuento mensual que se llamaba «De los Apeninos a los Andes». Éste fue el primer libro que me hizo llorar. El segundo fue «La Cabaña del tío Tom». Fue en ese tiempo -tenía yo nueve años- cuando mi madrina me regaló algo que fue determinante para descubrir mi vocación de escritor. «Adivina lo que es», me dijo con una sonrisa cómplice, extendiéndome un paquete envuelto en un vistoso papel. Ciertamente no era difícil adivinar porque tratándose de ella invariablemente era un libro. «Sí», me dijo. «Pero es un libro muy especial. Este libro no tiene argumento, no tiene personajes, no tiene diálogos, no tiene principio ni final...» Desconcertado, le pregunté: «Pero, entonces... ¿de qué se trata?». Con una mirada triunfal, me respondió: «No se trata de nada. Es un libro en blanco para que tú lo escribas. Aquí [80] vas a poder escribir la historia que te gustaría leer, la historia de tu propia vida en la que tú

seas el protagonista. Y tus hermanos y tus amigos serán los otros personajes». Impaciente, abrí el paquete. ¡Era un diario de vida! Ella continuó: «Tiene un candado, porque ese libro tiene un solo lector. Serás tú el único que lo lea y lo escriba... ¡Es un libro secreto!»

Aquello me pareció fascinante, mágico. ¡Escribir un libro! ¡Para un solo lector: yo mismo! Aquello era verdaderamente original. «¿Puedo empezar inmediatamente?» le pregunté. Era Navidad y había mucho para escribir, pero ella me indicó con el índice en alto: «Espera hasta que comience el año. El primero de enero vas a escribir tu primera página».

Aguardé impaciente ese día y comencé a escribir en mi pequeño escritorio, rodeado de mis libros favoritos, mi lapicero y mi frasco de tinta. «Querido diario: Ésta es la primera vez que escribo un diario como también la primera vez que escribo un libro». Se había iniciado mi carrera de escritor. Así fui escribiendo día a día lo que iba aconteciendo, las salidas a la playa, las vacaciones en Talagante, las visitas a las casas de los amigos... Pero cuando se iniciaron las clases, sufrí una decepción porque ya no había nada interesante para contar. Entonces, mi madrina -que quizás era un hada madrina- me consoló diciéndome estas palabras «mágicas»: «No te preocupes. Siempre hay algo que escribir. Y si no te ha pasado nada, ¡inventa!»

Así, descubrí que el diario de vida también admitía inventos, fantasías, sueños. No sólo se podía contar la realidad, sino que era posible transformarla a la medida de nuestra imaginación. De esta manera, el libro comenzó a variar de rumbo: había una niña asomada a un balcón que se llamaba Laura Elena. Nunca conversé con ella porque estaba lejos, al otro lado de los jardines. Pero una vez me gritó su nombre. Entonces, yo contaba en el diario que había ido con ella a las dunas de Con Con o a recoger conchitas a la orilla del mar. No había salido nunca de mi casa con ella, pero en el diario, aquello era posible y cierto.

En otra oportunidad, una dama de agradable voz llamó por teléfono a la casa, preguntando por alguien que yo no conocía. Le contesté amablemente que se había equivocado de número. Entonces ella inició una larga conversación, preguntándome mi nombre y hablándome muy amigablemente. De pronto, me dijo: «Lo siento, voy a tener que cortar». «Un momento», le dije. «¿Ni siquiera me va a dar su nombre?». Hubo un silencio al otro lado [81] de la línea. Antes de cortar, aquella dama de edad indefinida me contestó simplemente: «Carmen Lux». Desesperado, busqué su nombre en la guía de teléfonos, pero no había nadie que se llamara así. ¿A quién contarle aquello si no al diario de vida? Entonces me desahogué en esas páginas, imaginando toda clase de conjeturas en torno a Carmen Lux. ¿Sería una pianista que vivía sola en una casa del cerro Alegre? ¿O acaso una viuda de Playa Ancha que vivía en los altos de una panadería, una señorita aburrida que trabajaba en una farmacia, una modista con poca costura o una señora despreocupada en el salón elegante de su casa? Sin quererlo, estaba imaginando diversos personajes literarios que tenían un mismo nombre: Carmen Lux.

El diario se terminó rápidamente y mucho antes de finalizar el año. Bien pronto y sin preámbulos, llegó mi madrina con el segundo «libro en blanco» como ella los llamaba. Esta vez comencé a escribir con una innovación respecto del primero, porque iba titulando cada

capítulo. La idea la había tomado del último episodio del primer diario que había encabezado precisamente con la frase: «Carmen Lux o el Misterio de la Voz». Ahora ya me gustaba más escribir cada día un pequeño cuento, no importaba que no hubiera transcurrido nada especial. Cualquier trivialidad, yo la convertía en relato merced a la magia de las palabras. Incluso, uno de los párrafos termina diciendo precisamente: «Lo importante es escribir».

El nuevo diario se complementó además con recortes de diarios. Había en mí una vena periodística pues me gustaban las noticias que tenían más interés y también una nota dramática. Seguí escribiendo diarios de vida a lo largo de los años. Esta escritura me soltó la mano, igual que a los dibujantes el trazar croquis del natural. Esto fue muy importante porque fue en aquella infancia de Valparaíso cuando eduqué el sentido de la observación, de la reflexión y de la escritura a través de estos diarios de vida escritos con tinta y emoción.

Perfumes de la infancia

Cuando mis tías llegaban de visita a la casa dejaban siempre en el pasillo una intensa estela de «Maderas de Oriente», ese perfume español que venía en un frasco de madera con un largo cordón azul terminado en una borla. Mi madre tenía uno [82] sobre el cristal de la toilette. Me gustaba mucho destapar aquel frasco misterioso, escuchar el tintineo de la tapa y oler aquella fragancia que provenía de una turbia profundidad donde naufragaba una pequeña rama anudada con una cinta.

El día 12 de Octubre que era el de la Raza íbamos invariablemente al Club Español donde se reunía la «Colonia Residente». Las damas llevaban puestos sus abrigos de patitas de astracán con un suave perfume a roperos vetustos. Aromas de alcanfor y de vagas esencias. Mis tías españolas se echaban gotas de «Embrujo de Sevilla» detrás de las orejas y en las muñecas antes de salir a misa. El frasco tenía una etiqueta con un dibujo de la Giralda. Los caballeros españoles como mi padre se echaban «Varón Dandy» en el pañuelo del bolsillo superior de la chaqueta. «Varón Dandy» era el clásico perfume español para hombres, en tanto que las jovencitas, vestidas de asturianas, se echaban gotas de «Maja». Este perfume era exquisito y su frasco también inolvidable, pues tenía un rótulo pequeño con letras rojas y una española bailando con peinetón y mantilla sobre fondo negro.

Los baúles tenían también fragancias misteriosas. El de mi casa tenía un pavo real en la tapa y unas garzas que remontaban vuelo a lo lejos. Al abrirlo, salía una emanación a lavanda y en el fondo había una almohadilla de tul con remotas flores y semillas aromáticas. Este baúl estaba en la habitación de mi tía Laura. Cuando iba al baile o cuando concursaba en la elección de reina de la colectividad española de Chile o lucía en un concurso un mantón de Manila, abría el baúl -que mi madre llamaba «la caja»- y extraía de ese fondo misterioso peinetas, horquillas y aros en forma de uva, como si fuesen reliquias de un naufragio. Mi hermana, a su lado, sacaba el vestido de valenciana, dorado con

celeste, y todo el cuarto quedaba impregnado de fragancias extranjeras y sobre la cama, desplegados, inmensos pliegos de papel de arroz.

Como toque final, mi tía Laura se echaba detrás de las orejas unas gotas de «Orquídea Salvaje». Una vez se le volcó en el ropero de mi madre un frasco diminuto de extracto y por mucho tiempo, al abrir una de las enormes tres puertas, se escapaba una fuerte bocanada dulce de rosas rojas. Hasta las carteras, al abrirlas, despedían su olor. Visones, echarpes, velos de misa, guantes, mantillas o pañuelos. Todo tenía en la infancia de Valparaíso una fragancia particular. Hasta las pastillas de jabón: «Palmolive», «Reuter» o «Sueño de Oro». Mi madre guardaba bajo llave, [83] en una cómoda, una caja con pastillas de jabón «La Toja» -traídos de España- que se ponían en ocasiones especiales en la jabonera del baño. Otras veces, aparecían otros jabones olorosos: el «Le Sancy», de forma ovoidal o Rococó. El jabón «Flores de Pravia» era el que más me gustaba porque formaba mucha espuma. Hasta una vieja chinita con abanico envuelta en papel celofán recibió mi mamá de regalo como pastilla de jabón. Su perfume todavía impregna el cajón de la toilette donde guarda las joyas.

El tiempo de los transatlánticos

Tiempo hermoso fue el de los transatlánticos que llegaban a puerto con sus luces majestuosas entrando a la bahía. Eran blancos con varias chimeneas y en ellos venían viajando familias de otros países que bajaban tan sólo de paso a Valparaíso dejando sus huellas fantasmales en nuestras calles. Teníamos la impresión que dejaban ennoblecidas las aceras. Al caer la tarde veíamos a las damas rubias y bien vestidas con abrigos de pieles que regresaban al «Reina del Mar» o al «Reina del Pacífico» en medio de los organilleros. A lo lejos se oía entremezclada la sirena llamando a los pasajeros. Nosotros íbamos también a dejar a tío Lázaro que trabajaba como tripulante en esta cadena de buques británicos de mediados de siglo.

Tío Lázaro era español de Santander y cuando recalaba su barco en Valparaíso iba a vernos a la casa de los Placeres llevándonos regalos, especialmente libros de la editorial Calleja y juguetes importados a cuerda que no se veían en el puerto, entre ellos, un carrusel y un trompo musical. Me gustaba verlo en mi casa, siempre con su impecable uniforme azul marino y su sonrisa franca. Me tenía mucho cariño y me hablaba de los viajes y de la vida en alta mar. Al despedirlo en el buque, nos invitaba a conocer los camarotes, la iglesia, el teatro, las salas de juego, los comedores y las salas de estar. Todo allí era elegante e inmenso, con música de fondo de una orquesta en la cubierta. Me parecía que iba a viajar también en esa nave con aquellos pasajeros que hablaban otros idiomas y olían a fragancias desconocidas.

Ya era hora de descender por la pasarela. Bajábamos con mi padre y ya en el muelle, escuchando a la orquesta que interpretaba la «Marcha del Adiós», nos quedábamos haciendo señas con los pañuelos hasta que la nave se perdía en alta mar. [84]

Un viejo almacén

Papá tenía un negocio en la calle Independencia que era tradicional en Valparaíso. Allí estuvo, casi en la esquina con Uruguay por más de sesenta años, atendiendo principalmente a la colonia española del puerto con quesos mantecosos, aceitunas de Azapa y turrones de Alicante y Jijona para Navidad. El negocio Peña Hermanos fue fundado por su hermano Tomás que fue el primero en llegar a Chile desde Fermoselle, un pequeño pueblo castellano en la frontera con Portugal.

Eran tiempos difíciles en la España de comienzos de siglo, cuando los jóvenes de los pueblos iniciaban la emigración hacia tierras de América buscando nuevas vidas. Unos iban a La Habana e instalaban pequeñas tiendas de encaje y lencería. Otros emigraban a Buenos Aires donde comenzaban a trabajar como camareros en las elegantes confiterías de la avenida de Mayo. Había asturianos y extremeños que fundaban bares y cantinas en Caracas, Montevideo o Bogotá. Hubo también quienes se aventuraron a emigrar hacia Tucumán. Contaban en el pueblo de mi padre que esta ciudad era tierra maravillosa donde era fácil surgir. Y es a esta ciudad a donde emigra la madre del niño protagonista del cuento «De los Apeninos a los Andes» del libro «Corazón» de Edmundo d'Amicis que a mí, siendo niño, me hacía llorar. Pero no fue a Tucumán a donde emigró tío Tomás, sino a Valparaíso, ciudad cuyo nombre escuchó una tarde, cuando iba a la vendimia bajo el castillo de doña Urraca. ¡Valparaíso! Era una palabra mágica. Sabía a viajes, a tierras exóticas. Pronto, mi abuela consiguió dinero para embarcar a tío Tomás en una nave que zarpaba de Vigo. Al poco tiempo bajaba por la pasarela en el puerto sudamericano, vistiendo ropas de campesino español.

En Valparaíso trabó contacto con la colonia, porque tío Tomás era franco y expansivo. En su mayoría eran paisanos como él que trataban de abrirse camino en las calles de una ciudad portuaria en sus inicios. Así fue como conoció a un español de apellido Serrano avecindado en Chillán. Este señor le ofreció que fuese su representante en Valparaíso para la venta de chorizos y longanizas características de esta ciudad. Mi tío Tomás que conocía el rubro de los productos del cerdo, tan representativos del pueblo familiar donde se estilaba la ritual ceremonia de la matanza del animal, aceptó encantado y pronto tuvo su clientela, en su mayoría otros coterráneos que deseaban degustar productos [85] con sabor a España. Al cabo de un tiempo, arrendó un pequeño local en la calle Independencia. Los vecinos le desaconsejaban ya que todos los anteriores arrendatarios habían fracasado en el negocio, pero tío Tomás tenía muchos deseos de salir adelante y sabía que podía triunfar. Así fue, ya que con las ganancias, compró nuevas cantidades de chorizos y longanizas que salía a vender en una bicicleta con canasto.

De esta manera, fue poco a poco estableciéndose en la ciudad, a tal punto que mandó buscar a mi padre. Éste se encontraba en la faena del apaleo de la aceituna en los campos de olivos que circundan el río Duero, cuando recibió la carta. El único inconveniente era que

tampoco contaba con el dinero suficiente como para pagarse el pasaje. Pero un español vecino, que estaba visitando su pueblo natal y que había fundado una librería en la calle Ahumada de Santiago, le ofreció pagarle el pasaje en barco con la condición de que le devolviera el dinero cuando le fuese bien en tierras de América. «Andate a Chile», le aconsejó. «Y si es a Valparaíso, mejor». Al poco tiempo, mi padre se embarcaba también en Vigo rumbo a Valparaíso sin saber siquiera dónde estaba Chile en el mapa. Éste fue el origen del negocio Peña Hermanos al que llegaron posteriormente mi tío José y mi tía Consuelo cuando las bases del almacén estuvieron más sólidas.

Tanto creció en popularidad este negocio que al poco tiempo compraron el almacén de al lado, La Barcelona, que pertenecía a unos catalanes. Derribaron la pared que los separaba y organizaron un solo emporio especializado en abarrotes, charqui, sierra ahumada, pasas y el clásico turrón navideño de todas las especies que era tradicional en diciembre y el verdadero imán que atraía a los clientes españoles.

El negocio estaba dispuesto en U. A mano izquierda estaba el mostrador principal detrás del cual se situaban mis tíos y uno de mis primos aguardando a los clientes. Allí estaban colgando los chorizos españoles, las longanizas de Chillán que eran la especialidad y los jamones crudos. Detrás estaban las estanterías abarrotadas de frascos de anchoas y conservas finas. Lo más característico era la vitrina muy bien decorada con una pintura popular que representaba tres chanchitos en un campo sureño con un volcán al fondo. Papá cuidaba mucho de la exhibición de las aceitunas en la vitrina, siempre muy bien dispuestas en grandes azafates de fierro enlozado. En Navidad ponían siempre una gran anguila de mazapán con sus ojos de vidrio, agazapada [86] dentro de una caja de cartón verde, como una sombrerera. También armaban pequeñas pirámides de conservas de calamares y disponían platillos con arroz, arvejas y garbanzos «con piel» que sólo compraban los clientes españoles. Al fondo estaba la máquina cortadora de fiambres con unas tenazas metálicas para tomar las rebanadas que estaban previamente cortadas en un depósito de cristal. Más allá estaba el refrigerador, el cuchillo para cortar el bacalao y la máquina de medir aceite. A mí me gustaba atender a las clientes que llevaban pequeñas botellas, para ver las burbujas doradas que subían en la máquina. En aquel tiempo, las vecinas acudían a comprar aceite suelto en pequeñas cantidades y muchas veces llevaban unos frascos azules de Leche de Magnesia Phillips.

A mano derecha estaba la sección de caramelos y galletas Hucke. Mi padre era muy generoso, especialmente con los niños, a los que atendía regalándoles dos galletas de soda con una rebanada de jamón de pierna planchado. A las clientes las obsequiaba con caramelos Calaf o aceitunas de Azapa que sacaba de un gran recipiente con un colador metálico.

El sábado era de mayor público y el día cuando llegaba don Pepe Peña, uno de los clientes más importantes, dueño de la gran sedería La Soriana en la calle Condell. Don Pepe Peña -que le gustaba una atención personalizada- llegaba casi siempre a la hora de almuerzo, después de que compraban las clientes del barrio. Si una vecina compraba un cuarto de queso chanco, don Pepe Peña compraba toda la pieza. Si un conocido llevaba un poco de jamón, don Pepe Peña llevaba la pierna entera. Si el día previo a la Navidad escaseaba el turrón y los alfajores, don Pepe Peña llegaba confiado porque sabía que papá

le tenía reservada una caja completa con todo el surtido de turrone Cabello en la bodega. Así, iba todo distribuyéndolo en grandes paquetes que luego marcaba con su lapicera de tinta turquesa escribiendo en ellos diferentes nombres. Yo siempre me quedaba intrigado, queriendo saber a quiénes iban destinados aquellos paquetes que contenían más o menos lo mismo repartido en partes iguales.

Luego, mi papá nos pedía que lo ayudáramos a subir aquellos paquetes y cajas al gran auto en el que llegaba a comprar. Era un automóvil Chevrolet último modelo de la década del 50. Don Pepe Peña cargaba todo, cerraba el automóvil y se alejaba a toda velocidad por la calle Independencia. Era ese el momento cuando mi papá le decía a mi primo: «Bajen las cortinas» que con [87] gran estrépito se desenroscaban. Luego se les pasaba un largo pestillo de fierro que había que asegurar por dentro con una llave a la que llamaban «chaveta». Por la tarde, el negocio se llenaba de gente a tal punto que nos llamaban a nosotros, los niños, para que fuésemos a ayudar, especialmente en fechas críticas, como fin de semana, Fiestas Patrias, Navidad o vísperas de Año Nuevo, pero a mí no me gustaba atender el mostrador. Prefería quedarme en la pequeña oficina leyendo o tomando notas de los clientes para describirlos en mi diario de vida.

Cada cierto tiempo mi padre arreglaba la vitrina y ponía un chanchito sentado, con las piernas cruzadas, que él mismo modelaba en manteca. En octubre, Mes de la Hispanidad, ponía -en una antigua discorola que había en la oficina- música española que se transmitía por unos parlantes a todo el negocio. Eran discos de Lola Flores, Juanita Reina, Angelillo, Juanito Valderrama, Paquita Rico, Juan Legido, Carmen Sevilla, Estudiantinas Madrileñas y tantos otros. También arreglaba una de las vitrinas con carteles de toros y unas muñecas andaluzas que bailaban entre platillos de garbanzos y pimentón Faro.

Un día que fui a ayudarlo en el mostrador, me dijo: «Ese hombre que viene entrando es Pablo Neruda». Lo miré con respeto. Con admiración. Decían que vivía en Valparaíso. Que escribía poemas. Mi padre lo atendía e intercambiaba palabras con él. Era un tiempo en que ir a comprar se transformaba en un acto social. Cada cliente contaba una historia. Se desahogaban mientras hacían sus pedidos. Allí, en medio de aquellas personas que no lo reconocían, Pablo Neruda se iba con su pequeño paquete de jamón crudo bajo el brazo. Yo lo veía alejarse y después lo identificaba con su característico gorro en el libro de lectura. Era el mismo que esa tarde había ido a comprar al negocio de papá...

A veces, cansado ante la numerosa clientela, me iba a la inmensa bodega que ocupaba las habitaciones donde en otro tiempo vivía la familia dueña del emporio La Barcelona. Allí, los sacos de lentejas, las cajas de conservas y las altas resmas de papel para envolver se almacenaban en el vetusto comedor en donde aún quedaban las empolvadas lámparas de lágrimas. También se arrumbaban en los antiguos dormitorios grandes muebles y cajas con libros que los clientes pasaban a guardar al negocio y que nunca más iban a retirar. Aburrido al ver que pasaban muy lentas las largas horas en el negocio y poco acostumbrado a atender [88] clientes, iba a sentarme a mirar aquellos libros que sacaba uno a uno abriendo esas cajas ajenas. En su mayoría eran novelas, partituras de música de piano, revistas viejas y obras de teatro que se representaron alguna vez en los lejanos teatros del puerto. Yo me entretenía leyendo poemas sentado en un saco mientras escuchaba a Polito Bascuñán que arriba, en la casa de altos, en medio de los canarios, tocaba al piano la

Polonesa de Chopin. A veces entraba mi padre a buscarme pues no me hallaba detrás del mostrador: «Sal a atender a los clientes», me decía. «El negocio está lleno de gente».

Los sábados por la tarde, cuando casi estaban por echar las cortinas metálicas y ya el movimiento de público había mermado, llegaba al negocio una señora turca muy arreglada, peinada de peluquería, de gesto adusto, llena de joyas y pulseras que hacía tintinear en los brazos. Se llamaba doña Amanda Huasaf y siempre iba acompañada de dos o tres mujeres más jóvenes también muy bien vestidas. Una de ellas -Lucy- llevaba un peinado que llamaba Nido de Avispas. Era tremendamente conversadora y vivaz, con ojos de gata. La otra era Silvana, más callada, con los ojos pintados y siempre con un ceñido vestido negro. A mí me llamaban mucho la atención porque eran tan distintas a las otras mujeres que acudían a comprar, en su mayoría más sencillas.

Mi primo, apenas las veía entrar, acudía a atenderlas y a hacerles bromas por lo bajo que ellas celebraban alegremente. Mi padre y mi tío también se desvivían por atenderlas y muchas veces le pedían a mi primo que las acompañara para que les llevara los paquetes de mercadería que compraban. En su mayoría, eran licores, conservas de buena marca y fiambrería. Yo me acercaba tímidamente y me ofrecía a ayudar porque deseaba conocer la casa donde vivían, pero mi tío o mi padre me decían que no era necesario. «Cuando sea más grande» agregaba doña Amanda con una sonrisa cómplice.

Todos se reían y mi primo -que era mayor que yo- salía el primero cargando los paquetes, seguido por doña Amanda y las dos mujeres que siempre pagaban con dólares. Yo salía tras ellos y me quedaba en la puerta viéndolos que desaparecían por la vereda. Yo, disimuladamente, fui aquella noche a mirar la mampara y vi que la puerta estaba entreabierta. Subían unas escaleras oscuras que se perdían allá arriba en un segundo piso de [89] donde provenía la música. Estaba tentado de entrar, pero intuía que era un lugar prohibido. Salí otra vez a la calle a esperar que bajase mi primo. Miré hacia arriba y vi a varias mujeres maquilladas llamándome entre risas desde los balcones. Mi primo bajó en esos instantes y me dijo entre autoritario y burlesco: «¡Al negocio!».

Yo no me atrevía a preguntar, pero cada vez que podía, me asomaba a la puerta y mi vista se dirigía hacia aquella puerta enigmática por la que entraban y salían mujeres jóvenes del puerto y marineros extranjeros.

Una mañana, llegamos muy temprano con papá a abrir el negocio y vimos un taxi que estaba estacionado frente a la mampara del «26-15», como solían llamar con una sonrisa maliciosa a aquella casa. «Anda a dejar este paquete al 26-15» le decían a mi primo. O bien: «Preparen este pedido para el 26-15». Esa mañana, nos bajamos de la camioneta y sentimos pasos de un grupo que bajaba las escaleras con gran estrépito. Al cabo de un rato, aparecieron cuatro mujeres cargando a un hombre completamente borracho. Llevándolo de brazos y piernas, lo introdujeron al automóvil y se quedaron un momento hablando con el chofer al que le pagaron por adelantado. Yo miré a aquellas mujeres y las reconocí. Eran las mismas Lucy y Silvana que iban a comprar con la señora Amanda, pero a la luz de la

mañana, se veían completamente distintas, pálidas y despeinadas. «Es Benítez», exclamó mi padre, reconociendo a un famoso candidato a senador que por esos días postulaba a las elecciones.

El taxi se alejó por la calle Independencia, las mujeres desaparecieron escaleras arriba y mi padre se inclinó ante la puerta metálica, abriendo el primer candado del negocio.

Una mañana llegó una señora madrileña que era la modista de mi madre con rostro compungido. Era canosa y tenía una cierta dignidad. Pidió hablar con mi padre y él la hizo entrar a la oficina donde yo me encontraba escribiendo. Ella entró llevando un pequeño bulto. Luego de contar sus dificultades económicas a mi padre, desdobló con sumo cuidado el paquete que llevaba y extendió ante nuestros ojos un maravilloso mantón de Manila «negro azabache con rosas escarlatas». Era el mismo mantón de largos flecos que yo le había visto en su casa cubriendo el piano de cola cuando acompañaba a mi madre a las «pruebas» de sus vestidos. [90]

Mi padre lo examinó y ella hizo hincapié en que podía apreciarse por ambos lados ya que no tenía reverso. También explicó que era de alta calidad ya que entre las flores había bordado un pequeño insecto, detalle que según ella, avalaba la condición de genuino, aristocrático y auténticamente madrileño. Por lo demás, era un mantón antiguo y completamente bordado a mano que había traído su abuela desde España, como reliquia de familia. Mi padre lo dobló y cuidadosamente lo envolvió prometiéndole una respuesta al día siguiente, pues debía consultárselo a mi madre. Así fue. Aquella noche conversaron largamente hasta que mi madre decidió que mi padre lo adquiriera.

El mantón de Manila quedó guardado en un baúl con alcanfor en mi casa de los Placeres hasta el día de hoy y nunca más volvimos a ver a la modista madrileña, ni siquiera comprando en el negocio. Fue una de las clientes que me impactó y que registré en el cuaderno que escribía en aquella oficina pequeña fragante a clavo de olor y azafrán.

En esos días llegó un hombre de mediana edad -que ya había visto antes comprando en el negocio- portando un estuche de guitarra. Estaba yo en la oficina escribiendo mi cuaderno cuando entró con papá al recinto minúsculo. Después de una breve conversación, el señor abrió los broches metálicos, levantó la tapa y extrajo una maravillosa guitarra cuya tapa de pino oregón salpicaba destellos de pequeñas pepitas de oro. Sentado en un silla, el hombre afinó un poco la guitarra, la rasgueó un instante y atacó luego los compases de una farruca. Se veía que tocaba bien y que dominaba el instrumento. Contó que él mismo fabricaba mandolinas y bandurrias en un taller que tenía detrás de la iglesia de los Doce Apóstoles, pero que esa guitarra era diferente porque era auténticamente española. Unos vecinos asturianos en mala situación económica se la habían llevado y como sabía, por ser

cliente del negocio, que mi papá tenía una especial atracción hacia las cosas artísticas que provenían de España, se la llevaba por ver si tenía interés en ella.

Mi padre la examinó con cuidado y leyó la etiqueta que llevaba dentro. «Instrumentos Commarín. Sagasta 11. Madrid 4.» «Lo mejor en guitarras», señaló el vendedor. «Es una auténtica guitarra madrileña». Yo miré por la abertura y vi la etiqueta que representaba dos majos bailando. Luego se la pasé a papá que enseguida la guardó otra vez dentro del estuche y le pidió al hombre [91] que se la dejara. En realidad, no pensaba adquirirla para que yo aprendiese, sino ofrecérsela a mi padrino, don Miguel Baranda, español de Burgos, que tenía la Mueblería El Mercurio en la avenida Uruguay y que recibía muebles, antigüedades y objetos surtidos en consignación.

Esa misma tarde llegó mi padrino al negocio como de costumbre ya que siempre pasaba a saludar antes de irse a almorzar a su casa. Generalmente aprovechaba para comprar aceitunas o un trozo de queso de cabra. Eran pocas compras casi siempre -galletas de soda, un tarro chico de Nescafé- ya que en el último tiempo no le iban bien las ventas en la mueblería y además estaba siempre «delicado del estómago». Inmediatamente mi padre le habló de la visita mostrándole en la oficina el noble instrumento. Mi padrino lo examinó y se interesó vivamente en la guitarra que, dada su calidad, era posible venderla a buen precio en su negocio. Era más, tenía varios conocidos que le habían encargado una buena guitarra española, ojalá valenciana, madrileña o sevillana que, según decían, eran de las mejores. En esos tiempos, los jóvenes en el puerto eran muy aficionados a la música y no había casa que no tuviera un instrumento de cuerda, ya sea para acompañarse en fiestas o para aprender el solfeo e interpretar piezas clásicas.

De inmediato mi padrino tomó el estuche por el asa y se alejó por la calle Independencia como si fuera un eximio guitarrista. Y esa misma tarde, cuando yo lo fui a saludar a la tienda que me gustaba mucho por la variedad de muebles que había en las salas de exhibición, vi que en la vitrina, la guitarra yacía un poco inclinada dentro del estuche abierto. «Tengo varios interesados», dijo. Pero la guitarra durmió allí por varias semanas, sin que se presentara ningún comprador.

Una tarde que pasé a saludarlo después del colegio, la guitarra no estaba. Allí, paseándose con las manos atrás -puesto que nunca vendía nada- se paseaba solitariamente su socio, don José María García, desesperado entre los muebles vetustos. Era Navidad y sobre los sillones furiosamente rojos, verdes o dramáticamente azules había dispuesto unos pequeños letreros que decían «Juego de comedor Pesebre» o «Sillas Año Nuevo», como una manera de dar publicidad a la vieja mueblería. Pero lo cierto era que ni siquiera con ese estilo de propaganda conseguía vender nada. «Tu padrino ha salido» me dijo con su característico acento burgalés. «Fue a vender la guitarra». [92]

Yo me quedé deambulando por la mueblería, mirando los aparadores y trinchas. Al fondo, un maestro barnizaba un escritorio de puerta corredera lleno de cajoncitos que mi padre le había llevado porque no quería tenerlo más en la casa. A mí aquel escritorio me gustaba mucho, pero papá consideraba que estaba pasado de moda. A cambio me compró uno moderno de patas metálicas que nunca me gustó. Recién barnizado, aquel escritorio de tiempos pasados cobraba en aquel recinto una nueva magnitud. ¡Qué ganas que lo llevaran

de vuelta a casa! Todo en ese recinto olía a aceite de trementina y a virutas de madera de pino. Había en un costado una escalera vieja que bajaba al sótano. Allí también me gustaba ir para recorrer una inmensa bodega atestada de muebles y camas viejísimas.

Cuando volví a subir, vi a mi padrino que llegaba a la mueblería completamente desencajado y sin la guitarra. «¡Qué odisea, ahijado!» dijo. Don José María salió de entre los muebles para ver qué pasaba pues mi padrino, completamente exhausto, se dejó caer sobre su silla giratoria. Entonces, después de beber un vaso de agua, fue que contó...

Aquella mañana habían llegado dos hombres interesados en comprar la guitarra. Mi padrino la había sacado de la vitrina para mostrársela a aquellos posibles clientes. Ellos la examinaron y tras tocar cuerdas aisladas consultaron el precio. Mi padrino les dio una cifra altísima, superior desde luego a la que ese hombre le había dicho a papá en el despacho del negocio. Aquellos hombres no pidieron rebaja alguna y dijeron que estaban interesados en el instrumento, sólo que no llevaban dinero consigo. Mi padrino les dijo que fueran a buscarlo, pero los hombres le propusieron ir con la guitarra a donde vivían y allí mismo le darían el importe en efectivo. Atraído por la inmediata posibilidad de la venta, mi padrino se subió al taxi que los estaba aguardando en la puerta y tras dar muchas vueltas por los cerros de Valparaíso llegaron por fin a una casa vieja del cerro Florida. Mi padrino se bajó del taxi sin soltar la guitarra y con un sentimiento de desconfianza. En esos momentos comenzó a dudar de aquellos hombres que lo invitaban a pasar a una casa vieja y desconocida para cerrar el negocio. Y antes de que se iniciara un peligroso diálogo bajó corriendo con la guitarra por las calles del cerro, mientras los hombres lo perseguían. «Logré meterme por un pasaje» dijo, nerviosamente. «Y ahí fue que los despisté». «¿Y la guitarra?» preguntamos al unísono con don José María al [93] ver que mi padrino no la llevaba consigo. «Se la devolví a tu padre», me respondió. «No la quiero más en mi mueblería». Y fue de esta manera que a las pocas semanas, mi madre en la casa de Los Placeres me dijo: «Mañana viene a enseñarte música una profesora de guitarra».

Clases de guitarra española

Se llamaba Consuelo Rodríguez y antes de que le preguntáramos nada, dijo desde el primer momento que era descendiente de Arturo Prat por línea materna. Era concertista en guitarra pero, «por esas circunstancias de la vida», como dijo, se veía obligada a dar lecciones privadas de solfeo para alumnos «privilegiados» que quisieran aprender guitarra «por música». En realidad, yo deseaba aprender piano pues me hubiera agradado saber tocar a Chopin como Polito Bascuñán de la casa de altos del negocio, pero en casa no había piano alguno. Debía, pues, conformarme con la guitarra madrileña que milagrosamente se libró de ser robada.

Tras unas breves palabras de cortesía, mi madre nos dejó solos en el living. La señora Consuelo se despojó de su abrigo negro y sacó la guitarra del estuche «para probarla», según explicó. Luego me miró intensamente a los ojos y me dijo: «Voy a tocar el Vals

favorito del Duque de Reichstadt». Y con gran cadencia comenzó a tocar la melodía en ritmo de tres por cuatro, incluso en una parte, rascó con sus uñas rojas la madera de la guitarra simulando la lluvia de Viena.

Las clases se sucedieron normalmente dos veces a la semana. Aprendía solfeo y algunos ejercicios sencillos del Método de Carulli. Luego vinieron otros ejercicios fáciles, entre ellos «En el Bosque» y «Payaso». Al término de la clase, mi madre le pagaba correctamente lo que habían establecido. Pero una tarde en que la esperábamos, la señora Consuelo no vino. Avisó por teléfono que estaba enferma. «Muy constipada», dijo. Las calles del cerro donde vivía estaban inundadas y según decían por la radio, se habían desbordado los cauces de la avenida Argentina. En consecuencia, no podía salir de la casa. Mi madre comprendió pero temía que fuera la primera excusa para faltar. En el fondo no quería que por nada del mundo, ni siquiera por aquel temporal -o por los sucesivos- yo perdiera mis clases de guitarra [94]. «Está bien, señora Consuelo, pero no deje de venir el próximo jueves. La estaremos esperando», dijo.

Yo había hecho por lo demás notables progresos. A tres meses de aprendizaje, ya distinguía una fusa de una semi fusa. Sabía que una figura caprichosa significaba «silencio de negra». Podía leer la partitura de corrido si había una melodía sencilla y sabía interpretar un sostenido o un bemol en el inicio del pentagrama. Incluso podía tocar una polca fácil y dos o tres vales de Francisco Rubí, entre ellos «Déjame amarte aunque sea un día» que la señora Consuelo escuchaba con una sonrisa de aprobación.

Una vez, incluso, que había visitas a la hora del té y que coincidieron con la clase de la señora Consuelo, mi madre nos pidió que tocáramos delante de sus amigas «una pieza sencilla» para dos guitarras. En realidad, la parte sencilla la tocaba yo que me correspondía la segunda guitarra y simplemente me limitaba a llevar el compás alternando dos acordes, mientras que la señora Consuelo realizaba todo tipo de florituras y arpegios complicadísimos.

-¿Y no podría ir el niño a mi casa la próxima clase, señora? -preguntó la señora Consuelo al recibir los honorarios de esa tarde-. A mí me queda muy lejos venir hasta aquí. Tengo que cruzar todo Valparaíso. Además ahora el tiempo ha empeorado... Tengo miedo de que me vuelva la gripe.

La señora Consuelo no tenía muy buena situación económica, pese a que en sus tiempos de juventud su abuelo poseía una gran fortuna derivada de las minas salitreras, según contaba, pero a causa de un mal negocio lo habían perdido todo y ella había tenido que afrontar la situación familiar dando clases de guitarra. Tenía pocos alumnos. La mayoría de ellos iba a su propia casa, pero últimamente había aceptado ir ella a las casas de los alumnos, porque algunos se habían rehusado. Y para no perderlos, se tenía que sacrificar desplazándose ella. Lamentablemente iba a dejar esas clases domiciliarias porque tenía molestias en un oído y temía perder el equilibrio al subir o bajar las escalinatas de los cerros.

-Está bien, señora Consuelo. Nosotros iremos para allá.

Mi madre se esmeraba para que aprendiese bien. Tal vez en secreto quería que yo fuese un eximio concertista o quizás en su fuero interno pensaba que sería ideal que pudiésemos viajar un día a España a visitar a los parientes lejanos. Yo podría [95] conocer a mis tíos en Zamora. Nos reuniríamos una noche con ellos en aquella casa de piedra al pie del castillo de doña Urraca que yo sólo conocía por fotografías y entonces iba a sacar del estuche mi guitarra española y los iba a deslumbrar a todos con piezas selectas del repertorio de Andrés Segovia.

En todo eso pensaba mi madre aquella tarde en que se puso su impermeable granate y así, juntos bajo la lluvia, protegidos bajo grandes paraguas que nos cubrían con sus alas de murciélago, nos dirigimos hacia la casa de la señora Consuelo en el cerro Santo Domingo.

En las calles había poca gente. El trolley avanzaba por calles solitarias, ondeando por el pavimento brillante con su característico timbre eléctrico. Pasaban por las ventanillas los letreros luminosos de los teatros, las vitrinas de las tiendas de lujo y aquellas estatuas empapadas bajo las palmeras que siempre cambiaban de lugar. Por fin, bajamos antes de la Aduana y subimos por unas calles tortuosas que bordeaban la iglesia de La Matriz, en medio de mujeres pintadas apoyadas en los dinteles de las puertas. Mi madre avanzaba sin mirarlas, como arrepentida de haber aceptado la proposición de la señora Consuelo. Por todas partes se escuchaba una lejana música de baile y de aquellas casas con las puertas abiertas subían y bajaban extrañas parejas. Había tantas pozas en las veredas que mi madre se convenció de que no había sido una buena idea atravesar la ciudad completa en esas condiciones para recibir una clase de guitarra española. Pero ya estábamos en aquella subida, en medio de unas casas vetustas forradas en planchas de zinc con faroles rojos encendidos. Oíamos los goterones de los letreros de lata y podíamos atisbar los interiores donde la gente oía radio, remendaba zapatos o conversaba en viejos sillones de cretona al amparo de un brasero encendido.

Por fin llegamos. Era la primera vez que acudíamos a aquella casa. La señora Consuelo nos la había descrito como una casa muy elegante rodeada de un gran parque en la que había recibido a personas distinguidas de la capital y del extranjero, entre ellas a un lejano príncipe italiano, por estar emparentados con grandes reyes, obispos y duques de lejanas dinastías. Y todos, cual más, cual menos, había acudido a visitarla a hacer recuerdos del tiempo del salitre, de las minas en Copiapó y de las tertulias aromadas a canela y a dulce de membrillo en las tierras donde Isidora Zegers fundó las primeras veladas musicales. Pero [96] la casa descrita no se parecía en nada a aquel caserón con balcones y ventanales de otra época que ella nos había descrito. Se veía que tal vez en tiempos mejores pudo haber sido fastuosa, pero los latones oxidados y cubiertos de hollín delataban la ruina y el paso del tiempo.

Mi madre tocó la puerta con aquella enojada mano de fierro que empuñaba una bola y de inmediato vino a abrir una mujer de edad que nos hizo pasar primero a una mampara embaldosada y luego a un pasadizo donde dejamos los paraguas en un balde metálico. Adentro estaba tibio y con un vago olor azumagado de brasero y cascaritas de naranja. En el salón estaba aguardándonos la señora Consuelo junto a su madre, una señora casi centenaria, bajo un gran retrato de Arturo Prat Chacón, vestido de capitán de corbeta, calvo y con su espesa barba negra. «Éste es nuestro antepasado ilustre, señora», dijo la señora

Consuelo. «Era el bisabuelo de mi madre, por línea paterna». La señora de pelo blanco sonrió y se alargó refiriendo con voz trémula y muy lenta el remoto parentesco con el héroe de Iquique, haciendo referencias a tíos y bisabuelos de apellidos extraños. Luego mostraron un árbol genealógico enmarcado que descolgaron de una de las paredes tapizadas de retratos. «También estamos emparentados con Carmela Carvajal, viuda de Prat, que descendía en línea directa con Francisco de Carvajal y Campofrío, el primer esposo de la Quintrala»...

Ya estaba oscureciendo y mi madre intranquila, en vista de que la hora avanzaba y no se iniciaba la clase, dijo:

-No quiero irme tarde, señora Consuelo. Tenemos que volver a Los Placeres y no quiero que se haga de noche.

-No se preocupe, señora -respondió mi profesora-. Voy a hacerle al niño una clase cortita.

La señora Consuelo se levantó del sofá, sonrió a su madre como disculpándose y me hizo pasar a un pequeño escritorio junto a un pasillo. Allí cerró la puerta y sentada en una silla se puso a tocar «La Cumparsita» de memoria.

-Ésta la tocaba yo en los bailes -dijo con una sonrisa cómplice.

Luego me pasó la guitarra y abrió sobre el atril el Método de Carulli.

-Hoy, vamos a estudiar la escala en Re sostenido -dijo.

La clase transcurrió lenta y monótona. En la pared un reloj de pesas daba su monocorde tic tac. De pronto se cortó la luz. La [97] señora Consuelo fue a buscar velas, mientras yo aguardaba en la oscuridad de ese cuarto extraño, sintiendo los ruidos de la casa y allá afuera, el compás de la lluvia. Al poco rato la señora Consuelo apareció con un candelabro, pero la clase no se reanudó porque mi madre, muy nerviosa, se asomó al escritorio.

-Ya nos tenemos que ir, señora Consuelo. Se está haciendo tarde. La próxima clase recupera.

La señora Consuelo guardó su guitarra en el atril, tomó el candelabro y nos acompañó al salón alumbrado por velas cuyas sombras bailoteaban en los retratos de las paredes.

-Nos vamos, señora Chacón -dijo mi madre a la anciana que continuaba en su mullido sillón-. Me alegra haberla conocido.

-Nos vamos a seguir viendo, señora -dijo la anciana-. ¿Cuándo vienen a la próxima clase?

-No sé -respondió mi madre-. Yo les aviso. El niño tiene mucho estudio.

En esos instantes, sentimos unos extraños pasos que bajaban por la escalera del segundo piso. Al cabo de un momento, entró un hombre al que le faltaba una pierna, sostenido por muletas.

-Se cortó la luz -dijo-. No encontré velas allá arriba.

-Les presento a mi hijo -dijo la señora Consuelo.

-¡No sabía que tenía un hijo! -exclamó mi madre, intranquila, extendiendo una mano a un misterioso hombre de barba tupida.

-Es músico también -explicó la señora Consuelo-. Pianista. Pero está sin trabajo. Es por la pierna ¿sabe? -agregó por lo bajo-. Marcial. ¿Por qué no les tocas algo a las visitas?

-Tenemos que irnos -rogó mi madre...

-Una sola -pidió la señora Consuelo.

El hombre se sentó en el taburete, retiró la lengüeta del piano y anunció:

-¡La Rapsodia Húngara número 2 de Chopin!

En aquella penumbra del salón porteño, la misma Rapsodia que tocaba muchas tardes Polito Bascuñán en los altos del negocio se desgranaba ahora por la estancia, envolviendo a aquellos personajes desdibujados en silueta en el salón a oscuras. Afuera, las ramas perladas de una araucaria arañaban los ventanales y, más allá aún, se perfilaba contra el horizonte la cúpula de la iglesia La Matriz. [98]

Cuando terminó su interpretación, el pianista giró sobre el taburete agradeciendo los aplausos.

-También es poeta -agregó la señora Consuelo que hablaba por el hijo-. Le escribe un poema diario a su novia. Pero aún no se ha casado...

-Ahora sí que nos vamos -dijo mi madre, despidiéndose amablemente de la anciana y de aquel hombre que apretó mi mano, mirándome intensamente a los ojos.

-¿Cuándo vuelven? -preguntó.

-Nosotros les vamos a avisar -respondió vagamente mi madre-. Y aquí está lo suyo -agregó extendiéndole un pequeño sobre a la señora Consuelo-. Yo la estoy llamando.

Salimos a las calles desiertas y bajamos las escalinatas mojadas por la lluvia. Sorteamos pozas de agua y tuvimos aún que atravesar aquellas calles en donde extrañas mujeres pintadas aguardaban en la oscuridad...

Por fin entramos a la amable tibieza de nuestra casa. Todo estaba limpio y en orden, con luces discretamente encendidas. Había calas en el jarrón de la entrada que salpicaban de polen amarillo la caoba del arrimo. El comedor estaba fragante a queque de arena con ralladura de limón...

-¿Quieres algo? -me preguntó mi madre.

-Nada -le respondí.

En silencio me fui a mi habitación y en la penumbra del dormitorio saqué la guitarra del estuche, abrí el Método de Carcassi y toqué en un volumen muy, muy bajo la Pavana en Re que tocábamos siempre a dúo con la señora Consuelo. En el fondo de mi corazón sabía que nunca más la volveríamos a ver.

[99]

- II -

Memorial del cerro Alegre

[101]

ASCENSOR A LA NOSTALGIA

Nada más triste que el cerro Alegre. Sobre todo un domingo de otoño, cuando en medio de la neblina, surge el organillero por la calle Munich, tocando «Violetas Imperiales». Entonces, pareciera que todo el barrio se tiñera de poesía agridulce, acaso de ese aroma azucarado de las papayas en almíbar que tiene gusto a nostalgia o a infancia de otro tiempo.

Así es el cerro Alegre, el cerro de la gringuería, como lo llamaban antiguamente, cuando llegaron a lo alto, aquellas familias extranjeras que se dedicaron a las actividades mercantiles en el puerto. Los británicos y los alemanes se cruzaban en el ascensor Turri, saludándose ceremoniosamente en aquella época cuando el salitre estaba en su esplendor y don Pascual Baburizza se edificaba un soberbio palacio de antigua prosapia, un tanto ecléctico, pero imitando el estilo Art Nouveau.

Dicen que jamás llegó a habitarlo. Pero allí está, a la salida del ascensor El Peral, como recuerdo de esos años perdidos en que los miradores victorianos de los cerros eran escenario de una vida social intensa entre las familias venidas de Europa.

Ya Rubén Darío dio testimonio de las graciosas casas señoriales que los ingleses levantaban en el paseo Gervasoni. Por aquellos pasajes estrechos deambuló el poeta y descubrió aquellas escalinatas que subían al Pleasant Hill y que desembocaban en palacios británicos con ondeantes cortinas y damas rubias que tocaban al piano Greensleaves.

Moradas de sueños y fantasmas

Todo tiene en el cerro Alegre un encanto antiguo: el farol, la ventana de guillotina, las jaulas con canarios y aquella infinita soledad de las tardes, cuando sopla el viento norte y bate los latones sueltos en el techo.

Una anciana de pelo blanco avanza por el pasaje Leighton... Dicen que es una condesa. Otros aseguran que vino de Inglaterra y que aquí en el puerto se casó con un capitán de navío que era de Southampton. ¡Son tantas las historias que se cuentan en el cerro Alegre!...

Pasaje Cambridge... Subida Templemann... Paseo Atkinson... Nombres sugestivos, llenos de misteriosas resonancias. Una dama viene del oficio anglicano en la Iglesia de Saint's [102] Paul, cuyo maravilloso órgano fue donado en honor de la Reina Victoria. Allí se sienta solitaria a tomar el sol en la Plazoleta de los Catorce Asientos que, según dicen, son sólo siete.

Pensar que ya no existe el Colegio Alemán... Pero la vida es así y las viejas casas se transforman. A las deterioradas mansiones venidas a menos, hoy se vienen a vivir algunos artistas o extranjeros que redescubren esas moradas de fantasmas y sueños...

Encanto del pasaje Pierre Loti

Un paseo dominical por las antiguas calles del cerro de los ingleses nos lleva a un territorio mágico dominado por las casas de otra época, con antejardines bien cuidados donde crecen calas y dalias de tiempo antiguo. Aquí y allá hay mamparas misteriosas y balcones de fierro que miran al mar...

De pronto, frente a la iglesia Anglicana del cerro de La Concepción, junto a la Subida Templemann, se abre un ignorado pasaje que tiene la inquieta resonancia de los lugares presididos por el silencio crepuscular y la magia vespertina que huele a patios recién regados. Es el pasaje Pierre Loti cuyo nombre romántico nos trae a la memoria la figura fugaz de ese escritor francés, medio soñador, medio poeta, que visitó Valparaíso en el siglo pasado y que luego continuó sus viajes en su destino errabundo. Dicen que estuvo aquí, en una de estas casas donde siempre se escucha que tocan piano en la habitación contigua...

De balcones y canarios

El pasaje es un ámbito característico del Valparaíso de comienzos de siglo. Sus casas representan muy bien esa arquitectura olvidada que define tan bien la atmósfera del puerto. Todas están recubiertas de planchas de zinc para aislarlas de la lluvia. Y sus ventanas de guillotina, a la usanza inglesa, tienen un no sé qué de mundo pretérito. Una de ellas tiene las cortinas corridas y, a través del cristal, se divisa en el interior una paloma que revolotea mirando desesperadamente hacia afuera e intentando salir al pasaje. Pero un cartel colgado nos advierte: «Por favor, no toque el timbre. Está enfermita. No puede volar».

En otros balcones, hay jaulas con canarios y macetas de geranios siempre en flor. Las vecinas que descienden de familias [103] inglesas, riegan los jardines donde crecen higueras, caquis y ciruelos descuidados. Una dama de pelo blanco que no quiere bajar hace las compras desde su balcón por el que desciende un canasto con el dinero. Así, el vendedor pone cuidadosamente allí la botella de leche, la mantequilla o el diario vespertino «La Estrella». Luego la dama confiadamente sube el canasto con el correcto vuelto y se despide con una mano en alto.

Varias características tiene este pasaje mágico. Una de ellas es la belleza de las aldabas y el ámbito fresco de las mamparas. ¡Ya no se usan las mamparas, esos recintos embaldosados para aguardar después de que se ha tocado el timbre o la campanilla, resguardándonos del sol o la lluvia!

Cada puerta tiene su mano de hierro que empuña una bola y cada ventana su visillo o su cenefa tejida a crochet. Dicen que en la última casa del pasaje vivía la familia Hucke y que las dos hermanas, Ema y Gema, dejaron sus escritos misteriosos rayando los vidrios empavonados con la punta de un alfiler. Dicen que había un búho agazapado en la palmera y que a medianoche se oía siempre quejarse a los viejos eucaliptus. Dicen...

Por las tardes, es hermoso salir a caminar por el pasaje. Casi siempre se escuchan, a lo lejos, las campanadas del reloj Turri y las olas lejanas que anuncian temporal. El viento mece los ramajes de los grandes encinos y de las buganvillas echadas pesadamente sobre los muros. Bajo su sombra, los vecinos del pasaje han instalado una tina de baño, de esas antiguas, con patas de león, y la han llenado de plantas. ¡Hasta pusieron la jabonera en la pared y en ella crece un musgo que llaman «colchón de la novia»!

Todo tiene un encanto antiguo en el viejo pasaje: los eternos gatos que ronronean en las verjas, las señoras que dicen ser condesas, los caballeros que dicen ser almirantes y hasta aquel joven llamado Pablo que encontró en el desván una medalla milagrosa.

Penetrar a la intimidad de este pasaje oculto, frente a la Plazoleta de los Catorce Asientos, es más que penetrar a una callejuela sin salida. Es descubrir un mundo olvidado

que todavía conserva el viejo encanto de una época que se fue... Es ingresar a un territorio de sueños donde es posible ser feliz a causa de la neblina que juguetea entre los arbustos o de la muñeca que una niña dejó olvidada en el jardín.

El pasaje Pierre Loti tiene la impronta de los antepasados [104] ingleses, la fragancia azucarada de las galletas a la hora del té y algo como de infancia perdida y recuperada. Por eso, aquellos pasos parece que resuenan también en otra galaxia, o cuando menos, al otro lado de la luna.

El romanticismo del Paseo Atkinson

Uno de los miradores más sobresalientes de estilo victoriano es el del Paseo Atkinson que conserva prácticamente intactas aquellas casas con postigos pintados de azul y ventanas de guillotina, tal como las describió Rubén Darío cuando llegó al puerto en el siglo pasado.

Caminando por callejuelas de sabor europeo, el poeta se extasió con esta terraza suspendida que miraba al mar. Imaginó de inmediato que era un pintor trazando bocetos y escribió un «Álbum porteño» en el viejo puerto. Aquellas páginas estaban traspasadas de sentimentalidad y admiración por aquellas casas con niños rubios e institutrices inglesas. Algo de ese mundo perdido y romántico es lo que sobreflota en el clásico cuadro de Alfredo Helsby «La niña del aro», pintado a comienzos de siglo, que se conserva en el palacio Baburizza del Paseo Yugoeslavo.

Con notable sentido de la atmósfera, Helsby refleja esa luz tamizada de Valparaíso a mediodía, con una suave neblina y cierta alegría triste de las horas de la mañana.

En primer plano viene corriendo la niña, vestida de blanco, con un sombrero de paja y una cinta roja a la cintura. Está jugando con un aro. Inmediatamente sentimos una añoranza de los juegos de antes, cuando todo era discreto, alegre y radiante de luminosidad. Helsby retrata un mundo pacífico y provinciano. Junto a la niña que adivinamos británica o alemana, hay un hombre con un canasto apoyado junto a una verja. Probablemente es el vendedor de pescado que va de casa en casa ofreciendo la merluza a la criada, en tanto que la señora pasea allá al fondo, vestida de blanco también, con una sombrilla de gasa. No le vemos el rostro, pero por su andar lejano y erguido, sabemos que es una europea. No va sola aquella dama del paseo Atkinson, sino con una niña que lleva de la mano y un niño vestido de marinero que la sigue con su perrito. [105]

Atmósfera íntima a la hora del crepúsculo

Este ambiente de glicinas y flor de la pluma, de juegos de plata para tomar el té, de hiedras y de lámparas con pantallas de pergamino, es la que perdura en el viejo paseo Atkinson de hoy, con sus escaños descascarados para tomar el sol y sus jardincillos amables donde florecen pequeños rosales y clepias con pétalos que parecen de cera. Damas de pelo blanco o caballeros endomingados y felices dan migas de pan a las palomas y luego sonrían al palpar en su corazón ese silencio con eco tan característico del cerro de la Concepción.

Aquí, los vecinos respetan cada moldura, escalinata y azulejo. Hay algunos que han pintado las fachadas con sus colores originales y otros que construyen casas nuevas siguiendo la inspiración original. A media tarde huele a té con canela, a galletitas Paciencia y a viento gris, lo que prueba que en el paseo Atkinson nada ha cambiado y que aún es posible oír los sonidos de aquella época: la campanada de un reloj o el silbido de un canario. [106]

LA CASA DE LOS REED

A mediados de la década del setenta, el escritor Fernando Emmerich dirigía un taller literario en un viejo edificio de Valparaíso. A las sesiones asistían diversos narradores porteños y viñamarinos, entre ellos, el pintor Álvaro Donoso. Un joven alto, muy educado y agradable, escribía cuentos ambientados en el cerro Alegre. Se llamaba Walter Reed. Uno de estos relatos contaba la historia de un collar de perlas que había desaparecido del dormitorio de una vieja lady durante el desarrollo de una de sus grandiosas fiestas en el cerro.

Walter Reed conocía muy bien el ambiente británico de Valparaíso y las festividades organizadas por la colonia con motivo de celebrarse el birthday de la reina. Había vivido en medio de esas familias y estaba empapado de un cierto estilo de vida. Su abuelo, el doctor Edwyn Pastor Reed Rosas, nacido en Inglaterra en 1880, había emigrado a Valparaíso, instalándose en una hermosa residencia situada en el número 204 de la calle Guillermo Munich. Allí, frente al Hospital Alemán, esa espléndida casona y sus jardines ornados con pájaros exóticos alrededor de una estatua de Hermes, vieron desfilar importantes figuras de la vida intelectual, deportista y científica del Valparaíso de comienzos de siglo.

La actriz británica Evelyn Ankers, hospedada en una casa elegante con ventanas de guillotina del «Peasant Hill» en el Paseo Atkinson, visitó la casa del Doctor Reed y se impresionó con la colección de mariposas atrapadas con red por el mismo médico británico en las quebradas del puerto. Walter Giesecking, solista de la orquesta de Leopoldo Stokowsky, se sentó al piano de los Reed durante el desarrollo de una velada e interpretó Nocturnos para las damas de Bristol o Cambridge que apenas hablaban castellano.

Una noche, la iluminada casa del doctor Reed recibió una visita ilustre: Ferdinando Rex de Sajonia Coburgo... el último zar de Bulgaria. Las damas del puerto, las británicas y las

nativas, zozobraban por tocar, aunque fuese el borde del manto de aquel altivo zar que brindaba en búlgaro.

Nadie sospechaba que aquel hombre risueño iba a morir trágicamente en Europa. Nadie pensaba tampoco que a aquel apuesto galán de teatro, llamado Ernesto Vilches, lo iba a sorprender la muerte, también de manera imprevista a la salida [107] de sus funciones. Aquella noche triste, concluía la temporada en el Teatro Avenida del puerto donde se habían presentado «Peluquero de Señoras», «Juventud de Príncipe» y «La Malquerida»... A Ernesto Vilches, al asiduo visitante del doctor Reed, lo iba a reemplazar en el teatro Avenida y en el teatro social... otro actor, Eulogio Velasco, que encabezaba como primera figura una compañía de zarzuelas...

Ahora la casa del doctor Reed se había poblado de recuerdos de visitantes. Carlos Ibáñez del Campo deja estampada su rúbrica en el libro de firmas de la casa. También firman Arturo Alessandri Palma, entre la cantante española Conchita Piquer y el músico Nicanor Molinare...

Los hijos del doctor Reed son ahora destacados británicos del cerro Alegre. Asisten a las comidas del Ciervo del Club de Pesca y Caza, son espléndidos atletas, ganan siempre las olimpíadas deportivas y saben jugar muy bien al bridge y al ajedrez. Uno de ellos es Guillermo Reed. Hombre curioso, aficionado a las letras y al periodismo. Con gran sentido del detalle y de la nota sagaz, trabaja en Valparaíso para el diario «La Unión». Su padre le ha regalado la propiedad contigua, en el número 144 de la calle Guillermo Munich. En el lugar donde antes estaban situadas las caballerizas de la mansión, se levanta ahora una magnífica casona de dos pisos, con mansardas, escaleras y balcones. Allí se instala Guillermo Reed con su esposa Eileen Coleman. Ambos son entusiastas admiradores del doctor Reed. Sobre la chimenea de la planta baja, han colgado su retrato que preside ahora esa nueva casa ornada con trofeos y recuerdos.

A la muerte del doctor Reed ocurrida en 1966, Guillerino Reed y su esposa Eileen reciben muebles y objetos que van a componer un pequeño museo recordatorio. Allí, en una vitrina, sitúan, con las varillas extendidas, abanicos de muselina casi deshecha, como una telaraña. Uno de ellos lleva estampado un autógrafo. Es el de Maurice Chevalier que firma con tinta turquesa. El otro, lleva la firma del poeta español León Felipe.

Por las escaleras baja el hijo menor de Guillermo Reed. Se llama Lawrence y se sienta al piano que fue traído desde Europa con un mecanismo hidráulico para que con la travesía y los cambios de temperatura no se desafinase. Es un recuerdo también de su abuelo...

Ahora bajan por las escalinatas sus otros hermanos. Jacqueline es la mayor. También está Verónica... y Walter, el [108] más encariñado con esos recuerdos. Por la noche, se sienta en un sillón, solitario, a hojear el álbum de firmas de su abuelo. El actor español Joaquín Montero escribió en una de sus páginas con letra temblorosa:

«En una hermosa casa señorial
donde no hay rincón para el spleen
escenario que diera Ellery Queen

a su mejor novela policial».

Walter se siente transportado a ese ambiente. Le gustaría reproducirlo en cuentos y novelas. Su padre periodista lo anima a escribir. También su madre que ha trabajado como recepcionista en el Hotel Prat y ha llevado un registro... de anécdotas de pasajeros.

Walter Reed empieza a escribir sus primeros cuentos. Se inspira en los recuerdos de aquella época, pero también en los queridos fantasmas que empiezan a visitar esa casa poblada de muebles y adornos.

Ha llegado Guillermo Watson, coleccionista de antigüedades y especialista en apellidos, en compañía de su esposa, Marie Charlotte Labarca, condesa de las Siete Iglesias. A veces, la acompaña su hermana Estrella que va con su peluca de rizos y su cara sonriente, empolvada. Ella es pintora y le ha regalado al Club Español de Valparaíso un retrato de la Reina Isabel la Católica, firmado con su rúbrica inconfundible: una estrella y una barca, que quieren decir: Estrella Labarca.

Marie Charlotte toma la pluma y escribe en el libro de visitas ilustres:

«Cuando yo me muera
los soles y lunas seguirán girando.

Quando yo me muera
tan sólo mi estrella caerá llorando.

Quando yo me muera
los soles y lunas seguirán girando... »

Son versos que sabe de memoria y que ha leído hace tiempo en el libro «Como una raíz de agua» publicado por Alicia Morel a los diecisiete años. [109]

Ahora Walter Reed se ha casado y, con su esposa y una maleta con libros y papeles, se marcha a España. Ha muerto su padre... y también su madre. Ahora Lawrence Reed queda en la vieja mansión que decide arrendar por piezas. Arriba, en el amplio dormitorio con chimenea y ventanales a la calle, vive un pintor de veintinueve años llamado Andrés Merino Barría. Es de Santiago, pero se ha enamorado de la magia de las calles porteñas y del ambiente de la antigua casa. Sensible, agudo, cordial, Andrés de parte con jóvenes artistas universitarios y toma parte, además, en una exposición colectiva titulada «La Última Playa».

La noche del martes 12 de abril de 1983, Andrés se tendió vestido sobre la cama. En aquellas paredes donde antes se colgaban litografías y retratos familiares, estaban sus lienzos de colores vivos.

Hacía frío esa noche y decidió encender la chimenea. Tendido otra vez en la cama, empezó a quedarse dormido... A las cuatro de la mañana, Lawrence Reed, en el piso de abajo, sintió extraños ruidos en el dormitorio del pintor. Se incorporó en la cama y sintió

olor a humo. Subió las escaleras y entró al dormitorio de Andrés Merino que se había quedado dormido con la luz, la radio y la chimenea encendidas. Trató de despertarlo, pero Andrés dormía profundamente, vestido sobre la cama.

Lawrence apagó la radio, la luz y dejó la chimenea humeante. Una hora más tarde, los arrendatarios en las otras habitaciones, durmiendo, sintieron ruidos como si estuviese lloviendo en el tejado. ¡Era la casa que se estaba incendiando! Lawrence volvió a despertar y llamó a las familias que precipitadamente salieron a la calle. Sólo Andrés no salió. Al cabo de unos minutos desolados, se asomó al balcón del dormitorio con las ropas envueltas en llamas y se lanzó a la calle donde murió. Esa madrugada, los curiosos se asomaron a ver las ruinas de la casona, en medio de los carros de bomberos. El viento frío de Valparaíso levantó unos papeles chamuscados. Eran las hojas de un álbum de firmas. En una de ellas, se alcanzaba a leer: «No será ésta una página literaria sino íntima, de nuestros comunes recuerdos, de un primer viaje a Europa y de nuestra inolvidable Noche de Año Nuevo en Londres. Sólo Dios sabe qué nos deparará la vida...» [110]

LA MANSIÓN DE AMELIA

¿Puede conocerse en detalle la mansión de un personaje de fantasía? ¿Existió acaso la casa de «Madame Bovary» o la residencia palaciega donde vivió Scarlett O'Hara? Quizás. Nadie sabe dónde empieza la magia y dónde termina la imaginación. Pero si paseamos un día por las viejas calles del cerro Alegre, podremos toparnos una fría mañana de otoño, justo enfrente del Hospital Alemán, con una casa de aspecto misterioso. En ella la cineasta Valeria Sarmiento, esposa del director de cine Raúl Ruiz, filmó los interiores de la película «Amelia López O'Neill», basada en una crónica imaginaria de Joaquín Edwards Bello.

La casa misma se mantiene como en su tiempo, en un hermético silencio. Y hay sobre ella un aura de leyenda y de oscuro sortilegio. Porque todos en la calle Guillermo Munich, saben que en esa casona vivió el famoso doctor Reed que llegó al puerto desde Inglaterra a fines del siglo pasado.

A la sombra de un peumo francés

En sus buenos tiempos, la casa era una de las más elegantes de Valparaíso, con su inmenso hall de entrada, su colección de estatuas -una de ellas representa a Hermes- y su fantástico suelo de mosaico pompeyano.

El doctor era también entomólogo. Bautizó con su nombre una diminuta mariposa anaranjada que descubrió sin nombre ni apellido revoloteando por las quebradas de

Valparaíso. «Yo no persigo las mariposas. Ellas me persiguen a mí», llegó a afirmar. Y en su mansión las tenía atesoradas por miles, clavadas por lentos alfileres. Entre otras curiosidades, tenía de adorno una inmensa anaconda que colgaba a lo largo de un pasadizo con anchas argollas. ¡Y quién lo dijera! En el jardín donde había un zoológico con jaulas de fieras, hoy revolotea en la jaula vacía de la jirafa la partitura musical de «La Violetera» que alguien, una vez, tocó al piano.

¡Qué increíble era el doctor Reed! ¡El protector de los artistas! ¡El mecenas del arte! En su casa recibió al pianista Walter Giesecking, a la actriz británica Evelyn Ankers (quien llegó con la mitad del pelo rubio y la otra, negro), a la cantante española Conchita Piquer que llegó con su esposo, el torero Márquez, y al [111] poeta León Felipe que le dedicó un verso, escribiéndoselo en un abanico.

Inolvidable fue aquella noche en que llegó a la casa Ferdinando de Sajonia Coburgo, el último zar de Bulgaria. Y el álbum familiar muestra la foto en el momento en que el zar le regala al doctor Reed su propio prendedor de corbata y se lo obsequia delante de las visitas bajo la maravillosa iluminación del comedor de gala.

Muchos hijos tuvo el doctor Reed. Tantos, que cada uno tenía su habitación signada con un número de metal en la puerta. El primer hijo tenía el número uno, y así sucesivamente. Claro que, como todo tenía otro orden en esa casa metódica, en los cuartos estaban los libros y los juegos, pero no las camas. ¡Los niños debían dormir en hamacas colgadas en el corredor que miraba al mar! De esta manera se fortalecían en ese sano espíritu deportivo que siempre caracterizó a los hermanos Reed.

Con el tiempo, la casa se deterioró, pero hace poco, con la filmación de la película, renació a la vida. Otra vez se empapelaron las paredes desteñidas con el sol. Se lavaron los pisos y se enceraron las gastadas escaleras que suben a los amplios dormitorios. Y de la Casa Lagazio del puerto como de la Tienda El Abuelo, se llevaron pesados muebles y alfombras para alhajar otra vez la casa que se iba a convertir en la mansión de Amelia...

¡Ah, si el doctor Reed volviese a vivir, podría haber abierto la puerta con su llave y hubiera encontrado su casa tal cual como era en aquellos años, sin una grieta, sin una brizna de polvo, con el mismo lujo de aquel tiempo, gracias al milagro de la imaginación y de la paciente reconstrucción de una época hermosa! ¡Quizás se asombraría y saludaría con agrado al actor Franco Nero que vino desde Italia a la vieja mansión precisamente para interpretar a un doctor!...

Pero las viejas casas de Valparaíso se van sin que nadie las proteja. No existe ese cuidado que en Europa tienen por conservar todo vestigio del pasado, pensando en que cada rincón tiene su historia. Completamente olvidada, la casa fue finalmente demolida. Hoy, bajando por la calle en pendiente, sentimos una íntima nostalgia cuando vemos disseminados los escombros en el pavoroso vacío donde una vez estuvo la vida... [112]

DIARIO DE VIDA DE UNA DAMA PORTEÑA

Por intermedio de una directora de estudiantina musical porteña, llega a mis manos un auténtico diario de vida de una concertista de piano del cerro Alegre cuyo nombre se me ha pedido omitir.

Aquí está sobre el escritorio, obligándome a reflexionar sobre la belleza íntima de los diarios de vida. En ellos, seres anónimos -a menudo con ciertas condiciones literarias, aunque no necesariamente escritores- vierten secretos a la luz de una lámpara, desahogando penas y confiando veladamente sentimientos que no se atreven a aflorar en voz alta.

Hojeemos estos dos cuadernos de tapas negras. El primero de ellos se inicia con la palabra «Confidencias» sobre la que sonrío, en una fotografía ovalada, en sepia, la autora de unas entristecidas memorias iniciadas el día 20 de febrero de 1907: «Ah, si yo pudiera desenvolver mis pensamientos, desahogarme contándole al papel lo que yo siento: mis ideas, todo, todo aliviaría en parte mis sufrimientos», escribe esta joven profesora de piano. «Qué triste es pasar tan sola. Aunque dicen que soy tan alegre, mis pensamientos son tan tristes, que asombrarían al que pudiese leer en mi corazón»...

El cuaderno avanza con su caligrafía nerviosa. La dama escribe compulsivamente untando su pluma en tinta negra. Se ve en la letra -nos lo diría un calígrafo, pero lo notamos a simple vista- un temperamento artístico y decidido. Hay voluntad en esta mujer enérgica que siente la vida a flor de piel. Por otro lado, a través de los fragmentos del diario, se puede perfilar muy bien y detalladamente un trozo de vida en el Valparaíso de comienzos de siglo.

La joven, de origen británica, aunque chilena -como muchos de sus vecinos en el cerro Alegre- vive en una casona con balcones a la calle. Desde allí contempla el movimiento de los vecinos y aguarda al enamorado secretamente: «Hoy hace dos días que no he salido al balcón. ¡Pobrecito! Desde el comedor lo vi ayer con el sombrero echado atrás, mirar con ojos inquietos las ventanas de la casa».

Los amores sutiles y románticos, los sentimientos de época están reflejados también en estos diarios. Aquí podemos vislumbrar las delicadas ansiedades, acaso las primeras expectativas [113] ante el amor: «Esa tarde tenía mi clase de piano en el Conservatorio y recién me vestía para salir, cuando siento que se bajan de un coche frente a la puerta y que tocan el timbre de la mampara. A los pocos minutos me llaman y me encuentro frente a él»...

Luego, más adelante, se repiten las visitas a esta dama que gusta de la soledad y de la intimidad guardada celosamente en estuches cerrados y en cuadernos personales: «Serían las cinco de la tarde, cuando me encontraba leyendo las curiosidades que conservo en un cofrecito muy cerrado para manos extrañas, cuando nos llamaron para avisarnos que venía de visita».

Las frases del diario revelan interesantes preocupaciones de la vida doméstica: «Mamá no puede ir al concierto porque no se ha comprado abrigo». También muestran los entretenimientos de la época, especialmente los juveniles, como asistir al «biógrafo» o pasearse por la Plaza Victoria.

Las páginas siguientes se encabezan con el título «Hojas perdidas y copiadas últimamente». Son páginas melancólicas escritas en los crudos inviernos lluviosos de Valparaíso, con temporales y vientos huracanados. Ahora, los fragmentos llevan títulos: «Días de Hastío», «En el Hospital Alemán».

En el mes de junio de 1912, la dama está enferma. La atiende el doctor Schmiedek. Una enfermera a su lado, la cuida y le pasa el cuaderno para que escriba: «Qué loco es el Dr. Schmiedek. Hoy, al entrar a mi pieza, me ha dicho: «Muy bien, muy bien, ya esto es pulso de gente. Ya esta noche podemos ir al Conde de Luxemburgo»».

Cada día, la hermosa joven enferma escribe lo que pasa por su mente y por su corazón. La ha acometido una verdadera pasión por escribir que le viene desde muy pequeña. «No contando con nueve años, leía con fruición la vida de Franklin y, ansiando seguir su ejemplo, compré una pequeña libreta y anotaba, al lado de cada uno de mis defectos, las faltas cometidas durante el día. Y cosa curiosa: ¡mi libreta siempre tenía más cruces marcadas al lado de la ira, la mentira y el orgullo!»

Ésta es una dama decidida que desde la infancia tiene una marcada preferencia por la intimidad de la palabra escrita. Y un gusto por la vida interior y por las reflexiones de corte filosófico.

Ahora ella copia páginas sueltas que escribía hace años y por ellas nos informamos acerca de su vida infantil. Encerrada en su cuarto de convaleciente, otra vez nuestra concertista [114] escribe: «De mi diario cuando niña» y transcribe a continuación en una página escrita la pavorosa noche del terremoto de Valparaíso ocurrida el 16 de agosto de 1906.

Esta pequeña niña enamorada se da tiempo para escribir en una hoja de papel: «Anoche, cuando juntos fuimos de visita a la carpa vecina y sentados en dos cómodos pisitos, a favor de la oscuridad y bajo tu manta, con las manos entrelazadas, única caricia de que podemos acusarnos, dejamos transcurrir una media hora de felicidad. ¡Qué lejos estaban ellos de pensar que mientras conversábamos de miserias y desgracias, no cabía el contento en nuestros corazones!».

Luego vienen pequeños poemas y reflexiones, incluso dibujos que representan flores, herraduras de la suerte y tréboles de cuatro hojas. La joven está enferma otra vez y hasta sus oídos llegan, muy débiles, las notas incomparables de la «Goute d'eau» de Chopin que alguien toca al piano en la calle Guillermo Munich.

Al día siguiente van a intervenirla en una delicada operación: «Qué triste es mi despertar. Siento voces y pasos que se atropellan. Son los hombres que traen la camilla para trasladarme a la sala del tormento. Esa pieza que inspira horror con su fría mesa de mármol,

con sus instrumentos de tortura. Hago que salgan todos de mi pieza y mientras me acuesto en esa portadora de infelices, me cubren la cara con las mantas como se hace con los muertos en la Morgue.-«Livianita es»- dicen los hombres y yo me sonrío con mamá que me mira desde el jardín y lleva el pañuelo a sus ojos. ¿Después? Misterio».

Hay sensibilidad y gusto literario en estas líneas inéditas escritas a principio de siglo, en una época en que se leía el Zig Zag y las enfermedades se curaban con raspadura de palqui, «polvos juanes», agua de árnica y cinturones eléctricos del doctor Sanden.

Cuando viene la mejoría, vuelven las veladas musicales en las que la pálida dama del cerro Alegre entretiene a las visitas tocando el piano. Las páginas del diario son verdaderos testimonios de una época vista con precisión y en todos sus detalles sociales: «Estuvimos en la playa hasta las diez. Luego nos fuimos al Hotel Rolf y nos instalamos cómodamente en un kiosco, sirviéndonos Bilz y pasteles, mientras oíamos el concierto anunciado».

Más adelante, escribe: «Jorge nos está enseñando los bailes modernos. La mamá nos mira y se ríe de nuestros saltos y de [115] nuestros ensayos creados o silbados. Ya bailamos más o menos bien el «vals moderno», «one step» y fox trot».

El domingo 11 de marzo de 1917 es un día de felicidad, según queda consignado en el diario: «Henry me trajo entradas para la partida de Water Polo. No las he aceptado porque debo ir esta tarde a bordo del York. Nos lleva Jorge, a la Emma, Mitze y a mí. Más o menos la una y cuarto sería cuando la lancha de la Kosmos nos llevó desde el muelle. Iban muchas familias, en su casi totalidad alemanas. Después de un trayecto como de diez minutos, llegamos y empezamos a recorrer el inmenso vapor que está internado aquí desde el principio de la guerra. Muy pocas veces he admirado una tarde más espléndida. Un sol tibio nos permitió dejar los sombreros y pasar así toda la tarde. No corría ni una brisa. Desde la cubierta, miramos llegar repetidas veces la lancha cargada de pasajeros. Poco después de las dos, se dio principio al programa. Hubo números de orquesta y de coros a cuatro voces sin acompañamiento. Es una especialidad de los alemanes el formar esos hermosos conjuntos de voces masculinas que yo jamás había escuchado. Me gustaron. Luego se pasó a tomar onces en los comedores, previo un discurso del capitán invitándonos a considerarnos en nuestra casa. Apenas hubimos terminado, volvimos a cubierta donde se bailó hasta las 7 de la tarde. Con los últimos resplandores del sol, las casitas del Barón nos enviaban, desde sus ventanas, esos rojos reflejos que atraen y ciegan mis ojos. Más acá, la ciudad se entregaba a la sombra».

Así, las páginas manuscritas de estos diarios arrojan datos importantes de una época y nos hacen vivir otra vez episodios antiguos.

El segundo cuaderno es igualmente de corte poético, aunque aquí se advierte la madurez de la dama, tanto espiritual como artística. Su escritura se vuelve más serena y adquiere un tono más reposado, a la vez que más literario. El 28 de julio de 1919 escribe: «¡Qué día más triste! El paisaje se esfuma. Yo lo contemplo como a través de esos transparentes japoneses que parecen hechos de lágrimas. Llueve.» Al día siguiente, anota: «Vengo de oír al guitarrista Manjou. Es ciego. Entusiasmada con su arte, aplaudía con calor para darle la

impresión de que tocaba ante numeroso auditorio. Habíamos en platea nueve personas. El número total de asistentes serían de treinta personas. Daba pena».

Las sesiones de cine en el Alhambra a ver la serial «La [116] Casa del Odio», la visita a Sara Rioja en Viña del Mar, las pastelerías de lujo en Valparaíso en los años 20, los bailes de sociedad, las funciones de teatro, los conciertos, las tertulias musicales del cerro Alegre, son algunos de los temas de estos documentos manuscritos, maravillosamente inspirados, verdaderos testimonios de un tiempo definitivamente perdido, pero recuperado en la lectura de estas páginas personalísimas.

Tarea de los editores sería dar a conocer numerosos «cuadernos diarios» que andan dispersos, perdidos u olvidados, así como libretas de dedicatorias y álbumes de visitas conservados en casas de familias antiguas. Estos documentos valiosísimos son parte de nuestro patrimonio y de nuestra historia. No sólo dan cuenta de vidas individuales, sino de un comportamiento social, de una manera diferente de enfrentar la vida y de costumbres y usos sociales a veces en vías de extinción.

Aunque no fuese más que por curiosidad, deberíamos prestar un poco más de atención a diarios y epistolarios como fuente magnífica no solamente de placer espiritual, de profunda alegría, sino sobre todo, de conocimiento de un segmento perfecto de la vida de nuestros antepasados. [117]

UN ÁLBUM DE TARJETAS POSTALES

En los arcanos baúles familiares del cerro Alegre, todavía se encuentran en medio de abanicos de baile y sombrillas de gasa, aquellos álbumes de tapas de carey y madreperla, en cuyas páginas están dispersos los viejos retratos de color sepia. En actitudes estatuarias, apoyados en mesitas con carpeta de encaje o sonriendo con un gatito en brazos delante de un telón pintado, posaron en amplios estudios nuestros antepasados, pensando tal vez en la posteridad o más posiblemente en un móvil inmediato: regalar aquella fotografía para que engalanase el álbum de la familia amiga.

Muchas veces, estos álbumes, puestos en la mesa principal de la sala, constituían un verdadero barómetro social, mediante el cual se podía medir el grado de amistad de acuerdo a la ubicación en que se hubiese puesto el retrato. Orgulloso debía sentirse el enamorado al comprobar que su estampa había sido pegada en la primera hoja... Pero aquellos viejos daguerrotipos se fueron perdiendo en las familias. Y pasando de mano en mano, motivo muchas veces de burlas y olvidos, fueron a dar a las casas de antigüedades, a las ferias de objetos inútiles, cuando no a la basura.

Manos piadosas guardaron aquellas fotografías en gavetas bajo llave. Y buscadores curiosos, enamorados del pasado, las rastrearon y las miraron con otros ojos, extrayendo, de la contemplación, un rastro de ensueño.

El hallazgo de un álbum de fotografías

Hace algunos años, a comienzos de la década del 70, detrás de las palmas centenarias de la Subida Santos Ossa, se remató la casa de los Kenrick. Ante los ojos asombrados de visitantes que nunca pudieron traspasar las rejas del parque inglés, desfilaron sillones de felpa y juegos de comedor de madera de jacarandá.

Gracias a la espléndida y melancólica subasta, todos pudieron contemplar la magnificencia de la casa y de la fragante escalera iluminada por los vitrales, pero nadie advirtió que en el patio de atrás, en la basura, entre cajas de sombreros vacías y desteñidos papeles de envolver de Fortnum and Mason, había un álbum de postales antiguas. [118]

En la carátula desvaída, entre viñetas de otra época y tréboles de cuatro hojas, una mano femenina temblorosa había escrito con tinta turquesa las palabras: «Margaret Mamie Kenrick, 1901». En el interior, arbitrariamente dispuestas, quedaban algunas fotografías de la familia en color sepia y tarjetas postales de balnearios europeos famosos, firmadas al dorso o escritas con letra alargada encima de los rostros femeninos.

Era la época de las colecciones de postales que se atesoraban con infinita nostalgia en gruesos álbumes de tapas de laca china. Con el tiempo, estas postales se fueron dispersando y los antiguos álbumes fueron olvidados o simplemente desechados por bisnietos inescrupulosos, prácticos, indiferentes o poco románticos. Pero las modas vuelven, y hoy, esas tarjetas de damiselas empolvadas con rostros de vampiresas, o de coquetería mal disimulada, vuelven a revalorizarse como los daguerrotipos y los retratos, con un interés nuevo.

Los Kenrick del cerro Alegre

En el cerro Alegre vivió inicialmente la familia Kenrick. El fundador en Chile fue Sir George C. Kenrick K. B. E. (Knight of the British Empire) (Caballero del Imperio Británico) quien llegó a Valparaíso a mediados del siglo XIX atraído por la magia que despertaba la ciudad en el extranjero.

Su hijo fue Arthur Kranmer Kenrick Bell O. B. E. (Official of the British Empire) (Oficial del Imperio Británico) nacido en el cerro Alegre en abril de 1899. Siendo todavía un niño, fue enviado a estudiar a Inglaterra, conforme se usaba, ingresando posteriormente a la Escuela Naval Británica. Participó en la Primera Guerra Mundial y regresó a Chile por un tiempo, decidiendo otra vez volver a Inglaterra donde estudió historia e idiomas

modernos en la Universidad de Cambridge. De regreso otra vez a Chile, se dedicó a la agricultura en un fundo que su padre tenía en Panguipulli. También trabajó en otros campos familiares en Casablanca e incursionó en la banca, la industria, el comercio y las empresas navieras.

Era una época cuando en el puerto existían numerosas instituciones británicas, entre ellas The British Benevolent Society of Valparaíso, The Chilean British Cultural Institute of Valparaíso, The British Women's League of Valparaíso y muchas otras. También existían diversas publicaciones en inglés, [119] tales como The Valparaíso Review, Valparaíso Mercantile Reporter, Valparaíso Herald y otras.

Arthur Kranmen Kenrick, quien personifica la historia inglesa de Valparaíso, fue cónsul honorario de Gran Bretaña en el puerto por 31 años consecutivos, habiéndole entregado el cargo en 1990 a su hija Elizabeth Ann Kenrick de Krumm, quien reside en la actualidad en Viña del Mar.

La nostalgia en color sepia

En Europa es fácil hallar fotografías familiares y postales antiguas en los mercados dominicales que se dedican a rarezas y curiosidades. El Rastro madrileño en la Ribera de Curtidores es un verdadero paraíso para los cazadores de postales antiguas. Desde luego, las hay baratísimas y por unas cuantas pesetas es posible adquirir un par de tarjetas desteñidas con los rostros de Raquel Meller o María Guerrero en pose de «La Malquerida». Pero el coleccionista especializado, aquel que forma parte activa de un club internacional de intercambio de postales antiguas, va en busca de la pieza exclusiva, tal vez de aquella impresa en terciopelo malva o de aquella otra guarnecida de cinta de seda y salpicada con escarcha plateada.

Toda la imaginación de los fabricantes se desbordó en apenas un cuadrilátero de ángulos perfectos que cabía dentro de un sobre de papel y que podía incluso enviarse por correo con tres o cuatro palabras fundamentales: «Pienso en ti» o simplemente: «¿Volverás?»

Los sentimientos ocultos, aquellos que se expresaban moviendo un abanico, abriendo una sombrilla o dejando caer un guante, podían ahora tener otro cauce de expresión. Y aunque la palabra fuese breve, la emoción podía representarse en un verso copiado o, mejor aún, en la misma imagen que era portadora de los pensamientos del remitente. En aquellas termas había estado y la había recordado. En aquel lujoso transatlántico con nombre de diva operática había viajado lamentándose de no haber hecho juntos la travesía. O bien, en aquella lánguida cara de mirada ausente, ella se sentía identificada plenamente y la enviaba al destinatario, sin palabras, con la esperanza de recibir una notita insinuante al reverso de una tarjeta con otro rostro de mujer. [120]

Violetas, abanicos y pensamientos

Hay algunas postales verdaderamente bellas dentro de su ingenuidad. Aunque no sea más que por nostalgia o por complacida curiosidad, deberíamos dejarnos seducir más por estas heroínas de velos largos o por estos galanes que obsequian ramilletes de pensamientos desde la carátula de una partitura musical.

Tal vez en este animado regocijo que proporciona la contemplación de las antiguas imágenes, hallaremos un poco de belleza suavemente marchita y conozcamos algo más de nuestro pasado.

Observar con detenimiento estas estampas de otro tiempo es sentirnos transportados a una época romántica de tranvías, coches tirados por caballos y damas que arrastran pesados vestidos o que beben el té en una glorieta.

Las bellezas de la Belle Époque nos miran taciturnas y las reinas nos hacen señas con una mano enguantada desde un carro de flores de una lejana Fiesta de la Primavera. Entre los coleccionistas hay quienes prefieren dedicarse a un solo tema. Ante la extraordinaria diversidad no se pueden juntar todos los motivos. Hay quienes prefieren los transatlánticos antiguos en el estilo Reina del Mar. O las estrellas de cine... o las damas con cabelleras salpicadas de lentejuelas y adornos peregrinos con grandes sombreros de plumas y escotes decorados por festones de encaje. Hay para todos los gustos, inclusive motivos infantiles con ingenuos rostros de niñas recogiendo margaritas o con niños vestidos de marinero o jugando con un caballito de cartón.

Los españoles -especialmente los madrileños- fueron muy aficionados a los trucos fotográficos y aún hoy día, en las pequeñas calles que rodean la Plaza Mayor, hay antiguos estudios que exhiben en sus vidrieras retratos de muchachuelas tristes ahogándose en un vaso de agua o madres adorables que contemplan a sus hijos en la palma de la mano. Los efectos son de un delicioso surrealismo como el logrado con una pareja de enamorados enredada en una simbólica tela de araña con una araña a punto de comérselos...

Dedicatorias con aire de otro tiempo

Sorprenden también las tarjetas de artistas de la época. Hay cantantes de ópera y actrices de teatro con atuendos a lo [121] Sarah Bernhardt con reminiscencias neoclásicas, y bailarinas españolas con castañuelas a lo Bella Otero. Preciadísimas son las tarjetas que representan a Antonia Mercé «La Argentina» bailando «El Amor Brujo» o las de Tórtola Valencia en el Teatro Municipal de Iquique. Revisando una tienda antigua, uno se puede

encontrar varias sorpresas como descubrir una preciosa que representa a la «Princesse de Chimay» en tonos barquillo con dedicatoria en tinta azul.

Un enamorado sufriente del siglo pasado pide: «María, por favor, no me cambies a mí por J.» Una misteriosa Mercedes reflexiona en francés en Valparaíso: «Pour toi, mon amour». La misma se extiende más en castellano: «Amar es encontrar en la felicidad de otro la propia felicidad». Y al dorso de una tarjeta bordada escribe en la penumbra de su casa en el cerro Alegre: «Todo sueño que se realiza es un sueño que muere».

Aquí hay una firmada por «El Fatal» un flechado por Cupido que tuvo la «fatal» ocurrencia de enamorarse de una dama próxima a ceñir los hábitos carmelitas:

«Me contaron, bella Ana,
una extraña novedad
que quieres ser hermana,
monjita de Caridad».

Pero sin duda, las más valiosas son aquellas firmadas por personajes ilustres, ya que era costumbre de la época, el escribir a un escritor famoso con la esperanza de recibir una respuesta, aunque fuese breve, pero con su firma, al reverso de una postal, o mejor aún, encima de la imagen. De esta manera, dicha tarjeta pasaba a ser la tarjeta «vedette» de la colección que se exhibía orgullosamente a la visita sentada en el sofá.

Muchas damas de sociedad no vacilaron ante la idea de escribirles a poetas y pintores. Joaquín Sorolla, el pintor de Alfonso XIII, escribió varias postales recargadísimas a la familia Urmeneta. Otra familia puso en la primera página de su álbum una tarjeta celeste con flores firmada por don Ramón Menéndez Pidal. Una dama todavía más avezada consigue la dirección de don Miguel de Unamuno, en Salamanca, y le escribe a la Universidad pidiéndole «algunos pensamientos por escrito», para adornar su álbum. ¡Nunca lo hubiera hecho! Don Miguel -que se hallaba afanado escribiendo un «Rosario de sonetos líricos»- le [122] contesta una tarjeta sumamente austera: «Cuando se arranca de su planta una flor, señorita, para engalanarse uno con ella, se impide que dé frutos. La flor sólo fructifica ajándose en el sitio en que nació. Lo mismo sucede con los pensamientos. Sólo dan frutos en la obra en que nacieron y de que nacieron, formando parte de ella. No puedo, pues, ofrecerle más pensamientos que aquéllos que hallará en mi obra».

Contemplar estas viejas postales en el olvidado álbum de Mamie Kenrick es evocar con una sonrisa el pasado de esa antigua familia del cerro Alegre. Tal vez en esos tiempos, la sutileza importaba más. Y un guiño, una mirada o una caricia, resultaban mucho más elocuentes... Hojear este álbum es retroceder a un tiempo bello que desapareció... Y tal vez, entre asombro y fascinación, deseemos veladamente experimentar, aunque sólo sea una vez, el milagro de recibir, una tarde, un verso de amor escrito al reverso de una antigua tarjeta postal. [123]

LA BAILARINA DEL CERRO ALEGRE

Las calles empinadas del cerro Alegre esconden secretos e historias maravillosas de aquellas familias alemanas y británicas que un día decidieron anclar sus vidas en casas con antejardines y pequeños balcones asomados al mar. En una de esas casonas -que fue antiguamente Colegio de Señoritas- vive Margareth Hildegard Grabert, estrella de cine, pianista de canciones de amor y bailarina de ballet en la Ópera de Berlín en tiempos del III Reich.

Refugiada en los túneles del metro, durante los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial, conoció a Heribert Gunther, hijo de alemanes del cerro Alegre, quien se encontraba perfeccionando estudios de medicina en Alemania. Traumatizado por la guerra, el joven le propuso a su enamorada venirse a Chile, en un viaje que realizaron después de una aventurera travesía. Fue entonces que para Margareth Gunther se inició una nueva etapa en su vida, pues venía a un país desconocido, del que nunca había oído hablar.

Atrás quedaban las calles destruidas de Berlín, su teatro, las funciones de «Los Maestros Cantores de Nüremberg», la larga amistad con Magda Schneider, la madre de Romy Schneider, y sobre todo con Wolfgang Wagner, hijo de Richard Wagner, que en esos años estaba a cargo del teatro de la Ópera de Bayreuth. «Éramos amigos de la familia», cuenta Margareth Gunther. «Allí conocí a Cosima Liszt, hija de Franz Liszt que fue esposa de Richard Wagner. La recuerdo muy anciana, de bastón, vestida de negro y muy altiva, con un camafeo italiano prendido en su cuello almidonado de encaje. Era un mundo refinado, de gran esplendor, con joyas y candelabros. Se hablaba de ópera, aunque afuera estaba la miseria de la guerra».

Los tiempos de adaptación a la vida porteña también fueron difíciles para Margareth Gunther, quien nos abre las puertas esmeriladas de su salón para mostrarnos sus recuerdos: «Es cierto que Valparaíso era un puerto tranquilo a fines de los años 30, cuando Europa estaba en guerra. Pero era una ciudad chata y polvorienta. Viniendo de Alemania, no me parecía una ciudad limpia. Yo subía a los tranvías con guantes blancos. Las familias alemanas eran convencionales. Las mujeres bordaban en punto cruz y asistían de ropa oscura al oficio luterano. Era una estampa [124] de una Alemania que ya no existía, una Alemania de los tiempos pasados... No me veían bien porque yo era artista de la Ópera. Había actuado en operetas vienesas y en el cine, en la película «Ocho mujeres en un bote» y usaba pantalones en estilo Marlene Dietrich... Me miraban mal. Era «artista». Yo echaba de menos la capital de Alemania. Era cierto que estaban en guerra, pero al fin y al cabo... ¡era Berlín!».

Muy jovial y llena de vida a los 84 años, Margareth Gunther recuerda en medio de retratos de color sepia, en su alegre habitación: «Al comienzo vivíamos en una gran casa con mi marido que era médico. Eran tiempos muy duros. Después me dediqué a hacer clases de gimnasia en una época en que todavía no habían entrado las actividades deportivas como ahora. Fui una innovadora y tenía muchas alumnas, especialmente hijas de extranjeros. Con el tiempo, me vine a esta casa con mi hija Nelly. Con ella vivo ahora y mis nietos que son chilenos. En realidad, no quiero volver a Alemania. Me considero chilena

aunque nunca he perdido el acento ni el idioma y me mantengo espiritualmente unida con mi país a través de las revistas a las que estoy suscrita. En el fondo, uno es del país donde uno ha echado raíces, donde ha encontrado por fin la felicidad»... [125]

EL ALEMÁN DE LA CALLE SANTA VICTORINA

Nacido en Heilderberg, el economista de transporte Andreas Schillser, ha decidido vivir en una mansión porteña con escaleras, mansardas y corredores que perteneció, en el siglo pasado, a la familia Pfingsthorn. «Estas casas son maravillosas», dice entusiasmado. «Es verdad que al comienzo, cuando uno las compra, están deterioradas y hay que invertir en su recuperación. Pero a la larga, el resultado es inmensamente satisfactorio».

Andreas es asesor de la presidencia del directorio de los Ferrocarriles del Estado y eso le permite vivir en el puerto. «Soy feliz aquí» dice. «Estoy tan acostumbrado en Chile que me casé con Carolina Correa Ortúzar, oriunda de San Fernando, y tenemos dos niñas. Ambos hemos trabajado mucho en esta casa para aprovechar mejor los espacios y materiales. Cuando llegamos, estaba en muy malas condiciones. El piso estaba carcomido, pero había tablas de pino oregón que podían salvarse. Entonces alternamos maderas originales con otras de pino insigne. El resultado mejoró notablemente. Después hubo que raspar todas las puertas. Con esto se logró dejar a la vista la madera que era maravillosa. Incluso hubo que darle tratamiento a las españoletas de las ventanas que también tenían muchas capas de pintura y ni siquiera cerraban. Ahora quedaron los bronce labrados que contrastan con las vetas de las maderas. Dejamos ciertamente los amplios ventanales al mar, abrimos closets en vez de roperos y renovamos el baño y cocina. Antiguamente no se le prestaba atención a estas habitaciones. Las cocinas eran estrechas y había un solo baño en malas condiciones. La idea era restaurar históricamente, pero agregando el confort de hoy. Por eso, multiplicamos los baños y dimos comodidad a la cocina, con un pequeño comedor de diario. Antes esto no existía en esta casa. Incluso el baño original lo transformamos en un comedor fantástico con vista a todo Valparaíso.»

Andreas Schillser se queda un momento pensativo y luego continúa con una sonrisa: «Es hermoso ver cómo, con pinturas y barnices, es posible restaurar fachadas y cielos de las viejas casas y dejarlas como nuevas. Así, al mirarlas, parece que otra vez vuelve a alegrarse el cerro Alegre».

Consciente de que en Valparaíso «siempre se puede subir algo más», este joven profesional alemán considera que la calle Lautaro Rosas es un ejemplo de lo que puede hacerse, si se quiere [126] vivir a la antigua, redecorando con arte e imaginación: «Aquí están las casas arregladas al gusto victoriano. Una prueba de que el pasado vuelve y que siempre es posible utilizar arcanos estilos para darle calidez y originalidad al lugar que hemos elegido para vivir».

Andreas agrega: «Entre la compra y la restauración hemos invertido lo mismo que si hubiéramos adquirido un departamento nuevo en Reñaca. Muchos los prefieren porque están de moda. Pero yo no cambio esta casa por nada. Claro que es cuestión de gustos. Aquí al cerro se están viniendo algunos artistas, extranjeros y arquitectos conscientes de que es mejor vivir en barrios llenos de carácter y personalidad, con pasado y estilo. ¿Y cómo no va a ser maravilloso poder tener una pieza de juegos para las niñas, biblioteca, escritorio, «salita de invierno», dormitorios iluminados, piezas de huéspedes, jardines, terraza y buhardillas secretas? Nosotros le tenemos tanto cariño al barrio que mi padre se compró la casa de enfrente para repararla. Ahora pasa la mitad del año en Alemania y la otra en Chile. No puede entender que muchos no quieran vivir en estas casas viejas. Pero la mentalidad ha ido cambiando y cada vez hay más personas interesadas en restaurar las queridas casas del pasado»...

Andreas hojea un álbum de fotos que muestran la evolución de la casa desde el momento de la compra hasta el maravilloso estado actual. Con lápiz blanco sobre fondo negro, ha escrito con su alemana caligrafía un verso de Pablo Neruda:

«Valparaíso: te desean y aman mejor los de lejanas cunas»... [127]

UNA PUERTA AL FINAL DE LA ESCALINATA

El jubilado alemán Otto Schillser permanecía viudo en Eberbach sin saber qué hacer con su vida. Un día decidió venir a visitar a su hijo Andreas al puerto que conocía sólo de nombre por las novelas de piratas del Capitán Cook, los libros de Forster y los textos de navegación. Tenía para él resonancias mágicas, pero lo que vio lo dejó estupefacto: un funicular que subía al cielo y mansiones con canarios y glicinas.

Una tarde, estaba mirando las casas al otro lado de la calle Santa Victorina cuando se enamoró de una maravillosa puerta tallada en lo alto de una escalinata de mármol. ¡Era la que siempre había soñado! Se la podía llevar a Alemania como recuerdo de Valparaíso. Tenía que comprarla. Entonces, intrigado por la oferta, el dueño le respondió «Le vendo la puerta pero junto con la casa». Y fue así que, sin pensarlo, se vino a vivir al cerro Alegre, a la antigua mansión del famoso doctor Hans Fiedler que fue médico jefe del Hospital Alemán de Valparaíso.

La recuperación de una casa hermosa

La casa prácticamente estaba intacta. Sólo era necesaria una prolija restauración. Había que cambiar papeles murales y reponer baldosines quebrados en el patio... Y fue así que a

«don Otto» se le despertó un interés desconocido: la decoración. Fue como si naciera a otra vida, en otro continente y en otro hemisferio. El señor Schillser comenzó a vivir otra vez gracias a nuevas inquietudes. Aprendió el castellano para tratar con los vendedores de la feria de antigüedades. Se interesó especialmente en aquellos roperos que después raspó y restauró. Puestos en aquella mansión de principios de siglo, esos armarios con espejos de media luna adquirirían un increíble valor.

Es que el ojo extranjero descubre lo que el porteño no ve. Como esa antigua pesa de almacén de barrio que adorna el salón. O aquellos cuadros que, por pertenecer a la familia original, le confieren historia y sentimentalidad a su nueva morada que comparte con una dama austriaca de Viña del Mar. Un día decidieron juntar sus soledades y decorar la casa con recuerdos, objetos náuticos, un inmenso timón, cerraduras antiguas y una colección de bastones con empuñadura de marfil.

«La vida es bella», parece decir don Otto Schillser, enamorado [128] otra vez en su Valparaíso mágico de novela de aventuras. Por eso se le ve bajar contento todas las mañanas por las escalinatas de la calle Montealegre. Va a ver a los Mex, a jugar golf o a comprar una rareza a una vieja tienda del puerto. Es feliz. Por eso, junto al balcón que mira al mar, ha colgado un facsímil de un manuscrito de Pablo Neruda:

«¡El océano Pacífico
se salía del mapa!
No había dónde ponerlo.
Era tan grande,
desordenado y azul
que no cabía en ninguna parte.
Por eso lo dejaron frente a mi ventana». [129]

CRÓNICA DE UN COLEGIO DE SEÑORITAS

Las casas del cerro Alegre de Valparaíso se distinguen por sus construcciones en estilo europeo con mansardas, galerías y corredores vidriados. Sorprenden al viajero especialmente por los detalles de las terminaciones: cornucopias, medusas de mampostería, escalinatas de cedro fragante y pasamanos lustrosos. Principalmente los extranjeros las han adquirido y recuperado, valorizándolas como arquitectura patrimonial.

Subiendo por la calle Miramar desde el Paseo Yugoslavo se pueden apreciar estas hermosas casonas del siglo pasado, en medio de silenciosos jardines recién regados. Precisamente en la esquina con Lautaro Rosas -antiguamente Santa Victorina- existía el colegio de Monjas Inglesas «Santa Isabel» donde se educaban las niñas de familias británicas del cerro.

Construido en 1916 este establecimiento funcionó hasta 1943 en que fue adquirido por la parroquia de San Luis Gonzaga. A partir de entonces, el edificio entró en un paulatino

deterioro ya que dejó de funcionar como colegio debido a que muchas de las familias extranjeras buscaron un estilo de vida más moderno y se mudaron con sus hijos a Viña del Mar.

Allá, en la Ciudad Jardín, las niñas del Santa Isabel añoraban la vida en ese castillo solemne, con ventanales abiertos a la bahía para contemplar los transatlánticos que venían de lejos. Conversaciones con ancianas de ese tiempo dan testimonio del ambiente británico del internado, cuando las niñas tocaban baladas al piano en tardes de lluvia y hablaban en correcto inglés. De esa época, se conservan en la fachada unos singulares bajorrelieves que representan abejas, mariposas, niñas, angelitos y curiosamente -para ser internado de señoritas- ¡murciélagos!

Sorprendido por la curiosa arquitectura del edificio, el ingeniero alemán Andreas Schillser estudió a comienzos de los años 90 la posibilidad de comprarlo, dado que se encontraba en decadencia y transformado en casa residencial de muchas familias. Entusiasmado con la idea de devolverle su pátina original, logró su objetivo y -una vez propietario- paseó un día por la vieja casona desocupada, imaginando cómo se vería en todo su esplendor y como recién construida.

Desde luego, contaba con una ubicación inmejorable, en el mejor sector tradicional del cerro y a pocos pasos del centro, [130] bajando por los ascensores El Peral, Turri o Reina Victoria, después de un paseo entre palacios de otro tiempo.

Había ahora que iniciar una tarea titánica con la asesoría de un arquitecto experto en edificaciones históricas -don Luis Raúl Arriagada Cristi- porque recuperar una casa no significa simplemente pintarla de nuevo, cambiarle el circuito eléctrico y renovar las griferías. Se trata de algo más serio que requiere gusto artístico, conocimiento técnico y una buena inversión para darle, a una casa agotada a los cien años, otro siglo de vida.

Lo primero que había que hacer era demoler todas las paredes agrietadas y dañadas por el uso, conservando solamente la fachada de elegante diseño. «No se trata de una restauración» dice Andreas Schillser, orgulloso de su compra que deviene en su gran obra. «Tampoco una recuperación, ni un reciclaje ni una recreación ni una reconstrucción. Nada que empiece con «re». Se derribó todo lo que estaba en malas condiciones y se levantó todo otra vez, siguiendo el estilo original. Se ha diseñado incluso un ascensor antiguo, todo de vidrio, en estilo eduardiano, con empallillaje. Las ventanas también son réplicas, pero hechas con materiales modernos. La grifería de los baños es también nueva, pero copia de las antiguas. También la colocación de las cerámicas imita la decoración de comienzos de siglo, ya que van a media altura y con quiebres. Hasta las bodegas tienen un estilo decorativo con molduras. El hall de entrada -imitación de los grandes vestíbulos- es de mármol Travertino beich claro con dibujos en rosso-Verona. Todo esto es de un gran efecto nostálgico. Pienso que mucha gente quiere vivir en un marco romántico -grandes espacios iluminados, pasillos de buenas maderas, ventanales abiertos al Pacífico- pero con las comodidades de la vida de hoy: buena calefacción, cocinas equipadas, baños perfectos, closets amplios... La idea es realizar una construcción nueva, pero en el estilo de las casas tradicionales del cerro Alegre».

Otro de los atractivos de este hermoso edificio es el patio de adoquines. Originales de la propiedad, estos adoquines son escandinavos, ya que, durante el siglo pasado, los cientos de veleros «Clippers» que anclaban en la bahía traían, como lastre en las bodegas, pino Oregón de Estados Unidos, mármol de Carrara de Italia... ¡y adoquines de Suecia y Noruega! Andreas Schillser los encontró a varios centímetros bajo suelo y los redistribuyó siguiendo una composición estética a la manera de una rotonda italiana tomada de una figura en Limone, en el lago di Garda. [131] Todos estos elementos contribuyen a que la construcción tenga una serie de motivos estéticos y artísticos que la ennoblecen y le dan categoría. El resultado final es un notable edificio que cuenta con siete grandes departamentos de inmejorable calidad, con artísticas terminaciones y con excelente vista sobre la bahía. Son ideales para artistas que están repoblando el cerro, arquitectos, extranjeros, hombres de negocios con ideas nuevas, nostálgicos y soñadores, que quieren vivir en un gran ambiente en un estilo de vida de óptima calidad. [132]

EL ORGANISTA DEL CERRO ALEGRE

No vive en Valparaíso el organista Mauricio Pergelier, sino en Villa Alemana, frente a la estación El Sol, en una casa antigua que tiene el encanto de las casas vienesas. Es que su esposa es austriaca y a ella -y al amor que le profesa al mundo germano- se debe la ambientación de su sala de estar, con visillos, vitrinas para atesorar recuerdos, embudos, molinillos de café, grabados europeos, llaves de perdidos baúles y colecciones de juguetes antiguos.

Al organista le interesan especialmente las locomotoras de época, los trenes a cuerda y los vagones históricos reproducidos a rigurosa escala. Tiene una habitación especial dedicada a su riel serpenteante de trocha angosta por donde avanzan echando humo sus trenes en miniatura. En su mayoría son de lata y datan de la década del 30. Su máquina favorita es una «Cocodrilo», copia de una que corría en Suiza, en el San Gotardo, en los años 20.

Son réplicas fidedignas, como el famoso Märklin. «Es un bicho bien hermoso» dice, examinando con detención su pequeña máquina pesada y poniéndola luego en el riel de juguete para que -con un sonido característico y nostálgico- recorra aquellas ondulantes montañas de cartón piedra.

El artista frente al teclado

Mauricio Pergelier deja correr sus sueños por ese riel de fantasía y luego vuelve a su otra realidad que es la música. Con parsimonia y profundo amor hacia los instrumentos de

teclado, ha escrito una historia de los órganos históricos de Valparaíso. Por las tardes, a la caída del sol -con sus partituras de música bajo el brazo- sube por los cerros antiguos a tocar en melancólicos armonios que pocos conocen.

El órgano de la iglesia anglicana es uno de sus preferidos. «Fue donado por los vecinos británicos del cerro de la Concepción en honor de la Reina Victoria», asegura. «Es una auténtica reliquia y una joya artística por la decoración de la tubería, algo muy característico en los órganos construidos por los ingleses». Otro órgano que destaca es el de los Padres Franceses donado por don Enrique Meiggs. Y desde luego, el de la iglesia de San Luis Gonzaga del cerro Alegre que fue trasladado a la Catedral. [133]

«Es una lástima que no exista conciencia de la importancia artística que encierran estos instrumentos. Muchos están abandonados o han sido vendidos como si fueran dinosaurios de otra época. Hay que revalorizarlos como se hace en el estado de Minas Gerais, en Brasil, o en Europa donde se fomenta su uso y disfrute a través de conciertos, propagando una música culta muy hermosa que ha sido creada especialmente para ser interpretada en ceremonias religiosas».

El órgano que más le entusiasma es el de la iglesia luterana. «Es enteramente de pino oregón. Tiene más de cien años y conserva intacta la mecánica original de esa época. La sonoridad es espléndida y su música nos llega a través de una riquísima tubería de estaño y madera».

Frente al teclado, el organista saca los registros -voz angélica, oboe, trémolo- e interpreta una pieza tomada del «Libro Sesto» de María Antonia Palacios, un manuscrito original encontrado en los despojos de una iglesia por el musicólogo porteño Guillermo Marchant. Se trata de una música muy bella, escrita en 1790 y que no había sido interpretada desde esa época. La escribió una esclava al servicio de la casa de la familia Palacios y fue muy aplaudida en la reciente gira de conciertos que realizó el organista por diversas iglesias austríacas, teniendo especial interés en la Stiftskirche de Viktring...

Mauricio Pergelier... Cualquiera día lo veremos otra vez por el cerro Alegre, subiendo por la calle del Pastor Schmidt, solitario en medio del viento, cargando su maletín de fugas y motetes... [134]

GRABADOS ANTIGUOS EN EL PASAJE OXFORD

En el salón de una vieja casa del cerro Alegre están enmarcados lujosamente dos grabados campesinos de Theodor Ohlsen adquiridos por esta familia alemana en una lejana subasta del paseo Atkinson. Uno de ellos representa una carreta tirada por bueyes; el otro, un caballo empujando un potrillo para alejarlo de una empalizada.

Muchas de las ancestrales casonas de este cerro están ornamentadas por aquellos nostálgicos cuadros que ejecutaron en nuestro suelo numerosos viajeros ansiosos de reproducir a la acuarela o al carboncillo lo nunca visto.

Son los extranjeros quienes poseen una particular intuición de la realidad, acaso una mayor percepción de nuestras costumbres que muchas veces nos pasan inadvertidas. Las fiestas de la trilla, los penosos viajes en carreta a Santiago, las procesiones del Cristo de la Matriz y los bailes de sociedad, dejaron pasmada a María Graham cuando decidió pasar unos años entre nosotros durante la primera mitad del siglo pasado. Y sus asombradas impresiones quedaron registradas para siempre en las páginas de su diario como también en sus esbozos y apuntes a lápiz.

Todo lo que veía lo dibujaba: las aspidístras, los ropajes de las mujeres, el patio de lord Cochrane y su propia casa en una quebrada de Valparaíso en medio de palmas chilenas centenarias. Algunos años después, el naturalista francés Claudio Gay vendría a Chile y por encargo del Ministro Diego Portales realizaría un estudio sobre la historia física y natural de nuestro país. La fauna y flora se desplegaban ante sus ojos de la misma manera que habían impactado al fraile español Celestino Mutis cuando se internó por la selva para pintar con jugo de pétalos las deslumbrantes orquídeas del Reino de Nueva Granada.

Lo que para los americanos de aquellos tiempos era paisaje cotidiano, para Mutis, para Gay o para Humboldt, era territorio maravilloso que había que describir en diarios de viaje y sobre todo, en dibujos.

Theodor Ohlsen, el autor de estos grabados que hoy contemplo en el salón de esta casa del pasaje Oxford, viene también a Chile atraído por la magia de un mundo desbordante. Los viajes se habían puesto de moda con las novelas de aventuras de Julio Verne. Los europeos ansiaban conocer lugares exóticos, [135] desplazándose en el Orient Express a Estambul o en viejos navíos a paletas siguiendo la ruta de la seda o atravesando contra viento y marea el peligroso Cabo de Hornos.

En una de estas naves viene de Alemania Theodor Ohlsen, maravillado, lápiz en mano, tomando apuntes directos del natural. Navegando por las aguas del Estrecho de Magallanes, todo le asombra: la bravura del mar, los viajeros en cubierta, apoyados en la baranda, mirando el horizonte con catalejos, mareados en los camarotes o jugando al «scat» en el salón. Nada escapa a esa mirada penetrante que quiere atrapar todos los detalles de la naturaleza humana para traspasarlos a la hoja de block en un apunte del natural.

En Punta Arenas suben al vapor unos comerciantes a vender pieles de lobo. Las mujeres británicas, extasiadas, acarician aquel pelaje eléctrico de animales indómitos. Y Theodor Ohlsen, sentado a bordo en una silla de lona, las inmortaliza. Abajo, en el muelle, venden mariscos secos unos indígenas provenientes de Tierra del Fuego. Theodor Ohlsen no deja pasar a estos onas y alacalufes de rostros ligeramente polinésicos, de facciones que nunca ha visto, ataviados con ropajes primitivos y exponiendo el cuerpo casi desnudo al viento y a la lluvia.

Le han dicho que hay misioneros católicos italianos catequizando a los indios. Y Theodor Ohlsen visita las misiones, aquellas del Padre Mascardi, y dibuja a los nativos rezando padrenuestros, cazando guanacos, haciendo cambalache en el canal Smyth o trabajando en una mina de oro. La pampa fueguina, con sus aserraderos, ejerce una fascinación en este alemán curioso. Le gustan los cisnes de cuello negro, el plumaje de las avutardas, los zorros de la Patagonia y los rebaños de ovejas. Se sorprende con las cascadas de agua y con el estremecedor paisaje de las Torres del Paine. Lo que no sabe es que pronto verá otras costumbres muy diferentes sin cambiar de país.

Ha llegado a Valparaíso, descubriendo un centro de vida cosmopolita. Hay muchos extranjeros en el cerro Alegre que se asombran con sus bellos apuntes a lápiz. Viven en la calle Templemann y en el Paseo Gervasoni. Tienen mansiones con corredores y pianos de cola. Y se sienten felices de agasajar al artista que les habla directamente de la Alemania convulsa y romántica.

Theodor Ohlsen los sorprende en escenas familiares. Le agrada contemplar a esas familias rubias que suben por aquellas [136] escalinatas sin fin y que juegan con sus niños en grandes parques con árboles frutales. Con carbón de sauce toma notas en sus plazoletas, en la quebrada Elías y en el paseo Yugo eslavo mirando hacia el mar.

Después recorre El Almendral y se extasía en grandes negocios que venden huesillos, pasas Sultana y cascarilla de cacao. A la salida del ascensor Reina Victoria visita casas de familias de ancestro germano, muy distintas a las que conoció de paso por los lagos del sur. Éstas no están revestidas de madera de alerce sino de calamina de zinc pintada de azul, y poseen ventanas de guillotina a la usanza inglesa. Dentro, hay veladas musicales donde se toca cítara y se baila el vals y la mazurca de salón. Theodor Ohlsen es invitado a una tertulia y sentado en un sofá dibuja a unas damas de vestidos largos conversando en mullidos sillones. Un hombre de bigotes se acerca a una de ellas. Al fondo, hay otras dos invitadas junto al ventanal. Al pie del dibujo, escribe con caligrafía impecable: «Chilenische Salondame, Mate Trinkend» («Señoras chilenas tomando mate»).

Durante su permanencia en nuestro país, tiene tiempo para aventurarse en el campo. Sentado en una piedra, bajo la sombra de un maitén, toma apuntes de una campesina atravesando un estero o de un fraile que pide limosna a los vendimiadores ofreciendo un santo para besar.

Es el tiempo del «Dieciocho». Theodor Ohlsen está perplejo. Se arman ramadas con ramas de palmera. Adentro, se baila zamacueca con los pañuelos en alto. Afuera, hay vendedores de helados de canela. En verano, por las calles empedradas pasan los vendedores de melones. En una ventana, una santiaguina llama con palmadas al vendedor de plumeros. Los personajes populares no escapan a su retina. Tampoco a su pluma. Le interesan el vendedor de periódicos, el pescador, el frutero, el cargador y el sereno. También el soldado y el marinero. En el puerto dibuja los desembarcaderos, los buques blindados y los altivos almirantes descendiendo por la pasarela en la Isla Juan Fernández.

Pronto decide retornar a Alemania después de vivir diez años en Sudamérica dibujando directamente de la naturaleza. En 1894 publica sus originales como colección de

fotgrabados en Hamburgo y en Leipzig bajo el título «Durch Süd-Amerika» («Por Sudamérica»). Muchos años más tarde, una dama alemana, la señora Hede Gentz de Hoppe adquirió la colección completa [137] y la trajo al sur de Chile. En 1985, el Colegio Alemán de La Unión donó estos preciosos grabados a la Liga Chilena Alemana de Santiago (Deutsch-Chilenischer Bund), donde se exhibieron recientemente.

Esta institución cultural fundada en 1916 conserva importantes documentos relativos a la emigración alemana. Con precisión y cuidado se archivan cartas, fotografías y publicaciones sobre la vida de los colonos en fundos del sur, en el lago Llanquihue, Osorno, Frutillar, Valdivia y Puerto Montt.

La notable colección de documentos donada por don Emilio Held contiene asimismo unos hermosos árboles genealógicos pintados a mano de las familias germanas que habitaron la zona de los lagos en el siglo pasado.

Mediante esta exposición, salpicada de muñecas aldeanas alemanas, esta entidad ha rescatado a un interesante artista viajero que merece la pena conocer, no sólo porque a través de sus grabados descubrimos muchas de nuestras antiguas costumbres, sino sobre todo porque a través de ellos podemos apreciar el entusiasmo y cariño con que un artista extranjero supo observar las características más entrañables de nuestra nacionalidad. [138]

LAS CASAS PINTADAS DEL CERRO ALEGRE

Valparaíso, nuestra ciudad única, ha mantenido -pese a la avasalladora modernidad que uniformo todo- la extraordinaria diversidad de sus colores. Si Santiago no pierde ese controlado sentido del color sobrio, gris, beige o tonos pastel, Valparaíso se despliega en una fantasía cromática cuando pinta sus casas. Y los extranjeros que las están adquiriendo, por suerte, han sabido apreciar esa originalidad que las hace únicas. Y en la restauración, les han devuelto sus colores primitivos -rojos furiosos, azafranes, violetas destemplados, cerezas, púrpuras, lilas, marrones- sin importar que no armonicen o que formen una extraña y perfecta combinación como morado cardenalicio con naranja, verde indescriptible con palo de rosa o azul intenso con bermellón.

En Valparaíso, todos los colores son posibles. Y puede decirse que allí, sólo allí, encabritados en los cerros, existen todavía los colores de la extraordinaria paleta de Latinoamérica.

Valparaíso no ha perdido nunca su contacto con el Pacífico. Lo tiene delante y parece que recibe la influencia invisible de Guayaquil, de El Callao, de Panamá y de Cartagena de Indias, por donde van y vienen los barcos.

Pese a los tiempos modernos, a los computadores y a la realidad virtual, Valparaíso no pierde lo propio, que junto con los ascensores, los trolleys y ese viento de la eternidad que sopla por las tardes, son los colores encendidos de sus casas.

Una casa de antigua prosapia

Con sus colores originales, completamente auténticos del puerto, muchos porteños devuelven la pátina de brillo y opulencia que alguna vez tuvieron aquellas casonas victorianas de los cerros. Y combinando tonalidades inverosímiles, consiguen crear un sentimiento de magia y expectación ante un mundo asombrosamente recuperado por el milagro del color.

Estamos en el Paseo Atkinson, uno de los más señoriales del puerto, perpetuado por la paleta de Alfredo Helsby, con su niña jugando al aro en aquel mundo de apariencia británica. Allí se vive hoy un completo clima de restauración, como si todos [139] aquellos vecinos se hubiesen puesto de acuerdo para crear un «revival» que tiene mucho de nostalgia: cortinillas de crochet, manteles de bolillo, galletas de anís, visillos y encajes. Pareciese que todos quisiesen volver a la época del cuadro.

Allí, en una esquina, justo en el lugar donde estaba el Ascensor Esmeralda, Keiss Tijmons, de origen holandés, compró un terreno inverosímil, una simple ladera en el cerro. Nadie pensó en que iba a levantar una casona de color amarillo oro, completamente nueva, pero ajustada a la moda del siglo pasado.

¿Modernidad o nostalgia?

Es cierto que tuvo muchos detractores. ¡Cómo era posible levantar, a fines del siglo XX, un edificio completamente obsoleto! La época victoriana ya pasó. Pero Keiss Tijmons perseveró en su empeño loco porque sabía que junto con esa tendencia de derribar edificios para levantar adfesios... existe otra más acorde a sentimientos de añoranza que busca la recreación de lo antiguo.

Así, fue ideando su casa con buhardillas, corredores, rincones y mansardas. Incluso utilizó materiales de demolición, reciclando rejas y azulejos a los que se les devolvió su esplendor. Y todo a escala, como si fuera una casita minúscula y encantada que rindiera tributo a la época del jabón Rococó y la pasta Esmaltina.

El resultado está allí, a simple vista, para admirar o rechazar. Su actual propietario, el señor Nelson Morgado, conocedor de la arquitectura catalana e interesado en la

recuperación del patrimonio del cerro de la Concepción, piensa convertirla en una residencia al estilo Bed and Breakfast que existe en otros países, para que viajeros internacionales puedan pernoctar una noche teniendo una de las mejores vistas de la ciudad en un ambiente romántico. «Por suerte, la Municipalidad ha entendido esto y en este momento se están instalando dos faroles antiguos que pertenecieron al paseo. Es una maravilla ver que regresan a su lugar de origen y que devuelven el ambiente que existía antes aquí». Hoy día, esta casona de color mostaza alberga en su interior el hermoso Hotel Brighton decorado en estilo victoriano y con hermosa terraza y restaurant en el estilo de los viejos tiempos. [140]

La dama del Paseo Atkinson

Más allá, Carola Vargas Koch toma sol en la baranda del paseo. Es una mujer joven, descendiente de alemanes, que ha vivido en Hamburgo y que ha regresado a la patria de la niñez: su paseo. Enamorada del encanto de aquellas casas, opina: «En Alemania ya pasó de moda la moda de lo pasado de moda... Ahora se usan los espacios despojados de todo romanticismo. Paredes blancas, iluminación directa en base a focos. Fuera todo adorno. Estamos en el estilo minimalista. Mi padre fue adelantado en cierto aspecto porque eliminó los balcones victorianos que no nos dejaban ver el mar y abrió un gran ventanal. Perdimos en estilo de época -las ventanas de guillotina, los postigos, los barrotes- pero ganamos en vista y en sol. Prefiero esto antes que la moda de la nostalgia. Para mí, muchas casas pintadas con colores violentos están demasiado maquilladas. Se ha exagerado un poco en el pintoresquismo. No se ven naturales».

El tiempo de los roperos

Otros optan por la restauración siguiendo los cánones de la época, conservando la línea original del edificio, pero incorporando la comodidad del mundo de hoy. Es el caso de Andreas Schillser, en la calle Victorina del cerro Alegre, quien ha comprado la vieja casona de la familia Garrido y la ha pintado de azul tinta con gris perla. También se ve hermosa la de sus vecinos, tan característica, de color amarillo zapallo combinado con verde oscuro. Es la típica residencia del Cónsul de Holanda en Valparaíso, muy bien cuidada y conservando un aire entrañablemente europeo.

En la recuperación, Andreas Schillser respetó la estructura del edificio, pero le dio otra funcionalidad más acorde a los tiempos actuales, como incorporar walking closets, un concepto que no existía en el tiempo de los roperos. También puso cuartos de huéspedes y modernizó el baño, cambiando los artefactos por otros más funcionales. En este sentido, utilizó la maravillosa gama de azulejos modernos, mucho más bellos que las simples

baldosas blancas que engalanaban los baños de nuestras abuelas. Esta posición ecléctica parece mucho más plausible que aquella exagerada recuperación histórica con olor a museo o aquella [141] otra demoledora que no deja nada para construir una caja de zapatos con dos agujeros cuadrados.

Aquella vieja idea de que nadie se iba a vivir a Valparaíso se ha revertido en la actualidad. Un rápido paseo por la maravillosa avenida Alemania con sus casas recién pintadas, nos revela que hay muchos más interesados de los que pensamos y muchos más habitantes nuevos que ya se han ido a vivir a la fascinante geografía poética del puerto. [142]

LA COLOMBINA DEL CERRO ALEGRE

Caminando por las calles estrechas de Valparaíso, subiendo escaleras que llegan a palacios encantados, descubrimos un pequeño restaurant que tiene todo el sabor de las antiguas casas señoriales.

La idea la tuvo la doctora Carmen Luz González quien decidió rescatar una antigua casona del cerro Alegre para transformarla en íntimo salón de té victoriano y restaurant con espectacular vista al mar. La casa de la Subida Apolo ya era famosa porque el dibujante Lukas la había registrado con sus plumillas y pinceles en sus «Apuntes Porteños» de 1971, mostrándola como representativa de mansión con grandes habitaciones donde siempre había muchos cuadros, aspidistras y un piano.

Allí, junto al palacio Baburizza. -donde está el Museo de Bellas Artes- a la salida del ascensor El Peral, hay una serie de estas casas de otro siglo en cuyas mamparas «hay pequeñas planchas de bronce con un nombre inglés o alemán medio borrado por el constante trabajo de sacarle brillo». Son casas de viejos capitanes en cuyos salones hay «pequeños modelos de barcos, cuadros de Sommerscales y algún viejo barómetro de mercurio con olor a fragata de cincuenta cañones».

Una de estas casas es ahora «La Colombina», mágico nombre italiano que nos evoca el pasado romántico del puerto en época de carnavales cuando en carros alegóricos desfilaban por las calles céntricas el melancólico Pierrot y su adorada Colombina.

Pintada de un misterioso color rosa viejo -que acentúa su aire nostálgico- la mansión del Paseo Yugoslavo con sus verjas y balcones fue famosa porque en otro tiempo ostentaba en una de sus terrazas embaldosadas una curiosa colección de «terrarios» en grandes chucicos de vidrio.

Hoy, ha sido restaurada con gusto y aprecio por la historia de Valparaíso, a tal punto que muchos de sus elementos decorativos proceden de viejos almacenes porteños que han

desaparecido como una preciosa cajonera de la tradicional Farmacia Victoria con todas sus inscripciones en latín.

También reciclaron antiguas bolas de bronce procedentes de las oficinas salitreras, lo que tiene un significado y también un secreto homenaje porque en esta casa habitó don Pascual [143] Baburizza -magnate precisamente del salitre- mientras aguardaba que su palacio estuviera terminado.

Hay muebles de caoba, finos aparadores y un antiquísimo y curioso reloj que marca un tiempo permanentemente detenido. Las paredes han sido también empapeladas en diseños de época, conservando en algunas el papel original. También es interesante el jardín con las características hortensias del cerro y la maravillosa balaustrada que se asoma al puerto, rincón ideal para -en tardes o noches de verano- beber un aperitivo mientras se ven encenderse las estrellas.

El administrador y músico Álvaro Concha señala: «Hemos querido recobrar una época de tranquilidad y silencio en medio de las glicinas. Aquí viene un público amante de los espacios mágicos. Por las noches hay música del Trío Azul y, por supuesto, buena mesa a la luz de los candelabros»... [144]

LA MANSIÓN DE LA FAMILIA HUCKE

Todas las mañanas, en la década de los años 40, se sentía -en las inmediaciones del Parque Italia- una intensa bocanada a café tostado o a pan de nuez. No sabíamos identificar claramente esa fragancia que se expandía tibiamente por las calles del puerto, casi siempre a mediodía, pero con el tiempo supimos que era el olor del humo de la Tostadora de Café Tres Montes situada en la calle Rodríguez mezclado al de la chimenea de la Fábrica Hucke, en la calle Chacabuco, donde se estaban horneando las famosas galletitas finas características del puerto durante la primera mitad del siglo XX.

Los Hucke provenían de Alemania, de Essen, donde escucharon hablar de Chile en una época cuando numerosas familias de la Selva Negra estaban llegando a poblar el sur de nuestro país, invitados por Vicente Pérez Rosales para instalarse en Osorno, La Unión, Frutillar y Valdivia, principalmente. Pero hubo otros que no se fueron al sur y que se radicaron en otras ciudades, estableciendo negocios propios de la cultura germana, como panaderías que en Alemania han estado siempre muy ligadas a la chocolatería y la confitería.

Si en el sur se especializaron en fábricas de cerveza, salones de té y lecherías para la buena mantequilla y el queso, en Valparaíso, la familia Hucke, llegada hacia 1870, instaló una panadería y pastelería que se encontraba situada en la actual calle Esmeralda al llegar a la plaza Aníbal Pinto. Con el correr del tiempo, el señor Jorge Hucke que fue el primero en llegar, alcanzó gran éxito, extendiendo el rubro a los chocolates y galletas que se vendían

envasadas en hermosas cajas de lata hoy buscadas por los coleccionistas. En aquellas «onces» de la provincia, no podían faltar sobre la mesa los platillos con obleas Hucke, las galletas de chocolate «Tritón», las de vino o las tradicionales María.

En 1919, un hijo de Jorge Hucke, Alfredo, inició la construcción de la mansión de la familia situada en el pasaje Leighton del Cerro Alegre. Era una hermosa casona rodeada de jardines, con una gran entrada con columnas, amplio salón, sala de billar y dormitorios de grandes ventanales, en el segundo piso, asomados al mar. Un hijo de Alfredo Hucke, Harold Hucke Mattei, casado con Silvia Fox, señala que la casa estuvo en poder de la familia hasta los años 50 en que la vendieron.

Esta casa resultó en los últimos años parcialmente afectada [145] en un incendio que destruyó una casona de importancia arquitectónica situada en la calle Montealegre y que también perteneció a una familia de procedencia europea...

La mansión de la familia Compton

Era esta la casa de los Compton, una familia inglesa cuyos orígenes se remontan al año 1631. Uno de sus descendientes viajó a Chile y se instaló en 1840 en una época cuando numerosas familias británicas y alemanas se afincaban en el puerto dedicándose a la industria y el comercio. Como en Alemania existía en esos años el mayorazgo, John Compton, por ser el segundo hijo, debía ingresar a la milicia o a la iglesia, según era la costumbre. Pero como no le interesaron mayormente estas alternativas de vida, prefirió venir a Valparaíso donde fue el fundador de la familia Compton en Chile, llegando a transformarse en empresario y terrateniente. Compró con el tiempo tierras en el sur, fue propietario de grandes fundos y se dedicó a los aserraderos, llegando a ser el dueño de una importante barraca en Valparaíso, que, con el correr de los años, fue adquirida precisamente por sus vecinos, los Hucke, quienes instalaron allí la famosa fábrica de galletas.

Con su incipiente fortuna, John Compton inició en 1898 la construcción de su casona en la calle Montealegre, según consta en una placa de fierro encontrada por la familia Vuskovic que la habita en la actualidad. La señora Elena Villanueva, esposa del ex alcalde, señor Sergio Vuskovic, comenta en una entrevista a raíz del incendio, que en realidad, por fortuna, las llamas no consumieron la mansión principal en la que viven, sino la casa de huéspedes situada más abajo y que fue construida a comienzos de siglo.

En esa época, viajar desde Santiago a Valparaíso era muy difícil y había que emprender largos y penosos viajes en tren o en coches a caballo. Por lo tanto, los Compton -que estaban muy bien relacionados con familias de la capital- decidieron construir una casa de huéspedes donde podían alojarse sus amistades por un tiempo, sin tener necesidad de viajar a Santiago de inmediato. A esa segunda casa se accedía internamente desde la casa principal a través de la terraza que llegaba directamente al comedor. En esta hermosa casa de huéspedes estuvo alojado [146] por largas temporadas, durante las primeras décadas de

este siglo, el Obispo Anglicano de las Islas Falklands, quien tenía jurisdicción sobre ellas con sede en Buenos Aires y con responsabilidades también sobre Chile y Bolivia. Al menos dos veces al año venía a Valparaíso y se hospedaba en esa bella mansión de una familia inglesa...

Con posterioridad, la familia Compton se mudó a una importante y señorial Quinta de Placilla, conocida como la Quinta Compton, donde nació Sir Edmund Compton, quien se trasladó muy joven a Inglaterra a desempeñarse como Contralor General del Reino Unido, en tanto que la casona principal del cerro Alegre pasó a manos de la familia Karlsruher que la habitó durante muchos años.

El doctor Herbert Karlsruher, actual Cónsul de la República Federal Alemana en Valparaíso, recuerda que su padre adquirió ambas mansiones a la familia Compton y que cuando se casó, su padre le cedió la «casa de huéspedes» donde habitó con su esposa largos años. Con el correr del tiempo, su padre vendió la mansión principal y él vendió también la «casa de huéspedes» cuyo propietario actual es el señor Wilfredo Adersdølfer, por lo que la noticia del incendio lo llena de melancolía por el recuerdo de una época hermosa que desapareció con el fuego... [147]

EL PORTEÑO QUE CONOCIÓ A THOMAS MANN

Por invitación de Pro Helvetia y el Embajador de Suiza en Chile, señor Paul Wipfli, viajo en 1991 a Suiza a tomar impresiones con el fin de escribir artículos culturales sobre dicho país para «Artes y Letras» de «El Mercurio» en un momento en que la Confederación Helvética cumple 400 años de vida independiente. Las celebraciones en Suiza son múltiples y debo visitar cantones para conocer escritores, museos, palacios y en general el ambiente festivo que vive el país. Después de visitar diferentes lugares, manifiesto interés por conocer Davos, un pequeño pueblecito alpino en el cantón de los Grisones donde el escritor alemán Thomas Mann ambienta su voluminosa novela «La Montaña Mágica», publicada en 1924 pero iniciada en 1912 cuando viaja a este lugar desde Munich a visitar a su esposa, quien se encontraba internada en el sanatorio de Davos afectada de una enfermedad pulmonar.

El señor embajador realiza las gestiones y pronto emprendo el viaje en tren, desde Landquart, tal como lo hace Hans Castorp, protagonista de la novela y llego a Davos Platz después de una escarpada subida entre montañas boscosas, en medio de un incomparable paisaje. Voy allí en un viaje iniciático para recorrer el pueblo y reconocer literariamente los ambientes descritos en mi novela preferida.

En la pequeña Biblioteca de Davos, asomada al valle, la señorita Marguerite Siegrist es la encargada de ofrecer, al interesado en la novela, una serie de álbumes de fotografías de la época cuando los hospitales de lujo estaban en funcionamiento. Allí vemos precisamente a Thomas Mann paseándose por las calles de Davos. O en otras, a los aristócratas europeos

haciendo curas de aire en los sillones de mimbre alineados en los extensos corredores sobre el acantilado. Vemos los comedores albísimos y asépticos que aparecen descritos en el libro, con algo de hotel y algo de hospital; los dormitorios con piso de linóleo y la salita de música donde Hans Castorp escuchaba discos de ópera, en uno de los pasajes más bellos, conmovedores e íntimos de la novela.

De pronto, se acerca a saludarnos un especialista en «La Montaña Mágica». Es el profesor alemán Hartmut Schoefer, de Hannover, que está investigando en el archivo en torno a los huéspedes del Waldsanatorium que se encontraban realmente allí cuando llegó Thomas Mann a visitar a su esposa. [148]

El investigador ha decidido seguirle la pista a las personas anotadas en el libro de registro, porque según su tesis, cada uno de los enfermos que conoció Thomas Mann en la realidad, corresponde a un personaje recreado por el autor. «Prácticamente tengo información sobre todos los huéspedes» dice el profesor Schoefer, «con excepción de un misterioso caballero de apellido Gosch que se registró a la misma hora que Thomas Mann. El único dato que poseo es que este señor procedía de Valparaíso».

Asombrado, leo en el libro bajo la firma de Thomas Mann: «J. Gosch. Valparaíso. 12 junio 1912». «Increíble», dice. «¿Conoce usted Valparaíso?» le pregunto. «Sólo de nombre» responde el profesor Schoefer. «Thomas Mann envía a uno de sus personajes, a Christian Buddenbrook de «Los Buddenbrook» a Valparaíso precisamente, describiéndolo como un viejo puerto caluroso donde los pasajeros de los barcos pueden contraer la malaria. Ahora me parece algo verdaderamente «mágico» e insólito que usted se encuentre aquí, hablándome de Valparaíso. Tal vez usted me ayude a encontrar la pista de este enfermo porteño que convivió con Thomas Mann en el sanatorio durante esa temporada. Alguien me dijo que esa familia procedía del cerro Alegre».

Quedo verdaderamente sorprendido. Después de todo ¿no estamos ambos en «La Montaña Mágica»?

La señorita Astrid me conduce ahora al encantador hotelito alpino Ochsen donde pasaré la noche. «Es increíble», dice la especialista en Thomas Mann, mirando la cadena de montañas que rodea Davos. «Muchos viajeros que vienen aquí, se quedan mirando largo rato estos picachos nevados y después de un instante, me preguntan: «¿Y cuál es «La Montaña Mágica?» como si se tratara de alguna en particular... Y dígame ¿cómo saberlo? Después de todo, es un título alegórico, ¿no le parece?»

La noche ha oscurecido en el pueblo de Davos. En la amable habitación hojeo el voluminoso libro que ha sido leído en todo el mundo. En sus primeras páginas nos advierte el autor: «Sólo es verdaderamente entretenido lo que ha sido meticulosamente elaborado».

De regreso a Chile interrogo en el cerro Alegre de Valparaíso para enviar información al profesor Schoefer. Nadie conoce a la familia Gosch. Quizás vivieron en alguno de aquellos pasajes hace mucho tiempo, en una gran mansión...

Una tarde, dicto una conferencia en el Instituto Cultural de Providencia sobre este tema y cuento el episodio. A la salida, [149] se me acerca una dama de cierta edad, y me dice que efectivamente ella conoce a la familia Gosch de Valparaíso. Ella es amiga de Carmen Gosch, hija de ese señor que estuvo en Davos con Thomas Mann en el sanatorio suizo. Claro que ahora ya no viven en Valparaíso sino en Las Condes. Ella me va a establecer contacto. Le dejo mi número de teléfono y al poco tiempo, recibo un llamado telefónico de aquella hija interesada también en conocerme, ya que ha sabido que en una conferencia hablé acerca de la visita que su padre hizo a Davos...

Hoy es una señora mayor que conserva recuerdos de su padre: cartas y fotografías. Fijamos varias citas pero éstas por diversos motivos no se concretan. Finalmente acordamos una tarde de abril para juntarnos, en la casa de su hija, que vive en la calle Fray Bernardo de Las Condes.

Es una casa elegante rodeada de jardines con objetos de muy buen gusto en su interior. Hay una bella colección de botellas puestas al trasluz y antigüedades que revelan refinamiento y cultura. Adentro está la señora Gosch, quien me cuenta que es descendiente de alemanes de Hamburgo llegados al cerro Alegre de Valparaíso a mediados del siglo pasado, en una época en que el presidente Pérez Rosales había incentivado la emigración a Chile.

Su abuelo envía a su padre, Juan Gosch, a los 27 años, conforme se usaba, a Davos, porque tiene una enfermedad al pulmón. Él, como alemán, sabe de las propiedades medicinales en un clima de altura. La enfermedad no es grave, pero en esa época se estilaba viajar a Europa para sanarse completamente si se tenía dinero. Y su abuelo, como alemán, sabía que Davos era el lugar indicado.

Las fotografías en sepia muestran a Juan Gosch en el sanatorio de Davos y en un estudio fotográfico de Arosa en donde posa con un elegante traje de paño inglés y cosa sorprendente para un enfermo del pulmón ¡está con un cigarrillo en la mano!

Carmen Gosch cuenta que su padre le contaba que en el sanatorio había trabado amistad con un escritor que había acudido a visitar a su esposa enferma. Ambos hacían viajes juntos al pueblo, caminando, porque como no estaban enfermos realmente, el doctor -Behrens en la novela- les pasaba las llaves del sanatorio y así podían entrar por la noche, después de una caminata.

El escritor era nada menos que Thomas Mann, pero su [150] padre, Juan Gosch, no tenía conciencia aún de que era un escritor importante. De hecho, el autor sólo contaba con 37 años en ese tiempo y aún no había escrito «La Montaña Mágica», aunque sí «Los Boodenbrooks» y «Muerte en Venecia».

Un año estuvo Juan Gosch en Davos y al regresar a Chile se hizo cargo de la empresa naviera de su padre. Eran embarcadores de animales. Las fotos nos muestran a Juan Gosch cabalgando en un caballo blanco por la avenida Alemania de Valparaíso. Tenía una gran comunicación con los animales, especialmente con los caballos y con los perros que no le ladraban nunca ni mordían. También cantaba y tenía un timbre de voz parecido al de Tito

Schipa. Tocaba piano, la armónica, jugaba cricket y seguramente este porteño de cerro Alegre cantó y tocó piano para su amigo Thomas Mann en el Sanatorio alpino de Davos... [151]

ESCRIBIR SOBRE EL CERRO ALEGRE

Primeramente quiero agradecer la participación de la soprano Ilse Simpfendörfer y del pianista René Reyes en la presentación de mi libro «El Niño del Pasaje». Ellos han dado el tono emotivo o sentimental que yo he querido imprimir a este memorial de la infancia en el cerro Alegre de Valparaíso. Al oír estas canciones -«Viena, ciudad de mis ensueños», «Amapola», «El Relicario»- yo me he sentido transportado al viejo pasaje Pierre Loti y he creído estar en uno de esos antiguos salones con un piano y muchos retratos en las paredes, escuchando a alguna dama porteña que -tocando «Greenleaves» o «Violetas Imperiales»- sueña con volver un día a Europa.

Ahora probablemente ustedes quieran saber cómo escribí este libro y por qué elegí como tema los recuerdos de un tiempo vivido en el Paseo Atkinson y en los jardines que rodeaban el ascensor Reina Victoria. Ya algo les he adelantado el escritor Fernando Emmerich, a quien también agradezco su semblanza. Yo voy a hablarles, no de mí -que ya prudentemente lo ha hecho él- sino de las circunstancias que rodearon la creación de mi libro. Efectivamente, como él ha señalado, la inspiración surgió lejos, a propósito de unas conversaciones evocativas sobre Valparaíso, sostenidas durante una visita que mi amigo escritor me hiciera al castillo de Blutenburg, en el sur de Alemania, junto al río Isar de la ciudad de Munich, en donde yo residía por una temporada.

Tal vez a ustedes les resulte extraño que yo haya viajado a Alemania a escribir sobre el cerro Alegre de Valparaíso cuando era mucho más sencillo haberme instalado en una casa de la calle Abtao o del pasaje Fischer a escribir directamente sobre lo que pasaba delante de la ventana. Pero yo admiro a Horacio Quiroga que dijo: «No escribas nunca bajo el imperio de la emoción. Déjala morir y evócala luego». Por eso, me pareció que la distancia ayudaba a que los recuerdos se decantasen y surgiesen así más nítidos. Allí, en la elegante ciudad de Munich, me era más fácil escribir sobre Valparaíso, con lo cual defraudé a muchos que pensaban que iba a escribir sobre Alemania.

Por lo demás, esto no es tan extraño. Una amiga mía, Rosaura Jácamo, que vivía en Quilpué, pintaba al óleo paisajes nevados con castillos al fondo y niños rubios con caras angélicas en trineos. Con el tiempo, se fue a vivir a Noruega. En mi reciente [152] viaje a Oslo, la fui a visitar y vi con sorpresa que había cambiado radicalmente la temática. Ahora estaba pintando los cerros de Valparaíso, lo que nos comprueba que la felicidad siempre está en otra parte y que soñamos con un ideal que está lejos de nosotros.

¡No vayamos a encontrarlo porque de inmediato dejará de interesarnos y otro ideal surgirá en otro lado! Esto es lo que me sucedió a mí. Mientras viví en Europa, no dejé de

escribir sobre mi infancia en Valparaíso. Todo me hacía evocarla: los perfumes, los colores, las edificaciones, la música, las costumbres... Cuando volví de Europa a recorrer los lugares sagrados de la infancia, ya no me interesaban y me senté a escribir artículos nostálgicos sobre la vida en Europa... Tal vez sea esa la naturaleza del escritor y vivamos en un continuo inconformismo. O acaso sea esa la condición inestable del artista.

Pero por otro lado, pienso que está bien que sea así y eso al menos da variedad a lo que uno escribe. El ideal sería vivir aquí y allá para escribir de todo. Pero el libro que tienen en sus manos es lo que escribí allá, lo que empecé a escribir en ese castillo de Blutenburg, el castillo de caza del duque Alberto III de Baviera, surcado por las aguas del riachuelo de Würm.

Mi escritorio era histórico. Había pertenecido a la escritora Jella Lepman. Era de roble americano y en su múltiple cajonería, yo guardaba cartas y pequeños objetos curiosos que iba encontrando por las pequeñas tiendas de antigüedades de Munich. Objetos del todo inútiles ciertamente, como los que suelo coleccionar, que desconcertaban a mis amistades alemanas. No podían concebir que estando tan lejos y teniendo que regresar, yo me fuera atiborrando de pequeños estuches, cajas llenas de cajas y pequeños juguetes de lata a cuerda.

Pero yo no lo podía resistir. Esos trenes en miniatura coleccionados en la Alte Rathaus o esos libros de cuentos que pude ver en la Biblioteca Internacional de Munich, me remitían obsesivamente a mi propia infancia. Eran objetos nostálgicos y carismáticos que no había vuelto a ver en muchos años y que ahora reencontraba, reencontrando en ellos los días de mi niñez. También las casas particulares de Obermenzing que rodeaban el castillo tenían para mí un efecto evocativo.

Visité varias de estas casas en distintas circunstancias y quedé sorprendido al entrar en las cocinas o en los dormitorios, al ver allí elementos domésticos que también había dejado de [153] ver por muchos años: ventanas con visillos, cortinas de crochet, manzanas o membrillos perfumando los cajones de la cómoda, una pequeña balanza con sus respectivas pesas minúsculas para pesar veinte gramos de harina o cuatro gramos de pasas. En las cocinas chilenas no existen estos exactos instrumentos de medición y las señoras miden por pizcas, por puñados o simplemente no miden.

Pero yo recuerdo muy bien que en la casa de mi madrina María Olga Leighton, en el pasaje Gálvez del cerro de la Concepción, había una de estas balanzas y también frascos con mermeladas caseras con etiquetas pegadas y tapados con un trozo de tela.

En esas casas alemanas de Swandorf con sus relojes que daban severas campanadas, con medallones antiguos en las paredes y sobre todo con silencio, yo me acordaba profundamente de esas casas misteriosas, solariegas, con escaleras de caracol y jaulas con canarios que había conocido de niño en el cerro Alegre. Ahora, en la distancia, se me presentaban nítidas las visiones de la infancia y veía con toda claridad, como nunca antes, los paseos dominicales a ver los transatlánticos en la bahía desde el Paseo Gervasoni o los jardines del Paseo Yugoslavo con parrones con buganvillas y flor de la pluma.

Volviendo al castillo, me refugiaba en mi habitación donde según la leyenda, había dormido Lola Montes, la bailarina española favorita del rey Ludwig I de Baviera.

Y tendido en mi cama, se me mezclaban las imágenes espectrales del castillo, con las figuras fantasmales de mi infancia. Veía a Lola Montes conversar con mi madrina. Después veía pasar a Oscar Kirby, «la Ocarina Humana», vestido de blanco, con su rostro empolvado, tirando sus galgos rusos por la calle Pedro Montt. Enseguida aparecía Ludwig I que tocaba al piano una canción muy hermosa -«El Carro del Sol»- que no he vuelto a oír y que mi madrina tocaba al piano en esa casa de color verde con galerías y mansardas.

Por la noche, desesperado con estas pesadillas, despertaba. Alguien tocaba la puerta, abajo, en el patio del castillo. Yo, asustado, bajaba a abrir. Había siempre un niño de unos doce años que lloraba y que me hablaba en un idioma incomprensible que podía ser rumano o yugoeslavo. Por los gestos, me hacía entender que estaba encerrado en el patio y que le abriese la reja para salir al bosque. Estaba vestido a la usanza de los años cuarenta [154]. Yo subía a buscar las llaves, pero cuando bajaba, el niño ya había desaparecido.

Al día siguiente, yo pregunté a Lioba que era... ¿cómo diré?... mi tutora o mi hada madrina en Blumenburg y me respondió tranquilamente con una sonrisa que no me preocupara, que era el fantasma de un niño de la Segunda Guerra Mundial que siempre deambulaba por el castillo.

Ustedes comprenderán que después de esta explicación yo no bajé más a abrir la puerta cada vez que a medianoche golpeaban la puerta con la aldaba. Pero la táctica de no bajar no sirvió efecto porque el fantasma del niño antiguo se me deslizaba en los sueños y al día siguiente me veía en la obligación de escribir obsesivamente para exorcizar los espíritus y la nostalgia.

De este material confuso están hechas las imaginaciones de un escritor. Y de estas visiones desordenadas y dispersas se compone este libro: de sueños, de invenciones, de magia, de pesadillas y de recuerdos.

Recordé en Ausburg la casa de la señora Kaufmann del cerro Alegre, cerca de la plaza Bismark. La señora Kaufmann era una profesora alemana que vivía sola en la calle Augusto D'Halmar y que me enseñaba a tocar en guitarra, valeses, mazurcas y habaneras de Antonio Alba o Francisco Rubí. Era hermoso tocar dúos en la penumbra azucarada de ese salón a donde a veces llegaban antiguos integrantes de una estudiantina. Una vez escuché una polca interpretada por bandurrias, guitarras y mandolinas. Nunca más he vuelto a saber de esas personas y nunca más he vuelto a oír esa melodía, pero a veces, cuando estoy solo, vuelven ciertos fragmentos de música y entonces me parece estar otra vez en esa casona escuchando a esos seres misteriosos tocando música española.

Recordé después en el castillo de Blumenburg los transatlánticos que llegaban a Valparaíso: el Reina del Mar o el Reina del Pacífico, imponentes en la bahía. Yo tenía un tío español: se llamaba Lázaro y era tripulante del Reina del Mar. Cada cierto tiempo llegaba a la casa con su uniforme impecable, hablando con su voz ronca, su acento gallego, su timbre inconfundible, cargado de paquetes y libros de cuentos. Un día se fue en el barco

y no volvimos a saber de él. Pero me basta con cerrar los ojos para volverlo a ver entrando con los regalos a la vieja casa de la infancia.

Recordé también en Munich, andando en bicicleta por el [155] sendero de Hermann Hesse que bordeaba el riachuelo de Würm, las audiciones radiales de Valparaíso: Eugenio Elordi transmitía «La Audición del Buen Provecho». Nosotros la escuchábamos todas las tardes. Aún hoy día me basta quedarme en silencio para escuchar la voz de Kenito Elordi anunciando los pasodobles de Margarita Sánchez o de Raquel Meller...

La magia de los personajes de la infancia en el viejo puerto, el encanto de los niños con los uniformes de cada colegio, según las distintas colonias: el Colegio Alemán, la Scuola Italiana, las Monjas Francesas con las niñas que llevaban sombreros de fieltro granate... el Colegio Mac Kay, las Monjas Inglesas, el Seminario San Rafael con sus uniformes verde esmeralda, el Salesiano... cada uno con sus bandas escolares... Las figuras etéreas de ciertas señoritas que pasaban mudas tomadas del brazo... De todo ello había que hablar o escribir. Y por eso, en base a una introspección, a veces dolorosa, fueron apareciendo fragmentos aislados de la niñez, veladas familiares, músicas olvidadas: un comedor grande, lleno de gente, donde a dúo, mi tío Carlos Marino, de origen italiano, canta con Laura Reale las canciones: «Mamma» y «Torna Sorrento». La gente aplaude alrededor de la mesa. Luego Laura canta sola «Las Tardes del Ritz», «El Copihue Rojo» y «La Tranquera», apoyada en el mantel. Ahora ya se van componiendo las historias...

De vuelta a Chile, había que documentarse más. Fue así que tuve la ocasión de visitar a la familia Reed, enfrente del Hospital Alemán. Ellos viven aún en lo que resta de una soberbia mansión construida a comienzos de siglo, con pisos de mosaicos italianos y grandes vitrales de colores. Tienen un piano Steinway en el que tocó Walter Giesecking. Artistas, intelectuales, músicos y presidentes visitaron la casa del doctor Reed. Lo sabemos por el álbum de firmas. Allí están las de Arturo Alessandri Palma y la de Carlos Ibáñez del Campo. En un abanico, firma el poeta León Felipe. También la actriz británica Evelyn Ankers visita la casa y la cupletista española Conchita Piquer que interpreta en una velada musical «El Relicario», «Salero de España» y «Me da miedo la luna».

El archivo de la casa registra los pormenores de la vida íntima familiar. Pero de todas, la rúbrica más ilustre es la de Federico I de Sajonia Coburgo, el último zar de Bulgaria que visita al doctor Edwyn Reed. La fotografía histórica que yo vi en la casa, muestra la sorprendente generosidad del zar. El doctor Reed [156] le ha alabado su prendedor de corbata que es un brillante y el zar, en un gesto de magnánimo desprendimiento, se lo saca y se lo prende en la corbata al doctor. La fotografía en sepia revela el instante magnífico en que los comensales atrás aplauden en un salón abarrotado de antigüedades, muebles vetustos y animales embalsamados. ¿No es éste acaso un ambiente literario, una atmósfera que pide ser recuperada para la literatura? Había que reconstruir la época tan querida por lo demás por Joaquín Edwards Bello.

Por suerte, yo había tomado notas en una libreta y a partir de ellas, decidí hacer vivir otra vez a esos personajes. Éste es, pues, un libro evocativo que rescata una época a partir de observaciones tomadas directamente en las casas de familia del cerro Alegre. Fotografías, álbumes, discos de vitrola, partituras de música, son los elementos que fueron

perfilando y dando el tono de época a esos recuerdos que yo había esbozado en el castillo alemán.

Así, estos relatos de condesas españolas y damas británicas, se fueron constituyendo en base a recuerdos y a cierta base documental para precisar una época que corresponde al auge económico de Valparaíso entre los años 30 y 40 aproximadamente.

Volver a estas casas ha sido sentir los fantasmas que allí deambulaban. De pronto, observamos que aún quedan vestigios de un pasado opulento y que a partir de una mampara de vidrios muselina o de un abanico de seda firmado por Maurice Chevalier podemos hacer revivir escenas a partir de conversaciones y de un poco de imaginación.

La gente se lamenta hoy en Valparaíso de que el mejor tiempo se ha ido para no volver, pero yo no creo eso. Yo pienso que el pasado se va pero vuelve si cerramos los ojos y aprendemos a ver hacia atrás con el corazón. Y si miramos muy atrás, es casi seguro que lo que veamos sea un rostro de mujer que hemos dejado de ver en nuestra infancia.

Porque es en estos años cuando se han conformado las visiones del corazón, las emotivas. La infancia es la etapa de la primera vez. Cuando visitamos casas o personas que nos impresionaron. Cuando sentimos ciertas fragancias que nos impregnaron el alma. Es por eso que ahora, en la vida adulta, al pasar por cierta calle o frente a un jardín, sentimos muchas veces una ráfaga de perfume que invariablemente nos evoca aquellos días [157] de la niñez. Me pareció que era importante hacer revivir en las páginas de un libro aquellos seres que de niño me cautivaron: Violeta Verscheure, la actriz radial que interpretaba el personaje del Hada Escarlata y que una tarde de viento llegó a tomar té a la casa. En realidad, su nombre real era más literario: Violeta Adam. Aquí la recuerdo tal como era, tal como llegó esa tarde, pálida, con su voz inconfundible, sus grandes ojos... ¡increíble, de color violeta!... y su bolsa en la que llevaba el vestido escarlata de las funciones de hada.

Cada capítulo del libro es un personaje o una situación vivida o reconstruida, por eso, su estructura es la de un álbum de fotografías; simula un collar en el que cada relato tiene independencia, pero a la vez, un hilo común que es el ambiente de época visto a través de los ojos de un niño. Aquí los dejo con él. Leonardo Wilson les contará lo que ocurrió en el cerro Alegre cuando las damas británicas supieron que a bordo del Queen Anne viajaba la última ahijada de la Reina Victoria. También conocerán el inexplicable destino del adolescente Isidor Polak... o la extraña relación sentimental de la señorita de la farmacia que cantaba «Amapola» al piano con el señor Meyer.

¿Sabían ustedes que en el pasaje Leighton vivió la familia Hücke y la familia Rudolph?
¿Que Odette Fontaine aún mantiene en su casa a un mozo peruano que la sirve impecablemente vestido con guantes blancos?

La pequeña crónica de la vida cotidiana, el recuerdo de los pequeños gestos de la vida diaria, los bailes, las canciones, las comidas, las maneras de vivir de las colonias de Valparaíso en los años cuarenta, a través de la mirada de un niño, son los elementos que componen mi libro.

Finalmente quiero dar algunos agradecimientos. El poeta Erick Pohlhammer leyó el manuscrito original antes de ser publicado y me dio algunas sugerencias. Con lápiz de mina, cada ciertos párrafos escribió: «Thomas Mann habría ampliado más esta escena». A él le deben ustedes la detallada actuación de la señorita Laura en el comedor del barco... Monique Osten, una querida amiga mía de origen holandés que vive en Valparaíso -pero que se encuentra hoy en Sudáfrica- leyó también el manuscrito y me hizo algunas observaciones respecto de los usos y costumbres de los británicos en las colonias. En una de las escenas, Lady Wilson va al paseo Gervasoni a ver la llegada de un barco. Ella se saca el sombrero -que yo aprovecho para describir [158] muy bien- y lo pone sobre las rodillas. Al cabo de un tiempo, se levanta y se vuelve a poner el sombrero. Yo me detuve largamente en esta escena, pero ella acotó al margen: «Una dama británica nunca, nunca se saca el sombrero». A ella le deben ustedes la precisión de los detalles de época.

Otro ejemplo. En las primeras escenas, una dama toca a Chopin en un piano Steinway. En el capítulo final, la misma dama, en la misma casa y en el mismo salón, toca valeses en un piano Playel. ¿Cómo es posible? ¿El piano cambió de marca en el transcurso del libro? ¿O la dama cambió de piano? A Monique Osten debo el ajuste perfecto de los detalles de la novela. Por último, Alicia Morel. Ella, como escritora de cuentos para niños, conoce bien el mundo de la infancia. Al leer el original, me hizo algunas observaciones respecto del pulimento de la prosa. Me hizo perfeccionar el carácter del niño. Y al conversar sobre los contenidos, nos llevamos ambos una gran sorpresa. De aquel álbum de firmas de la familia Reed yo había tomado unos versos muy hermosos que había escrito Marie Charlotte Labarca, Marquesa de las Siete Iglesias, personaje mágico y poético del viejo Valparaíso. Los versos decían:

«Cuando yo me muera
los soles y lunas seguirán girando.

Cuando yo me muera
tan sólo mi estrella caerá llorando.

Cuando yo me muera
los soles y lunas seguirán girando».

Estos versos los incorporé al libro y forman parte del capítulo «Retrato de dama con red de mariposas», un homenaje a Henry James. ¿Cómo se le habían ocurrido a Marie Charlotte? ¿Dónde los había aprendido? ¿Eran versos suyos o anónimos? Pero Alicia Morel me dio la respuesta: «¡Esos versos son míos!» me dijo regalándome su hermoso libro titulado «Como una raíz de agua», publicado cuando ella tenía 17 años. En una de sus páginas, leemos el poema «Simpleza» que una tarde, la Marquesa Marie Charlotte, antes de que la casa del doctor Reed se incendiara, escribió en el histórico libro de firmas. Así, de este modo, mágico y original, se cerró el ciclo de «El Niño del Pasaje». [159]

Y se abrió, quién sabe, otro, referido a las historias verídicas que enlazan este libro con la vida real...

El término de esta presentación es la lectura de un soneto del poeta peruano del siglo XIX, Carlos Augusto Salaverry, que resume muy bien el espíritu de esta novela. Me lo envió el poeta limeño Alberto Benavides con motivo de la presentación de mi libro. Está manuscrito en letra cursiva cancillerescas y dice así:

«Ilusiones».

Carlos Augusto Salaverry.
Perú. Siglo XIX.

«Venid a mí, sonriendo y placenteras
visiones que en la infancia he idolatrado;
¡oh, recuerdos! mentiras del pasado,
¡oh, esperanzas! mentiras venideras.

Ya que huyen mis lozanas primaveras
quiero ser por vosotras consolado
en un mundo fantástico, poblado
de delirios y quimeras.

Mostradle horrible la verdad desnuda
a los que roben, de su ciencia ufanos,
a todo lo ideal su hermoso aliño;

Pero apartadme de su estéril duda;
y, aunque me cubra de cabellos canos
dejadme siempre el corazón de un niño.»

Con estos versos, los dejo en la reflexión, invitados a que redescubran el mundo de la infancia y a que conozcan las tristes historias del cerro Alegre, las historias que cuenta Leonardo Wilson, el niño del pasaje.

Presentación del libro «El Niño del Pasaje».

Manuel Peña Muñoz.
Editorial Andrés Bello, 1989.
Premio de la Crítica.
Círculo de Críticos de Arte de Valparaíso, 1989.
Instituto Chileno de Cultura Hispánica, 4 octubre 1989. [160]

«EL NIÑO DEL PASAJE» EN EL PALACIO BABURIZZA

En los cuentos de hadas, los bautizos suelen realizarse en el interior de los palacios. Hoy, para bautizar «El Niño del Pasaje» hemos escogido también un palacio, el del Paseo Yugooslavo del cerro Alegre donde vivió el magnate del salitre don Pascual Baburizza. Y nada más apropiado que esta antigua residencia de comienzos de siglo porque mi libro trata

justamente, como en las viejas historias, de casas adornadas al estilo europeo, con balcones de madera torneada y amplios aposentos empapelados que miran al mar.

«El Niño del Pasaje» encuentra hoy, en esta presentación pública, su lugar natural en un auténtico salón elegante de Valparaíso decorado con cuadros antiguos, óleos de firmas importantes y un piano de cola en espera de una velada musical.

Ustedes mismos han iniciado ya esta presentación viniendo hacia acá, subiendo tal vez hasta el paseo por el viejo ascensor El Peral, como en un rito. Habrán admirado el mar, las estatuas del jardín, la glorieta para tomar el té y los pimenteros que rodean al parque y que dan sombra al palacio.

Éste es el ambiente del libro. Y al caminar por estas calles, las únicas calles verdaderamente íntimas de Valparaíso, acaso hayan comprendido ya un poco la mentalidad taciturna y lejana de Leonardo Wilson, el niño del pasaje.

Tal vez ustedes quieran saber en dónde vivió exactamente el niño Leonardo. ¿En el pasaje Thompson o en el Pierre Loti? En ambos y en ninguno. En el pasaje Ideal tal vez, que tampoco existe más que en mi libro. Auténtico o no, este pasaje mío tiene la esencia de este cerro Alegre, su música, su perfume, su tristeza y también el alma del cerro de la Concepción.

Entre el ascensor Reina Victoria y El Peral, se concentra una maraña de calles estrechas, solariegas, donde habita algo de cierta magia perdida o de cierta poesía. Pasaje Oxford, paseo Atkinson, calle Pilcomayo, Capilla, Templemann... Por este ámbito transitan seres misteriosos con inusuales timbres de voz. En su mayoría son extranjeros que se han venido a vivir a este ámbito soleado con glorietas y jardines, con mansardas y pasadizos secretos. Y nada más interesante para un escritor que escudriñar en el fondo de esas vidas humanas para encontrar en ellas un poco de historia y acaso, acaso, una pepita de oro para contar.

Y caminando, conversando por estas calles que serpentean [161] entre madre selvas y palmeras centenarias, he encontrado, en estas casas misteriosas con verjas y enredaderas de flor de la pluma, maravillosas historias que han sido poco trabajadas en nuestra literatura. Acaso nuestros escritores se han sentido tentados más con el ambiente portuario, con los bares y el humo de pipa de estos marineros tristes, que con estas casas donde un día vivieron familias británicas y alemanas, cada una de ellas con una historia para hilvanar al calor de los recuerdos. Miren si no las puertas de estas casas con pequeñas manos enjoyadas que empuñan una bola. Observen la calle Papudo con sus aldabas distintas y sus colores deslavados con la lluvia. ¿No se imaginan acaso que allí dentro se fragua un episodio dramático o desesperanzador?

Dejémonos hoy día, en esta tarde de niebla, guiar de la mano de Leonardo Wilson, como él se dejaba llevar de la mano de su madre. ¿Y qué vemos? Altas casas forradas de zinc con balcones victorianos y cortinas de crochet; jaulas con canarios, una señora de pelo blanco que pone bajo la cabecita del gato angora, una almohadilla de seda azul... Miren. Ahí hay una mansión enclavada en el cerro; tiene jardines escalonados y estatuas de reinas de Inglaterra. Dicen que en esa casa vive Sara Mac Donald. Dicen que era noble, que tenía

escudo de armas, que era coleccionista de mariposas... dicen que se había casado con Ferdinando de Sajonia Coburgo, el último zar de Bulgaria. ¿Habrá sido cierto que en el cerro Alegre vivió una zarina? No lo sé. Lo que sí es cierto es que el cerro fue visitado por sopranos líricas, ajedrecistas famosos y actrices de cine venidas del otro lado del océano. También por cupletistas. Hay una que cantó pasodobles en una tertulia íntima en la casa del doctor Reed. Allí la vemos en una fotografía desvaída. Se ha puesto un mantón de Manila de color negro azabache, auténtico de seda negra con florones bordados...

Hoy, vamos a revivir esa velada musical en un palacio antiguo. Vamos a cantar los pasodobles que se cantaban en estas casonas en otra época, el mismo repertorio de aquellas noches únicas: «Estudiantina portuguesa», «Pasacalle de los estudiantes», «El Relicario»... Cierren los ojos y escuchen... son las canciones del corazón, impregnadas de nostalgia por el país lejano o perdido, llenas de reminiscencias. «Torna Sorrento», «A la orilla de un palmar», «Mamma». Son las canciones de Imperio Argentina y de Juanita Reina.

Escuchen ahora con atención... Hay música de piano. Es la [162] pequeña Haydée que toca la gavota «Idilio de Luciérnagas» de la opereta «Lisístrata»... Abajo, sentado en el escaño, la está escuchando Leonardo Wilson. Miren allí. Alguien se ha asomado detrás de los visillos. Es una auténtica condesa que no ha vuelto a salir de su casa desde que enviudó.

Ahora se han entrado los vecinos y son los visillos de la casa contigua los que se agitan. Esos vidrios empavonados tienen marcas. Dos niñas han rasguñado los vidrios muselina con un alfiler y han dejado estampados para siempre sus nombres. Son Ema y Gema Hucke. En el fondo de esa casa, en el sótano, su padre, debajo de una baldosa, ha enterrado una moneda de oro con la efigie de la Virgen de Andacollo para proteger a la familia. Nadie lo ha visto, pero en las ramas de la palmera, algo se ha agitado esa tarde. Es el búho del pasaje que con sus grandes ojos amarillos observa inmóvil el deambular secreto de los vecinos.

Ahora se preguntarán ustedes de dónde saco yo estas historias. Y yo les respondo. Muy fácil. Hay que alejarse del lugar amado para verlo mejor. La distancia aterciopela los sentimientos y agudiza los recuerdos. Y yo comencé a recordar un día el viejo cerro Alegre de la infancia... Lo recordé allá lejos, en un castillo apacible de Alemania, con un lago en el que nadaban cisnes. Por las tardes, cuando me asomaba al balcón, los cisnes emprendían vuelo y se perdían tras las copas de los abedules. Yo me quedaba solo y entonces afloraban los recuerdos...

Hay que estar lejos del lugar de la infancia para saber con cuánta nitidez se recortan los rostros más queridos. Yo veía la casa de mi madrina en el Pasaje Gálvez: alta, de varios pisos, pintada siempre de verde, con una escalera de caracol, victoriana, por la que se estaba prohibido subir. Recordaba su perfume, su tibieza, el color del empapelado de cada habitación y los ramos de medallones del Papa que había siempre en los descansos de la escalera. Luego veía los rostros de los muertos y de los ausentes. Eran mis propios fantasmas familiares que se me mezclaban con los espíritus que ya poseía de por sí el castillo, puesto que en esa habitación había dormido María Rosana Gilbert, más conocida como Lola Montes, la bailarina española favorita del rey Ludwig I de Baviera.

En ese estado de trance comencé a escribir apresuradamente para que no se fugaran mis queridos recuerdos. Hasta que estuvo listo mi libro que contiene las memorias del cerro Alegre y también su música. Escuchen, pues, estas canciones. [163] Cierren los ojos. Vean y sientan con el corazón. No teman. Verán a un niño que abre una pequeña verja en el pasaje. Es la verja de la infancia, la verja de los recuerdos hermosos.

Los dejo en la reflexión, invitados a que redescubran la niñez y a que conozcan por fin las tristes historias del cerro Alegre, las historias que cuenta Leonardo Wilson, el niño del pasaje.

«El Niño del Pasaje». Manuel Peña Muñoz.

Editorial Andrés Bello, 1989.

Premio de la Crítica del Círculo de Críticos de Arte de Valparaíso, 1989.

Presentación en el Palacio Baburizza. Cerro Alegre.

29 noviembre 1989.

[165]

- III -

Casas y lugares con magia

[167]

SAN FRANCISCO, UN TEMPLO CON HISTORIA

Las calles del viejo puerto suelen tener nombres extraños y curiosos. Serpenteando por sus pasajes, subiendo y bajando escaleras, el visitante sorprendido lee en placas esmaltadas en azul, singulares palabras que identifican una terraza o una plazuela: Abtao, Pilcomayo, Polanco, Chapí, Apolo, Pasaje Schubert... En su mayoría son nombres de cantantes de zarzuela, bomberos ilustres, dioses del Olimpo o batallas olvidadas. En el cerro Barón, subimos hacia la famosa iglesia por la calle Setimio. Pocos saben que el nombre es un cariñoso recuerdo al Padre Setimio, el sacerdote franciscano que a mediados del siglo pasado -estando la Orden en Chiloé- adquirió los terrenos y consiguió los recursos para levantar una iglesia en Valparaíso que recordara también al Santo de Assis.

Pronto, en 1846, se puso la primera piedra -hace 150 años- y lentamente el arquitecto italiano Provasoli fue construyendo el templo con su característica estructura de ladrillo a la vista, sobresaliendo el magnífico atrio, los tres arcos de medio punto y especialmente la

torre con su gran maquinaria para el reloj y sus cuatro grandes esferas que se divisan desde los cuatro puntos cardinales.

La leyenda de una torre

Cuenta la tradición que esta torre se veía desde alta mar, a tal punto que era referencia obligada de los marineros que regresaban a su querido puerto. Al ver el campanario de San Francisco coronado por una labrada cruz de hierro, recordaban inmediatamente sus hogares. Por este motivo, se conoce también a Valparaíso por el cariñoso apelativo de «Pancho».

Otra característica de esta admirable torre son sus campanas que tienen una poderosa alianza de oro, razón por la cual se escuchan a mucha distancia y dan el sonido característico del puerto cuando por las tardes llaman a oración... Tres son estas campanas. La mayor está dedicada al Señor Crucificado y las otras dos, a la Inmaculada Concepción y a San Francisco de Asís. Las esferas originales, dañadas por los consecutivos bombardeos y terremotos, se encuentran en el patio conventual, de agradable frescor recoleto, lleno de pájaros, silencio y mirto, en [168] cuyo interior hay un pozo que recuerda vagamente el encanto de un jardín colonial.

Aquí, en medio del incesante revoloteo de las palomas, pasó una temporada como sacerdote franciscano fray José Mojica, el famoso cantante de la voz de plata -«garganta de ruiseñor»- y actor de cine de los años cuarenta, cuya tumba se encuentra en la también histórica iglesia de San Francisco de Lima.

En la actualidad, tanto la torre como la iglesia de fuerte estilo románico se encuentran en perfecto estado de conservación, aunque la nave principal ha sido reconstruida después de un incendio ocurrido en los años ochenta que destruyó imágenes coloniales originales. La exhaustiva reconstrucción del templo ha respetado el estilo antiguo, sobresaliendo las bóvedas y columnas en hermosos trabajos en madera.

En las diferentes naves se veneran diversas tallas antiguas, sobresaliendo la imagen de Santa Rita de Casia -abogada de imposibles- cuyo altar está decorado por numerosos exvotos de los feligreses del cerro. Otra tradición genuina del templo es la Quema de Judas que tiene lugar frente al atrio, todos los años en Semana Santa, después de la Misa de Resurrección.

Una visita a Valparaíso obliga al paseante curioso a asomarse a este templo como una manera de obtener una rica experiencia histórica a la vez que estética. [169]

ADIÓS A SAN JUAN BOSCO

Valparaíso ha sido siempre una ciudad paradójica. Este año (1986), precisamente cuando el mundo católico conmemora el centenario de la muerte de San Juan Bosco, apóstol de la juventud y fundador de la Congregación Salesiana, demuelen en la avenida Argentina la iglesia consagrada a su homenaje.

Bajando por la cuesta de Santos Ossa -que antes se llamaba Quebrada de los Molinos- después de dejar las últimas palmas centenarias, vestigios de nuestra flora autóctona, y de pasar delante del convento de Santa Marta, que conserva en su interior un precioso órgano a manivela, encontrábamos la capillita recoleta de San Juan Bosco al otro lado del jardín.

Cuenta Alfonso Larrahona en su libro «Cien Leyendas de Valparaíso» que allí habría existido una soberbia casa de una novia que fue abandonada el día de su boda. Demolida la casa embrujada, en su lugar se levantó la iglesia que conocíamos, pero otra versión asegura que la casa es la iglesia misma, cuya construcción fue aprovechada para transformarla en templo. Sea cual fuere la verdad, lo cierto es que la Iglesia pertenecía a los Padres Salesianos y estaba dedicada a exaltar la figura del Santo de Turín que fue también educador y pedagogo.

En torno a esta figura, que ha inspirado últimamente numerosos estudios hagiográficos, se formaron numerosos jóvenes porteños, especialmente aquellos de la colonia italiana residente. Los Barbagelata, los Paveri, los Gissi, los Lértora, fueron familias formadas en esa iglesia que se convirtió en núcleo espiritual de sus vidas.

Allí se casaban los novios, se bautizaban los niños, se decía misa a los difuntos. El jardín mismo constituía un lugar de paseo y tranquilidad. No existía otro como aquel en Valparaíso. Las manos de un jardinero legendario llamado Segua cuidaban -en los años cuarenta y cincuenta- pensamientos, ranúnculos, diamelos y fucsias japonesas. Los niños enterraban tesoros en ese jardín al pie de la estatua con figura de mujer destinada a recordar a los caídos por la patria italiana. Numerosas familias llegaban a ese santuario a evocar la figura del Príncipe Humberto de Saboya... Hoy, dicha estatua yace olvidada en un jardín somnoliento de la Scuola Italiana.

Luego de pasearse entre los senderos, las familias italianas ingresaban a la iglesia profusamente adornada con flores. [170] Al fondo, en el altar, se destacaba un gran cuadro con la imagen de San Juan Bosco, rodeado de niños y jóvenes. A su lado, estaba San Dominguito Sabio que también estaba en una cuidada estatua de bulto, blandiendo un crucifijo a la entrada de la sacristía. Desde allí aparecían los niños que ayudaban en las novenas de María Auxiliadora. Vestían roquete y esclavina bordada de color verde, blanco, morado o rojo. Las sotanas estaban ordenadamente guardadas en grandes armarios por tallas. Las había de «doble cero», «cero» y luego numeradas hasta el «cinco» que usaban aquellos acólitos de más importancia.

Figura principal y preponderante en la iglesia de San Juan Bosco era el Padre Luciano Pignoni Tullio, nacido en Tricésimo, en la provincia de Udine, y de extraño parecido físico y espiritual con San Juan Bosco.

Él también había logrado formar una verdadera comunidad juvenil unida por valores cristianos. Hablaba en sus prédicas del valor de la amistad y de los lazos entre los jóvenes. Favorecía los encuentros deportivos en las grandes canchas del colegio Salesiano y estimulaba la unidad entre «estudiantes» y «profesionales». Los primeros eran los que hacían «estudios regulares», en tanto que los segundos, eran los «internos» que estudiaban sastrería, mecánica, tipografía y mueblería, los que se bañaban en duchas comunes calentadas por grandes hornos alimentados por los palos que echaban al fuego los «estudiantes».

Cuando llovía y no se podía salir a las canchas, el Padre Pignoni permitía que los jóvenes de la Acción Católica que llevaban apellido italiano, subieran a sus habitaciones. Entonces, aquel recinto débilmente iluminado por las lámparas, se convertía en un pequeño reino. Sobre las mesas, disponía tableros de «ludo» y «estanciero». Los que no querían jugar, podían hojear empastados de «El Peneca» o mirar «vistas» de Italia en unos aparatosos lentes de «tercera dimensión». Cuando se hacía tarde o había escampado, repartía pescados de dulce de un frasco. Era el momento cuando se podía asomar a su dormitorio para avistar, aunque fuese de lejos, aquella cama con dosel donde dormía esa figura imponente de santo italiano.

Al salir, cada niño recibía un «santito» con el rostro de San Juan Bosco en negativo. Debajo, en letras apretadas, decía: «Fije con atención la vista, durante un minuto sin pestañear, en el punto blanco de la nariz; luego levante los ojos al cielo, a los pocos instantes aparecerá sonriente la imagen de San Juan [171] Bosco, fundador de los Salesianos, a quien nadie acude sin ser escuchado». Los niños porteños de la Archicofradía del Santísimo Corazón de Jesús se diseminaban por el jardín mojado y miraban al Cielo entre las ramas de las araucarias perladas por la lluvia, el rostro sonriente del santo de Turín.

Los niños eran para el Padre Pignoni «mis perlas». Las mujeres, «mis Verónicas». Éstas constituían la Archicofradía de María Auxiliadora. Llegado el mes de diciembre, la iglesia era un verdadero teatro con lienzos de balcón a balcón y cientos de azucenas y claveles blancos. Aquí se veía la mano operática del padre Pignoni, entusiasta a la hora de arreglar su pequeña iglesia. No había otra más bella en todo Valparaíso. Los altares lucían además la bandera chilena, la italiana y la del Vaticano. Todos los ángeles adoradores tenían los faroles encendidos y los niños podían cantar perfectamente el Tantum Ergum o seguir la misa en latín, mientras se extasiaban mirando los altares abarrotados de flores.

El día domingo el Padre Pignoni reunía a los jóvenes en misa de nueve y después daba cocoa de desayuno... ¡con fugazzas! Sólo había cinco prohibiciones con el Padre Pignone: no se podía mirar para atrás en la iglesia, ni reírse, ni sacar flores, ni subir a tocar las campanas... ¡ni alargar los himnos! Cuando una dama italiana prolongó la última nota de un Kyrie por lucir su voz, el Padre Pignone le gritó indignado en plena misa, con su acento italiano: «¡No me alargue, señora!»

El Padre Pignoni murió en 1970, un día 31 de enero, el mismo día de la muerte de San Juan Bosco. Hoy, aquellos niños y jóvenes, son adultos que se encuentran dispersos por el mundo. Muchos no saben que la iglesia ha sido demolida y que en el lugar de los jardines han levantado un feo templo cuadrado de cemento a la vista, pero en sus corazones recordarán cuando fabricaban guirnaldas de papel para los casamientos, cuando prendían fuegos artificiales o cuando salían en procesión con velas protegidas por pantallas de papel, cantando:

«Don Bosco sonrío... al pie del altar
y a Chile bendice... con gracia sin par». [172]

REMEMBRANZAS DEL COLEGIO TRÁNSITO SILVA

Valparaíso ha sido una ciudad caracterizada por sus buenos establecimientos educacionales, especialmente a fines del siglo pasado cuando las colonias europeas dominaban el ambiente de la ciudad y fundaban colegios y escuelas de alta categoría. Así surgieron en el cerro Alegre los colegios de las colonias alemana e inglesa, entre ellos el Colegio Alemán, Deutsche Schule, fundado en 1857 en el cerro Reina Victoria y el English School que eran de gran prestigio. Había también un Colegio Inglés de Señoritas en la Subida Montealegre esquina de Santa Victorina y los colegios de las congregaciones religiosas, entre ellos, los Sagrados Corazones y la Escuela del Niño Jesús de Praga para niños de tres a seis años. También eran de calidad el Kindergarten Sara Vives de la calle Condell, el legendario Mac Kay y el Colegio Infantil de la señora Tránsito Silva de Lillo en el sector del Almendral.

La señora Tránsito Silva fundó en 1893 el «Colegio Infantil para Señoritas y Niños» como se denominó en un comienzo. Este colegio funcionó en Retamo, entre Independencia y Buin, calle que con el correr del tiempo se denominó Colón. Era una casa solariega de tipo español, con gruesos murallones, amplias salas con techos altos y un patio rodeado de corredores que resultó ideal para habilitarla como colegio particular.

Al fondo estaban las habitaciones donde vivía la educadora con su familia. Ese primer año de funcionamiento se matricularon 24 alumnos y poco a poco, el colegio fue ganando fama, ya que la señora Tránsito Silva reunía condiciones pedagógicas avaladas por don Eduardo de la Barra que era presidente de la Comisión Examinadora de las futuras profesoras y que estimuló a la joven en su carrera de maestra.

Pronto, el colegio fue creciendo y hubo de cambiarse a otra casona, siempre en el mismo barrio. Primero fue en la calle Independencia, luego a la calle San José que después pasó a llamarse Juana Ross. Luego de sucesivos cambios en el mismo dédalo de calles, el colegio se asentó en 1903 en una dependencia que contaba con un gran patio, siempre en la calle San José. Aquí fue donde se reunieron numerosas familias aquella fatídica noche del 16 de agosto de 1906 cuando un gran terremoto asoló la ciudad de Valparaíso. Como la

construcción gozaba de buenos [173] cimientos, no sufrió grandes daños y ello permitió guardar en las salas de clases los muebles de los damnificados, aparte de guarecerlos en el patio y darles agua que se conservaba en una vieja tina. Entre los que pernoctaron en el colegio, figuran las familias González Carlson, Novoa Carabantes, Silva Acevedo y muchas otras.

Las clases no se reanudaron hasta el mes de octubre, finalizando el año escolar en febrero de 1907 para reabrir sus puertas normalmente en marzo de ese año. Sin embargo, la remodelación del barrio obligó a la familia Lillo Silva a buscar otro edificio, ya que les expropiaron la fachada del colegio, encontrando una casa de buenas características en la misma calle. Posteriormente, en 1911, doña Tránsito Silva volvió a salir de allí, encontrando una casona más apropiada en la calle Rancagua, donde estuvo viviendo y enseñando a los niños de El Almendral por muchos años hasta su muerte, ocurrida en el año 1923, víctima de una corta enfermedad.

Sus funerales fueron apoteósicos, pues por el colegio habían desfilado muchas generaciones de niños principalmente de las colonias alemana, inglesa, española e italiana que se encontraban asentadas principalmente en El Almendral. Entre las familias que matricularon a sus niños en el colegio Tránsito Silva merecen citarse a los Pedrals, Barbagelatta, Balbontín, Yankelevick, Dropelmann, Paveri, Murillo, Canessa, Muñoz Reale y tantas otras...

Al morir la destacada educadora, tomó la dirección su hija, la señorita Raquel Lillo Silva que heredó la profesión de maestra y enseñó junto a su madre y a la señorita Celia Silva Barrios. Las clases estaban orientadas al aprendizaje de las primeras letras, alternando con clases especiales de canto, dibujo, gimnasia, «trabajos manuales» para los niños y «labores» para las niñas.

Con posterioridad la señorita Raquel Lillo Silva trasladó el colegio en 1934 a un establecimiento de la calle Victoria para instalarse definitivamente, un año más tarde, en 1935, en una casa amplia con patio interior de la avenida Argentina 723 junto a su hermano Eduardo Lillo Silva.

También enseñaba el profesor Jorge Lillo Muñoz quien dictaba la asignatura de Canto. Eran tradicionales las sesiones de los días viernes en que se enseñaba a los niños a cantar himnos patrios como «La estrella de Chile» o festivos como «Andar en [174] bicicleta». También se enseñaba a recitar, principalmente poemas sacados del libro de lectura de don Manuel Guzmán Maturana llamado «El Lector Chileno». El colegio además preparaba a los niños para la Primera Comunión y Confirmación en las vecinas iglesias de los Doce Apóstoles o San Juan Bosco, junto a damas católicas de la calle Victoria, entre ellas Pía Murillo.

En el prestigioso colegio de la avenida Argentina, la disciplina era muy estricta: se imponían los castigos corporales tales como golpes de regla en el dorso de la mano o encierros en un cuarto oscuro. Los niños de mala conducta debían permanecer horas subidos al pupitre con los brazos en cruz. Si un niño escribía mal una frase en el pizarrón o

se equivocaba en una suma, la señorita Raquel venía por detrás y le pegaba fuertemente en la cabeza de modo que el niño estrellaba su frente contra el pizarrón.

El ramo que más le agradaba era aritmética y seguía paso a paso los ejercicios de un libro que llamaba el «F. T. D.» Le encantaba dictar los «problemas» del libro que constaban de cuatro partes: planteamiento, raciocinio, operación y respuesta. Muchos de ellos pedían averiguar los precios en chelines o libras esterlinas de un quintal de harina o de una arroba de manteca.

En una de las salas había tres cursos, de segunda a cuarta preparatoria. Los niños se sentaban en largas bancas con pupitres alineados. Cada uno de ellos tenía una tapa que se levantaba permitiendo guardar en el interior los cuadernos y la manzana que se llevaba «para el recreo». En la superficie había una canaleta para dejar la lapicera de palo con pluma R y un orificio para el frasco de tinta.

En la primera sala -llena de mapamundis y globos terráqueos- se enseñaban las primeras letras con el Silabario Hispanoamericano de don Adrián Duffloc Galdámez, muy elogiado por Juana de Ibarbourou. Para entrar a la segunda sala de la señorita Raquel -la más temida- había que pasar por un oscuro y estrecho pasadizo donde estaban colgados los «buzos» y delantales marcados con las iniciales en hilo rojo. Cada niño o niña tomaba el suyo y dejaba colgados los abrigos. Todos los lunes se le cambiaba el turno al «semanero» que era un alumno encargado de distribuir los «overoles» y de mantener el orden de las chaquetas y bolsos.

La señorita Raquel tenía fama de ser una mujer dura y enérgica. Era canosa, delgada, vestía de oscuro, usaba lentes [175] con cadeneta y siempre tenía a mano el puntero para señalar o castigar. Siempre llevaba un gesto adusto. Nunca sus alumnos la vieron riendo. Jamás se casó y dedicó su vida a la enseñanza y dirección de su colegio. Allí era «la señorita Raquel» y sus alumnos le temían. Pero curiosamente cuando en ocasiones era invitada por algún apoderado a la casa, para festejar una Primera Comunión, por ejemplo, su carácter se dulcificaba y era otra persona.

En primavera venía un fotógrafo contratado para tomar fotos por cursos en el patio embaldosado del colegio. Subidos en tarimas, los niños posaban ante la cámara, pero las profesoras nunca se ponían a un costado como ocurría en otros colegios. Luego, uno a uno, los niños pasaban a sentarse en un escritorio preparado especialmente para la ocasión en el que la señorita Raquel ponía encima un globo terráqueo, su tintero y un libro abierto. Luego ordenaba «Sonría» mientras el fotógrafo apretaba el obturador. Miles de niños porteños posaron en ese escritorio a lo largo de los años...

Como era usual en ese tiempo, el colegio era también la casa particular de la señorita Raquel con sus habitaciones al fondo, de manera que siempre las primeras clases de la mañana olían a té y pan tostado.

El día antes de salir de vacaciones, cuando había un ánimo festivo, el señor Lillo proyectaba películas con un viejo proyector sobre una sábana blanca colgada en la pared.

Eran en su mayoría de dibujos animados en blanco y negro con letreros en inglés que traducía, produciendo una verdadera fascinación.

Muchas generaciones de niños pasaron por este colegio y aprendieron en él a leer y a escribir. Entre sus alumnos destacados se cuentan el pintor Camilo Mori y el escritor Alfonso Calderón, entre muchas otras figuras. Existe una publicación editada por el establecimiento en 1943 cuando el colegio cumplió cincuenta años al servicio de la colectividad. En ella se pueden encontrar numerosos nombres de niños y niñas que con el correr del tiempo se destacaron en el país en la política, la arquitectura, la música, las finanzas y otros campos.

Pasando revista a los nombres, encontramos... ¡El de Augusto Pinochet!... quien aprendió aquí a leer y escribir, pasando con posterioridad a estudiar Preparatorias a los Padres Franceses de Valparaíso. Era tradicional que las primeras letras se aprendieran en este colegio y luego los niños pasaban al Liceo [176] Eduardo de la Barra, Seminario San Rafael, Colegio Salesiano, Agustín Edwards, en tanto que las niñas pasaban al Colegio de las Monjas Francesas, Scuola Italiana, Colegio Alemán o a los Liceos de Niñas.

La actividad educacional del Colegio Tránsito Silva se prolongó hasta fines de los años 60 cuando el colegio cerró definitivamente sus puertas. La señorita Raquel tenía demasiada edad y por otro lado había cambiado el estilo en la enseñanza. Sus funerales se celebraron discretamente en la iglesia del Corazón de María a pocas cuadras de donde estuvo situado el colegio inicial.

Quizás, en los corazones de muchos adultos que estudiaron con la señorita Raquel o con la señorita Isabel Falcón (la señorita Lala) resuenen aún los compases de aquel himno que se cantaba todos los viernes por la tarde al piano:

«Oh, colegio, querido, yo te canto
este himno que invita a estudiar
somos todos alumnos que esperamos
el instante propicio a laborar»... [177]

UN JUGO EN EL BOGARÍN

Junto con los trolleys, el Café Riquet y los ascensores, el Bogarín constituye lo más genuino del puerto. Pasear por la calle Condell o por la avenida Pedro Montt y no pasar al Bogarín es no haber estado en Valparaíso. Así lo aseguran los nostálgicos y enamorados del viejo puerto que rondan la Plaza Victoria. Y sobre todo, los que regresan después de muchos años de ausencia y acuden al Bogarín a recuperar la infancia.

Porque el lugar no ha cambiado desde que en 1939 lo fundaron los Canterini, dos hermanos argentinos que le dieron al local esa característica de las confiterías de Buenos Aires para tomar un jugo natural de fruta y comer un sandwich de miga al paso. Pusieron

amplios mesones de vidrio, azulejos y afuera, la palabra mágica: Bogarín, que en lengua rusa significa «cabaña de mimbre».

Desde entonces, el local se ha mantenido en el estilo de los años treinta, con un vago aire Art Decó y conservando los característicos jugos de fruta fresca preparados con agua mineral Porvenir. Hay de almendra, papaya, chirimoya, naranja y manzana que son los tradicionales. Y cada uno tiene una recomendación para la salud. Las señoritas de impecable uniforme los revuelven en sus botellas con unas varillas de cristal, emitiendo un sonido característico, mientras afuera se escucha el tintinear de los trolleys.

Los sandwiches son de ave-pimiento o jamón-huevo, cortados en triángulo con un sabor tan característico, que cuando se preparan en casa, nunca quedan igual. Por eso, el Bogarín tiene magia. Es un embrujo que atrapa y hace regresar siempre a la gente.

Su actual dueño, don Giovanni Costa Figallo, natural de Rapallo, en la provincia de Génova, asegura que los clientes le piden que nunca lo modernice y que mantenga siempre ese aire antiguo del viejo Valparaíso, incluso con los jugos en esas botellas verdes transparentes de la leche ULA. «Los negocios tradicionales se han ido: el Ramis Clar, la Joven Italia, el Negro y el Globo, Las Dos Campanas, la Casa Cori... Por eso, a la gente le gusta. Sienten que todavía pueden aferrarse a algo que los conecta con el pasado, con la historia de la ciudad. Ahora estoy tratando de recuperar un würlitzer que había en la década del cincuenta. Toda la juventud de esos años venía a tomarse un [178] jugo y a oír un rock and roll. Hoy, muchos vuelven y preguntan por el würlitzer, lo que demuestra que el Bogarín es también un lugar para reencontrarse con la juventud», dice don Giovanni, quien llegó a Chile en los años cuarenta a trabajar con su primo Federico Costa que era el presidente fundador de la fábrica de chocolates y confites Costa en la subida Santa Elena de Valparaíso, también una marca tradicional del puerto.

En los años setenta adquirió el local y desde entonces ha visto desfilar a muchos porteños y también artistas, poetas y políticos que acuden a pedir un jugo y se quedan admirados de los elementos decorativos y del viejo toldo de lona.

Cualquier día, a la salida del teatro o después de vitrinear en el pasaje Condell, vayamos al Bogarín a servirnos un jugo. Puede que, sin querer, dejemos correr los recuerdos... [179]

EL BAZAR DE LAS COSAS PERDIDAS

Suele la gente coleccionar objetos extraños que cobran a veces categoría de fetiches. Una simple chaqueta de cuero o un par de zapatos viejos, por el simple hecho de haber pertenecido a una estrella de cine, cobran una importancia inusitada y se transforman en objetos adorados. Lo mismo ocurre con los coleccionistas de antigüedades. Podrían pagar fortunas por poseer guardada en una vitrina, bajo llave, una figura de porcelana de

Nynphenburg, una campanilla de plata con la forma de una bailarina que perteneció a la emperatriz Elizabeth de Baviera, un cuento infantil ilustrado por Coré de la colección Rapa Nui que dirigía Hernán del Solar o un simple tintero de cristal de roca, de estilo Art Decó, pero que ostenta la rúbrica Cristofle.

Las colecciones más simples y más corrientes suelen ser las de sellos, monedas o carteles de toros. Hay quienes coleccionan libros raros o curiosos, incunables o pergaminos únicos, libros miniados del tiempo de Alfonso X el Sabio o pesados tomos manuscritos. Pero éstos ya son los menos.

En Europa, se coleccionan las vitolas de los puros, los posavasos de cerveza y últimamente los juguetes de la infancia. Especialmente valorados son los trenes de cuerda y los animales de lata cromada.

He visto colecciones raras. En Munich, cierta dama colecciona... ¡corchos de botellas de champagne! Cada uno lleva una etiqueta indicando el motivo por el cual esa botella fue descorchada. Otra dama colecciona rizos, mechones, bucles rubios anudados con cintas. Cada uno lleva también una etiqueta indicando a quien pertenece tal o cual ramillete de cabellos.

Hay también quienes aseguran que el coleccionismo revela cierto desequilibrio y un grado de neurosis. Las personas sanas emocionalmente no son coleccionistas. Las que sufren de cierto grado de ansiedad, se vuelven maníacas de sus colecciones, dependientes de ellas y empiezan a clasificarlas, ordenarlas y ponderarlas. Pueden pasar días completos imaginando cien mundos con una sola pieza de su colección en sus manos.

En la ciudad de los prodigios poéticos, un personaje curioso de la bohemia porteña -don Víctor Suárez- colecciona prácticamente todo en su viejo restaurant, situado al fondo de un antiguo pasaje de la calle Condell, casi enfrente a donde estaba la Casa Cori y junto a la Mueblería La Mundial que se hacía anunciar [180] por la radio con una propaganda que decía: «Se casaron y con muebles Mundial su casa amoblaron».

Prácticamente todo lo que sea antiguo le interesa a este inusitado descubridor de objetos raros. Y con paciencia meticulosa, encuentra de pronto una litografía de Carlos Gardel y la cuelga en su viejo restaurant.

Aficionado a las reliquias familiares, don Víctor ha atesorado, a lo largo de su vida, un sinfín de pequeños abalorios, marfiles y bisuterías que para él, encierran una belleza poética y le dicen algo de la historia de Valparaíso.

Lo que tal vez un profesional desecha, lo recoge don Víctor y lo valora poniéndolo en su pequeño bar adonde por las noches se reúne un público romántico a escuchar música - bohemios acordeonistas de la nostalgia- a jugar al dominó o simplemente a observar las colecciones fantásticas e increíbles de prendedores de señora, sombreros de copa, bastones, camafeos, cascos de bomberos, figuritas de biscuit, cuadros bordados en punto cruz, vitrolas que desmayan un tango, cofres repletos de cristales, recordatorios de bautizo, muñecas de porcelana y abanicos que se deshacen como telarañas...

La afición de don Víctor se inició hace muchos años, cuando trabajaba como dependiente en la famosa Casa Monza de la calle Serrano. Allí, tras el mostrador, rodeado de aquellas personalidades extranjeras que iban a comprar lozas finas, aprendió a descubrir un mundo distinto, secretamente ignorado, hecho de colores, formas, brillos y texturas. Luego, poco a poco, fue iniciando su propia colección de objetos antiguos, tocados por la belleza poética. Y cuando por fin se independizó, instaló el pequeño restaurant y saturó las paredes con sus fetiches.

La gente acudía a comer allí, sorprendida ante el inusitado bazar. Pensaban que estaban en una casa de antigüedades o que el dueño vendía aquellos tesoros. Pero no. Estaban allí por simple adorno. Y con el tiempo, el local se hizo famoso por la extraña y abarrotada decoración.

En la actualidad, don Víctor alterna su vida entre los secretos de su restaurant y su casa de Horcones que ha ampliado para llenar sus habitaciones de sus objetos predilectos, como escapados de una vasija de cuento oriental. Porque entrar al «J. Cruz» es penetrar a un mundo alucinado de objetos inmemoriales e inverosímiles, llenos de historia y sabiduría legendaria...

Entrar a cualquier casa antigua de Valparaíso, a una mansión [181] del paseo Dimallow o a este curioso bar legendario es penetrar a un universo mágico. Dan deseos de iniciar nuestras propias colecciones de zapatitos de duende, de caleidoscopios, de tarjetas antiguas, de cajitas de lata o de animalitos de cristal. Tal vez seamos los últimos sobrevivientes de la nostalgia. Y en medio de nuestros propios y queridos fetiches, aprendamos -como este milagrero de la fantasía- a ver poéticamente la vida de otra manera... [182]

UNA CASA AL ESTILO EDUARDIANO

Eran tres hermanos de apellido Lüderitz que vivían en Alemania. Como en los cuentos de hadas, uno se fue al África a buscar diamantes y en su recuerdo, una bahía lleva su nombre. Otro se fue al Brasil y el menor «que era un ángel por adorable y bello» se vino a Chile y compró un terreno en Valparaíso mirando el mar.

El puerto estaba desolado por el reciente terremoto de 1906 y estaban construyendo nuevas edificaciones a la manera europea. Un guardiamarina inglés, enamorado del ambiente de Playa Ancha, compró el terreno en 1912 para edificar una casa con escaleras y corredores. Se llamó Alfred Harrison y hoy día, un conocido arquitecto de Viña del Mar revisita la casa y rememora los tiempos de su bisabuelo con una fotografía suya en la mano.

Hoy la habita un matrimonio holandés que se ha dedicado pacientemente a restaurarla como en los viejos tiempos, conservando la estructura original. Muchos innovadores les

han sugerido derribar muros para crear nuevos ámbitos. Pero ellos han preferido serle fieles al diseño original de la casa, respetando cada habitación con su estilo inicial.

«Cuando la adquirimos en 1986 estaba muy deteriorada», cuenta la señora Monique Osten. «Había sido habitada por muchas familias, pero todas se fueron con un buen recuerdo puesto que siempre vuelven. Después de los Harrison vivió aquí Niels Hansen, un ingeniero danés que la compró en 1919. Su hija vive actualmente en Dinamarca y hace poco vino con sus nietos daneses. ¡Lo primero que hicieron fue ir a ver el montacargas! Era el recuerdo que tenía la señora Hansen de cuando vivía aquí siendo niña».

Después estuvieron los Moll y una hija que vive en Estados Unidos vino a recordar también la vieja casa de la infancia.

La señora Osten conserva una carta en la que la señora Moll rememora la época familiar en la casona de la avenida Gran Bretaña. Eran los años 20 cuando la casa parecía estar habitada por espíritus inquietos y protectores. Hasta que en los años 30 la habitó Eduardo Sauvalle que era marino y en el año 1937 se la vendió a la familia Castro Arellano que vivió en ella por muchas generaciones en un ambiente distinguido y musical. Pintaban óleos. Tocaban piano y violoncello. Tenían un estante con «La [183] Mejor Música del Mundo» y escuchaban discos de Paganini en una maravillosa vitrola Víctor.

De todo ese tiempo hermoso queda la estructura de la casona que, por fortuna, ha caído en excelentes manos restauradoras porque la señora Osten ha querido vivir a la manera de como se vivía antes. Además, esa casa le trae recuerdos de su propia infancia, de cuando era niña en La Haya y se decoraban las casas siguiendo la moda inglesa. Era el estilo eduardiano en la decoración. Mucho más simple que lo victoriano, más «comienzos de siglo», ya que la reina Victoria murió en 1901. Era el estilo Liberty. Al menos así vivía la burguesía europea de esos años. Y ese es el aspecto que tiene la casa, con elementos traídos de los países donde han vivido: Indonesia, África... Además, cada habitación tiene su color y su tema. El comedor es azul y los cuadros son óleos y grabados sobre el mar. El living es amarillo oro y las pinturas son paisajes.

«He querido conservar la tradición familiar», dice la señora Osten. «Por eso he decorado con muebles y cristalerías que han pertenecido a nuestras familias. Así me siento ligada a mis más queridas tradiciones y a mi pasado. Es una manera de traspasarles a mis hijos y nietos una desaparecida pero hermosa manera de vivir»... [184]

LA CASA DE LOS HELECHOS COLGANTES

Uno de los lugares más interesantes del viejo puerto es «el cerro de Los Placeres», el mismo de la canción... Pocos saben, sin embargo, que el origen de ese nombre nada tiene que ver con goce o deleite de los sentidos... «Placer» es palabra inglesa que significa «lugar

(place) donde hay una mina de oro». Efectivamente, allí había yacimientos auríferos en el siglo pasado, lo que originó tal denominación.

Las casas más interesantes arquitectónicamente son aquellas contiguas a la Universidad Santa María. Amplias, con columnas, chimeneas y zócalos de madera tienen, en su mayoría, una leyenda que contar. En una de ellas, vive una directora de estudiantina, en otra, un concertista de piano... Dicen también que por ahí pasó el ministro Diego Portales antes de su muerte y la sombra del obelisco trágico frente a la botica apunta como un dedo fatídico el lugar por donde venía el coche del asesinato.

En la calle Malfatti, muy cerca de la avenida de los pitosporos, hay también mansiones soleadas de dos pisos construidas hace casi un siglo y pintadas de colores pálidos. En una de ellas vivía la familia Córdoba. La subasta de esta casa, en los años 50, fue histórico. En otra, pintada de granate, viven las hermanas Ojeda, Fresia y Norma, famosas profesoras de Valparaíso. Enfrente, viven los Paolinelli, aficionados a la lectura y a la ópera italiana. En el segundo piso, vive una anciana centenaria. Es doña Ada Malfatti, quizás un hada, última descendiente de la familia que dio el nombre a la calle.

En su mayoría, estas casas vetustas tienen grandes habitaciones, escalinatas fragantes a cedro, pajareras con canarios, corredores con macetas de aspidistras y patios luminosos donde crecen papayos y nomeolvides. Son casas de familia que se han conservado por varias generaciones manteniendo principios de buena vecindad.

En esta subida ligeramente inclinada con olivos de Bohemia, vive Adriana Córdoba con su madrina casi centenaria. Ninguna de las dos tuvo hijos y han dedicado su vida a cuidar la casa tal como era cuando sus esposos vivían. Lo más impresionante es el hall central que se conserva intacto con un maravilloso embaldosado y con grandes helechos colgantes que, con parsimonia y como si se tratara de un ritual, ahijada y madrina riegan pacientemente subidas a unas escaleras de tijera, tarde a [185] tarde. «Para nosotras es como una ceremonia. Y nunca dejamos de hacerlo. Es nuestro orgullo y cuando vienen las visitas, lo primero que miran es nuestro jardín del aire. Las plantas más altas requieren más cuidado y verdadera destreza para regarlas. Y como no las podemos alcanzar, tenemos unas varas con un pequeño cuenco en el extremo. Así, no queda nunca ninguna maceta sin su agua...»

En un costado del pasillo, hay un antiquísimo paragüero con todos los sombreros de los esposos, como si recién los hubieran colgado al llegar a la casa. Y también un baúl que vino del norte con sus bisagras doradas y sus manillas de bronce...

Todo aquí tiene el encanto del crochet, de la cenefa tejida y del mantel bordado. Hasta el comedor conserva esa elegancia de otro tiempo con su pequeña compuerta para pasar los platos humeantes de la cocina con mesones de mármol, azulejos y campana de metal.

Una vida a la antigua, con prestancia, un poco de melancolía y también algo escaso en nuestros días: una cierta dignidad. [186]

LA CASA DE LA ESTUDIANTINA

Cuando pasamos por la avenida Portales del cerro los Placeres, a la sombra de los pitosporos, oímos siempre música de pasodobles y repique de castañuelas al otro lado de una ventana. Allá arriba, al otro lado de los hibiscus, la profesora Ana Hicks ensaya con sus tunos al compás de bandurrias y panderetas, sin cansarse. Parece que revive otra vez cuando escucha en su gramófono «Las Cintas de mi Capa» y «Clavelitos». O cuando abre sobre el atril de su piano la partitura de «Doce cascabeles». Son las canciones antiguas que los estudiantes españoles entonaban al pie de los balcones de sus enamoradas.

Embozados con grandes capas de paño salpicadas de cintas de colores, estos jóvenes universitarios se ganaban sus estudios y la comida cantando pasodobles de ronda española. Haciendo sonar sus guitarras, mandolinas y panderos se alejaban con paso sentimental por aquellas callejuelas empedradas a la luz de un farol.

Aquellas viejas melodías vuelven a estar de moda en nuestro continente. Traídas por los españoles se folklorizaron en las universidades de Latinoamérica y se tiñeron de ritmos propios. Así nacieron nuevas canciones como el «Gallito de la Pasión», «La Batelera» y el «Chiu Chiu».

Hoy, aquí, en nuestro viejo puerto, Ana Hicks ha redescubierto aquellas canciones de melodías contagiosas y ha formado el grupo de la Tuna Santa María con que se ganó las preferencias del público durante varios años en el Festival de Tunas y Estudiantinas que se realiza todos los veranos en Iquique congregando a muchos participantes de todo el mundo musical iberoamericano.

Aquí, en su casa, rodeada de vestuario español, ella es la única en el puerto que mantiene viva una rica tradición muy antigua enraizada a comienzos de siglo, cuando don Francisco Rubí dirigía estudiantinas de cientos de músicos de instrumentos de cuerda para interpretar valsos, mazurcas y habaneras.

Entusiasta de la música de salón, de los cantos y danzas del novecientos, de ese mundo de sombrillas, abanicos y guantes largos, Ana Hicks es una de las pocas que se sabe de memoria «Damisela Encantadora», «Si vas a Calatayud», «Serenata [187] madrileña» o «Antofagasta». Mirando el mar por la ventana, a través de los pitosporos, canta en voz baja:

«Oh, dulce amor mío, cantemos este vals»...

De serenatas y nomeolvides

Ana Hicks dirige en la actualidad la Tuna Mayor de la Universidad del Mar con el deseo de recuperar la música española antigua que se escuchaba en los carnavales de la Plaza

Victoria hace muchas décadas. Sus intérpretes son jóvenes diestros en el arte de tañer mandolinas napolitanas, guitarras, bandurrias de doce cuerdas y bandolas. También son artistas en el manejo de la pandereta y en el difícil arte de encantar a un auditorio de gente joven con las canciones del ayer.

Lo logran desde luego, porque tanto letras como melodías están contagiadas de un espíritu alegre, festivo y profundamente romántico.

Como quien pasa una antorcha de generación en generación, Ana Hicks enseña jotas y fandangos a los jóvenes de los cerros porteños. Y cuando queda sola, esboza una sonrisa.

En el silencio de la casa, parece que las mandolinas sonaran solas... [188]

LA MAGA DE LAS PALOMAS

En medio de un increíble bric a brac de objetos curiosos, junto a sus cajitas de lata y a su piano «cubierto de lana por la humedad del mar», Rosestela Fick tiene infinidad de historias que contar y su conversación prodigiosa es la de un hada que inventa y reinventa un Valparaíso fabuloso y extraño, creando un verdadero barroco de leyenda.

Así es Rosestela, con su nombre predestinado para la magia. De niña tuvo esa necesidad de atesorar objetos perdidos... Y cuando con el tiempo tuvo la posibilidad de adquirir ese increíble Conventillo de las Palomas, supo de inmediato que lo convertiría en su gran obra de arte. Esa compleja edificación porteña, de varios pisos, con misteriosas escaleras y patios de luz, iba a ser el lugar perfecto para ordenar -en un perfecto desorden- toda la parafernalia de varios años de coleccionismo impulsivo.

Porque para esta artista porteña, todo tiene un valor intrínseco que la conecta con el universo. Allí, en su mundo total, caben las más refinadas fantasías y los objetos más locos y plebeyos. Es que más que un hogar bien decorado, esta casa es un asombroso palacio que resume toda la filosofía de vida de un Valparaíso mítico. Allí están las mesitas repletas de figuras de biscuit, los paragüeros perdidos que las amigas no quieren en las casas y las redes de pescadores de la caleta El Membrillo en las que atrapa soles y estrellas de la buena fortuna.

Porque Rosestela es también maga y adivina. Lee la suerte con un Tarot inventado por ella misma. Es poeta, pintora, orfebre, paciente araña de los bordados, enamorada del azul violeta profundo de las constelaciones y coleccionista de plumas del zoológico de Quilpué. Con ellas -de águila, de pavo real y de faisán- ha confeccionado un móvil que, situado en lo alto de la casona de Playa Ancha, se mueve lentamente anunciando cuando llegan las visitas.

«Valparaíso, necesito de tus cerros»

«Lo he tenido todo en la vida», dice en su caserón de varios pisos. «Y con todo he disfrutado. He escrito versos en los peldaños de una escalera, he confeccionado joyas y actualmente pinto con diversas técnicas. Me gustan la acuarela, la témpera, el óleo y el [189] collage. Pienso que cada obra requiere de su propio lenguaje y por eso pinto con diversos estilos».

En su dormitorio adornado con maniqués, retratos y sombreros viejos, dice: «Soy ecológica, pero mi hermana, como una broma, me regaló este cubrecama de piel». Y en verdad es que no desentona, porque pertenece también a ese universo irónico, un poco estrafalario, un poco a lo Valparaíso de parodia.

Es que todo puede caber en esta alquimia barroca de la fantasía: un viejo trapecio de circo, un bosquecillo de pinos artificiales, las puertas con espejos biselados del mítico teatro Avenida o una laguna donde nadan patos de un inverosímil color dorado...

Al despedirse con su chal negro, en lo alto de la escalera sembrada de muñecas viejas, Rosestela se queda un momento pensativa y dice: «Tuve la posibilidad de realizar mis sueños a medida que fui viviendo»... [190]

EL RESTAURANT DE LA ESCALERA POÉTICA

Sobre la puerta de entrada, una simpática merluza se equilibra sobre una tabla de surf. Es una de las tantas genialidades del dueño del Restaurant, don Martiniano Quezada Bernal, a quien todo el mundo conoce como «el Artista».

Es que para este auténtico personaje porteño, todos en la vida somos un poco comediantes y también artistas del comer y del buen vivir... Por eso, «don Raúl» -como también lo conocen- saluda a cada uno de los clientes diciéndoles: «Bienvenido artista». Es una de sus tantas ocurrencias que han nacido en este refugio de:

«viejos luchadores, poetas, cantantes,
pescadores, obreros y contrabandistas».

Su esposa Rosestela Fick ha pintado estos versos en la curiosa escalera, señalando que por estos peldaños se va directo al Cielo. Quien vaya por allí sabrá que este Restaurant es el único en el mundo en que para comer una paila marina -con una lluvia de perejil picado- es preciso subir por unos escalones de poesía pura en el estilo del Valparaíso eterno.

Tal vez sea esa originalidad la verdadera escala por la que ha subido este hombre sabio, conoedor de que la primera regla de oro para que un lugar no decaiga es la naturalidad. Y el San Pedro tiene precisamente la virtud de no querer parecerse a nada. En su verdad, conserva la sencillez pura de sus inicios. Mejorada, claro está. Y con un poco de historia, porque por esa escalera poética han subido muchos escritores, pintores y personajes de la vida bohemia, entre ellos la mítica Candy Dubois que debutó precisamente en este Restaurant en los años sesenta, haciendo espectáculos de transformismo.

«El Artista» recuerda esos años de noches bailables que le dieron sello, magia y carácter a su local. De allí ha venido todo lo demás unido a la calidad de la comida. Porque los clientes acuden allí a comer corvinas y erizos con la seguridad de que aquellos mariscos tienen la frescura de un producto recién salido del mar, de allí mismo, justo enfrente, a los pies de Playa Ancha, precisamente en el lugar donde una estatua de San Pedro mira el mar y protege a los pescadores, con la llave del cielo en la mano. [191]

Allí están, junto a la playa, encarnando los espineles y lanzándose después, en botes, de madrugada a la mar. Don Martiniano fue uno de ellos, pero no quiso continuar por aquella senda que deja el sol en el agua. Tampoco quiso abandonar la caleta. Ese era su mundo para vivir y soñar. Tendría un pequeño restaurant que iría ampliando con el correr de los años...

Una vez observó a un pescador cortando un congrio en cubos que luego ponía sobre una lata caliente. «El Artista» haría lo mismo pero los pasaría por un batido de harina y luego los freiría. Habían nacido las calugas de pescado con las que se ha hecho famoso en el puerto a lo largo de medio siglo... Allí están ahora, en el plato, junto a unas almejas chorreadas con limón... Mirando las gaviotas y pelícanos revolotear sobre la playa, «el Rey de las Calugas» piensa que la vida es bella si en el corazón se ha cumplido un sueño... [192]

ADIÓS AL TEATRO VALPARAÍSO

El antiguo Teatro Valparaíso de la Plaza Victoria, símbolo de la elegancia de los años treinta, completamente Art Decó, con sus magníficos frescos, sus butacas metálicas de fieltro azul, su marquesina de baldosas negras, ha sido demolido.

¡Sesenta años duró el teatro, desde que fue inaugurado el 27 de enero de 1937, con la película «Lo que el viento se llevó»! Su diseño estuvo a cargo del arquitecto Alfredo Vargas Stoller y la empresa constructora fue la de Marcel Duhaut. Era una época cuando Valparaíso respiraba una atmósfera de sofisticación y los porteños desde la plaza Victoria contemplaban la deslumbrante y modernísima fachada que ostentaba preciosos vitrales con motivos náuticos y bajorrelieves que representaban escenas de filmaciones de películas en Hollywood.

La capacidad del teatro era de 700 plateas, 500 plateas altas y 1.000 en «Paraíso» como se denominaba la «Galería». Aún poco antes de ser demolido, en la estrecha calle lateral Lira, estaba todavía el letrero que decía «Paraíso» en letras blancas sobre fondo negro.

Las dos boleterías estaban enfrentadas en un amplio hall de acceso en donde se distribuían los carteles de promoción de las películas con los espléndidos rostros de las actrices de Hollywood: Myrna Loy, Lauren Bacall, Marilyn Monroe, Elizabeth Taylor...

¡Los tiempos cambian! Recuerdo que en esos años, antes de comenzar la función, sonaba una campana profunda, como del fondo del océano. Entonces, nuestro corazón sentía un estremecimiento, algo parecido a la expectación, porque pronto iba a aparecer Judy Garland o Esther Williams lanzándose desde un altísimo trampolín para sumergirse en las profundidades del mar y emerger luego, completamente sonriente, envuelta en una llamarada azul.

Eran los tiempos lujosos del Teatro Valparaíso, cuando en los intermedios tocaban la marcha «Pompa y Circunstancia» y podíamos salir al foyer de alfombras mullidas a admirar el rostro sabiamente maquillado de Ava Gardner o a comprar una bolsita de naranjas confitadas o gomitas de limón. Era una confitería bellísima, de bronce, en estilo Art Nouveau, con una señorita de mejillas empolvadas de impecable uniforme azul claro que se [193] asomaba tímidamente entre los frascos de cristal y pesaba porotitos de colores o malvas esponjosas en una balanza diminuta. Acaso era más bella que Ava Gardner...

Adentro, los acomodadores de uniforme celeste guiaban a las personas hasta las butacas con educados modales. Una vez sentados, nos deslumbraban y hacían soñar los frescos alegóricos pintados de colores suaves que representaban la historia de la humanidad, desde la época de María Antonieta que bajaba de un carruaje, pasando por un zepelín que surcaba nuestras cabezas hasta llegar a los tiempos del jazz con unos negros tocando el saxofón. Era un hermoso conjunto decorativo cuyos personajes «ponían en contraposición el romance de la vida antigua y el romance febril de la vida moderna». Estas figuras tenían el doble tamaño del natural y en colores que adquirían una notable visualidad con los cambios de luz de la sala. Cuando todo se oscurecía, comenzaba el noticiario Emelco o El Mundo al Instante, con aquella voz tan característica... Y después del intermedio... ¡la maravillosa proyección de una comedia musical americana o una película «de vaqueros» con John Wayne y Maureen O'Hara proyectada en un amplio y excelente telón!

Poco antes de ser demolido, la familia Menéndez quiso salvar ese templo mágico de ese destino cruel e inexpugnable que siguen las viejas salas de cine: convertirse, como al toque de la varilla mágica de una siniestra bruja, en un terrible supermercado o en una iglesia pentecostal. Es cierto que esos pocos años se libró de la picota, pero para poder sobrevivir, tuvo que «adaptarse a los tiempos actuales», lo que significó un destino diferente, no por ello mejor. La sala se subdividió en dos. Arriba fue cabaret y sala de fiestas. La de abajo, se transformó... ¡en discoteca! Despojaron la platea de sus butacas azules y en su lugar pusieron tarimas para bailar rap. Arriba, en alguna parte, colgaron los inservibles celuloideos de películas en technicolor, como macabras serpentinatas. En el foyer, dispusieron, como cruel adorno, las viejas máquinas de proyección un tanto oxidadas y descompuestas que se salvaron de ese gran incendio que llamamos progreso.

Una tarde, dos damas antiguas del puerto, genuinamente empolvadas, entre asombradas e incrédulas, miraron a través de los vidrios la renovada decoración de esos días y golpearon tímidamente las puertas de aquel cine donde hace años admiraron a Lana Turner en la oscuridad de sus butacas. «Perdón... ¿esto ya no va a ser más teatro?». Desde adentro, una joven punk, [194] les respondió secamente: «No, ahora es sala de eventos»...

Pero poco duró esta discoteca de jóvenes drogadictos porque muy pronto, el teatro fue demolido sacrificando los hermosos murales e incluso la noble fachada Art Decó que pudo haberse conservado, para dar paso a la modernidad bajo la forma de una afamada firma comercial... [195]

CASTILLOS DE VIÑA DEL MAR

El viajero nostálgico regresa otra vez a Viña del Mar una tarde de otoño y decide dar un paseo en un antiguo coche entoldado que lleva el nombre de una soberana: Victoria. En honor de la reina se llama también la plaza principal del puerto vecino, un viejo hotel, la calle del palacio de las Labarca y el ascensor del Paseo Dimallow. Victorianas son también las casas que comienza a ver en su vaivén, hundido en su asiento de cretona floreada.

Ahora se ha tomado de la manilla de bronce para ver mejor la parroquia de Nuestra Señora de los Dolores, con su rosetón central y su cúpula aguzada. Las familias viñamarinas están saliendo de misa de doce y van a pasear por las calles aledañas donde hace muchos años estuvo situada la lechería de la Hacienda de las Siete Hermanas.

Detrás de aquellos viejos eucaliptus, y al final del palmario, se levanta el palacio veneciano de la familia Vergara. Cuando vivía Misiá Blanca, el salón de muebles rococó con sillones de medallón estaba repleto de parejas bailando vales al compás de una orquesta invisible. Los integrantes de la pequeña filarmónica estaban situados en el segundo piso y las mazurcas «Violetas Secas» y «Sólo a ti miran mis ojos» fluían como música del Cielo a través de unas lunetas ocultas en el entretecho.

También hubo bailes de gala en aquellos otros palacios que divisa el viajero desde su victoria... El Club de Viña con sus magníficas escalinatas y sus tradicionales muebles ingleses... La Quinta Rioja donde una vez estuvo hospedado el príncipe Fernando de Baviera. Nadie lo sabe, pero cuando el príncipe regresó a Europa y se casó, devolvió a los Rioja la magnífica cuchillería de plata Christofel que le fue enviada de regalo, aduciendo que no recordaba haber conocido a familia alguna con tal apellido. ¿No se acordaba acaso cuando él mismo acompañó a Sara Rioja al teatro... Victoria de Valparaíso, cuando fue coronada Reina de los Juegos Florales Cervantistas en 1918? ¿No había cenado acaso en el comedor de gala ni había nunca conversado en el salón de fumar? Pero don Fernando Rioja había olvidado pronto el desaire después que desde España, el propio Alfonso XIII le otorgó años más tarde el título nobiliario de Conde de Neila...

Ahora la victoria enfilea por la avenida Marina y avanza a trote suave en medio de palmeras y jardines recién regados. [196]

¿Y ese otro castillo frente al mar? El viajero ha decidido echar completamente hacia atrás el toldo y respirar la brisa marina. En ese mismo ámbito, María Luisa Bombal había escrito: «Y aún cuando con los ojos vendados me pasearan por el mundo entero tratando de perderme por sus caminos, con los ojos vendados, me bastaría respirar hondo, tan sólo una vez, para saber que me encuentro en Viña del Mar».

Las olas revientan en las rocas, al pie del castillo Wulff, impregnando la atmósfera de humedad salina... Es el castillo de Gustavo Adolfo Wulff Mowle, magnate del salitre y del carbón, empresario de la Compañía de Ascensores Mecánicos de Valparaíso y contratista de fletes marítimos. En 1906 comenzó a edificar sobre el roquerío un castillo para vivir románticamente solo frente al mar... ¡Don Gustavo Adolfo! Allí está en su salón de reposo, leyendo novelas góticas y escuchando el tic tac de su reloj Grand Father. El piso es de cristal y cuando pasea con su pipa, las olas revientan a sus pies...

¿Y allá arriba, junto al Palacio Presidencial de tonalidad rosa viejo, no estaba el castillo Saint George? ¡Era tan hermoso! ¿Por qué lo habrán demolido para construir un feo edificio semi Gaudí? Tenía amplias habitaciones alfombradas con pantallas de pergamino antiguo y estaba finísimamente amoblado en estilo inglés. Al viajero le parece ver desde los balcones a la querida «Marie Louise» Edwards de Lyon mirando la puesta de sol.

¡Los castillos de Viña del Mar! Añoranzas de principios de siglo... En el castillo Ross, alguien toca al piano el vals favorito del Duque de Reichstadt.

El viajero recuerda. Sí. Hay mucha animación dentro de la fortaleza de estilo Tudor. El ministro de Hacienda, don Gustavo Ross Santa María, la ha mandado construir al arquitecto Cruz Montt. Para su decoración interior fue preciso importar materiales nobles de Europa: mármoles de Italia y maderas francesas. Por fin, en 1912, el castillo está terminado. Las terrazas entoldadas están dispuestas para bailar a la hora del cocktail.

Todos los visitantes ilustres desearían conocer el castillo por dentro, pero sólo unos pocos serán los privilegiados. El príncipe Humberto de Saboya se hospeda allí y queda encantado con la decoración del salón dorado. El príncipe Ali Khan que años más tarde se casaría en París en la mezquita con Rita Hayworth, llega una noche de invierno... Se está entibiando las manos en la estufa de ónix. Ahora contempla la capilla familiar enchapada [197] en encina con extraordinarias tallas de estilo normando. En otro salón, queda sorprendido con las cabezas, todas diferentes, talladas en las guarniciones del techo. Esta vez, hay una orquesta de jazz en la terraza. Es verano. La familia Ross se apresta para acudir al hipódromo. Es el Derby Day. El Sporting Club recibirá ese día 6 de enero de 1925 a una visita refinada. Es el príncipe de Gales que se encuentra precisamente hospedado en el castillo de los Ross durante diez días y que en ese momento se halla sumergido en la tina empotrada del baño Cleopatra. Es una estancia lujosa esta sala de baño íntegramente revestida de planchas de mármol de Carrara, de color blanco con vetas de tono violeta sanguíneo.

Sin embargo, el mundo de los Ross está por concluir. Dos años más tarde de la última visita prestigiosa, en 1927, don Luis Guevara, un rico industrial textil, compra el castillo y se instala a vivir allí. La nueva familia contempla otros atardeceres en la avenida Marina y ve lentamente el desvanecimiento de una época.

Las paredes de granito se hallan ahora ligeramente ennegrecidas con el humo de la chimenea. Las pantallas bordadas de la planta superior se encuentran apenas desteñidas. Esta será la generación del Casino inaugurado en los años 30 a imitación de los casinos de la Costa Azul... La familia Guevara jugará caro a la ruleta y cenará de gala en el Cap Ducal recientemente edificado en estilo modernista, siguiendo la forma de un buque varado en la desembocadura del estero Marga Marga...

¡El viejo castillo Ross! El viajero da la orden para continuar la marcha... Allá queda el castillo convertido en el Club de Unión Árabe con sus paredes tapizadas de cuadros de beduinos en el desierto o con viejos grabados del monasterio del Mar de Saba... ¡Óleos de la primera planta, uno de los cuales, valiosísimo, de tema árabe, fechado en 1892, ostenta la firma de Luis Orrego Luco!...

Los árabes se han preocupado del Paseo Miramar. Bajo las palmeras han puesto una hermosa estatua de bronce esculpida por Ricardo Santander. ¡Es la estatua del poeta árabe libanés Gibran Khalil Gibran! Está situada sobre una losa de piedra rodeada de jacintos salpicados de arena. Sobre versos esculpidos en caracteres arábigos, manos desconocidas han depositado un hibiscus y dos rosas. Acaso los enamorados no descifran la poesía del autor de «El Profeta». Pero un matrimonio de edad, tomados [198] de la mano, leen los versos en la piedra y reflexionan: «Tus hijos no son tus hijos. Puedes darles tu amor, pero no tus pensamientos, pues ellos tienen sus propios pensamientos».

Contemplar la figura del poeta de frente despejada y mirada franca es evocar su poesía hecha de espiritualidad trascendente, mezcla de la filosofía de Nietzsche y de los versos de William Blake. Al final, cuando Gibran Khalil muere, la artista árabe Mayy Ziyadeh escribe: «Hiciste bien en partir. Y si tenías otra palabra, lo mejor para ti es purificarla, agotarla en un mundo que quizás sea superior en muchas cosas a este mundo nuestro».

Al alejarse de allí en la victoria, el viajero piensa que en tiempos de desamor, es bello adornar los parques con las estatuas de los poetas...

Ahora otra vez el mar donde una vez ancló Garibaldi y al fondo, la curiosa fisonomía arquitectónica de Recreo, absolutamente ecléctica, mezcla de estilos Tudor, gótico manuelino, mozárabe, greco-romano, neo medieval y Art Decó. A la izquierda, viejas casas del cerro Castillo, elegantes chalets con jardines y verjas con puntas de lanza.

¿De qué estilo es esta ciudad caprichosa cuyo trazado urbano ni siquiera sigue el patrón hispánico de las otras ciudades de Chile? Aquí no rige el damero de Pizarro, ni los edificios

principales en torno a la plaza, ni las calles rigurosamente cuadrículadas en manzanas perfectas. La línea del ferrocarril ha trazado el destino de las calles, como si un dedo índice hubiese dibujado una línea recta.

Y allí se fueron levantando las casas de veraneo, el castillo Yarur, los palacetes españoles de la calle Viana, en medio de los ceibos y los pimientos. El palacio de los Domínguez en el Paseo Valle... ¡maravilloso al final de una escalinata que asciende en zig zag! El de los Mustakis convertido hoy en la Casa Italia. El de los Ramos Viel en la calle Álvarez. ¡Cuántos recuerdos! Pensar que hace poco murió María de la Luz Ossa de Ross, una de las figuras más distinguidas del viejo Viña del Mar... Las imágenes de otro tiempo van pasando por la mente del viajero a medida que recorre las calles en la vieja victoria. Le parece ver a sus amigos en las casas de dos pisos, con barandas curvas de bronce y ventanas de ojo de buey.

¡Qué bellas eran las casonas de Agua Santa tapizadas de madre selvas, con vitrales de colores y amplias galerías! ¡Qué [199] hermosas las mansardas con ventanas de estilo francés ornadas con pináculos! ¡Y qué melancólicos los jardincillos de la calle Montaña, los pequeños pasajes asoleados con señoras barriendo y las viejas residenciales de estilo holandés con cúpulas de origen bávaro!

El caballo va ahora al trote por la plaza de Viña donde una vez hubo un estanque con cisnes. Cruza el puente sobre el estero Marga Marga y enfila por la calle Libertad. Los árboles se topan en lo alto formando un verdadero túnel vegetal. Parece que la avenida tuviese una iluminación de acuario... A un costado, las casas con bow-windows y los palacetes descascarados. Ahora viene aproximándose el palacio Carrasco donde vivieron los Edwards Mac-Clure. ¿No existía ahí también la casa de Felicitas Astoreca que tenía un palacio de pino Oregón en la calle Baquedano de Iquique? ¡La querida Felicitas con sus turbantes, su collar de perlas y su Opel blanco!

El paseo en victoria va llegando a su fin. «Ha cambiado la ciudad», piensa el viajero que retorna a sus lugares de infancia después de mucho tiempo. La vieja victoria se detiene y el hombre se apea apoyado en el cochero amable que ha descendido en su ayuda. «Esta era mi casa», le dice frente a un palacio deshabitado. Y comienza a andar hacia la verja de entrada por la vereda cubierta de hojas secas... [200]

LOS SECRETOS DE LA QUINTA VERGARA

Suelen las casas antiguas tener sus secretos. Algunos muy bien guardados hasta que un duende travieso y burlón los revela al oído de un niño o de un poeta. Fue lo que le ocurrió a la escritora Luz Larraín, cuando una tarde de verano, paseando por el camino costero de Con Con, alguien le susurró que en una de esas elegantes villas con vista al mar se había suicidado Blanca Errázuriz Vergara, la elegante viñamarina que protagonizó en 1917, un

bullicioso escándalo en New York cuando dio muerte a su marido norteamericano con un disparo.

Fue entonces que en la mente de la escritora comenzó a fraguarse la inquietud por indagar más en aquella historia magnética que de niña había escuchado de labios de sus parientes cuando iba a pasar vacaciones a Viña del Mar. Nadie hablaba mucho de Blanquita Errázuriz en la Ciudad Jardín. Todos conocían bien a su madre, doña Blanca Vergara, que habitaba en esa noble residencia de estilo gótico manuelino, semejante a un palacio veneciano junto al Gran Canal. Aquella espléndida casona había sido el escenario donde transcurrió la niñez de Blanquita, en medio de sonatas de piano y juegos de muñecas francesas bajo la sombra de las palmeras.

La increíble historia de una viñamarina fatal

A los diecisiete años Blanquita ya era hermosa, inteligente, inmensamente rica, tocaba el piano y era una incansable lectora. Enamorada de la cultura francesa, conoce en París, en una embajada, a John de Saulles, un elegante norteamericano quince años mayor que ella, comerciante de caballos, jugador de la Bolsa de Valores en Wall Street y asesor de campañas políticas. Pronto van a casarse en una espléndida boda, pero la vida de Blanquita en Long Island se tornará un infierno ante un marido mujeriego que frecuenta a las coristas del Radio City Music Hall y que quiere quitarle a su hijo.

Indignada, tremendamente sola y profundamente herida, Blanquita disparará el revólver contra su esposo, causando una tragedia de grandes proporciones, tanto en Estados Unidos, como en la alta sociedad chilena. Blanquita iba a ser condenada a la silla eléctrica, pero la opinión pública y las primeras feministas [201] norteamericanas se pusieron en su favor. Por fin, se pronuncia la sentencia que gritan los suplementeros de New York a pleno pulmón: «Blanquita is not guilty!»: «¡Blanquita no es culpable!».

Pronto, Blanca Errázuriz regresará al palacio de la Quinta Vergara, pero ya nada será como antes. Hay una aureola trágica en su vida y en las veladas íntimas en aquella suntuosa casona contará su vida en la cárcel cuando la fue a ver Rosita Renard y tocaron piano a cuatro manos.

Luz Larraín, apasionada con esta historia de amor romántico y trágico final, decidió indagar en archivos y en la prensa de la época de Estados Unidos en torno al proceso. Por otro lado, se entrevistó con personajes de ese tiempo, como con Gonzalo Santa Cruz, primo de la biografiada, quien proporcionó abundante información directa, ya que conocía el caso en detalle. «Los mitos hay que matarlos», le dijo a Luz Larraín, quien ya conocía el arte de la biografía por haber escrito un libro sobre la vida del pintor Mauricio Rugendas. Y el resultado ha sido este libro, publicado en editorial Sudamericana que se titula «Blanca Elena: Memoria Indiscreta de la Quinta Vergara».

Entorno y creación

«Me atraen mucho las vidas humanas», dice Luz Larraín, interesada en el periodismo literario y en la historia. «Es fascinante escudriñar en el alma de una persona e ir dibujando su perfil físico y psicológico en base a entrevistas. Por otro lado está el entorno. Creo firmemente que la casa donde escribimos es muy importante para poder crear. Yo necesito rodearme de objetos con sabor a tiempo que me proporcionan cierta atmósfera. A mí me gusta este ambiente litúrgico de mi escritorio. Puede decirse que tengo necesidad de lo sacro para poder escribir y por eso amo mis colecciones de relojes de familia, cuadros, candelabros que pertenecieron al palacio Cousiño o esta cajuela que fue el primer objeto de plata que se hizo en la Casa de la Moneda. En los objetos carismáticos del pasado encuentro yo la inspiración necesaria para poder escribir». [202]

60 AÑOS DEL CAP DUCAL

Nada más elegante que el Paseo Miramar a comienzos de siglo, cuando la incipiente ciudad era un balneario apacible y las damas con sombrilla paseaban a lo largo de la playa, admirando las recientes casonas construidas en el cerro Castillo.

La escritora María Luisa Bombal captó este ambiente en su relato «La Maja y el Ruiseñor» diciendo que los santiaguinos y viñamarinos «iban y venían cruzándose y saludándose, pero todos ellos visiblemente disfrutando del aire, del sol... y de aquella tan exclusiva como placentera vida social. Telón de fondo: palmeras, coches victoria, cocheros amables y caballos relucientes trayendo o esperando a sus felices veraneantes».

Una casa a orillas del mar

Allí, en un costado, sobre los roqueríos de la avenida Marina, se erguía la casona de madera -de dos pisos con torreón- de don Alberto Mackenna, una de las primeras mansiones de la Ciudad Jardín. Al morir, su viuda, doña Mercedes Matte de Mackenna, se asoma a la amplia terraza mirando la puesta de sol. Otras veces baja a la orilla de la playa o bordea el estero Marga Marga, admirando las palmas. Años más tarde, vende la casona playera que se transforma -siguiendo la moda europea- en el famoso Salón de Té «Palacio Ducal» adonde acuden las señoras elegantes al five o'clock tea.

Era un ambiente refinado, con orquesta y mesas situadas en la vieja terraza. Antiguas fotografías en sepia -exhibidas hoy en el Cap Ducal- dan testimonio de esta atmósfera de gran mundo, cuando Viña era el gran balneario elegante para pasar el verano junto a las familias santiaguinas de sociedad que salían retratadas en el Zig Zag.

Un arquitecto revolucionario

Esa es la época cuando llega a Chile en 1933 el arquitecto Roberto Dávila de regreso de una estadía en el extranjero, radicándose en Santiago. Influido por las nuevas estéticas dominantes en Europa, construye una casona de grandes ventanales en la avenida Brasil de la capital y posteriormente una iglesia en el fundo de Vilcún, cerca de Temuco (hoy desaparecida), [203] empleando los materiales nobles de la zona: madera y tejuela, sorprendiendo por la modernidad espacial de su diseño.

Con posterioridad, debido a su salud, se traslada a vivir a Viña desde donde planifica una serie de obras de diseño geométrico en el borde costero, caracterizadas por una íntima relación entre la arquitectura y la geografía.

Estando en la Ciudad Jardín, se presenta a un concurso convocado por don Domingo Tocornal Matte para rediseñar el antiguo «Palacio Ducal» y convertirlo en Restaurant. Dávila -muy influido por las ideas estéticas de Le Corbussier, con quien se escribe- presenta cinco proyectos diferentes, cada uno en base a un tema.

El primero, se inspira en el vecino castillo Wulff, siguiendo la línea de un remoto fuerte medieval de piedra. El segundo, de tema español, es andaluz y toma de modelo el Palacio Presidencial del cerro Castillo. El tercero se inspira en el nombre del viejo chalet de verano y elabora un elegante diseño basado en el Palacio Ducal de Venecia. El cuarto, da libre curso a la imaginación y sigue los postulados de las más modernas vanguardias. El quinto es finalmente el ganador. Dávila se ha inspirado en la estética de los grandes trasatlánticos y presenta un proyecto en estilo buque, construido íntegramente en hormigón armado, como se usaba en la época, siguiendo el «espíritu nuevo» postulado por el suizo Le Corbussier en una recreación de las limpias líneas de barcos y aeroplanos, aplicadas a la arquitectura.

Todo es un verdadero diseño espacial. Más que un edificio, es una escultura de total audacia y modernidad para la ingeniería y el gusto de la época. Había sí que rebautizarlo. Y Dávila, con un espíritu humorístico, conserva la palabra Ducal -en recuerdo del viejo salón de té- y le antepone Cap que era el nombre de la flota naviera con varios barcos, en uno de los cuales regresó a Chile. Había nacido el Cap Ducal.

El edificio -verdadera obra de arte- se inaugura en 1936, con sus ojos de buque, sus chimeneas, sus escaleras y sus terrazas en forma de cubiertas de buque. Desde los ventanales -sobre los roqueríos donde revientan las olas- los que han ganado en el Casino,

jugando caro a la ruleta, tienen la impresión de cenar en un restaurant de lujo que va navegando sobre el mar... [204]

Cuando salió a flote el Cap Ducal

Con los años, sin embargo, el Cap Ducal se deterioró. Intentó ser varias cosas: discoteca, sala de fiestas, café concert... En los años 70, actuaba allí Tomás Vidiella, Pina Brandt y Alejandro Cohen en la obra «Agamos el Amor» (sic) de Edmundo Villarroel. Paulatinamente fue decayendo -las barandas de las terrazas estaban enmohecidas- hasta que los Rementería -una familia de origen vasco francés- se hicieron cargo del viejo buque varado.

Herederero de una antigua tradición gastronómica -tienen Restaurantes en Bilbao, Madrid y París- Julio Tomás de Rementería (descendiente de Mariano de Rementería y Fica, el primero en llegar a Chile en el cambio de siglo), rediseñó el Cap Ducal en 1974, transformándolo en hotel y restaurant de lujo.

Enamorado de su obra, ancló su vida allí, convirtiéndolo en un lugar de categoría cuya calidad se mantiene inalterable hasta el día de hoy -en que cumple 60 años- con el lema tradicional de la casa: «No está junto al mar. Está en el mar»... [205]

CARTA DE UNA MANSIÓN DESESPERADA

Soy acaso la mansión más distinguida del cerro Castillo. Cuando llegan en enero los veraneantes y suben lentamente las escalinatas sembradas de las ramillas de los pinos, se quedan extasiados mirando mi noble arquitectura. Acodados en una baranda o mirando hacia lo alto, no pueden comprender que permanezca vacía. Quisieran sin duda penetrar en mi intimidad y recorrer mis aposentos. Lástima que estén desocupados. Pero no fue así en otra época, cuando Viña del Mar era un balneario elegante y venían las familias de la capital a pasearse en victoria por la playa Miramar. Las damas llevaban sombrillas y por las tardes, subían también por los recovecos del cerro admirando las otras casonas con miradores y ventanales en los que el sol de la tarde pintaba un reflejo dorado.

Aquí hubo fiestas y conversaciones de amores intensos o contrariados. Las parejas salían a los corredores y después bajaban a los jardines perfumados con ese olor ligeramente ácido de las mandarinas. Se sentaban en la glorieta, miraban los salmones de la fuente o jugueteaban con los botones de las fucsias, mientras adentro, al otro lado de las cortinas que se agitaban con la brisa marina, otras parejas bailaban al ritmo del jazz. Se hablaba de la imponente mansión de piedra de los Ross, de los castillos que se estaban levantando en la

avenida Libertad sombreada por los castaños y de las fiestas en el palacio de doña Blanca Vergara...

Todo era diferente en ese tiempo hermoso, cuando en mis salones, los caballeros fumaban pipa y leían novelas en inglés. La dueña de casa era una dama muy conocida en la sociedad de Viña. Una tarde recorrió mis habitaciones por última vez y se fue a Santiago dejándome sola. ¿Pensaría tal vez en mí cuando miraba la cordillera en su nueva casa? Yo, sin duda, pienso en ella y me parece que la veo con su sonrisa titilante a la luz de su candelabro de siete velas.

Cuando se llevaron los muebles me sentí muy triste. Era como si me vaciaran por dentro. Y por las noches de invierno, cuando sopla el viento norte de los temporales, crujo y lloro. Mis puertas rechinan y es como si me quejara en silencio, reclamando porque no quiero morir.

Un día vino a verme un extraño. Dijo que me había comprado. Los niños ¡mis queridos niños me habían vendido! Al comienzo [206] me sentí esperanzada, pensando en que otra vez tendría compañía. Mis dormitorios se verían ocupados por otros niños que se tirarían alegres por el pasamanos de la escalera, y en la cocina habría otra vez fragancia a membrillos y a castañas en almíbar... como antes. Pero no era así. Oí claramente la conversación en el comedor. Me van a demoler para construir un edificio. Adiós, patio de las camelias, jacarandá, jazmines de España y filodendros azules. Aquí, en Vista Hermosa 121, cavilo en silencio mis últimos días y pido indulgencia en nombre de la belleza y de los recuerdos hermosos, al final de la calle donde se pone el sol... [207]

LA RESIDENCIA DE LOS DUENDES MUSICALES

Cuando en 1987 el alemán Gerhard Maith conoció a Carmen Zúñiga Le-Bert en una fiesta en Offenbach, nunca pensó que un día iba a venir a vivir a Chile a una casa que compraron... ¡por fotos! Carmen conocía a los dueños radicados allá. Eran los Garrido Grovotto del cerro Castillo, una familia tradicional de Viña del Mar que había conferido a la casa una atmósfera entrañablemente musical. Patricio Garrido era profesor de piano y en el salón principal, junto a la chimenea de cerámica, había dado conciertos en veladas íntimas. Ahora estaba enseñando en Kalsrube, Heidelberg, y conservaba un álbum con los queridos recuerdos de la casona. Fue entonces que le propuso a Carmen la adquisición y fue así que la pareja se embarcó en una empresa fantástica.

Ciertamente que cuando llegaron las cosas no eran como parecían. Había que restaurar completamente siguiendo los patrones antiguos para conservar lo que todavía quedaba de belleza: el vestíbulo de pino oregón, las escaleras de madera noble y el austero mobiliario del comedor.

Poco a poco comenzaron a habilitarla después de un largo proceso de remozamiento. Desde luego que tuvieron dificultades porque los arquitectos les recomendaban demolerla y

en su lugar levantar un edificio. Pero Raúl Alcázar que es constructor y dueño del Café Turri del puerto -como buen amante de la arquitectura tradicional y amigo de los antiguos dueños de casa- les aconsejó una cuidadosa restauración.

La Residencia Offenbacher-Hof

Con una rica tradición musical, esta antigua mansión viñamarina donde vivió Claudio Arrau, románticamente amoblada -con visillos, juguetes y muñecas de loza- recibe huéspedes selectos que quieran vivir una experiencia nostálgica...

«Esta casa tiene buenas vibraciones» dice Carmen con una sonrisa. «Cuentan que los estudiantes que vivían aquí hacían sesiones de espiritismo. Pero deben haber llamado a los duendes buenos porque todo el que llega dice de inmediato que se siente en un ambiente de paz y armonía. Es que a todos les gusta como quedó la casona. La idea era redecorarla con muebles antiguos de Valparaíso para devolverle su ambiente. Adquirimos [208] muchos en anticuarios de Quillota. Hay un antiguo peinador de familia, una marioneta que trajimos de París, sentada en una luna, y los barcos de plomo de mi marido con los que jugaba siendo niño. Finalmente pintamos la casa de violeta que es el color de la tranquilidad»...

Gerhard Maith, identificado con el cerro Castillo, dice con su inconfundible acento: «Estas casas de Viña del Mar son maravillosas. Habría que promover su protección porque se están destruyendo». Mirando nostálgicamente hacia las construcciones vecinas, rodeadas de jardines, dedica toda su entusiasmo a la conservación del patrimonio arquitectónico, mostrando con su propio ejemplo, lo que es posible realizar cuando en el corazón se tiene un sueño... [209]

CARAMELOS PORTEÑOS

Antes de que el avión despegue, la azafata se acerca ofreciéndonos una bandeja con caramelos. De inmediato, esa pastilla de frutas disolviéndose en la lengua opera un efecto mágico: todo temor o tensión desaparece. El caramelo hecho a base de azúcar tiene el poder milagroso de crear una actitud confiada, acaso más íntima o familiar. El ejecutivo eficiente de aspecto duro detrás de su escritorio rompe su imagen si de pronto ofrece a su interlocutor no un habano ni un cigarrillo finísimo, sino un cri-cri de piña o un caramelo de anís. ¿No puede un sencillo dulce facilitar el entendimiento?

Giovanni Battista Ambrosoli así lo creyó. Sabía de la calidez instantánea que crea el caramelo, sobre todo si está envuelto individualmente en papel celofán con brillos o cajas de lata estampada que después sirven como costureros. Sabía también del poder dulcificante y nutritivo que tiene la miel de abejas disuelta en un vaso de leche tibia. Por

eso es que, en días difíciles de la Primera Guerra Mundial, inicia en Ronago, cerca del hermoso lago Di Como, una producción casera de miel.

De telón de fondo, tiene los Alpes italianos. Y hay pequeñas villas con iglesias y parronales. Solo él tiene al fondo de su casa aquellos panales confeccionados artesanalmente...

Pronto, aquella miel elaborada empieza a venderse en Turín y en Milán. Y los frascos llevan una etiqueta impresa con su apellido: «Ambrosoli», el mismo apellido que empiezan a llevar en 1932 los caramelos de miel y leche miel tan característicos que se consumen hasta nuestros días.

La industria fundada en los principios de la apicultura familiar ha prosperado. Pero una Segunda Guerra Mundial pone en peligro la integridad económica de la firma. Es entonces cuando el hijo mayor, Constantino Ambrosoli decide venirse a Chile. Y es Viña del Mar la ciudad que lo entusiasma. El ambiente del balneario, las palmeras del estero Marga-Marga, la arquitectura del Casino, tienen algo mediterráneo. Es además una ciudad pacífica, sin las dificultades de las guerras europeas. Sin saberlo, aquellas abejas de El Salto serían las primeras productoras de miel Ambrosoli. Y en el verano de 1949 aparecerían en las playas de Las Salinas y Los Lilenes por primera vez, las bolsitas de caramelos de miel que rápidamente se ponen de moda. Tienen además, un envoltorio tradicional: celofán amarillo intenso con [210] letras de color rojo. Luego vienen los caramelos de anís de color violeta o los de menta, de color verde opaco. Son cuadrados y tienen un sabor profundo y aromático.

La marca Ambrosoli se va a convertir en símbolo de prestigio y buena calidad. Mientras tanto, otros italianos producen confites y golosinas en Valparaíso. Son los Costa que tienen su fábrica en la subida Santa Elena y se convierten en dura competencia, aunque se dedican más prioritariamente a los bombones rellenos de licor y a las monedas de chocolate.

Es el tiempo de los confites Calaf, de las calugas Cara Mu, de los dulces «Sueño Dorado», de las pastillas Pololeo -«Te Quiero», «Bésame»- de los caramelos Serrano y de «Fraiman Galletitas, siempre ricas y fresquitas».

Ambrosoli sabe que tiene que competir con calidad y variedad. Entonces saca al mercado los dulces de fruta, los largos Ambrositos y las deliciosas calugas Old England Toffees, preparadas según las clásicas recetas de Devonshire. ¿Quién no ha paladeado en la agradable oscuridad del cine, viendo una buena película, un toffee de café con leche o de chocolate?

Ahora Ambrosoli tiene su imprenta propia para imprimir los envoltorios de papel flexible. Se llama Ambroprint y después se llamará Italprint S. A. constituyendo una empresa dedicada a la impresión de los envases no solamente de caramelos, sino ahora de galletitas Ambrosoli -una magia de los años 60- y también de refrescos en polvo.

Hoy, cada día más, las familias consumen flanes y budines Ambrosoli, y en la intimidad de los teatros y las casas, los enamorados continúan ofreciéndose cerezas al coñac o recordando el Álbum de Astros y Estrellas que había que completar canjeando 50

envoltorios de caramelos por una lámina en colores de Elizabeth Taylor o de Montgomery Clift.

Ambrosoli ha estado presente acompañándonos en los mejores momentos. Ha estado además «en todas partes». Por eso su eslogan carretero «No corras papito, Ambrosoli hay en todas partes» corrobora la idea de que el buen caramelo está siempre en cualquier rincón amable creando un ambiente grato, humano... y dulce. Si no lo creemos, hagamos la prueba. Ofrezcamos súbitamente un caramelo Ambrosoli a nuestro rival o a un niño. El efecto es instantáneo. Milagrosamente florece una sonrisa.

[211]

- IV -

Personajes históricos

[213]

ARTURO PRAT, UN AÑO ANTES DE SU MUERTE

Hace frío esa mañana en Valparaíso. Una neblina espesa difumina los contornos de las casas y borrona por completo la torre verde esmeralda de la iglesia del Espíritu Santo. Una paz provinciana se deja caer sobre la ciudad que todavía parece dormir. Solamente se escucha la campanilla aguda de los primeros tranvías, el rodar de las carretelas por las calles empedradas y los pregones de los vendedores callejeros.

Bajo el farol que todavía permanece encendido, aparece la figura de un hombre joven, de apenas treinta años, barba bien cuidada, aire español de ancestro catalán, frente amplia, mirada profunda y franca, vestido con el uniforme de capitán de fragata: chaqueta cruzada de color azul marino, botones dorados, estrella y tres barras en los puños, abrigo oscuro de buen pano, pantalón de línea impecable, zapatos negros de la mejor clase y camisa blanca con lazo anudado al cuello.

La casa que abandona para dirigirse al trabajo, dejando en su interior a su esposa y a sus tres hijos pequeños, Carmela de la Concepción, Blanca Estela y Arturo, es alta, de dos pisos, techo de teja española en declive y corredores de madera asomados a la calle. Son tan diferentes a los miradores cerrados que vio en Lima diez años atrás, cuando viajó por mar en busca de los restos de don Bernardo O'Higgins...

El capitán se detiene un instante, consulta su reloj de bolsillo y contempla entre la niebla los árboles deshojados de la plaza Victoria. Pese a la melancolía del otoño, le agrada esa ciudad que siempre tiene olor a mar. Especialmente esa mañana. Por eso, se decide a

caminar por la calle San Juan de Dios hacia su estudio de abogado que se encuentra en el número 15 de la Plaza de la Justicia, a pocas cuadras de la Gobernación Marítima, donde también presta servicios en calidad de ayudante.

Extrañas premoniciones en una mañana de niebla

Durante el trayecto, se encuentra con un tumulto de gente. Todos comentan un desastre. Allí están los restos humeantes del Gran Café de Berlín, donde solía reunirse por las mañanas con amigos, almirantes y contramaestres. Varias personas conocidas lo saludaron e incluso, después, se detuvo un instante [214] en el número 106 de la misma calle, frente a la tienda A la Grande Escopeta que por esos días exhibía en sus escaparates un gran surtido de revólveres.

Ese es el primer instante extraño de la mañana. El capitán ha observado un arma de fuego con un oscuro presentimiento. Todas las mañanas pasa por delante de esa tienda y sin embargo, es la primera vez que experimenta ese sentimiento.

Sin darle importancia, continúa el paseo en dirección al trabajo y cruza frente a la Fotografía Garreaud, justo enfrente de la Cruz de Reyes donde se levanta un reloj que en esos momentos da nueve campanadas. Tal vez sería conveniente retratarse junto a su esposa y a sus hijos para que quedase al menos su imagen de recuerdo, en el caso de que algún día faltase...

Ya ha llegado a su trabajo. El capitán sube ahora por una estrecha escalera que lo conduce a los departamentos superiores divididos por un tabique. En uno de los compartimientos trabaja don Joaquín Larraín Zañartu, que a esas horas de la mañana se encuentra comentando con algunos clientes, la grandiosa subasta que tendrá lugar esa tarde en la Quinta Martín del cerro Alegre en la que se rematarán muebles de nogal forrados en damasco de seda, alfombrados de Smirna, cortinajes franceses y un piano de cola de Collard y Collard.

En el buffet del abogado Prat

El abogado y capitán de corbeta Arturo Prato Chacón entra ahora al otro compartimiento y cuelga sobre el perchero de pie su abrigo de paño azul.

Adentro, en su estudio, hay una mesa de escritorio de jacarandá sobre la cual descansan un gran tintero, un pisapapeles de cristal de Bohemia y algunos broncees artísticos. Hay varios muebles de estilo marroquí y dos espaciosos estantes; uno, con obras de matemáticas, de Marina y numerosos ejemplares del Diario Oficial y de La Gaceta de los

Tribunales, el otro, con notables obras de Derecho Francés, entre ellas Tratados de Alzuzet, Mourlon, Zacharías, Pothier y una colección de las Partidas más los Códigos Modernos.

El capitán se ha quitado los guantes y se sienta frente a su escritorio. Encima de la carpeta de papel secante hay algunos libros: el «Emilio» de Rousseau, las Obras Completas de Chateaubriand, un libro de Augusto Nicolás sobre el cristianismo [215] un estudio de Voltaire sobre el siglo de Luis XIV... Decididamente este capitán-abogado es un hombre culto que ama los libros bellamente encuadernados en piel y prefiere la lectura de los clásicos franceses.

No por azar ha abierto esa mañana el periódico santiaguino «El Ferrocarril» al que está suscrito para leer un nuevo capítulo por entrega de «La Muerte de Dussobs» de un autor moderno llamado Víctor Hugo.

Está distraído el capitán esa mañana. Le cuesta concentrarse en la lectura. Algo lo inquieta. Por primera vez su mente no entra en el argumento. No puede. Se dedica simplemente a hojear el diario que esa mañana trae un editorial titulado «Se acabó la crisis».

Ahora hojea «La Patria» de Valparaíso. Su vista se pasea por los anuncios. El Hotel Donnay de la Plaza del orden ofrece su menú en francés: «corvine a la Orly et lentilles a la Saint Denis». En esa misma plaza, la noche anterior, «un niño cayó al agua en el pozo, pero fue sacado con un cable, sin más desgracia que un baño gratis».

El capitán lee los anuncios de espectáculos, ya que es un gran aficionado al teatro. Se entera de los escándalos protagonizados por un estudiantina española en el Carnaval de París y de la situación política europea que «continúa caótica». En cuanto al movimiento marítimo del puerto, hay gran actividad. Procedente de Buchupureo ha llegado a Valparaíso la barcaza británica Glentitt que «trae rota la máquina del molinete y lo que es peor, se le rompió al capitán el hilo de la existencia, de resulta del mismo accidente».

La noticia deja pensativo al capitán. Le rondan pensamientos relativos a la muerte. Ahora es ese capitán que ha muerto en alta mar, en su propia ley...

Un día común en la vida de un hombre de mar

Arturo Prat dobla cuidadosamente los periódicos y los deja sobre la mesita. Delante suyo está el almanaque con la fecha del día anterior. Es necesario actualizarlo. Arranca la hoja y mira el calendario. Es ahora un día martes 21 de mayo de 1878...

El capitán queda pensativo con la fecha sin saber por qué. Allí sucede en su corazón. Abre una gaveta y se encuentra con [216] un pequeño devocionario de tapas de nácar que es un recuerdo de su madre, María del Rosario. Entre sus páginas, hay estampas religiosas, pétalos secos y recordatorios. Por una extraña premonición se palpa en el pecho una

medalla de la Purísima y el cordón del escapulario con la Virgen Marinera del Carmelo, sin saber que justo un año más tarde va a estar manchado de sangre.

Esta vez, va a concentrarse por fin en su trabajo. Tiene pendientes unos cuantos juicios civiles. Su abuela, doña Concepción Barrios de Chacón, le ha encomendado que le solucione varios pleitos. José Jesús Carvajal, su cuñado, también le ha solicitado sus servicios de abogado. Don Manuel Joaquín Orella, que luego se destacaría en el combate de Punta Gruesa, lo ha visitado recientemente. Es que Arturo Prat es ya un abogado de cierto prestigio. Varios expedientes tiene ahora sobre su escritorio. Ha confeccionado incluso una lista de sus clientes bajo el título «Juicios a mi cargo». En ella, figuran doña Guadalupe Monteverde, don Eulogio Vargas, doña Carmela Valdivieso...

Carmela... ese nombre lo vuelve a distraer... Su esposa en esos momentos debe estar comprando en la Droguería del doctor Knopp que exhibe en su vitrina el famoso Jarabe Cloral de Follet contra el Insomnio, grajeas ferruginosas del doctor Rabuteau y cápsulas de bromuro de alcanfor del doctor Clin...

Un pitazo del tren lo saca de sus cavilaciones. A la estación del puerto, casi enfrente a su buffet, ha llegado el ferrocarril de la capital con un importante cargamento de nueces, cal, chuchoca, anís, leña y colihue...

«21 de mayo»... Esa fecha lo mantiene inquieto. Está sensible a los ruidos. La noche anterior se desveló con las campanadas echadas al vuelo llamando a los bomberos. Casi a la madrugada, una explosión de gas, cerca de su casa, hizo saltar los vidrios de la tienda La Bola de Oro...

Los tranvías siguen pasando. Abajo, en la plaza, hay una actividad febril en la Bolsa de Valores y en los bancos. La Cruz de Reyes parece una minúscula Wall Street. Ahora las sirenas de los barcos lo distraen. La niebla es espesa. Unas bocinas anuncian el zarpe. Otras la llegada del vapor Bolivia desde Panamá o del Chacao desde Guayaquil. El Ítata zarpa para Liverpool con un cargamento de charqui y coquitos de palma chilena. La enorme nave de pasajeros Galicia llega de Europa, lo mismo el lujoso trasatlántico John Elder con toda la moda y las costumbres del [217] otro lado del océano. Su capitán se apellida Hamilton y está en esos momentos en la borda, atisbando el puerto a través de la neblina que a mediodía tiende a despejar.

Extrañas sirenas de mediodía

Una bocina vuelve a sonar. El capitán Prat vuelve a sentir un estremecimiento como un llamado. Cierra los ojos y experimenta el presentimiento de la muerte que está solamente reservado a los poetas, a los genios y a los héroes.

Un año más tarde, habría de morir de un disparo de arma de fuego, a bordo del monitor Huáscar que acababa de abordar. Por su mente pasarían fugaces las visiones de la infancia que acompañan siempre los últimos segundos, suavizando el miedo.

Caído en cubierta, vería la Hacienda de San Agustín del Puñual, en Ninhue; paseos en carruaje, su pequeña casa en la calle Mesías, el rostro de su esposa, sereno, con su camafeo y su cuello de encaje de Brujas, el rostro de sus hijos y finalmente, su pequeño hijo Arturo, sacando el vals «A orillas del Danubio» en un piano de juguete.

Arturo Prat quiere creer que es un absurdo. Desecha de su mente esas extrañas premoniciones. Se levanta contrariado, cierra las carpetas y sale a la calle, perdiéndose entre un tumulto de marineros, vendedores de pescado y mujeres de guantes de cabritilla de estilo Regencia.

Los pasajeros del Majestic ya han bajado a tierra dispersando fragancias de otros países. Arturo Prat con su uniforme azul no es más que un transeúnte apesadumbrado en medio del tráforo del puerto. Un año más tarde, daría la vida por un ideal...

Diez años después, en 1888, siendo empleado de la Aduana de Valparaíso, un poeta nicaragüense llamado Rubén Darío, recién llegado al puerto, escribiría en una libreta mirando el mar: «Cuando en Iquique, Prat halla la muerte, el héroe se convierte en semidios»... [219]

- V -

Personajes entrañables

[221]

ADIÓS A LUKAS

Ha muerto Lukas. Esta vez, la noticia nos da en el blanco del corazón. Nadie ha quedado indiferente. En la soledad de nuestro escritorio hemos sentido nublarse los ojos. La primera sonrisa del día se la debíamos a Lukas. Cuando llegábamos malhumorados a nuestra oficina, cuando el día se presentaba difícil, abríamos el diario con gesto agrio y allí estaba Lukas haciéndonos la vida bella, poniéndonos una pincelada de alegría en el corazón.

Entonces, todos esbozábamos una sonrisa. Y Lukas lograba unirnos en una simple y común emoción. Por eso, sus caricaturas eran más que chistes. Eran verídicas, profundamente tiernas y humanas. Nos identificaban y llegaban a representar en sabios trazos, nuestra más entrañable mentalidad.

Lukas supo retratarnos y burlarse de nosotros con una mirada cariñosa. El chileno medio, el jubilado, el oficinista, la señora de la esquina... todos quedaban atrapados en sus actitudes y gestos más reveladores. Nuestra idiosincrasia estaba allí y por eso, sus

caricaturas pasan a ser testimonios de un comportamiento social. Lukas nos dijo, sin palabras, mucho más de lo que nos hubiera dicho un sociólogo acerca de nuestra manera de ser.

Renzo Pecehenino fue elocuente con sus dibujos. Y fue un artista, porque sus caricaturas tenían prolijidad y espíritu. Eran de fina ejecución y sobre todo, tenían alma. Y nos unificaban. Entonces, todos los chilenos, pobres y ricos, viejos y jóvenes, de un lado político y del otro, sonreíamos a la vez. Por eso, sus dibujos eran de gran independencia de opinión. En ellos se rió amablemente de unos y otros, de nuestras catástrofes y absurdos cotidianos, dejando al final, un mensaje humanista y una sonrisa sutil.

Con Lukas se termina además una época elegante de ese Valparaíso de antaño que tan bien supo retratar en sus dibujos. Con agudeza y mirada certera, captó el espíritu porteño. Pero esa época que permanece con toda su espléndida magia en su libro «Apuntes Porteños» -esa época de la Casa Cori, de la Casa Zeldys, del Palacio del Calzado, de la Joven Italia- ha desaparecido junto con su muerte. Lukas se llevó la magia y cierta caballerosidad intrínsecamente porteña que caracterizó a muchos descendientes de extranjeros. Por eso, sus funerales en su ciudad, fueron conmovedores. Y ese día, al abrir el diario, nos encontramos con su último dibujo. Allí estaban sus plumas y lápices. También su tintero. Y simplemente en una notita, sonriéndose, nos escribió: «Adiós»... [222]

MARÍA LUISA BOMBAL: TRES CARTAS INÉDITAS, UN PRÓLOGO Y UN POSAVASOS

Conocí a María Luisa Bombal una tarde de lluvia muy acorde a la atmósfera de sus libros. Vivía en ese tiempo, en el otoño de 1974, en una de esos característicos chalets de Viña del Mar, cerca de la Plaza México, que se construyeron en los años treinta, de dos pisos, con ventanas de ojo de buey, un antejardín lleno de rosas, unos azulejos que representaban a la virgen de Covadonga y adentro, un amplio living-comedor dividido por unos cortinajes.

Hacía poco tiempo que había llegado de Estados Unidos donde vivió más de treinta años alejada de Chile y muy pocos la recordaban como la gran escritora chilena que había dado tanto que hablar con sus novelas «La Última Niebla» y «La Amortajada» y sobre todo con un conflicto sentimental a raíz del cual tuvo que abandonar el país.

Me recibió en ese salón rodeado de retratos, con porcelanas y adornos, sentándose alegremente en un sillón de cretona floreada y hablándome como si me conociera de siempre. Le agradaba la gente joven especialmente si uno se acercaba a ella porque admiraba su talento. Yo tenía veintitrés años en ese entonces y terminaba de leer con verdadero interés sus obras en mis días de estudiante de literatura en la Universidad Católica de Valparaíso. Para mí, esos libros eran una verdadera escuela de sensibilidad y del uso poético del idioma.

Inicialmente supe que estaba en Viña del Mar a través del músico Marco Antonio Peña a quien yo visitaba a menudo en su casa de Playa Ancha, ya que estábamos vinculados con el teatro universitario del puerto. Marco Antonio era un artista permanente enamorado de la vida y los viajes. Lo recuerdo con su alegría desbordante sentado al piano y cantando baladas sentimentales o boleros taciturnos. Preparaba el té con canela y ofrecía en las noches calurosas un vaso de vino blanco helado, con una rodaja de limón, mientras se paseaba por esa casa amplia, llena de rincones inesperados con colecciones de cajas antiguas, sombreros, vitrolas y partituras de música de operetas vienesas. Allí, en esa semi penumbra, hablábamos de libros y de su vida en Venecia o de cuando había recorrido Alemania, tocando piano en espectáculos de cabaret.

Una tarde, escuchando discos viejos de comedias musicales, [223] sonó el teléfono. Marco Antonio descolgó y estuvo hablando largo rato, en medio de risas, acerca de «Pedro Urdemales», una obra de teatro a la que le había puesto música. Era una versión teatral en estilo cuento infantil del famoso relato folklórico. Luego, cuando finalmente colgó, me dijo con toda naturalidad que estaba hablando con María Luisa Bombal.

Yo no podía creerlo. Aquella figura tan lejana, tan imprecisa en mi mundo literario, me parecía de súbito tan cercana. Me contó que no estaba en el extranjero como yo suponía sino que en Viña del Mar, viviendo en una casa junto a la Plaza México. Él la conocía mucho ya que ambos frecuentaban la casa de la escritora Sara Vial.

Marco Antonio, mientras vivía en Madrid, fue muy amigo de una hermana de Sara Vial que radicaba allá. Ahora, de regreso en Chile, visitaba a Sara y le gustaba mucho encontrarse en esa casa con María Luisa Bombal que me la describió como una mujer llena de vitalidad y entusiasta de la música, la poesía y el teatro.

Yo, de inmediato, le pedí su número de teléfono, pero Marco Antonio me respondió que era muy delicado y que no podía dármelo. Comprendí su prudencia, pero ciertamente hubiese deseado obtenerlo para entablar contacto con mi escritora favorita. Aquella noche, ligeramente decepcionado, me fui de la casa de Marco Antonio. Sin embargo albergaba una esperanza. En el fondo, tenía el presentimiento de que me había acercado a algo maravilloso que simplemente estaba al otro lado de la bahía.

Entretanto seguí leyendo sus obras: «Lo Secreto» y «Las Islas Nuevas», imaginando que la autora estaba en una casa de Viña del Mar bajo la misma lluvia o bajo el mismo sol, a la misma hora y a la misma temperatura. Que era día o noche para ambos, a la vez.

Una noche, por azar -o tal vez por azahar o porque estaba premeditado o escrito- fui a una fiesta a una casa de la Subida Carampangue, en el barrio del puerto de Valparaíso. Era una fiesta juvenil con gente universitaria y personajes increíbles y estafalarios de la bohemia porteña de esos años locos años 70. Escuchábamos a Simmon and Garfunkel tocar «El cóndor pasa» y también discos de Luis Dimas y Cecilia.

En un momento, un joven de unos veinte años que estaba sentado, fumando en un balcón, cayó a la calle. Asustados, salimos a ver qué había ocurrido. Pero por suerte -por esos caprichos [224] de la geografía urbana de Valparaíso- la caída a una vereda en declive

fue a muy poca altura, de modo que el accidente no fue grave, pero igualmente llevaron al muchacho a uno de los cuartos y lo tendieron en una cama.

El baile continuó pero yo, por curiosidad, fui a esa habitación empapelada... ¡con diarios! Aquel joven estaba aturdido por el golpe, pero podía incorporarse. Sin lugar a dudas, al día siguiente se iba a recuperar...

Me quedé a su lado y, por distraerlo, le conversé de música de los invitados que conocíamos y de la casa en donde nos encontrábamos. Le conté también que estudiaba literatura y que me gustaba leer, que mi autora preferida era María Luisa Bombal.

El muchacho abrió los ojos como si se despertase de un sueño y me preguntó con una sonrisa cómplice: «¿Te gustaría conocerla?» Sorprendido ante su ofrecimiento, le respondí que sí, pero que no sabía qué relación existía entre él y mi escritora predilecta.

Afuera de la habitación se escuchaba la música y se divisaban las parejas que bailaban en ese enorme salón. Él dijo simplemente: «Vivo con ella».

Extrañado por aquella afirmación aparentemente absurda, pensé que deliraba por efecto de la caída. Pero no era así. Me dijo que me iba a dar el número de teléfono de María Luisa con la condición de que nunca le dijese que él me lo había dado.

-Ni siquiera sé tu nombre -le dije.

-No voy a dártelo tampoco -me dijo-. Hay que ser prudente. Y si alguna vez me ves en la casa o en la calle con ella, haz cuenta que no me conoces.

Nervioso e intrigado, fui a buscar lápiz y papel. El joven tendido en aquella cama, me dictó un número y luego cerró los ojos.

Yo encontraba muy misterioso todo aquello e incluso pensé que el teléfono era inventado. Al día siguiente, muy nervioso, marqué el número desde mi casa familiar en el cerro Placeres. Salió una voz de mujer. Yo pregunté: «¿Puedo hablar con María Luisa Bombal?» Hubo un momento de silencio que me pareció interminable. Era muy factible que me dijeran «Está equivocado», pero no fue así. La mujer me respondió «¿De parte de quién?». Di mi nombre y luego dijo: «Espere por favor». Luego vino un momento aún más largo e impaciente que el anterior. Pensé que alguien iba a hacerse pasar por María Luisa Bombal, pero también pensé que tampoco era un nombre tan conocido o familiar [225] entre la gente corriente de Viña. Por fin, después de un momento, escuché una voz de mujer.

-Sí, habla María Luisa Bombal.

-Buenos días, habla un estudiante de literatura de la Universidad Católica.

Ella no pareció escuchar y de inmediato se disculpó riéndose por la tardanza, pues venía bajando del segundo piso y arguyó que había tenido que venir «saltando por las pozas de

cera». Fueron sus palabras textuales. Era su primera frase que me reflejó de inmediato un extraordinario sentido del humor. Por lo demás, estaba sorprendido de su amabilidad y confianza, puesto que no me conocía de nada.

Le expliqué que me gustaría mucho conocerla para hablar de su obra. Ella se mostró muy complacida, porque dijo que rara vez se le acercaba un estudiante para entrevistarla y que casi nadie sabía que se encontraba viviendo en Viña del Mar. Desde que había regresado a casa de su madre desde New York prácticamente no se veía con nadie, de modo que aceptaba con mucho gusto que yo la visitara.

Arreglamos una cita y antes de colgar, se quedó un momento vacilante y me preguntó: «¿Quién le dio mi número de teléfono?» Hubo otro largo silencio dubitativo. Yo vi en mi mente a aquel joven enigmático del que ni siquiera sabía el nombre, tendido en aquella cama después de haberse caído del balcón en una fiesta. Y volví a escuchar sus palabras: «No digas nunca que yo te di el teléfono». Estaba en una encrucijada. Pero un buen ángel me sopló al oído una piadosa mentira: «Fue Marco Antonio Peña, el músico amigo de Sara Vial...»

María Luisa Bombal sonrió complacida. Ya estaba fijada la primera cita...

A los pocos días -era una tarde de otoño- acudí a la casa de María Luisa con un extraña incertidumbre. Temía incluso que todo fuera una broma, que alguien con sentido del humor me había seguido el juego al otro lado del teléfono, dándome una dirección inventada.

Crucé el estero Marga Marga, llegué por fin a la casa de la calle 5 Poniente 77 y toqué el timbre que estaba junto a la reja. Pronto apareció una señora que -tras cruzar un pequeño jardín donde nadaban pétalos de rosas en las pozas de lluvia- me hizo pasar a un salón para que aguardara. [226]

En medio del living me quedé de pie, sumido en aquella claridad teatral de tarde lluviosa, mirando los muebles vetustos y los cuadros al óleo, hasta que escuché unos pasos que bajaban las escaleras. Allí estaba ella, sonriendo. Era una mujer que me pareció alta, con el rostro empolvado, de unos sesenta y cinco años, vestida con pantalones oscuros y una chasquilla sobre la frente, como una heroína de sus propias novelas.

Mi temor inicial ya había desaparecido porque ella era muy divertida para hablar y constantemente hacía bromas. Me llamaba mucho la atención su manera de pronunciar el castellano con una extraña modulación acompañada de ademanes con sus uñas pintadas.

Recuerdo que conversamos de libros y películas. Le gustaba mucho la música y de inmediato nos pusimos a hablar de Marco Antonio Peña a quien admiraba por sus condiciones para tocar el piano. Le agradaba tanto que fuésemos amigos. -Ha viajado por toda Europa- me decía riéndose con una carcajada que no perdía nunca.

Después hablamos de sus novelas y de la admiración que yo sentía por su obra. Lo primero que me pidió fue que no le formulara preguntas difíciles porque ella no entendía de análisis modernos. Me contó que la habían invitado por esos días a la Universidad de Chile de Valparaíso y que estaba aterrada delante de tanta gente. «Por suerte iba conmigo Sara Vial», me dijo, «Porque ella respondía. De pronto, un profesor de esos doctorales, me di o que había leído «La Última Niebla», pero que no había entendido dónde había quedado el sombrero de paja que pierde la protagonista. Me preguntó dónde había quedado. Yo, indignada, le respondí: «¡¡¡Búsquelo usted!!!»...

Después le hablé de unos collages que estaba haciendo y me dijo que debía inspirarme en canciones francesas de la Belle Epoque para que pegara en mis composiciones los elementos de que hablaban esas letras: rostros de mujeres románticas, tarjetas postales descoloridas, partituras de música, pétalos de flores y plumas de sombreros. Luego se puso a cantar su vals favorito Fascination en francés.

Estuvimos viendo fotografías suyas y conversando de Katherine Mansfield a quien admiraba. Me habló de París, de Viña del Mar en invierno, de la niebla que le daba terror y de su madre que estaba en el segundo piso y que deseaba conocerme.

Al poco tiempo, bajó una anciana muy distinguida, de pelo [227] blanco y profundos ojos azules. Para mí, era un privilegio conocer a la señora Blanca d'Anthes Precht, que era muy conocida en Viña del Mar por haber fundado la radio de la Universidad Santa María que transmitía siempre música clásica.

Me sirvieron té en escalón y mientras tintineaban las cucharillas en el silencio, conversamos del balneario en invierno, del Patio Andaluz de Recreo, de la playa Miramar con su avenida de palmeras, de los antiguos palacios del cerro Castillo, del paseo Monterrey y de la calle Montaña donde vivían. «Con la luz apagada en el dormitorio, la noche entera percibíamos nítidamente el nacer, alzarse y desplomarse de cada ola, y hasta el suspiro de la espuma que ésta desparramara por las arenas. Un breve silencio hecho de luna, y de nuevo el murmullo del nacer, alzarse y desplomarse de la próxima ola, y de la siguiente y de la otra...»

De todo se hablaba en ese salón en invierno, del pitido del tren en medio de la noche y de aquella fuente en la plaza de Viña donde siempre nadaba un cisne negro...

La madre era también un cúmulo de recuerdos que María Luisa Bombal celebraba con su alegre risa nerviosa... Viña del Mar era otra ciudad en aquella época, más elegante, cuando desfilaban los suntuosos carros alegóricos o cuando Sara Rioja fue coronada Reina de los Juegos Florales Cervantistas en el teatro Victoria de Valparaíso. Sí, ellas conocían a las familias antiguas del cerro Castillo, a Nina Anguita, claro, a la que María Luisa Bombal le había dedicado el cuento «El Árbol» y ciertamente a Felicitas Subercaseaux que paseaba en coche-victoria... Fueron tantas damas distinguidas que se fueron...

De todas ellas, madre e hija cuentan recuerdos y anécdotas hasta que el salón va quedando en una tibia penumbra...

Más tarde, después de las cálidas despedidas, regresé a mi casa de Valparaíso, en el cerro Placeres, con un extraño sentimiento de angustia mezclado a la felicidad. Subiendo frente al Bosque de los Lobos Marinos yo sentía que estaba viviendo algo mágico y que no tenía con quien compartirlo...

La segunda vez que visité a María Luisa Emilia Inés Bombal me dijo que me iba a presentar a su secretario. Estábamos conversando en aquella sala llena de antigüedades familiares cuando apareció a contraluz por la puerta del fondo un joven muy bien vestido. Me levanté del sillón para saludarlo y fue entonces que [228] lo reconocí. Era él efectivamente: el joven del balcón que había conocido en aquella fiesta, aunque ahora estaba muy diferente, con un impecable traje gris pizarra y una agenda de cuero para anotar los compromisos sociales de María Luisa.

Me dio la mano ceremoniosamente como si fuese la primera vez que nos viésemos. Yo estaba desconcertado y procuraba disimular. También él, en todo momento, se comportaba con gran corrección y naturalidad. Se veía que le tenía un gran cariño a María Luisa y que estaba allí para cumplir detalladamente sus obligaciones. Era un hombre pálido de modales pausados que se llamaba José Luis Gallardo. En un momento que salió, María Luisa me explicó por lo bajo:

-José Luis es muy buena persona. Vive aquí con nosotros en las habitaciones del fondo. Su madre es mi ama de llaves.

«Ama de llaves», esa fue la expresión que usó, como si estuviésemos en un castillo o fuésemos prisioneros en Manderley, la vieja mansión gótica donde se desarrolla la novela «Rebeca» de Daphne du Maurier, una de sus obras predilectas. Efectivamente, de allí sacó inspiración para «La Última Niebla» y la situación de una mujer casada con un hombre viudo y viviendo en una casa que le recuerda en todo momento a su primera mujer, está tomada de esa novela en donde aparece aquella famosa ama de llaves interpretada en el film de Hitchcock por Judith Anderson.

A María Luisa le agradaba hablar de cine y de viejas películas. Sabía de estrellas antiguas, me contó que en Buenos Aires había escrito críticas de cine en la revista Sur que dirigía Victoria Ocampo. Hojeando un álbum de fotografías que le trajo su secretario, me dijo: «Aquí estoy en Buenos Aires en una confitería con Jorge Luis Borges. Fue toda una época. Nos juntábamos con Norah. Lange, con Luis Saslawsky, el director de cine. Aquí estamos con Libertad Lamarque en el set de la película «Puerta Cerrada». Era maravillosa esta actriz ¡Cómo nos gustaba su clara voz con pájaros, llena de juventud y de agua fresca! Nunca apreciamos antes su extraordinario temperamento dramático, pero en «Puerta Cerrada» la vimos actuar y moverse por primera vez con soltura, gracia y dignidad... Fue otro triunfo de Saslawsky el de haber descubierto a una verdadera actriz patética, de

humildad, de emoción contenida, a una actriz mucho más expresiva y más inteligente, me atrevería a decir, que muchas de las grandes figuras de la pantalla de entonces. La película era fantástica. [229] ¡Qué pena que ni siquiera la pasen en televisión! Pero en esos años, era un éxito... Lo que más me gustaba era la lluvia contra los ventanales del atelier-buhardilla de la pareja enamorada y la huida de los hermanos después del crimen: ella arrastrando una cola de encajes y llevando al niño pequeño en los brazos, perseguidos por los policías de a caballo en la noche tormentosa... Con Luis Saslawsky estábamos encantados con la actuación de Libertad Lamarque. Incluso después, filmamos con ella «La Casa del Recuerdo» con un guión que yo escribí especialmente para ella y que fue también un rotundo éxito...»

Se dejaba guiar por sus recuerdos mientras a su lado, José Luis Gallardo le pasaba álbumes de fotos y quedaba presto a anotar cualquier compromiso que surgiera en su agenda de cuero negro. Sí... era un joven cortés, alegre y condescendiente. En diversas oportunidades lo vi llevando del brazo a María Luisa a reuniones literarias de Viña del Mar a casa del poeta Juan Guzmán Cruchaga, e incluso una vez, acompañándola a visitar al rector de la Universidad Católica de Valparaíso, don Héctor Herrera Cajas, una mañana en que nos cruzamos en las escaleras.

En la tercera visita, acudí con el crítico de cine Sergio Salinas, que no creía que yo fuese amigo de María Luisa Bombal, a quien él admiraba, pero que suponía muerta o viviendo en otro país.

También en otra ocasión acudí con Renato Paveri, profesor de francés interesado en la literatura, que trabajaba en la Universidad de Chile y que deseaba también conocerla. En esa ocasión hablamos de Francia e hizo recuerdos de su vida en París. También le comentamos que habíamos leído su último relato «La Maja y el Ruiseñor», recién aparecido en la antología «El Niño que fue» de la Universidad Católica, con recuerdos de infancia de escritores chilenos. A mí me había gustado mucho esa nostálgica evocación de Viña del Mar, con sus neblinas y sus jardines silenciosos.

En realidad, si yo llevaba a alguien a esa casa, seleccionaba muy bien a quien iba a presentarle. Para mí, era un ser maravilloso, particularmente exclusivo, a quien no deseaba compartir con alguien que no tuviese verdaderamente interés en su obra. Yo me sentía como dueño de un tesoro. Además, a esa casa llegaban a veces visitas especiales y únicas, como cuando acudió una hija del compositor Osmañ Pérez Freire y hablaron de [230] música. Esa noche de invierno, María Luisa cantó una estrofa de la canción «Una pena y un cariño» compuesta precisamente por Lily Pérez Freire y su hermana:

«Me voy riendo riendo
y de ti voy arrancando
más si me fueran siguiendo
me encontrarían llorando»...

La verdad es que en ese tiempo los Intelectuales eran más bien indiferentes a la obra de María Luisa. En el ambiente universitario se leían a los autores latinoamericanos, principalmente a Mario Vargas Llosa, Leopoldo Marechal, o Juan Rulfo a quienes habíamos conocido personalmente porque estuvieron con nosotros departiendo en un encuentro de escritores en la Universidad Católica de Valparaíso en 1969.

«La Última Niebla» o «La Amortajada» eran libros más bien para iniciados, para algunos estudiosos o poetas que creían ver en estas obras una magia especial. Por otro lado, ella misma era un ser de otra época, algo abstracto, inmaterial como sus heroínas, intangible como su niebla. Al menos así había sido para mí, hasta hacía muy poco tiempo. Se conocían sus novelas, pero como vivió prácticamente toda su vida fuera de Chile, nadie podía suponer que se encontraba viviendo allí, en un chalet de Viña del Mar, mientras a poca distancia de su casa, se congregaban los novelistas del «boom» latinoamericano, al cual no pertenecía.

Por otro lado, todavía no se habían reeditado sus novelas ni tampoco volvía a hacer noticia gracias a la edición de «La Historia de María Griselda» y «Trenzas», textos inéditos en Chile que Roberto Silva Bijit tuvo la buena idea de editar años más tarde, en 1977, en Quillota, en la editorial El Observador. De modo que aquellas visitas eran para mí algo deslumbrante. No podía entender cómo la vida seguía indiferente allá afuera, sin que nadie sospechara siquiera, que a la vuelta de la esquina, estaba viviendo María Luisa Bombal...

Ella me tomó gran afecto. Le gustaba leer mis cuentos y siempre me estimulaba en mi camino literario. Me hablaba de Federico García Lorca a quien había conocido en Argentina en el año 1933, en la casa de Pablo Rojas Paz y Sara Tornú, cuando fue a estrenar «Bodas de Sangre» en Buenos Aires con Lola Membrives en el Teatro Maipo.

Después de la actuación, García Lorca realizó una función [231] de títeres como «fin de fiesta» para el público asistente al estreno que estaba formado principalmente por poetas y escritores. El repertorio fue «El Retablillo de don Cristóbal» del propio García Lorca y dos adaptaciones: «Las Euménides» de Esquilo y «Los Habladores» de Cervantes. Por cierto que el poeta sabía manipular muy bien los muñecos, pero en aquella ocasión, no actuó solo. Lo acompañaron con los títeres, Antonio Cunil Cabanillas, un director de teatro español residente en Argentina y el escenógrafo de la obra, el pintor e ilustrador de portadas de revistas femeninas, Jorge Larco, con el que un año más tarde iba a casarse María Luisa Bombal...

Nostálgica en su sillón de Viña del Mar, recuerda a su primer marido, con el que la unían afinidades artísticas, a Pablo Neruda y a Federico García Lorca que tocaba piano para ella y le decía «María Luisa es así» tocando rápidos arpegios. Eran tiempos de alegría bajo los grandes ceibos de Buenos Aires, en las confiterías y en los teatros. Tiempo también para la soledad y los constantes altibajos, para escuchar a Enrique Granados que tanto le gustaba, para leer a Alfonsina Storni que era maestra e iba a leer poemas al Café Tortoni, a Juana de Ibarbourou y a Willa Cather.

Mirando por la ventana hacia el jardín -o hacia su propio corazón- María Luisa habla de las presencias mágicas y fantasmales. También de su vida en Estados Unidos, del conde

Raphael de Saint Phalle, su segundo esposo, que había fallecido en Nueva York y a quien extrañaba, de su hija Brigitte que vivía en Estados Unidos y a quien deseaba volver a ver. Lamentablemente nunca se llevaron bien y Brigitte jamás vino a conocer el país de su madre. Pese a las desavenencias, siempre me hablaba de ella, incluso una vez, estaba vestida con una bata de color sandía y me dijo que era regalo de su hija Brigitte. Tanto la quería que la protagonista de su cuento «El Árbol» se llama precisamente Brígida.

En ese tiempo, leía a los clásicos. «Siempre hay que leer a los clásicos», me decía. «Sobre todo la mitología griega que es la base de la literatura. Allí están los argumentos de peso, los verdaderamente interesantes que son los dramáticos. Tienes que escribir cuentos basados en los mitos: Mitología Moderna, esa es la clave... Ya ves, todas mis heroínas se inspiran en el mito de la Medusa. Yolanda de «Las Islas Nuevas» no es más que una Medusa moderna».

Yo me quedaba deslumbrado con sus palabras. Y cuando [232] regresaba a la casa, comenzaba a poner en práctica todos esos consejos literarios que nacían de nuestras conversaciones en la penumbra de ese antiguo salón viñamarino.

Fue así que, siguiendo sus consejos, escribí «Medea», un cuento inspirado en la tragedia de Eurípides. Tal como me había sugerido, actualicé el tema a la década de los años cuarenta. Por ese tiempo, en los años setenta, la revista Paula organizaba todos los años un célebre concurso de cuentos que era muy famoso porque era uno de los pocos concursos de cuentos que había y además, era muy publicitado. Todos los jóvenes queríamos enviar nuestras creaciones literarias y yo envié mi cuento que había trabajado con María Luisa Bombal. Tenía en ese tiempo veintitrés años cuando obtuve una «mención honrosa» en ese certamen. Para mí, era todo un triunfo porque era la primera vez que obtenía un premio fuera de Valparaíso. En el puerto había ganado mi primer premio con el cuento «Berta o los dorados estambres de la locura» que a María Luisa Bombal le había gustado mucho.

De inmediato la llamé por teléfono para contarle la noticia y volvió a ratificarme la idea de los clásicos de la mitología griega. Cuando apareció el cuento en la revista Paula fue todo un acontecimiento y María Luisa Bombal me llamó para felicitarme y a todos les decía que ese cuento lo habíamos escrito juntos. En realidad, la idea había sido suya y yo había escrito el cuento siguiendo sus pautas. Ese año obtuvo el premio Marco Antonio de la Parra y el dramaturgo Fernando Cuadra, que era mi profesor de teatro en Valparaíso, una mención honrosa, igual que yo, lo cual, para mí, era una gran satisfacción.

Más tarde, escribí «Fedra», siguiendo los mismos cánones y una novela que titulé «Princesitas». Este original obtuvo el segundo premio en el Concurso de los Juegos Florales Gabriela Mistral de la Municipalidad de Santiago en 1974. Recuerdo que entregaron los premios en el Palacio Cousiño que yo no conocía y me entrevistó el periodista y escritor Jorge Marchant Lazcano. El primer premio lo obtuvo Enrique Valdés con su novela «Ventana al sur». En ese tiempo me parecía muy extraño el mundo de Santiago, muy diferente al ambiente que vivíamos en Valparaíso. Por lo demás, era la segunda vez que venía a la capital en forma independiente y por más de unas horas. Antes sólo había venido con mis padres o con el colegio a ver obras de teatro en el ITUCH de ese

tiempo, como «Fulgor y Muerte de Joaquín Murieta» de [233] Pablo Neruda o «El Evangelio según San Jaime» de Jaime Silva que nos entusiasmaba tanto.

La primera vez que viajé por mi cuenta fue cuando vine a la entrega de los premios literarios de la revista Paula, una tarde de mucho calor. Viniendo de Valparaíso no podíamos entender las altas temperaturas que debían soportar los santiaguinos, a fines de año que era cuando se entregaron estos premios.

María Luisa estaba muy contenta y sorprendida. Me pidió que le llevara el manuscrito de «Princesitas» porque deseaba leerlo. Se lo llevé y quedó encantada. Tuvimos una reunión en su casa para analizar la novela y me dijo que el personaje más interesante era un joven llamado Yayo, de quien todos hablaban, pero que nunca aparecía. Desde entonces, siempre me llamó siempre así.

Yo seguí visitándola durante ese tiempo. Conversábamos, salíamos y me llamaba alegremente «mi enamorado». También íbamos a ver a Sara Vial donde siempre había risas, anécdotas y brillantes temas de conversación. En esa casa de la calle Arlegui pasamos momentos muy agradables que se duplicaban con la presencia de María Luisa Bombal porque ella siempre recordaba su amistad con Pablo Neruda. Y entonces comenzaba una verdadera cascada de recuerdos que se entrelazaba con las conversaciones amenísimas de Sara Vial. Ambas eran niñas joviales que reían y se mostraban cartas. Sara hablaba de su infancia en el cerro Alegre, de cuando bajaba al plan por la calle Urriola, siempre llena de agua, o de cuando su madre tocaba vals en el piano. Le agradaba hablar de esas casas misteriosas y de las campanadas del reloj Turri que acompañaron su niñez de niña elegante. En un cajón de la cómoda guardaba un poema que Pablo Neruda le había escrito en una servilleta.

A su lado, María Luisa hablaba de una cocina en Buenos Aires donde ambos escribían porque allí había buena luz. En una esquina se sentaba ella corrigiendo los borradores de «La Última Niebla» y en la otra, Pablo Neruda escribía «Residencia en la Tierra».

En una de esas reuniones llegó María Urzúa que había sido secretaria de Gabriela Mistral en Petrópolis. El esposo de Sara Vial tenía una panadería que funcionaba en los bajos de la casa, de modo que a las cinco de la tarde, siempre enviaban bandejas de pasteles y pan recién salido del horno para la hora del té. [234]

Sentado en silencio en aquella mesa tan bien servida, yo simplemente escuchaba aquellas conversaciones de alegres recuerdos con aquellas tres increíbles escritoras que tenían de común denominador un extraordinario sentido del humor y gran conocimiento literario. Se sumaba además el talento y las sabrosas anécdotas que relataban de escritores. María Urzúa contaba que estando con Gabriela Mistral en Brasil, se había suicidado su misterioso sobrino Yin Yin. A causa de ello, sumida en una profunda depresión, la escritora había escrito unas famosas oraciones que hacía leer a las personas que trabajaban con ella para orar por el alma de Yin Yin.

Al poco tiempo, toda esa convivencia literaria en el salón de Sara Vial se iba a terminar. Mejor dicho, iba a ser reemplazada por otras experiencias que vendrían más tarde, ya que había obtenido una beca del Instituto de Cultura Hispánica para estudiar literatura en España. Era una gran oportunidad para perfeccionar mis estudios en el país de mis antepasados y conocer mis raíces visitando el pueblo donde había nacido mi padre en la frontera con Portugal. Con mucha alegría y profunda nostalgia, dejé Chile en enero de 1976.

Días antes de partir, fui a despedirme de María Luisa Bombal. Estaba muy contenta con mi viaje, pero me dijo que me iba a extrañar porque se había acostumbrado a mis visitas y conversaciones.

En aquella oportunidad, me invitó a tomar un aperitivo en el Chez Gerald de la avenida Perú que le gustaba mucho. Recuerdo que era muy especial el ambiente: parejas jóvenes en todas las mesas. En una de ellas, una mujer madura, muy pálida, vestida con un grueso abrigo de piel y un joven de veinticuatro años, hablando de libros y poetas, del mar y de las avenidas de ceibos en Buenos Aires, del jacarandá y de cierto gomero. Yo me sentía como el dueño de un tesoro y no podía entender cómo a nuestro lado, la gente se mantenía sin saber que en una mesa estaba nada menos que María Luisa Bombal.

Regresamos a su casa y nos despedimos amigablemente en el jardín de rosas blancas. Me dijo que me iba a anotar la dirección para que le escribiera, pero no teníamos pluma ni papel. La señora que estaba regando nos facilitó un lápiz y riéndose nos dijo «En casa de herrero, cuchillo de palo». Días después, [235] en enero de 1976, viajé rumbo a España lleno de ilusiones...

En Madrid viví en un comienzo en el Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe, en la avenida Séneca, cerca del Instituto de Cultura Hispánica que me había becado y donde realizaba estudios de lengua y literatura española. Al poco tiempo, me inscribí en los cursos de doctorado en Filología Hispánica en la Universidad Complutense de Madrid, cuyos cursos fueron muy interesantes y profundos.

Al cabo de un tiempo, el profesor Federico Sánchez Castañer que era mi tutor, me indicó que debía buscar un tema para investigar. No tardé mucho en encontrarlo. Haría mi tesis doctoral sobre el tema «Vida y obra de María Luisa Bombal» en una época en que todavía no comenzaba ese creciente interés por estudiarla que vino después con las tesis de investigación en las universidades norteamericanas y los libros de Hernán Vidal, Ágata Gligo, Marjorie Agosin y Lucía Guerra Cunningham entre otros.

Le escribí en mi habitación del Colegio Mayor una carta a María Luisa Bombal contándole mi deseo de realizar una investigación en torno a su obra como tema de mi tesis doctoral. Al poco tiempo, recibí la respuesta de su puño y letra, escrita con bolígrafo azul, con esa caligrafía nerviosa que la caracterizaba y ese uso tan particular de los guiones:

Señor Manuel Peña.

Colegio Mayor N. S. de Guadalupe.

Habitación 125. Av. Séneca 4.

Madrid 3. España.

Santiago, 24 agosto 1976.

Yayo querido:

¡Cuánto me emocionó tu carta de Madrid del 26 de mayo pasado! ¡Cuánto, tú no sabes! Ha sido un consuelo espiritual dentro del pesar y tristeza por las que he pasado últimamente. Mi mamá murió el 14 de junio pasado. Se fue en cuatro días -pulmonía doble- pero no sufrió y se veía muy linda y joven, muerta, cuando se la llevaron. También llevaba un semblante de paz muy grande y casi de dulzura. Bueno Yayo, yo estaba en Santiago y ella me tenía guardada tu carta que tanto aprecio y leo y releo para darme ánimos y sentirme una razón de ser. Estoy muy desanimada [236] a ratos y atacada por la gran tentación de Satanás: la melancolía.

Por favor, Yayo. ¡Pedirme el consentimiento para ocuparte de mi pequeña obra! Si más que consentimiento te doy las gracias y todo mi entusiasmo por ello. Ojalá no te haya desanimado el no recibir contestación inmediata mía. Mi único anhelo ha sido ser conocida y publicada en nuestra Madre Patria. ¡Y ahora tú y tu valiosa ayuda ayudándome a conseguirlo! No puedes haberme dado una alegría y esperanza mayores. Y me siento orgullosa de ser presentada allá por el Profesor y escritor Manuel Peña.

Me alegra aún sobremanera lo que me cuentas sobre tus estudios y además el enterarme que no olvidas tu libro mitológico. Va a ser grande. Sobre todo si los personajes no son todos completamente nuestros; si los hay entre ellos algunos «universales». Tú me entiendes. -Te echo de menos, Yayo; escíbeme diciéndome que me perdonas esta tardanza en contestarte y cuéntame de ti, tus últimas noticias. Te abraza:

María Luisa Bombal.

P.D. Mucho, mucho tendría que enterarte y contarte de nuestras actividades literarias aquí, pero será para otra vez -quiero que esta salga cuanto antes. Cariños. María Luisa.

Rte: M. L. Bombal.

Casilla 344.

Viña del Mar.

Chile. Sud América.

La carta refleja el desánimo de María Luisa Bombal en aquellos años. Se sentía profundamente sola. Recuerdo que una vez, caminando por la calle Valparaíso se detuvo bruscamente y me dijo «Yo creo que ya me morí. Y esto que estoy viviendo es el infierno». La estaba atacando «la gran tentación de Satanás: la melancolía».

Pasaba grandes depresiones y sólo la consolaba la presencia de alguien a su lado. No soportaba estar sola. Por eso, Sara Vial fue su gran amiga en Viña del Mar, con quien podía comunicarse y hablar de libros, de autores y de literatura. Fuera de ese ámbito, se sentía desorientada, sin un lugar. Por lo demás, [237] Viña del Mar le parecía una ciudad fea y vulgar. Ya lo había sentido cuando escribió «La Maja y el Ruiseñor» en que recuerda, nostálgica, el balneario de la infancia, elegante y señorial. Ahora, con tantos años transcurridos, se sentía en una ciudad que ya no le pertenecía.

La descripción de la muerte de la madre es uno de los pasajes más bellos de la carta. Parece una pasaje de «La Amortajada»: «Se veía tan linda y joven, muerta, cuando se la llevaron. Llevaba un semblante de paz muy grande y casi de dulzura». Para María Luisa Bombal, la muerte tenía algo bello y misterioso a la vez. Algo enigmático.

Luis Saslawsky, el director de cine argentino de los años treinta y cuarenta (filmó «El Balcón de la Luna» con Lola Flores, Carmen Sevilla y Paquita Rico) -a quien conocí en Buenos Aires muchos años más tarde- me contó que María Luisa Bombal siempre vivía obsesionada con la idea de la muerte. Estando allí, en esa difícil época, escribió varios guiones para el cine, entre ellos, el de la película «La Casa del Recuerdo» que Saslawsky filmó con Libertad Lamarque.

«María Luisa sabía dar muy bien ese clima angustioso, claustrofóbico, que se siente en una hacienda en el campo, en un día de lluvia», me dijo Saslawsky, en una amplia casa de la calle Suipacha donde me hallaba hospedado, en medio de recuerdos cinematográficos y un enorme foco de filmación. «Y eso era lo que yo quería precisamente. Durante todas la película está lloviendo y eso daba un ambiente... muy... muy... María Luisa Bombal... Estábamos filmando esa película cuando recibí la carta de un amigo mío, moribundo, en un hospital de Buenos Aires. Con letra temblorosa me decía que se había enterado de que yo estaba filmando «La Casa del Recuerdo», cuyo guión lo había escrito su autora favorita. Antes de morir, quería conocer a la autora de «La Amortajada», novela que había leído por

esos días, próximo a la muerte. Yo llevé personalmente a María Luisa Bombal al hospital. La esperé largamente en el auto. Finalmente apareció con el semblante transfigurado. No dijo nada. Días más tarde, supe que mi amigo enfermo había fallecido. A los pocos días, recibí por correo una brevísima nota con la misma caligrafía debilitada por la proximidad de la muerte. La nota decía escuetamente. «Gracias. Mitad hada. Mitad bruja». [238]

La llegada de esta primera carta a Madrid fue un extraordinario incentivo que me llenó de alegría, entusiasmo y deseos de trabajar. De inmediato comencé a recopilar datos y artículos, a leer la bibliografía existente y a analizar en detalle su obra en forma meticulosa. A la par, se desarrollaba mi vida en Madrid y la necesidad de cambiarme de casa. Sin embargo, tenía siempre tiempo para escribirle a María Luisa, cartas llenas de amistad y adoración verdadera por su obra literaria. Además, escribí un trabajo de análisis literario en tomo al cuento «Lo Secreto» que se publicó en la revista de la Universidad de Chile de Valparaíso en esos años.

Había adquirido una máquina de escribir vieja con la que me trasladaba a todas partes. Estaba establecido finalmente en una casa de una familia gallega en la calle Goya. Tenía un balcón por donde entraba la magnífica luz de Madrid. La dueña de casa se llamaba Marina y siempre me hablaba de «Confieso que he vivido» de Pablo Neruda que le gustaba mucho. Fue allí precisamente, en ese departamento soleado y hermoso, donde recibí el libro «La Historia de María Griselda» con una dedicatoria de la autora. Era una hermosa edición, muy sencilla, publicada por Roberto Silva en El Observador de Quillota. Recuerdo que este envío me causó una gran alegría y esperé la tranquilidad apropiada de una noche de invierno para leer ese libro. Días más tarde, recibí la segunda carta de María Luisa Bombal:

Aéreo.

Sr. Profesor

Manuel Peña

Goya 129 - 4^a. dcha.

Madrid 9 España

Viña del Mar, 13 enero 1977.

Yayo querido:

Gracias por tus cartas. Me han emocionado de verdad. Cartas así las necesitaba mi ánimo y corazón, y me alegra sobremanera de que éstas vinieran de ti. Gracias nuevamente

por todo lo que me dices de mi obra, tu interés en ésta y en mi persona. Sí, me haces comprender cuánto he perdido yo también al irte tú tan lejos. ¡Cuánto necesito de una compañía y amistad cotidianas [239] como podrían haber sido y ser la nuestra! Pues a mí me interesa también enormemente tu obra. ¿Cómo va tu libro, ese tu «Mitología Moderna»? Escíbeme de todo lo que escribas y piensas pues me interesa tu pensamiento y vida. Cuéntame de España y de la gente que ves. Figúrate que mi sueño dorado desde hace mucho sería hacer un viaje largo a ésta. De España no conozco sino San Sebastián. -Yayo, me «encantó», porque la palabra es «encantamiento» lo que me inspiró tu trabajo sobre «Lo Secreto», trabajo tan profundo, hermoso... y «ameno», quiero decir lleno de gracia además. Y ahora contestando tus preguntas.

«House of Mist» me encuentro justamente traduciéndolo yo misma de mi inglés. Asimismo mi «The Foreign. Minister». Extraña situación. ¿Verdad? pero figúrate que ya tengo contrato con las Ediciones Universitarias de la Universidad Católica de Valparaíso para su publicación apenas éstas, mis obras, estén a punto. No me atrevo a fijarte fecha aún. También van a hacer una nueva edición de «La Historia de María Griselda» y «Trenzas».

Quiero que ésta salga cuanto antes para que estés al corriente de la situación respecto a todo esto último, por ello no te escribo más largo; es mucho lo que tendría que decirte. Sara Vial recibió tu tarjeta y recuerdo. Muy conmovida. Te escribiré. Para ti un abrazo fuerte de esta amiga y colega que te quiere y admira:

María Luisa Bombal.

Mi nueva casilla 406.

Rte. M. L. Bombal.

Casilla 406.

5 Poniente 77.

Viña del Mar.

Efectivamente, María Luisa Bombal vio una nueva edición de «La Historia de María Griselda» en las ediciones Universitarias, lo que le causó gran alegría. Cuando apareció el libro, hicieron una presentación en el Club Naval de Valparaíso, a la que acudió Jorge Luis Borges, especialmente desde Buenos Aires, porque eran muy amigos de esos años porteños de bohemia. [240]

Al término de la ceremonia fueron todos a tomarse fotografías a la Escalera de la Muerte en un costado del ascensor Cordillera, pero María Luisa Bombal se quedó abajo, rehusando subir ningún peldaño porque decía que le podía traer mala suerte. Era supersticiosa y en todas las cosas cotidianas encontraba su lado mágico.

Yo iba siguiendo todos estos acontecimientos desde Madrid porque mi familia y amistades me enviaban los recortes del diario, ya que sabían que los estaba necesitando para la redacción de mi tesis.

Por esas fechas, recibí una carta del editor Roberto Silva, de Quillota, quien me proponía editarme un conjunto de mis cuentos, puesto que había leído «Medea» en la revista «Paula» y posteriormente «Vírgenes de Madrid», un cuento que había escrito después de observar los modos de vida y costumbres de los madrileños. Este cuento se publicó en «La Estafeta Literaria» de Madrid y resultó finalista en un concurso de cuentos para escritores de habla española menores de 25 años. Junto a diversas crónicas de viaje, este cuento se reprodujo en «El Mercurio» de Valparaíso donde la profesora Ana Julia Ramírez de la Universidad de Chile lo envió, interesando también vivamente a Roberto Silva. Me pedía otros cuentos y permiso además para inspeccionar libremente mi mundo privado en un cajón de mi escritorio que yo había dejado con llave en mi casa de la infancia en Valparaíso. A cambio, me proponía editar mis cuentos y conseguir un prólogo de María Luisa Bombal, quien había intercedido también en mi favor. Roberto me contaba que había publicado «La Historia de María Griselda» que era inédita en Chile.

Yo le respondí muy entusiasmado. A los pocos días, Roberto Silva fue a mi casa y después de revisar mi escritorio, encontró los papeles, cartas, fotografías y manuscritos que le proporcionó mi madre. Entretanto, le escribí a María Luisa Bombal agradeciéndole su apoyo y contándole el desarrollo de mi trabajo que se sucedió en diversos domicilios.

Entretanto, del barrio de Goya, uno de los mejores de Madrid, me fui a la calle de la Rosa, esquina del Ava María, en el barrio del Amor de Dios, mucho más castizo, justo enfrente de la casa donde vivió (y bailó) Antonia Mercé, la Argentina. Era una pensión con un cuarto pequeño donde escribí varios capítulos.

Días más tarde, por casualidad, me encontré en la Gran Vía con Gilbert Cabalceta, estudiante de geografía de la Universidad [241] de Heredia, en Costa Rica, que había conocido en el Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe. Después de hablar de nuestras vidas en España, me señaló que venía llegando de ver a su familia en San José y que ahora estaba buscando un departamento para irse a vivir por una temporada, pues tenía que terminar también su tesis doctoral. De modo que me sugirió que buscásemos juntos un lugar para compartir.

Muy contento con esta posibilidad, iniciamos la búsqueda y finalmente nos mudamos al barrio de Prosperidad a un departamento amplio, moderno, con terraza, donde trabajé en una habitación asoleada y tranquila durante varios meses.

Cuando Gilbert Cabalceta tuvo que regresar a su país, entregamos el departamento y me trasladé a la casa de Juan José Ochoa Escobar, un escritor colombiano que vivía en una

casa madrileña muy antigua en el barrio de Embajadores, frente a la Plaza de las Peñuelas. Era una casa de un solo piso, con tejado de tejas y gruesas murallas. Tal vez era una de las casas más castizas que estaban quedando en el viejo Madrid. Tenía un patio interior con su pilón de agua y a fines de verano, en el mes de septiembre, se celebraba, justo enfrente de nuestros balcones, la tradicional Fiesta de la Melonera que era una de las verbenas más auténticas del Madrid romántico.

Me llevé la tesis a Fermoselle, el pueblo de mi padre en la frontera con Portugal y allí escribí, en la casa de mi abuela, cuyas ventanas daban al castillo donde vivió doña Urraca. Muchas tardes salíamos a andar en bicicleta por los alrededores y a compartir con los campesinos en el Paseo de la Ronda. Los campos estaban llenos de cardos morados en ese caluroso verano de 1977. Se celebraban allí las Fiestas de Toros y en medio del bullicio de las corridas, yo seguía escribiendo mis reflexiones en tomo a la obra de María Luisa Bombal.

Desde allí, le escribí varias cartas, compartiendo con ella lo que me suscitaba la relectura de sus obras, y contándole también la sucesión de festividades en el pueblo. Una tarde, incluso, le envié -en medio de las páginas de una carta- una flor que corté para ella en la frontera con Portugal, frente al pueblo de Mogadouro.

En septiembre regresé a la casita de las Peñuelas de Madrid y fue en este domicilio donde terminé la tesis doctoral en mi vieja máquina de escribir, tecleando hasta muy tarde. Fue aquí también donde recibí la tercera carta de María Luisa Bombal, [242] una tarde invernal, con nieve, que bajé a ver si había algún sobre con sellos de Chile depositado en el viejo buzón.

Air Mail

Sr. Profesor Manuel Peña

Plaza de las Peñuelas 12

buzón 20

Madrid 5

España

Viña del Mar. Diciembre 28, 1977.

Yayo querido:

Esta carta es loca y breve -pero no sé escribir cartas que no lo sean a los que considero mis íntimos dentro de mi corazón y espíritu. Te echo de menos, me haces falta como si de toda la vida nos hubiéramos visto tarde a tarde y conversado y compartido ideas, poesía y atardeceres frente al mar en nuestra terraza-restorán de la avenida Perú ¿recuerdas?, y de cómo aquel agudo, peligroso perro canillita nos siguió... y de cómo mi ama de llaves hubo de prestarnos sus lápices en la puerta porque nosotros no disponíamos del más mínimo utensilio similar...» «En casa de herrero, cuchillo de palo», nos retó. ¿te acuerdas?

Recibí tu carta. Sus noticias junto con tu flor de Portugal me levantaron el ánimo... por unos cuantos días. ¿Cuándo vuelves a levantármelo pan-cotidiano?

Con Sara Vial te recordamos también a menudo. Ella se encontró con tus padres. Te mandará su nuevo libro de sonetos «Al oído del viento», maravilla en todo sentido. Forma, inspiración, ambiente. Sopló de viento apasionado y clásico al oído de ese viento misterioso de Dios. Además, figúrate que es libro «entretenido». ¿Has oído jamás catalogar a un libro de sonetos de entretenido? Pues cuando lo leas, verás que este genial adjetivo mío no les quita nada de su perfecta grandeza y tierna poesía.

Roberto Silva me pide con urgencia unas líneas a fin de «encabezar» tu futuro, precioso y original libro de cuentos. ¿Qué puedo decir que tú no digas ya en tus cuentos? Sólo expresar mi admiración literaria por su originalidad y sentimientos. -Lo haré con entusiasmo ya que así tú y Roberto lo desean. [243]

Te felicito y nos enorgullecemos todos aquí por tus triunfos tan merecidos en nuestra Madre Patria. Feliz Año Nuevo y... vuelve este año mismo. Un abrazo de tu colega y amiga:

María Luisa Bombal.

A mediados de 1978 regresé a Chile por una breve temporada. Antes de regresar a España nuevamente, con informaciones importantes para mi tesis, Roberto Silva me contó que mi libro de cuentos estaba en fase de producción.

María Luisa había escrito el prólogo. Ansioso por leerlo, se lo pedí en Viña a Roberto Silva pero me dijo que sería una sorpresa y que lo leería cuando el libro estuviese publicado. Mi primer libro incluía cinco cuentos premiados en diversos concursos, tanto en Chile, como en España. Su título inicial iba a ser «Berta, o los dorados estambres de la locura» que era el cuento que iniciaba la serie con el que había obtenido el primer premio en el concurso de la Universidad Católica de Valparaíso en 1969. Pero María Luisa Bombal se escandalizó con un título tan largo. Entonces, tomando un lápiz, empezó a tachar palabras sobrantes. Una por una. Dejó solamente dos: «dorados» y «locura». Fue ella quien tituló mi libro que desde ese momento se llamó «Dorada Locura».

Como sabía que regresaría a España y que tal vez no iba a volverla a ver más, le dije que deseaba tener una fotografía en la que estuviéramos juntos. Me respondió que a ella también le agradaría tener una fotografía nuestra, pero como yo no tenía máquina fotográfica, le sugerí que nos fotografiáramos en la plaza de Viña del Mar, en una de esas máquinas de cajón. A ella le encantó la idea. La pasé a buscar una tarde, pero avanzábamos muy lentamente por la avenida 1 Norte, junto al estero Marga Marga, bajo las palmeras. Cada cierto tiempo se detenía para descansar aferrada a mi brazo o para decirme alguna ocurrencia divertida, de modo que cuando llegamos a la plaza de Viña, ya se estaba oscureciendo y los fotógrafos se habían ido.

Desilusionada, me invitó a tomar un aperitivo a un pequeño bar de la calle Etchevers que a esas horas tempranas de la tarde era muy tranquilo. Nos fuimos caminando por la calle Valparaíso que ella no reconocía. Me habló del Virreina que era [244] un salón de té muy elegante y también de Jorge Larco que le había ilustrado la portada de la primera edición de «La Última Niebla». «Nos llevábamos pésimo», me decía. «Jorge era muy sociable, muy artista. Llenaba la casa de gente.»

Recuerdo que en el bar donde nos hallábamos, había música moderna y ella pidió que la cambiaran. A esa hora no había prácticamente nadie y pusieron melodías en piano. ¡Le gustaba tanto esa música! Me habló de Mozart, de Chopin, de «la música de antes». Se sentía mejor escuchando esos preludios, pero a veces le venía una puntada de tristeza. Se arrebujaba en su abrigo de piel y se quedaba pensando. Después estallaba en carcajadas y pedía otra copa de vino blanco.

Al día siguiente regresé a buscarla, esta vez, en la mañana para asegurarme de que llegaríamos a tiempo. Ya estaba arreglada y volvimos a hacer el trayecto por la avenida del estero. Cruzamos el puente de los faroles en la avenida Libertad y llegamos por fin a la plaza donde estaban los fotógrafos. Efectivamente, nos tomaron una fotografía teniendo de fondo el Teatro Municipal y el Hotel Español. ¡Era un marco muy europeo! Mirando la plaza mientras aguardábamos, María Luisa me contó que antiguamente allí había un parque y un estanque con cisnes... Estaba feliz, y a los pocos minutos, nos dieron dos fotos en blanco y negro, una para cada uno. Al regresar a la casa, María Luisa Bombal escribió al dorso:

«Yayo y yo, en un momento feliz que espero se repetirá. María Luisa Bombal. 11 agosto 1978».

En esta época, estaba muy ansiosa porque estaba postulando al Premio Nacional de Literatura que deseaba obtener. Con Sara Vial la estimulábamos mucho, diciéndole que era la segura ganadora y que de sobra lo merecía. Pero María Luisa Bombal se decepcionó terriblemente cuando supo que lo obtuvo el filólogo Rodolfo Oroz. «No es un creador», decía. «Este Premio se fundó para dárselo a un artista, a un poeta, no a un científico de la lengua». Con Sara Vial tratábamos de consolarla, diciéndole que «La Última Niebla» y «La Amortajada» eran libros leídos en todo el mundo de habla hispana y que ahora estaba siendo revalorada en Chile a raíz de la publicación de «La Historia de María Griselda». Pero a ella nada la consolaba.

También yo regresaba otra vez a Madrid. Antes de viajar, [245] fui a despedirme de ella. Estaba muy nerviosa y deprimida, sin entender que yo regresaba otra vez a España. «No te entiendo, Yayo», me decía con una carcajada, jugando con la chasquilla en la frente. Entonces estando en el comedor de Sara Vial, tomó un posavasos que había en la mesa y en el reverso escribió: «A mi Yayo: mensaje. Te vas, vienes y de nuevo te vas. ¿Hasta cuándo? María Luisa Bombal. 22 agosto 1978. Viña del Mar».

En esos días, se vio también con el pintor viñamarino Álvaro Donoso. El artista, le pasó una hoja de block y lápices de colores, diciéndole: «Dibuje lo que quiera». Ella se quedó un instante dubitativa. Luego, pintó estrellas amarillas sobre un fondo celeste. Lo tituló «Mi Cielo» y se lo dedicó a Álvaro Donoso. Es el único dibujo que se conserva realizado por María Luisa Bombal.

Regresé otra vez a España donde permanecí algunos meses más antes de volver definitivamente a Chile. Se me venía encima el proceso de término de la tesis, con todo lo que ello significaba: mecanografiarla en limpio completamente, fotocopiarla, encuadernarla y presentarla. Fueron meses intensos con frecuentes visitas a la Universidad Complutense y entrevistas con Federico Sánchez Castañer.

Todavía permanecí un tiempo más en Madrid, trabajando con la escritora Carmen Bravo-Villasante, con quien me había especializado en literatura infantil. Escribí un «Catálogo de Libros Infantiles Antiguos» para una exposición itinerante en diversos países de Europa. También su Bibliografía y diversos cuentos y artículos críticos en «La Estafeta Literaria». Ella fue mi segunda hada madrina, pues me apoyó muchísimo en mis días en España. A través de ella, entré a trabajar en el Departamento de Literatura Infantil de la Editorial Miñón de Valladolid.

Ya era tiempo de regresar a Chile. Sentía que mi tiempo en España había concluido y en febrero de 1979 regresé definitivamente a Chile.

En un comienzo, me sentí muy desambientado en Valparaíso. En su mayoría mis relaciones ya no estaban en la ciudad. Solía caminar por las calles de Valparaíso, sintiéndome un extraño en mi propia tierra. No reconocía mi ciudad natal y me sentía extranjero. Experimentaba esa fuerte y natural sensación de desarraigo que se tiene después de regresar de un país donde se ha vivido intensamente por algunos años. [246]

Para volver a ser el que era, intenté el camino de la música y toqué en diversos lugares de Valparaíso. Lo más hermoso fue un Concierto en Re para tres guitarras de Rachmanninoff que tocamos en los altos del teatro Colón en la calle Pedro Montt, con Carlos Vásquez de la Oveja y otro guitarrista que se llamaba Fito. ¿Dónde estarán ahora?

También escribí diarios de vida recordando temporadas de Madrid y registrando mis impresiones de recién llegado a Valparaíso, después de una larga ausencia: ambientes, personajes, fragancias de otro tiempo volvían a vivir en mí llenos de melancolía.

Roberto Silva me alegró la vida cuando apareció un día llevándome a la casa unos paquetes con mi primer libro publicado, con prólogo de María Luisa Bombal.

Pocas veces se ven personas de esta generosidad, puesto que estuvo a cargo de toda la edición sin esperar recompensa alguna, sólo el placer de brindar la oportunidad a un amigo, estimulándolo en momentos difíciles.

Muy ansioso, abrí los paquetes. Eran ejemplares de mi primer libro, con una portada tomada de aquellos collages que yo hacía antes de irme a España inspirado en esas canciones que cantaba María Luisa Bombal.

En la primera página, venía su prólogo:

«Nuestro editor y amigo Roberto Silva Bijit, me hace el honor de pedirme unas breves líneas de introducción para tu libro.

¿Cómo hacerlo sin dar de antemano el secreto de tu obra que es privilegio del lector el descubrir?

¿Cómo definir este libro tuyo, Manuel Peña?

Cuentos de encanto.

Historia de caprichos.

Puntazos y apuntes de lo más hermético dentro del sentir y el pensamiento de seres puros, tristes solos, extravagantes.

Berta, la inasible de un soñador extraviado.

Medea, encubriendo con violencia su debilidad.

Mari Tere, alegre melancolía.

Ana María, la hermosa desesperada.

Cristina, manojos de nostalgias.

Tu estilo, racha de viento suspirado, que pasa explicando la intimidad poética de tus personajes, de sus anhelos y muerte. Ironía, realidad cotidiana que sabes tan bien convertir en poesía. [247]

Y bien, para resumir, cito el título de tu libro «Dorada Locura», que me atrevo a decir son los estambres de una locura tan humana como tierna.

Viña del Mar, Invierno de 1978.

María Luisa Bombal.»

Fue la última página que escribió María Luisa Bombal. En esos años, otros escritores se habían acercado también a pedirle prólogos de sus libros. Alrededor de esta fecha, escribió los prólogos de libros a Margorie Agosin, Sara Vial, Julio Flores, Isabel Velasco y Patricia Tejada, entre otros.

«Dorada Locura» fue mi primer libro. Se hicieron solamente 500 ejemplares y la firma de María Luisa Bombal se estampó libro a libro con un timbre de goma con tinta violeta al pie del prólogo. Fue una idea de Roberto Silva como la de incluir grabados antiguos que había en la imprenta de su padre. Igualmente la letras eran antiguos tipos de imprenta, de modo que todo el trabajo fue una edición verdaderamente artesanal y por lo tanto, llena de humanidad.

Su difusión fue irregular pues yo mismo distribuí personalmente el libro en varias librerías de Santiago y Valparaíso.

Oreste Plath, a quien conocí en casa de Isabel Velasco, cuando viajaba a Santiago a ver a María Luisa Bombal, me dio una lista de personas a quienes yo podía enviar mi libro. Yo no conocía a ningún escritor, salvo a María Luisa Bombal, de modo que fue una gran sorpresa, cuando al poco tiempo, aparecieron críticas espontáneas y elogiosas de María Carolina Geel, Hernán del Solar, Jaime Quezada y Juan Antonio Massone. Posteriormente y a raíz de las críticas que suscitó este libro, entablé una relación con estos escritores, agradeciéndoles el estímulo.

A raíz de este libro, el escritor Fernando Emmerich me solicitó un cuento inédito para la revista literaria de la editorial Andrés Bello. Le entregué «Una dama de punto-cruz» que había escrito a mi llegada a Valparaíso. Pero se necesitaba una fotografía. Al poco tiempo, llegó a mi casa con una fotógrafa de la editorial. La sesión fue larga porque deseaban retratarme con el gato rubio angora que estaba muy asustado con las luces.

Estábamos tratando de atraparlo en medio de los focos, cuando sonó el teléfono. Era María Luisa Bombal que se sentía muy [248] sola y deseaba hablar conmigo. Mi madre la atendió pero ella insistió nuevamente. Estaba desesperada en su soledad. Esta vez contestó

Ana Hicks, una directora de estudiantina que estaba de visita junto con la actriz Gloria Barrera.

María Luisa llamó cinco veces esa tarde de lluvia intensa, mientras Fernando Emmerich y las visitas no podían entender que era María Luisa Bombal la que llamaba por teléfono para comunicarle a las distintas personas que atendían el teléfono que estaba angustiosamente sola y que necesitaba hablar conmigo. Al día siguiente, tuve que ir a visitarla para desagraviarme por no haberle respondido debidamente.

Días más tarde, me radiqué en Santiago. Había obtenido mi primer trabajo en el Arca de Cultura de la Secretaría Ministerial de Educación donde fui Especialista en Literatura. Durante esos años, visité a María Luisa Bombal en el departamento de Isabel Velasco, en la calle Merced. María Luisa quería que entrara a la Sociedad de Escritores de Chile. Isabel me trajo unos formularios que decían que era necesario ser presentado por dos escritores que fueron Oreste Plath y María Luisa Bombal.

Al poco tiempo, fui a buscarla a ese departamento, porque le iban a otorgar el Premio Ricardo Latcham en la Sociedad de Escritores. Temía ir sola, de modo que la pasé a buscar y la llevé hasta la Casa de los Escritores en la Calle Simpson en un taxi. Ibamos los dos y me decía: «Este taxista no sabe que lleva un mito viviente».

Al llegar, se acercaron varios autores a saludarla y a llevarla al estrado, de modo que ya no estuve más con ella hasta que la ceremonia terminó. Entonces la llevé otra vez a la casa. Iba muy feliz y llena de satisfacción por las muestras de cariño de los escritores a quienes yo no conocía por haber vivido todos esos años en Madrid y anteriormente en Valparaíso. Para mí, el ambiente en Santiago era absolutamente desconocido.

Todavía la vi un par de veces más, en el otro departamento de Isabel Velasco, enfrente del anterior, en la calle Merced, número 336. Era un departamento amplio donde María Luisa estaba siempre sola mientras Isabel trabajaba.

La última vez que la vi, le llevé un libro que deseaba releer y que yo tenía. Eran los Cuentos de Hans Christian Andersen, publicados en la Editorial Porrúa de México. «El cuento más bello es el de «La Sirenita», me dijo. Siempre lo leo. El personaje de [249] Yolanda de «Las Islas Nuevas» es como la sirenita, mitad humana, mitad mítica. Por eso, ambas no pueden amar. No son totalmente humanas. La sirenita está enamorada de un príncipe, pero no puede consumarse ese amor porque es una sirena. Necesita una gran prueba, un gran sacrificio a costa de mucho dolor, para llegar a ser amada. También Yolanda sufre porque tampoco es humana del todo. Tiene adosada a su espalda un muñón de ala. Ama a Juan Manuel, pero cuando él se acerca a ella, huye despavorida. Teme que descubra su secreto. Ambas tienen una dualidad interior. Son criaturas ambiguas».

Hablamos de mitología, de cuentos infantiles, de leyendas antiguas y de sueños. Ese era su mundo. También del terror a la muerte y a la soledad. Fue la última vez que la vi, cuando me hizo señas desde la ventana. Otra vez se había quedado sola.

Al poco tiempo fue internada en el Hospital. Al comienzo estuvo en una sala común, pero los escritores, en un esfuerzo solidario, se juntaron y lograron que la trasladaran a una habitación privada. Un amigo que la visitó me contó que había dicho: «Ahora es peor porque me voy a morir sola».

En 6 de mayo de 1980, me dieron la noticia de su muerte, mientras escribía en una lluviosa mañana de otoño. El cielo se había cerrado. Fui a la misa con la escritora Magdalena Vial que pocos años después se suicidó en una oficina del Edificio Diego Portales. No me podía convencer que allí, en esa urna en la Parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles, estaba María Luisa Bombal, «la amortajada», y que en torno a su cadáver todavía viviente, estábamos todos los que la habíamos querido. Seguramente ella nos veía a todos y a todos nos estaba señalando con el dedo, hablándonos al oído con el corazón.

Cuando la sacaron de la iglesia, pensé en lo que una vez me dijo bajo las palmeras de la avenida 1 Norte de Viña del Mar: «Los muertos nunca se van del todo. Siguen acompañándonos siempre».

Luego del crematorio, las cenizas fueron llevadas al Cementerio General en un ánfora y depositadas en el mausoleo de la familia Bombal Videla. En aquella ocasión, diversos escritores pronunciaron pomposos discursos de rigor, lamentándose de que nunca le hubieran otorgado el Premio Nacional de Literatura. Luego, lentamente, el cortejo se dispersó.

El último que se retiró en medio de las cruces fue un [250] joven vestido con un traje color gris pizarra... El ángel del balcón se acercó discretamente, me tendió la mano en silencio y se alejó por entre la última niebla... [251]

- VI -

Alrededores de Valparaíso

[253]

VICHICULÉN, A LA SOMBRA DEL VIEJO TILO

En el valle de Llay Llay se encuentra una de las más hermosas casas patronales del país. Se llama Vichiculén y su arquitectura tradicional es un bello ejemplar de casona campesina chilena: posee amplios corredores con pilares de madera, habitaciones espaciosas de techos altos y patios interiores con plantas y fuentes de agua. Está pintada con el característico rojo colonial de antaño y se ha conservado casi intacta resistiendo al paso del tiempo y de los terremotos.

En el pasado, mucho antes de que la hacienda se construyera, vivían en el valle tribus de indios picunches que cosechaban el maíz y la calabaza. Pintaron cerámicas de tonos ahumados y sirvieron a los indios del Perú en una época en que estas tierras pertenecían a los incas.

La voz Llay Llay con que se designa al valle, quiere decir en lengua indígena «Viento Viento» o «Susurro del Viento». Más tarde, en la época de la colonia española, diversas familias que provenían de Castilla y León, se asentaron en estos valles y ya en el siglo XVIII, época de construcción de la casa, la habitó doña Josefa Varas Ponce de León. En 1745 esta dama vendió la hacienda al español don Alonso Prado y Covarrubias, quien vivió aquí hasta los años previos a la Independencia de Chile.

Con posterioridad a 1810, el valle fue dividido en hijuelas: Ucuquer, El Pajonal, Hijuela de los Loros, Las Masas, las Palmas, Puntilla de los Corrales, Las Hileras de Álamos, Santa Teresa, Morandé y Vichiculén. Ya avanzado el siglo XIX, la casa fue habitada por doña Mercedes Agüero, quien se preocupó especialmente del parque, plantando especies nativas que se conservan hasta el día de hoy. En esta época pasaron aquí largas temporadas figuras eminentes de la historia de Chile, como el Ministro de Hacienda, don Manuel Rengifo; el coronel Luis Pereira Cotapos, último pilar del gobierno de O'Higgins; o el Ministro don Diego Portales, autor de la Constitución de 1833.

Con posterioridad, Vichiculén perteneció a don José y don Wenceslao Letelier. Esta familia fue propietaria de estos valles que fueron sucediéndose de generación en generación hasta llegar a la década de 1980, época en que su propietario, don Javier Errázuriz Letelier vende la hacienda al industrial chileno don Francisco Soza Cousiño, quien se preocupó de restaurarla y dejarla en el estado de conservación actual con su arquitectura [254] original. Aquí, en el marco de la hermosa iglesia y su parque, celebró sus Bodas de Oro el 27 de abril de 1991 con su esposa, señora Eliana Donoso Montalva junto a su familia y más de 500 invitados.

En los últimos años se ha dinamizado la vida agrícola del valle con árboles frutales y parronales. Distinguidas personalidades internacionales han estado aquí de visita, entre ellas escritor francés André Frossard y el historiador inglés Paul Johnson. Todos han admirado la hermosa pila de Toesca y la belleza de la hacienda que fue pintada un día por el pincel de Onofre Jarpa a la sombra del viejo tilo. Todos han coincidido en la idea de que visitar Vichiculén, es empaparse de una parte importante de la vida del país, y a la vez, admirar un conjunto natural y arquitectónico único en su estilo. [255]

LA CASA DE MONVOISIN EN QUILPUÉ

Pocos saben que el pintor francés Raimundo Quinsac Monvoisin vivió en una hermosa casa chilena, con parrones, buganvillas y gallinas picoteando, en Quilpué, cuando en ese entonces «la ciudad del sol» no era más que un pueblo salpicado de molinos al interior de Valparaíso. Allí tenían algunas casas dispersas los británicos y los alemanes del cerro

Alegre que buscaban la paz del campo y el clima asoleado y benigno para curarse de las afecciones al pulmón en aquellos parajes de Valencia, El Sol, El Belloto, El Retiro, Villa Alemana y desde luego, Quilpué.

Monvoisin había llegado a Chile en 1843 después de trabar amistad con diversos chilenos de familias acomodadas que vivían en París. Ya Alberto Blest Gana había retratado a esas familias chilenas afincadas en París en la novela «Los Trasplantados» en un tono sonriente, amable y burlón. Eran los santiaguinos, como los Urmeneta, que viajaban en barco acompañados de toda la familia y hasta de fardos de heno para alimentar a las burras de cuya leche habrían de beber los niños a bordo.

Años más tarde, estas mismas familias irían a Europa a retratarse con Joaquín Sorolla... Era el tiempo de la ilustración artística, cuando París era el foco mundano de los placeres, de la diversión, del lujo disparatado y de la cultura.

El Ministro de Chile ante las Cortes Europeas, don Mariano Egaña, se hace retratar en París por Monvoisin en 1827 siguiendo la costumbre de la época de retratarse con el pintor de moda. Y en correcto francés, le habla de Chile, de la vida social y de las enormes posibilidades que el pintor tendría en la sociedad, en un tiempo en que la vida francesa y los franceses daban el tono.

¿Y por qué no marcharse rumbo a América? Monvoisin está desilusionado de París. Quiere cambiar de ambiente, pese a que tiene fama de buen retratista y de pintor de temas históricos. Y es entonces cuando traba amistad con Francisco Javier Rosales, quien arregla oficialmente el viaje de Monvoisin a Chile, un país lejano cuya cultura e idioma le serían en un comienzo difíciles de asimilar.

Embarcado a tierras sudamericanas, Monvoisin viene a bordo esperanzado en una carrera brillante como Director de la Academia de Pintura que el gobierno del Presidente Bulnes pensaba crear.

Allí está Monvoisin en cubierta, un poco temeroso. No es [256] un hombre joven. Tiene en ese entonces cincuenta y tres años y sueña acaso con su casa de piedra que dejó en Burdeos, su ciudad natal. Le parece ver el taller del pintor Pierre Lacour donde aprendió los primeros trazos y el arte de mezclar los colores en la paleta. Ve también, difuminados por el tiempo, los rostros de las personas -pintores y modelos- que conoció en Roma. ¿No fue allí donde se casó en 1825 con Doménica Festa? Pero de ese nombre -y de ese rostro de mujer- prefiere no hablar. Tampoco de ese cuadro de grandes dimensiones que llamó «La Batalla de Denain» que fue tan mal criticado por Cailleaux.

Monvoisin sabe mejor que nadie que hay veces en que la estrella de un artista declina. Y es entonces cuando es preciso cambiarlo todo, como la caña del bambú que crece siempre hacia arriba, en otro segmento. Chile... Sí... El diario «El Progreso» ya lo mencionaba como el mejor retratista de París que estaba próximo a llegar a Valparaíso y de allí, a la capital.

Al poco tiempo de llegar, Monvoisin abrió la primera exposición de arte que se realizaba en Chile. Esto fue un verdadero acontecimiento en la vida cultural del Santiago de ese

entonces. Todos querían retratarse con Monvoisin. ¡Como en París! Hasta el presidente Bulnes se hizo retratar. Aquello era algo maravilloso. Las elegantes podían posar ante el pintor de moda, sin tener necesidad de viajar a París. Y serían retratadas con pinceles franceses en sus propias mansiones señoriales ¡sin moverse de Santiago!

Vicente Pérez Rosales, en su libro «Recuerdos del Pasado» escribe: «Encontrábase entonces entre nosotros el notable y muy aplaudido pintor francés Monvoisin, que vino a perder a Chile, a fuerza de hacer retratos, como Lope de Vega con sus Improvisadas comedias, la celebridad que había adquirido en Europa».

Poco tiempo después, cansado de la vida mundana de Santiago, decide comprar la hacienda Los Molles, cercana a la ciudad de Quilpué, donde pensaba pasar el resto de sus días. Es una casa de campo de las tradicionales chilenas que hay hasta el día de hoy diseminadas por el río Aconcagua, bajo los cerros de la cordillera de la Costa. Es una casa clásica campesina, con techo de tejas, de un solo piso, corredor y pilares de madera.

Tiene encanto la casa porque es sencilla. Y allí puede vivir de manera apacible, en contacto con la naturaleza, a la sombra de los maitenes, espinos, boldos y molles centenarios.

A Monvoisin le gusta pasear en noviembre, admirando la [257] tonalidad de las colinas, el color azulino de los cerros y ese naranja aterciopelado de los dedalitos de oro de Quilpué.

La vida en la hacienda Los Molles fue fructífera artísticamente. Salvo cortas temporadas en Santiago y en el puerto, pasó en la casona el resto de su temporada en Chile, pintando complacido los motivos que le brindaba el campo.

Tenía un taller instalado en el jardín donde un inquilino y su mujer le sirvieron de modelo para un gran cuadro que tituló «Los refugiados de Paraguay». Bajo ese parrón pintó también «La Cena de los Girondinos» y un Cristo de grandes proporciones que actualmente se encuentra en Concepción.

No era Monvoisin un hombre práctico. Como solamente le interesaba pintar, descuidó el gran negocio que pensaba hacer con su sobrino Gastón Monvoisin que llegó a la Hacienda Los Molles en 1848. La idea era instalar en el fundo una industria casera para salar la carne de cerdo con el fin de exportarla a Francia. Pero como el sistema de adobar la carne era muy primitivo en Chile, la carne se pudrió sin que fructificara el negocio. No era el «charqui de chancho» el negocio de Monvoisin sino sus pinceles de pelo de marta y con ellos ganó fortunas en la sociedad santiaguina vendiendo a precio de oro sus cuadros.

Otra iniciativa frustrada fue el campo. Pensaba trabajar la tierra y obtener de ella ventajas. Pero la aventura agrícola tampoco le fue provechosa porque los campesinos de Quilpué no se acostumbraron con las máquinas y métodos de este «gringo» que cabalgaba por el paisaje de Los Molles en una mula, protegido por un gran quitasol de plumas de avestruz que sostenían dos sirvientes negros traídos del Brasil.

Muchas mañanas, las dedicaba a pintar las murallas de la casa. Mientras afuera saltaban los zorzales, él, en una de las piezas, sobre las paredes de yeso, pintó murales al óleo que representaban «La Pureza», «La Música», «La Escultura» y «La Literatura». Hoy, esas pinturas -así como un fresco de «Flores Chilenas»- se conservan en la vieja casona.

Repentinamente desambientado y con fuertes sentimientos nostálgicos hacia Europa, Monvoisin decidió rematar todas sus pertenencias, enseres y muebles de Los Molles y regresarse en un buque francés con su familia, en septiembre de 1857. Catorce años estuvo en Chile departiendo con artistas y personas de la sociedad. También con gentes sencillas y humildes de Los Molles. [258]

Muchos años después, en 1870, a los ochenta años de edad, próximo a morir en la ciudad de Boulogne, evocaría en una casa campestre, escribiendo en su diario de vida, aquella otra vieja hacienda de Los Molles de Marga Marga en donde había sido feliz. Al morir, cuentan los ángeles que Monvoisin volvió a ver su caballete en el fundo y que en ese mismo momento, un extraño viento sopló en el viejo parrón de la casa de Quilpué... [259]

LA VIEJA HACIENDA DEL GENERAL MAROTO

Al interior del pequeño pueblo costero de Con Con, en la desembocadura del río Aconcagua, se encuentra una de las más bellas casas patronales chilenas. De elegante arquitectura, cuidadosamente conservada con su característico rojo colonial, sus corredores con escaños y sus pilares de madera, la hacienda de Con Con Bajo sorprende al visitante por su vieja solemnidad y por la historia que atesoran sus gruesos muros de adobe.

Estos parajes de bellotos, peumos y litros centenarios han sido desde antiguo, escenario de hechos vinculados a nuestro pasado. Allí, en la playa, hizo construir Pedro de Valdivia en 1543 un bergantín que luego fue quemado por los indios. Muchos años más tarde, cuando ya existía la vieja hacienda, se libró en estos paisajes la batalla de Con Con al culminar la Guerra Civil de 1891. Y huella de este momento es una bala que hoy está incrustada allá arriba, en el tronco de una antigua palma chilena.

¡Las viejas haciendas del valle central!... No lejos de allí se situaba la Hacienda de Santa Rosa de Colmo que pertenecía a don Benjamín Vicuña Mackenna, conecedor de la zona y sabio observador de la vida de aquellas casas dispersas en medio de la vegetación. En paseos a caballo, don Benjamín Vicuña Mackenna conversaba con las sencillas gentes, campesinos y pescadores, y anotaba sus impresiones para escribir sus libros.

Precisamente allí, en 1878, el escritor encuentra «entre: coposos y aparraeados chirimoyos» una casa antigua, sólida y bien conservada, en la que vivían dos jóvenes hermanos, Rafael y Víctor Maroto, junto a su anciano padre, el general español Rafael Maroto, que el 12 de febrero de 1817, comandó las fuerzas realistas en la batalla de Chacabuco.

Aquella batalla, librada a poca distancia de Con Con, fue una de las decisivas de la guerra de la Independencia de Chile. Pero aquel anciano general, solitario en la mansión campestre, había tenido también una participación importante en la historia de España, puesto que fue uno de los iniciadores y protagonistas del Convenio o Abrazo de Vergara que el 31 de agosto de 1839, puso término a la primera guerra carlista.

Fue, en buenas cuentas, un general romántico que desplegó todos sus esfuerzos personales y militares en grandes ideales patrios, fundiendo en una sola persona, parte de la gran historia de Chile y España. [260]

Su perfil es doble: mira a la corona española y tiene su alma y su corazón puestos en Chile. Se ha casado con una chilena precisamente, con doña Antonia Cortés, una joven santiaguina mucho menor que él, de sólo dieciséis años, enlazada «con las principales casas de España, como son las de los Excelentísimos Señores Duques de Alba y del Infantado». La boda tuvo lugar en los meses que siguieron a la batalla de Rancagua, es decir, a fines de 1814, en momentos de tensión bélica en el país. Fue lo que se llama un «matrimonio a tambor batiente».

Doña María Antonia Dolores Cortés y García acompañó más tarde a su esposo a España. Allí verían crecer a la familia, añadiendo dos nuevos hijos a los cuatro nacidos en Chile. Víctor vino al mundo en Valladolid y luego nació Cándida. Es el tiempo, además, cuando en España fue agraciado Maroto en 1827 con la Gran Cruz Real y Militar Orden Americana de Isabel la Católica, creada precisamente para recompensar los méritos contraídos en tierras chilenas.

No sabe, sin embargo, el general Maroto la tragedia familiar que le espera. Doña Antonia decide regresar a Chile a hacerse cargo de las herencias familiares que habían de ser suyas y posteriormente de sus hijos. Se embarca, pues, con sus hijas Mercedes y Cándida, y con una criada, rumbo a Liverpool donde debía tomar la embarcación para América.

En una carta fechada el 4 de enero de 1830, le escribe a su esposo: «Mucha amargura me hacía temer mi corazón antes de llegar a partir». Son frases premonitorias. El bergantín inglés «Rodas» que le parecía «muy buen barco» no llegó jamás a su destino y naufragó el 27 de abril de 1830 frente a las costas de la isla brasileña de Santa Catalina, pereciendo en el mar la amada esposa de Maroto a la edad de 31 años, junto a sus hijas.

El general Maroto cae en la aflicción más profunda. Debe, no obstante, permanecer en España con sus hijos, aunque, entretanto, se lleve efecto en Chile la partición de los bienes de doña Antonia Cortés, entre los que se cuentan la casa de la calle Huérfanos de Santiago con «un naranjo agrio y cuatro duraznos» y la hacienda campestre de Con Con en donde llevará su retiro el general viudo, en medio de los jazmines de España que crecen en los corredores, y que le hacen recordar sus días de la niñez allá en Lorca, aquella ciudad del antiguo Reyno de Murcia en donde nació en 1873, o los días cuando era brigadier en Chile, o cuando, en los inicios de su carrera, se distinguió por su audacia [261] y su arrojo en la guerra de la Independencia contra la invasión napoleónica.

El general Maroto Yserns tuvo ciertamente una vida legendaria. Por su participación en el controvertido Convenio de Vergara junto con Espartero, fue llevado a la historia y a la novela desde diversos ángulos. Y ello porque Maroto era uno de aquellos generales del siglo XIX con gestos teatrales, vidas increíbles y palabras memorables.

Pedro Antonio de Alarcón saca a relucir a Maroto en su novelita «El Capitán Veneno», lo mismo Valle Inclán en su «Sonata de Estío», pero quien lo trata con mayor seriedad es Benito Pérez Galdós en los «Episodios Nacionales».

También dentro de la literatura hispanoamericana hay referencias a su vida, siendo Ricardo Palma en sus «Tradiciones Peruanas» quien le consagra dos relatos, uno de ellos, titulado «El Godo Maroto» en el que relata su paso por El Callao en su regreso definitivo a Chile con su familia.

Lo que resulta más increíble es comprobar que la fascinante personalidad de Maroto inspiró a un escritor suizo para escribir un melodrama basado en un episodio romántico, según el cual, el general se habría robado un reloj en Burgos, en la casa de un arzobispo. La obra de teatro se titula «Maroto und sein König» («Maroto y su rey») y su autor es el zuriqués Albert Jakob Welti (1894 -1965).

En Chile no ha habido aún plumas interesadas en escribir sobre este general de leyenda cuya casa está en Con Con. Sin embargo, la multifacética personalidad de Maroto da para escribir varias novelas en la línea del realismo mágico, puesto que hacia finales de su vida, las verdades se funden y se confunden, ya que algunas crónicas aseguran que fue asesinado por un veterano carlista. Nada más errado que ello, puesto que se ha comprobado que Maroto, a siete años de su retorno definitivo a Chile ocurrido en 1846, murió el 25 de agosto de 1853 aquejado de una afección intestinal en la ciudad de Valparaíso, luego de que fuera trasladado al puerto de la vieja hacienda de Con Con en donde permanecía solitario.

Había muerto el general «sin pedir los santos sacramentos» como consta en el primer documento de su muerte aportado por la parroquia El Salvador o Iglesia Matriz del Barrio del Puerto. «El Mercurio» de esa fecha daba cuenta en un pequeño acápite de la muerte de «este célebre personaje en la historia de España [262] y de América», señalando que «en un rincón del mundo ha venido a acabar su vida el hombre que en 1839 ocupó la atención de toda la Europa».

Pocos años antes, en 1847, don José Luis Borgoño Vergara le escribía a su esposa, doña Margarita Maroto Cortés, hija del general una carta desde Santiago a Valparaíso, con fecha 14 de diciembre de 1847, en la que le hacía referencia a la casa familiar de Con Con en donde Maroto habría de pasar sus últimos días: «Anoche vi por fin a don Antonio Samid (un constructor de casas) quien, como creo haberte dicho, estuvo en las casas de Con Con y las examinó detenidamente. (...) Las murallas están en buen estado (...) En una palabra, con poco gasto, hay casas para muchos años más»...

Y razón tenía don José Luis Borgoño porque en la actualidad la casa luce impecable gracias a las refacciones y cuidados que en ella ha puesto la Refinería de Petróleo de Con Con que la ha comprado a su vez, a una familia de origen suizo.

Esta familia cuidó la casa y el inmenso parque de varias hectáreas después de haber adquirido la propiedad a los descendientes del general Maroto. Allí vivieron disfrutando de ese paisaje que les recordaba la querida Helvetia. Hasta que ocurrió la desgracia. El padre solía dar largas caminatas por los montes, acompañado de un grupo de inquilinos y peones del campo con quienes solía cazar. Pero una tarde, se disparó un arma que hirió de muerte al dueño de aquellos predios. En ese mismo lugar, arriba, en el monte espeso de vegetación, hay una lápida bajo un peumo que recuerda el lamentable suceso. Tras esa pérdida, la familia, embargada por el luto, decidió vender la propiedad a la Refinería de Petróleo, que en la actualidad la utiliza como sede de solaz y esparcimiento para sus trabajadores.

Precisamente el Departamento de Relaciones Públicas de esta Refinería -a través de la señorita Mercedes Somalo- ha querido poner en valor la historia de la casa vinculada a los destinos de España y Chile, registrando datos e investigando en tomo a los orígenes de la hacienda y a la vida de sus sucesivos moradores, especialmente a la del general Maroto, cuya fecha de muerte es errada en muchos libros españoles de historia que consideran el año 1847 como fecha de su defunción. Hoy, el fantasma del que fuera comandante en jefe de las tropas realistas en la Batalla de Chacabuco alza su voz en los mágicos rincones de Con Con donde murió en 1853 como consta en numerosos documentos. [263]

Este Departamento ha sido incansable en la búsqueda de material fotográfico, certificados, notas de prensa y biografías en torno al personaje que vivió en la hacienda.

En relación al material literario, merece destacarse el documentado libro de Manuel Torres Marín «Chacabuco y Vergara» («Sino y Camino del Teniente General Rafael Maroto Yserns») que traza una detallada biografía del personaje uniendo los sucesos históricos más relevantes protagonizados por el personaje en Chile y en España, y aportando además, numerosos testimonios gráficos.

También en la pintura hay un notable testimonio de este personaje. Se trata del cuadro «Don Rafael Maroto y su hija Margarita» atribuido a Monvoisin, que se encuentra en el Museo Histórico Nacional. Muy posible que sea de Monvoisin, por cuanto en esta época, el pintor francés se encontraba viviendo en el fundo Los Molles de Marga Marga de Quilpué, muy próximo a la Hacienda de Con Con Bajo donde se radicó Maroto con sus hijos a su regreso de España en 1846.

El cuadro representa al general vestido con una faja roja con adornos dorados que es probablemente la indumentaria que distinguía a los generales españoles de esa época. Junto a él, figura una niña, al parecer su hija Margarita, presumiéndose que el cuadro fue pintado en España -en caso de que no sea de Monvoisin- y traído a Chile en los enseres de la familia.

El general Maroto con su novelesca vida y su espectacular Hacienda de Con Con Bajo constituye por sí mismo una de los personajes más desconocidos y más fascinantes de la historia de Chile. Visitar la hacienda es evocarlo y sentirse tentado a hacer hablar más a su fantasma. [264]

LAS CRUCES, BALNEARIO DE ARTISTAS

Tienen alma los lugares. Tienen poesía secreta. Uno de ellos es Las Cruces al sur de Valparaíso. Por algo lo han escogido como residencia habitual numerosos artistas y poetas. Acaso encuentran el silencio -tan esquivo en la ciudad- en estas calles que suben en pendiente entre pinos centenarios y añosos eucaliptus.

Por aquella escalinata de piedra subió un día el pintor Pacheco Altamirano y ancló su casa con vista a la bahía. La bautizó Villa Elisa y construyó la terraza simulando una proa de buque abierta al océano. Incluso la decoró con un bote bautizado Angelmó como recuerdo de su vida bohemia en las playas sureñas.

Allí mismo se levantan las otras casonas de veraneo, como palacios de otro tiempo, con sus torreones aguzados y sus palmeras despeinadas. La más espectacular es la de Josué Smith. No se queda atrás la de los Domínguez que levantaron una imponente mansión llena de pasadizos y mansardas. Otra legendaria es el Castillo Negro diseñada por el arquitecto Héctor Hernández. Y también la de los Rodríguez que es un verdadero refugio romántico con ventanales Art Nouveau y pequeños cuartos empapelados llenos de misterios.

El escritor Gustavo Frías habita también este viejo balneario elegante en aquella casa de su padre historiador. A veces se le ve bajar a la playa con el cineasta Silvio Caiozzi o entrecruzarse con el dramaturgo Jaime Silva. También Nicanor Parra reside aquí por temporadas convirtiendo su casa en un lugar de trabajo en medio de libros y recuerdos. ¡Qué pena que se haya incendiado su otro refugio que llamaba «La Pajarera»! Pero esta otra morada es también alegre y fascinante como decorada por un poeta.

Donde las hortensias son azules

Allí van admirando la vegetación los creyentes que suben a la pequeña iglesia proyectada por fray Pedro Subercaseaux en 1945. Tiene atmósfera la capilla y cierto misticismo. Por algo las antiguas familias del balneario bautizaron cada bardo con nombres eclesiásticos.

Alrededor de 1925, el sector norte se denominaba El Vaticano [265] porque además de contar con varias capillas, era costumbre rezar el rosario después del paseo por la Playa de los Pescadores. El barrio sur, en cambio, era El Quirinal, aludiendo al famoso palacio romano. Efectivamente, aquí la vida era menos piadosa, con paseos por la Playa Blanca y bailes hasta la hora de comer.

Lugar para la creación artística es este pequeño pueblo. Especialmente ahora en otoño, cuando se han retirado los veraneantes habituales y sólo restan los entusiastas de la paz a la

orilla del mar, los enamorados de los crepúsculos y los que aman esas inmensas hortensias que crecen azuladas en los jardines de las casas. Tal vez el clima marino sea propicio a que las plantas y docas se den benignas en estos refugios de piedra cantera por donde se descuelgan los pelargonios... [266]

HADAS Y DUENDES EN VILLA MIRTO

Está agradable la mañana en el balneario de Las Cruces. Un viento suave de otoño arremolina las ramillas de los pinos y trae el aliento fresco que viene del mar. En una de aquellas casas, subiendo una calle empinada, vive Andrés Jullian con sus acuarelas y témperas, ilustrando cuentos para niños. Es sin duda alguna, la morada de un artista. Lo notamos de inmediato, al advertir la extraña arquitectura de aquella casa pintada de negro, con decoraciones de huesos de ballena y unas cruces de hierro forjado en el jardín, recuerdo de una iglesia derruida.

Andrés Jullian se ha retirado a vivir a Villa Mirto, en la seguridad de que la pequeña aldea con su misterioso encanto le brinda la paz y la inspiración que necesita para crear figuras de gnomos y princesas.

Ahora, el ilustrador está haciendo una portada para el libro «Veinte mil leguas de viaje submarino» de Julio Verne. «El trabajo es muy gratificante» dice. «Como cuando recibí una carta de felicitación del escritor Francisco Coloane diciendo que le había gustado mucho la ilustración que le hice para su libro «Tierra del Fuego». Decía que había interpretado fielmente lo que él había querido decir.

Dibujos de flores, de animales, de moluscos y piedras. Todo parece interesar a la mirada observadora de Andrés Jullian, pero lo que verdaderamente le agrada es el dibujo de fantasía. «Me gusta pintar castillos, una rana con una coronita de oro en la cabeza... Claro que a veces soy muy figurativo, porque me gusta ser exacto en lo que voy a reproducir, es decir, pienso que la ilustración debe aportar información al texto. Así, si hay un cuento para niños ambientado en el sur de Chile, me fijo muy bien a la hora de ilustrar, de manera que los árboles o plantas que van a aparecer, sean realmente de allí y no inventados».

Desde luego, el ambiente de la casa inspira a Andrés Jullian. Porque a veces, se hace necesario una atmósfera especial para dar inicio a un trabajo artístico. Y Villa Mirto reúne esas cualidades: mezcla de casa de pescadores, con elementos marinos y artesanales, la casa de Andrés Jullian es mágica. Está poblada de presencias. Y es a la vez, refugio de hadas, espíritus del bosque y príncipes destronados.

Por algo, su esposa Mirto de Camino se ocupa también de las artes adivinatorias, de colgar redes marineras de las barandas, [267] de preparar almácigos de pensamientos, de coleccionar sombreros y de realizar unos complejos retablos que representan viejos almacenes de barrio en Las Cruces.

Hay una armonía en este matrimonio de artistas. Ambos hablan de sus reliquias que decoran las habitaciones -máscaras de teatro, arlequines, arcanas tapicerías- de sus cuadros de otro tiempo y de sus pequeños objetos llenos de fantasía y vida propia.

Porque a veces, una simple caracola de mar o un trozo de huiro petrificado, dicen mucho más que un óleo de buena factura y mejor firma. Mirto, con sus cuplés y sus pasodobles, con sus ojos de color violeta y sus fotografías de cuando actuaba con Silvia Piñeiro, da vida a la casa. Ahora se sienta a leer el «Manual de la Bruja» y sonrío pensando en conjuros y sortilegios.

Visitar la casa de Andrés Jullian en Las Cruces es toda una experiencia artística. Es una manera de conocer el hábito de un creador de sueños, del que con sus pinceles de pelo de marta lleva la ilusión a la mente de los niños, cada vez que abren por las noches, un hermoso libro de cuentos. [268]

LA CRUZ, ENTRE CHIRIMOYAS Y CLAVELES

Entre Quillota y La Calera, hay una calle larga bordeada por casas de adobe y madera. Ese ámbito sombreado por paltos, lúcumos y chirimoyos es La Cruz, un poblado antiquísimo que ya existía en 1628, cuando los franciscanos llegaron al valle del Aconcagua en la época de los indígenas y los primeros lavaderos de oro. En esos tiempos de difícil evangelización, los sencillos frailes levantaron una sencilla cruz en el camino que con posterioridad encontraron los jesuitas, razón por la cual bautizaron al pueblo como La Cruz.

La vida continuó morosamente a ritmo colonial y la aldea fue ramificándose en caseríos que recibieron distintos nombres: Maule, Charravata, Pochay... En ellos se cultivaron tomates, alcachofas, espárragos, pepinos, pimientos, paltas y limas. Era un territorio fértil con una hermosa vista hacia la cordillera, hasta que a finales del siglo XVIII ocurrió un suceso doméstico que iba a cambiar radicalmente la fisonomía de La Cruz.

Historia de una chirimoya peruana

Ocurrió que un capitán de buque le trajo de regalo al marqués de Pica, don Santiago Irrazábal, un chirimoyo del Perú para que lo plantara en su quinta santiaguina. Así lo hizo el marqués hasta que un día apareció la enigmática fruta de color verde ceniciento. Era la primera chirimoya chilena. Entusiasmado por el sabor exótico, don Santiago sembró las negras semillas en la fértil tierra cruceña, hasta que pronto cultivó el primer chirimoyo del valle del Aconcagua. Era tan preciada la fruta de este árbol que una sola de pulpa blanca y jugosa se llegaba a trocar por una yunta de bueyes... Pronto, se comenzaron a plantar chirimoyos en hileras y los hacendados de La Cruz se dieron cuenta de que en el valle se

daban muy bien estos árboles misteriosos que daban la noble y buena chirimoya (*Annona Chetimolia*), característica de la región.

Una capilla en el camino

En ese tiempo de riguroso catolicismo, cuando se propagaban las misiones en el campo, se levantó la Iglesia del Sagrado [269] Corazón de Jesús, enteramente de pino Oregón y rodeada de pimientos centenarios. Era una capillita familiar levantada en el siglo XIX, cuando los campesinos llegaban a orar al templo con los patronos. Este era el lugar de los bautizos, los casamientos y las confirmaciones. Sin embargo, los lugareños la abandonaron cuando comenzó a deteriorarse por los sucesivos terremotos. No obstante, no la olvidaron del todo y recientemente abordaron su restauración para habilitarla como centro cultural abierto para la comunidad con biblioteca y salones múltiples para el teatro y la actividad musical.

Curiosamente, mientras otros pueblos optan por el bienestar económico y propician el consumismo con la construcción de centros comerciales modernos, La Cruz saca adelante proyectos culturales, como la recuperación de esta iglesita, la ampliación de la Biblioteca y la construcción de una medialuna con fines recreativos y relacionados con la cultura campesina de la región.

Una casa de antigua prosapia

En la misma Calle Larga se encuentra el Vivero San José de la familia Nagel que está allí desde hace 75 años. En la actualidad lo dirige don César Nagel, incansable promotor de La Cruz, gran interesado en la documentación y la historia, y un notable conservador de fotografías y documentos en tomo a su pueblo. Con un envidiable entusiasmo y gran carisma, César Nagel cuenta que sus abuelos se fueron a vivir allí. «Conservo una foto en que se ve a mi abuela plantando estas palmeras», dice. «Luego se levantaron las casas y los viveros de flores y árboles frutales. Esta quinta es tan antigua que un lugareño recuerda que aquí se reunía la gente del pueblo bajo ese jacarandá durante el terremoto de 1906. Y ya en ese tiempo era un árbol añoso»...

César Nagel, con su característico espíritu alemán de sus antepasados, ha indagado la historia de la comuna y tiene una colección de libros especializados, entre los que se destaca «De Valparaíso a Santiago. A través de los Andes» de don Benjamín Vicuña Mackenna, que lee incansablemente porque contiene bastante información de La Cruz, de cuando pasó por aquí el escritor y registró con su pluma amenísima la vida y las costumbres del campo. «Yo me entretengo mucho averiguando», dice don César Nagel. «Incluso me encontré una lápida enterrada en [270] el jardín que pertenecía a doña Rosa Cardosa viuda de Olmedo que había sido enterrada aquí cuando existía la Capilla de San José construida

por el Presbítero Domingo Canosa». Don César se queda pensativo y luego continúa: «Mi abuelo obtuvo varios premios en Ferias Agrícolas de Valparaíso en el año 1929 presentándose con una variedad de duraznos Gran Monarca y Reina Elena... Pienso que hay que conservar estos documentos del pasado para no perder nunca de vista el sentido histórico y saber exactamente de dónde venimos...»

La chinita que se comió un gusano

También en La Cruz existe un centro de gran importancia ecológica. Es el Centro Nacional de Entomología que desde 1935 se dedica a la investigación científica de los insectos, con el fin de utilizarlos para combatir de manera natural las distintas plagas que afectan a la fruta. Así, descubrieron que la común chinita (*Adalia deficiens*) es depredadora de pulgones que atacan cítricos y durazneros. Cuando tienen una importante cantidad, las echan a volar y de esta manera controlan naturalmente la plaga, evitando la aplicación de insecticidas tóxicos.

También se realizan cultivos de otros insectos como de cierta avispa que es parásita del chanchito blanco que se come la vid. Cuando logran reunir un gran número de avispa, las echan a volar para que ataquen al parásito. De esta manera, se combate un insecto con otro insecto. Esto ha significado un menor uso de pesticidas y por ello, un importante ahorro al agricultor y al país, así como una mayor protección al ambiente y a la salud de las personas.

El paradero de los chinos

Con este nombre se conoce un sector de La Cruz porque allí trabajaban numerosos japoneses cultivando flores. Se trata de las familias Sone y Susuki que por muchos años se han dedicado al cultivo de claveles y crisantemos amarillos, la flor tradicional del Japón. En la actualidad, tanto los orientales como los hermanos Carrasco comercializan flores logrando claveles de gran belleza. Los lugareños trabajan armando empalizadas, anudando cada una de las matas para que la flor crezca erguida o limpiando los botones para que florezca un solo clavel espléndido. [271]

Patricio González Anastasia es uno de los agrónomos de la zona que conoce a fondo las propiedades del valle y la belleza de sus paisajes con sus árboles nativos, su puente colgante sobre el río y los dedalitos de oro que crecen siempre en primavera en la vieja estación por donde ya no pasa el tren. «Es una zona privilegiada», dice en la casa familiar decorada con antiguos faroles. «Me siento contento de vivir en medio del campo y como muchos otros habitantes de este pueblo, no cambio esta clase de vida en contacto con la naturaleza, por ninguna otra...»

[273]

- VII -

Artistas de Valparaíso

[275]

Un escritor:

ALFREDO GONZÁLEZ, EL ESCRITOR DEL PASEO GERVASONI

Un hombre en su cuarto, piensa y escribe. Hace un inventario de sus sueños y logra revivir queridos fantasmas a medida que va escribiendo a mano en un viejo cuaderno. Este escritor porteño que conoce a fondo la vida de la colonia española de Valparaíso durante los años treinta, se llama Alfredo González y vive en el cerro Alegre, en un iluminado departamento cuyos balcones miran al mar. Sentado en un cómodo sillón favorito, observa el devenir del paseo Gervasoni a la salida del ascensor Turri.

Es un enamorado de su ciudad, de sus mitos y personajes, un poco desencantados, un poco tristes o teatrales. Ha vivido siempre en el puerto y de sus paseos y conversaciones nocturnas en bares, con compañeros de oficio literario, han surgido estos recuerdos que tienen la calidez del que ha vivido intensamente y se ha rozado con una extensa galería de personajes inverosímiles y mágicos. La bohemia de esos años era febril en esos pequeños restaurantes en donde se daban cita viejos pintores de alma atormentada, grabadores, artistas, marineros y gente que siempre tenía una historia que contar.

Alfredo González tuvo suerte de conocer ese mundo que ya no existe. Y en un momento de su vida, pensó que era necesario plasmar en el papel aquellas vivencias de juventud. Todos esos seres crepusculares habían desaparecido y no eran más que un recuerdo o polvo de olvido. Había necesidad de redimirlos. Y la escritura era un medio para exorcizar figuras de sueño y traerlas otra vez a la luz o a la vida. Por medio de la pluma, esos seres olvidados volvían a vivir contándonos sus pequeños dramas o sus peripecias que siempre envolvían un carácter ingenuo, divertido, patético, pero siempre humano.

La gracia de estas memorias de un tiempo ido, es la precisión de los personajes recortados sobre un fondo que reconocemos como cierto. Son más que personajes, seres de carne y hueso, que nos asistan y desconciertan, porque a medida que leemos estas páginas palpitantes de vida, parece que sentimos respirar a nuestro lado a estos artistas bohemios que deambulan por las calles del puerto.

Pero Alfredo González no sólo es un cronista que atesora [276] sucesos y escenas memorables, sino también un creador que sabe recontar esas historias y darles la forma de cuentos perfectos. Los seres reales perfectamente reconocibles, con sus nombres verídicos - como el recitador Esteban de Santa Coloma o las legendarias hermanas Estrella y Marie Charlotte Labarca- se convierten en personajes literarios, porque Alfredo González les da una vida propia, recreando la realidad.

No pretendía la fama Alfredo González y por eso no peleó ni se abrió paso a mansalva en editoriales. Fue un hombre silencioso y modesto que en la intimidad de su casa, se dedicó a escribir porque él era un escritor. No perseguía la nota social ni el estereotipo del éxito. Calladamente dio forma a los recuerdos sin pensar en el triunfo, ni siquiera en el libro publicado.

Pero Berta, su esposa, y su hija, la compositora Marta Contreras, descubrieron estos cuadernos manuscritos a la muerte de Lelito, como cariñosamente lo llamaban, y estimuladas por un premio literario obtenido en 1990 con el cuento «Domingos en la Patria» en el concurso de «El Mercurio», decidieron dar a conocer este memorial de Valparaíso, para que los lectores conozcan cómo era el viejo puerto en esos años, cuando la nostalgia y la alegría eran una forma de vivir.

De todos estos recuerdos, hay algunos de sorprendente realismo y emotividad. Alfredo González logra encariñarse con sus personajes verídicos y los pinta con lucidez y profunda ternura. Pareciera como si el tiempo, en vez de aterciopelar el recuerdo, lo volviera más nítido, lo decantara. Ahora ha habido un distanciamiento que le ha permitido ver aquella verdad cara a cara, sin el tormento del presente. Ha sido como si el pasado se perfilara en una dimensión más perfecta porque está embellecido por el tiempo.

«El desconocido de la calle Colón» es uno de los capítulos más hermosos de la serie. En él, Alfredo González nos hace un bello retrato literario de Sylvia Thayer, una mujer enamorada del arte y de la poesía que dominó como una musa a los poetas porteños de los años cuarenta. El ambiente de las tertulias, el mundillo de los pequeños cafés y de las recitaciones son el telón de fondo de esta verídica y emotiva historia de amor.

Otro personaje tierno y humano es el que pinta Alfredo González en el capítulo «Los dedos laboriosas de las peinadoras», de hermoso título. Aquí da vida a Óscar Kirby, uno de los más fascinantes y atrayentes personajes de la mitología porteña. Kirby, [277] con sus legendarios trajes blancos, su cutis sabiamente maquillado, sus perros y sus programas radiales con su esposa, la inefable Flor del Lago, fue uno de los seres que contribuyó a darle una fisonomía mágica a la ciudad. Y Alfredo González nos cuenta su historia increíble, como también nos revela la misteriosa vida de Carola, «una sombra maldita» que también deambuló entre artistas, desconcertando a su familia para preferir una vida extraña, teatral y fantasmagórica.

Quienes hayan vivido en Valparaíso en esos años, no podrán dejar de leer este libro con profunda fascinación porque recordarán y acaso se sentirán interpretados o identificados con muchas situaciones, reconociendo personajes y evocándolos con cariño. Y quienes no vivieron allí nunca, podrán informarse de un cierto tipo de vida más primitiva acaso, más

simple en muchos aspectos, pero mucho más rica humanamente, más llena de emociones y de ayuda mutua. Porque de estos elementos está hecho el mundo de Alfredo González. Hay en su visión de mundo cierta calidad entrañable y un hermoso conocimiento del ser humano.

Italianos y españoles avecindados en Valparaíso, las tardes de sol dominicales, las calles y casas de dos pisos en El Almendral, los riojanos que jugaban al dominó, la Casa del Artista, el Centro Vasco, el Centro Español, el poeta Quiñones, en fin, la loca bohemia de esos años y otros entrañables anecdóticos son algunos de los temas de este libro para el recuerdo y la nostalgia.

Leer «De carne y sueño» (Memorias del Valparaíso de ayer. Universidad de Valparaíso Editorial, 1995) es un placer por la vívida caravana de personajes que vemos desfilar ante nuestra imaginación, ayudando a veces a despertar a otros seres que estaban dormidos en nuestro interior, lo cual constituye una muestra de la calidad de estas narraciones, porque es sabido que siempre, un buen cuento hace soñar otro cuento.

Alfredo González murió en 1990 sin saber que iba a ser premiado en «El Mercurio» y sin sospechar siquiera que esos cuadernos azules iban a llegar a constituir un día un libro. Él también se convirtió en un personaje de su obra y seguramente estará con aquellos seres pretéritos hilvanando historias viejas, recontándose anécdotas con los ángeles, riéndose y haciendo recuerdos de esos seres que un día cruzaron sus vidas sin volver a saberse más de ellos, como ese hombre misterioso que una tarde, de visita en una casa, tocó «vales fáciles en un piano desafinado». [278]

Mientras tanto en la tierra, los hombres tienen el libro de Alfredo González en la mano. Lo cual es una suerte porque siempre, siempre, la obra literaria sobrepasa a su creador. [279]

Un escultor:

FRANCISCO JAVIER TORRES, UN ARTISTA DE OTRO TIEMPO

Aún sigue sorprendiendo Valparaíso. Parece una mina inagotable de temas y personajes que de pronto nos salen al encuentro en una calle pintoresca o al pie de un remoto ascensor. Aquí, en la calle Juana Ross, un artista ha construido su taller -todo de ladrillo a la vista y con arcos de medio punto- como obedeciendo el dictamen de un llamado superior.

Arriba, una estatua corona la puerta. Entramos y al traspasar el umbral, sentimos que nos trasladamos a otro tiempo, tal vez a la época de los griegos.

Francisco Javier Torres, con su boina de artista medieval y su mirada penetrante, parece un escultor renacentista que se hubiese caído del túnel del tiempo y que estuviese allí, cincel en mano, en una callejuela de Florencia, esculpiendo una estatua de mármol,

inspirado en la mitología grecolatina. Pero estamos en una calle sinuosa del viejo Almendral, donde este artista tiene un pacto con los ángeles para recrear el arte helénico con la visión de un hombre de este siglo.

Dioses, semidioses, musas, faunos y perfiles romanos pueblan su mundo imaginario. Pareciera que en sus sueños sólo ve cuerpos etruscos, un Moisés de barba poblada o una alegoría a la guerra en una imaginaria batalla de los centauros.

Es un neo-renacentista. Conoce a fondo la obra de Miguel Ángel. Es como si el escultor de La Pietá se hubiese apoderado de su alma y le soplara al oído cómo debe crearse con apasionamiento y furor.

Ama el arte considerándolo una forma de belleza pura que tiene la huella de Dios; admira a Alejandro Magno y a Demóstenes; lee a Julio César y a Aristóteles; conoce las formas del cuerpo humano y sabe de la tonalidad miel del mármol, al atardecer.

Y ama también Valparaíso, porque en esta ciudad mítica encuentra la presencia de los griegos en molduras, comisas y medusas de mampostería. «En ninguna otra parte del mundo he hallado esta belleza clásica bajo la forma de cornisas y capiteles que adornan estas nobles edificaciones», señala con voz segura.

Francisco Javier Torres ha registrado en croquis toda suerte de cariátides en aquellas construcciones porteñas que reflejan aún las huellas de un arte neoclásico. Aunque es una lástima [280] que hayan demolido algunos edificios notables -agrega- como el templo de la Merced que albergaba un verdadero bosque de columnas como extraídas de un templo ateniense.

Su mayor felicidad fue viajar a Grecia, con los honorarios percibidos por sus obras. (Muchos diplomáticos, artistas y políticos admiran sus esculturas y las adquieren para sus jardines, parques privados e incluso mausoleos. Los mármoles de La Moneda también son suyos). Y cuando llegó al Partenón, cayó extasiado y lloró de emoción ante ese templo que lo cobijó hace miles de generaciones anteriores. Luego viajó a Italia para estudiar piedra por piedra el Foro Romano y tomar apuntes del natural, sabiendo que -como ha escrito Vicente Huidobro- «el artista es un pequeño Dios»...

De alma y mármol

«El artista tiene que tener una visión humanista de las cosas», señala con entusiasmo y fervor este estudioso de la filosofía y la cultura. Rodeado de libros y diplomas de teología y humanismo cristiano, agrega: «Pienso que el arte es una actividad mental. Yo esculpo lo que hay en mi mente, saco a la luz la potencia de la materia, dotando siempre a mis obras de una dimensión sagrada».

Ahora está puliendo una estatua hasta que alcance la inmaculada blancura y la luminosa frialdad eterna del mármol. Detrás de su obra, ha escrito con lápiz: «La esculpí por amor al Arte».

En la actualidad, el artista tiene un proyecto ambicioso: tallar una obra de la misma altura del David de Florencia -cinco metros- para que aquella maravillosa estatua no esté sola en Europa y tenga una compañía de alma y mármol en América.

Su fuerza interior y su fe en su obra son tan grandes que logra importar desde Italia la materia prima para crear, en una verdadera empresa romántica de impulso titánico. Aquellos grandes bloques de mármol de Carrara viajan en barco por los océanos hasta Valparaíso y son depositados luego en ese taller porteño que tiene la atmósfera mística de un templo.

«Mi arte es personal, independiente» concluye este escultor genial que no sabe de exposiciones ni cofradías. Más bien en un solitario que, como los antiguos, piensa que el artista debe estar en su taller para hacer su arte en comunión con Dios. [281]

Un día, viajaremos a Valparaíso siguiendo sus huellas. De pronto, lo veremos en un parque, silenciosamente dibujando el plinto de una estatua. No nos acerquemos. Un artista griego está guiando su mano. [282]

Cuatro pintores:

CARLOS ACEITUNO, GEOGRAFÍA POÉTICA DE VALPARAÍSO

Presenciamos en julio de 1992 la exposición del pintor Carlos Aceituno en la Galería La Fachada de Santiago. Es esta una muestra de óleos y témperas que tienen como fuente de inspiración el viejo puerto de Valparaíso y sus personajes de sabor local. Ya el artista -que es oriundo de San Fernando- nos había asombrado anteriormente con sus trabajos ambientados en los pequeños pueblos rurales. De ellos había tomado casas patronales, antiguas estaciones de ferrocarril adormecidas por el tiempo, aquellas palmeras somnolientas de las casonas con parque y estatuas, y también la amable estampa con el carretón de la panadería, el almacén de barrio o los campesinos de la provincia de Colchagua.

El artista ha salido a recorrer tierras para empaparse de otros aires y otros colores. Esta vez, se ha ido a Valparaíso provisto de una cámara de fotografías y de un block de apuntes para atrapar bocetos del natural. Pareciera que va a calcar la realidad tal como la ve o como la sueñan los pintores del arte naïff. Pero lo cierto es que su obra final es la del artista que interpreta el mundo a su manera, con su propia gama de colores y su visión de la vida que en este caso es poética.

A Carlos Aceituno le interesa de Valparaíso su arquitectura de otro tiempo. Y de ella, prefiere los miradores de rejería victoriana, las pequeñas mansardas, los escalones que no conducen a ninguna parte y las torres aguzadas de las iglesias. Hay en estas telas barrios reconocibles. Desde luego, el misterioso cerro Alegre que sabe retratar tal como es en la realidad, es decir, muy triste. Su pincelada traza personajes que parecen escapados de un sueño: niñitas vestidas de Primera Comunión que acuden a la parroquia de San Luis Gonzaga. También marineros perdidos y evangélicos que entonan himnos a la luz de la luna. Son los seres de la geografía humana de Valparaíso con todo lo que tienen de poesía y de humanidad en su pequeña fantasía cotidiana.

Hay también visiones de las floristas de la iglesia de los Jesuitas con sus toldos de colores y sus paisajes adormecidos por la pátina azul del viento. Carlos Aceituno ha sabido dar la [283] atmósfera de los cielos porteños, cielos de una increíble tonalidad violácea después de la lluvia o de un asombroso tono celeste a la llegada de la primavera.

Y también están los tejados de zinc, los acacios polvorientos de los jardines caseros y las palomas que se acurrucan en el alero de la pequeña casita pintada. Le gustan los animales a Aceituno y por eso no vacila en pintar al pequeño burro que sube la calle empinada como si fuera un tierno Platero.

No cae en el lugar común. Si pinta ascensores, molduras y balcones de un tiempo remoto, es siempre con un sello propio, como si el artista se sintiera sorprendido o tocado por tanta melancolía.

Carlos Aceituno nos trae toda la magia y la luz del puerto en estas telas. [284]

EN EL TALLER DE ÁLVARO DONOSO

En su residencia viñamarina, el dibujante y pintor Álvaro Donoso prepara sus trabajos plásticos para participar en la Cuarta Bienal de San Juan del Grabado Latinoamericano, a celebrarse en Puerto Rico (1979), la que estará constituida por obras gráficas de artistas invitados.

Ya es tiempo de hablar de Álvaro Donoso en periódicos de Valparaíso. Sus creaciones han sido vastamente criticadas en publicaciones de Santiago y también exhibidas en la capital y en salas de exposiciones extranjeras donde el artista ha sido elogiado. En efecto, fuera de Chile, perfeccionó la técnica del grabado en Brasil y posteriormente en Ecuador, países donde tuvo la oportunidad de aprender no sólo técnicas diferentes y estilos de otros maestros, sino también supo aprehender la poesía de esos paisajes sobresaturados de una belleza exuberante.

Si bien es cierto los trabajos de este creador no son paisajistas, sobreflota en ellos algo inquietante, el misterio sobrenatural que nos envuelve en una aplastante jungla del Brasil, o en el pavoroso silencio lunar de los desiertos. Lo imaginamos embebiendo ese paisaje

arenoso y como suspendido que divisaba del tren rumbo a Bolivia. Llanuras estáticas y de pronto, inmensas lagunas estancadas donde se equilibran los ibis y los flamencos... y el tren avanzando despacio por sobre esas aguas quietas como paisajes de sueños. De pronto, automóviles que surgen de la pampa de quién sabe dónde, se acercan al tren y desaparecen. Nadie sabe de la existencia misteriosa de estas criaturas fantasmales. Y ahí está Álvaro Donoso absorbiendo esa atmósfera ponzoñosa y excitante, con algo de misterio y algo de melancolía.

Sensaciones que surgen de los trasfondos de su producción, pues su obra, además de plástica, tiene algo de literaria. Recoge elementos míticos y los transforma como jugando, y he aquí a los dioses y semidioses de la mitología griega cambiados absurdamente en sus papeles, escondiéndose detrás de máscaras, jugando a ser mortales con algo de erotismo y morbosidad soterrada. Allí están los cisnes de Leda y todo el mundo ornitológico poblando con una extraña fantasía el cosmos alucinado de Donoso. Y allí están las figuras masculinas traspolando los viejos mitos femeninos y también todo ese mundo inverosímil y al revés sugiriéndonos simbolismos ocultos y raras historias literarias. [285]

Nos sobrecoge ese mundo. Cada objeto brilla con luz propia iluminando una idea escondida. Es extraño... no podemos explicar con palabras la obra del artista. Es preciso sentir simplemente el desconcierto que nos produce su sentimiento del absurdo. Todo es juego y símbolo, ironía y abstracción. Algo de Lewis Carroll en ese inefable «País de las Maravillas» que constituye la magia plástica de Álvaro Donoso.

Tan pronto surge Alicia sin cabeza como una moderna Salomé llevando en su bandeja de plata la cabeza del gato risueño de las aventuras de Carroll, como tan pronto nos desarma nuestros esquemas lógicos con elementos plásticos donde reina la burla.

Pero hay en el trasfondo un dolor, el dolor de la soledad. Resulta tétrica e irónica esa simple taza de té sola, con una cuchara sola y una tetera sola con el título «Té y simpatía», la simpatía absurda, la simpatía para sí mismo, una simpatía sin nadie alrededor. Atmósfera desencantada e irreal, ese es también el mundo de Donoso.

Sin embargo, notamos una fuerte dosis de frialdad, de cálculo, como si en estas extrañas obras estuviera ausente la pasión, la improvisación, la libertad y el desborde emocional. Hay un exagerado control. No hay «inspiración» sino raciocinio y cada línea o figura tiene su justificación. Sus mismos pájaros no dan la sensación de movimiento o gracilidad, al contrario, aparecen siempre estáticos, acechantes, de cuerpos pesados: águilas o alcatraces, búhos o lechuzas de mirada penetrante y enigmática, y sus mismas figuras humanas aparecen hieráticas, mudas, vacías de sentimentalismo o vida interior, con lo cual a veces, peca el artista de un excesivo rigor formalista en el contenido de los trabajos, como en las variadas técnicas que utiliza.

Su obra es básicamente polisémica. Tiene múltiples interpretaciones y resiste mil explicaciones de sus simbolismos e historias sugeridas. Algo tiene del mundo dramático de Ionesco, porque al igual que en «La Lección» o en «La Cantante Calva», los grabados «literarios» de Donoso, tienen una y todas las interpretaciones posibles, muchas veces en divergencia con la propia versión del autor.

Por eso, podemos decir que su obra es hermética, tan hermética como esas misteriosas cajas, estuches y cofres que abundantemente aparecen en sus telas: pero ¡ay de nosotros si nos atrevemos a descubrir el inquietante secreto! En nuestra imaginación [286] está la llave que nos permite asomarnos a ese mundo privado. Y al entrar de puntillas, tenemos la misma sensación de terror que experimentaríamos al entrar a la cámara secreta de Barba Azul, mezcla de temor y tristeza. Al mirar estos grabados en papel de arroz, penetramos al cosmos encantado de Álvaro Donoso, mezcla de alucinación y pesadilla.

En resumen, símbolos escondidos y soterrados, especialmente en sus Collages, y últimamente en sus Soplages, en los que utiliza técnicas mixtas soplando una lluvia de color sobre las superficies. Y allí está esa sobrecarga de erotismo oculto vibrando detrás de sus aves. Y allí esa transformación de los mitos clásicos en mitos actuales, extrañamente sobrecogedores, con una nota de sexo y otra nota de tragedia.

Un mundo exquisitamente hermético y surrealista, un mundo plástico para espíritus imaginativos, refinados o soñadores que gustan recrearse en un fondo estético, un fondo visual altamente sugerente capaz de llevarnos a la locura o al fondo turbio y desconcertante de nosotros mismos. [287]

EL REINO SECRETO DE UN PINTOR

Al otro lado de un enmarañado jardín donde crecen aralias gigantes, bambúes y filodendros, vive Álvaro Donoso, uno de los más sobresalientes pintores actuales que se ha destacado por la originalidad y misterio de su obra plástica.

Coleccionista de máscaras, enamorado ferviente de las hojas secas, de las varitas de incienso, de las lechuzas y otros seres crepusculares y nocturnos, Álvaro Donoso habita un mundo de silencio, compartiendo su vida con sus creaturas fantásticas que surgen de sus dibujos y collages, sugiriéndonos universos imposibles... o posibles dentro de nuestra imaginación...

Allí está el artista en su reino secreto. Con paciencia de monje, recorta figuras y las va pegando en sus cartulinas, conformando una serie de «Cartas de Valparaíso» en las que predomina la nostalgia y el amor hacia las palabras perdidas de la correspondencia privada.

Hoy ya casi nadie escribe cartas, pero Álvaro Donoso cree todavía en la magia de la carta escrita en pergamino antiguo con caligrafía gótica. Las suyas, son misivas para atesorar... o para enmarcar por la belleza de los papeles y la decoración de los márgenes con gaviotas que levantan vuelo y pájaros en acecho. Ese es su imaginario: las aves que nos miran con curiosidad y recelo... y que están allí, en sus obras pictóricas, atisbándonos como desde otro mundo.

Sentado en su silla «curul» -modelo de las que usaban los senadores en la época del Imperio Romano- señala: «Le debo a la Unidad Popular el descubrimiento de una nueva técnica. En ese tiempo no había óleos ni témperas para pintar. Como la necesidad de crear era muy fuerte, encontré la piroxilina, la pintura de automóviles que, soplada con los labios a través de una bombilla o «soplete bucal», daba un colorido muy brillante y transparente. Había una gran variedad de colores y las tonalidades oro y plata eran bellísimas. Desde entonces, me quedé con la piroxilina para siempre».

La silla de la emperatriz Eugenia

La casa de Álvaro Donoso encierra un poderoso enigma que es privilegio del visitante el descubrir. Ciertamente no todos franquean ese reino. Hay que entrar casi de puntillas a ese [288] santuario de las cosas bellas y sentarse en un sofá a curiosear con la mirada. Hay una mesa con un molinillo de café, grandes pisapapeles y otros objetos de épocas pretéritas entre ellos, una botella de cristal, con llave para que el mayordomo no se beba el licor... También, un reloj inglés Grand Father, un biombo de la India y una silla finísima que perteneció a la emperatriz Eugenia, esposa de Napoleón III.

Un antepasado de Álvaro Donoso, don Guillermo Rivera, abogado, dueño de grandes propiedades y acaudalado magnate del puerto, viajó especialmente a París a subastar una gran cantidad de objetos que se salvaron del gran incendio de las Tullerías, entre ellos, relojes de bronce y juegos de porcelana con todos los platos diferentes, pintados a mano. De aquel desaparecido mundo imperial, llegó a la casa del pintor, impecable, por herencia familiar directa, la silla en la que se sentaba la emperatriz Eugenia...

Álvaro Donoso cuenta historias, porque además de ser pintor, es un narrador de sucesos pasados. Cuando calla, se escucha un carruaje a través de la ventana. Es el sonido romántico de una victoria... [289]

LA CASA ENCANTADA DE GERDA KRONEBERG

En el Jardín del Mar de Reñaca, vive Gerda Kroneberg, una de las más notables pintoras cuya obra despierta extrañas sugerencias poéticas en el espectador. En ella, lo más relevante es su cautivante personalidad y su innato sentimiento artístico que la ha llevado a construir y decorar su propia casa, en la que ha distribuido -junto a una serie de obras de arte- una exhaustiva selección de sus propios cuadros. En ellos, advertimos la perfección técnica de la pintora, su cuidado en el uso del color, la acertada composición de los motivos y la temática de implicancias filosóficas, como si en cada obra tuviera algo que comunicarnos en tomo a la naturaleza del hombre y al paso del tiempo.

Porque más que un paisaje o una casa, en las obras de Gerda Kroneberg hay mucho más. Sus cuadros son verdaderos poemas en torno a la vida, a la belleza efímera de las cosas y a la muerte. Si ella pinta una casa solariega de puertas desvencijadas, pareciera que nos hace reflexionar en los moradores que se fueron, en las fiestas que hubo allí, en los seres que ya no están...

«Lo que más me interesa de la vida son las personas», dice Gerda Kroneberg. «Cuando pinto un cuadro, no me atrae el paisaje en sí mismo, sino las huellas que los hombres han dejado en las cosas». Por eso es que cuando vemos dos columpios con las sogas carcomidas, meciéndose con el viento, en una casona sureña, pareciera que oímos el chirrido de las argollas e Invariablemente pensamos en los niños que ahora, tal vez, sean abuelos que recuerdan en algún lugar, el tiempo de los juegos...»

Ocurre lo mismo cuando vemos esa carpa de circo en la playa, con el viento sur inflando la lona. No vemos a nadie, pero escuchamos la banda e imaginamos a los artistas junto al mar...

Porque Gerda Kroneberg es maestra de la sugerencia y del realismo poético. Sabe pintar oficinas salitreras, casonas de Playa Ancha y viejas estaciones perdidas por donde una vez pasó el tren, como la de Leyda con su característico azul paquete de vela. «Mis cuadros tienen siempre un horizonte lejano» dice Gerda. «Eso comunica a mis obras un cierto misterio. Pero es muy difícil lograrlo. Yo trabajo con una técnica del Renacimiento que requiere mucha paciencia porque es muy lenta...» [290]

La poderosa fascinación del pasado

«Mis bisabuelos tenían casa en el sur con mirador para ver si venían los indios. Por eso, para mí, los lugares donde viven las personas son tan importantes y están presentes en mi obra: las casas siempre tienen una historia que contar», agrega Gerda, mostrando en el comedor uno de sus cuadros que representa la casa en Los Sauces, cerca de Traiguén, en donde transcurrió su infancia.

Ella la pintó tal como la debieron haber visto los pioneros alemanes, con un paisaje muy diferente al actual. Por eso, trabaja mucho con fotografías, pero también imaginando cómo fueron los lugares en otro tiempo e incorporando elementos que enriquecen la realidad. Otras veces, toma directamente de un recuerdo y el resultado se tiñe de una fuerte nostalgia como cuando retrata las sábanas al viento que las mujeres del sur prendían en los alambres de púas...

«En esa casa vivieron mis antepasados», agrega. «Mi abuelo fue un ingeniero alemán que llegó a Chile contratado por Balmaceda para hacer los muelles de las salitreras. Escribía en letra gótica con pluma y letra ancha. A él le debo un espíritu disciplinado... De mi abuela belga heredé el talento artístico y cierta energía personal para tomar decisiones»...

«Me gusta expresar un ambiente» señala Gerda Kroneberg en su salón con vigas a la vista y paredes de tonalidad damasco suave en donde ha colgado su maravilloso tríptico de la vida. Allí están sus colecciones de trapelacuchas de plata araucana, candelabros familiares y una muñeca antigua para alfileres de sombrero.

«Me siento atraída por los objetos que son símbolos como una jaula o una caracola. Cada objeto tiene su lenguaje. Mi propia casa tiene alma. Esas vigas son de maderas de mi casa del sur que un día fueron árboles... Es como volver a la naturaleza, a la infancia, como un permanente retorno a las raíces»...

En su casa impregnada de sabiduría, queda Gerda Kroneberg, sola con sus pinceles y sus sueños. Regresa al taller y sentada ante su último cuadro, reflexiona: «Ese pez nada feliz encerrado en su redoma. No sabe que al otro lado, existe el mar...» [291]

GUMARO FERMANDOIS, EL PINTOR DE LA COSTA

Uno de los paseos tradicionales de la Ciudad Jardín es el recorrido en auto que va desde el Hospital Marítimo San Juan de Dios hasta Con Con, bordeando el mar. Pocos, sin embargo, son los que observan, con mirada de artista, la belleza de las pequeñas caletas de pescadores -Los Lilenes, Playa Amarilla, Cochoa- con los movimientos sinuosos de los lobos marinos en los roqueríos o con el colorido dramático de los puestos donde los mariscadores ofrecen sus mercancías en mostradores de metal.

Gumaro Fernandois -que conoce los matices del color sabe apreciar las tonalidades plateadas de aquellos congrios colorados y especialmente de jaibas con sus caparazones de coral. Al caer la tarde, aquellos camarones, langostinos y merluzas recién sacados del agua, tienen una extraña coloración, especialmente las bolsas, semi transparentes, en cuyo interior naufragan erizos de color yodo.

Todo tiene para Gumaro Fernandois un vigor colorístico que proviene del océano. Y luego, al llegar a su casa, pasado Higuierillas, se apresura a plasmar aquellos colores brillantes en sus lienzos, antes de que pierdan frescura: el naranja intenso de los piures, el gris perla de las almejas, el tinta-violeta de los calamares y hasta el blanco ceniciento de las gaviotas.

Con depurado arte, va traspasando a la tela, bermellones, rojos tostados, granates intensos y aquellos inauditos matices del rosa pálido que tienen las antenas de las langostas. Por supuesto que también le atraen los horizontes, esos perlados de niebla que caracterizan a Reñaca en invierno.

Desde las terrazas superiores del camino costero o desde las dunas, divisa los espacios lejanos y especialmente la senda plateada que deja la luna en el agua, aquella por donde a medianoche se van los transatlánticos y los sueños. Todo ese mundo primigenio es el que

atraviesa su imaginario pictórico hecho de toallas revueltas en la arena, de hamacas para dorarse al sol y de algas tatuadas por el viento.

Después, cuando Gumaro Fermandois llega a su casa, repite su universo en una decoración fantástica que tiene un aire permanente de casa de veraneo. Lo que más sobresale de su ambiente es la simplicidad en la decoración. El artista considera que su ámbito debe estar despojado de adornos superfluos, [292] para soñar en colores e imaginar... Aquí y allá, sus lienzos rigurosamente ordenados, sus pinceles de pelo de marta y los frascos de vidrio que confieren transparencia y brillo a un espacio dominado por la iluminación y el color.

En el pasillo, un matiz damasco intenso. En el estudio, un verde raro, escapado de una acuarela infantil. Y los muebles, diseñados por él mismo, dan la tónica de un hogar en el que vive un arquitecto que es pintor. O un pintor que es arquitecto.

«Apenas vi esta casa supe de inmediato que en el diseño y en la distribución de las habitaciones había una intención innovadora: la mano de un profesional que era también artista. Luego, al habitarla, valoricé el espacio dando toques en detalles de muy bajo costo. La idea es que cualquier material cotidiano se ennoblece si le damos un uso diferente».

Gumaro Fermandois se queda pensativo un momento, como emergiendo de un largo sueño o del fondo del océano Pacífico... Por su mente desfilan doradas sirenas de color coral... [293]

Un modisto:

EDUARDO SÁNCHEZ, UN PORTEÑO ERRANTE

Vivió hasta los años setenta en la calle Malfatti, en una casa tradicional de dos pisos con inmenso jardín en el cerro Los Placeres. Todos los vecinos conocían a su familia porque eran los que más se destacaban en las representaciones del Vía Crucis viviente por las calles del cerro. Su padre era Poncio Pilatos, su hermana María era la Virgen y él mismo era hijo de las Mujeres Lloronas.

A ese niño Inquieto y educado en ese ambiente litúrgico y teatral le encantaban esas representaciones. Veía a su madre coser los vestuarios en la máquina de coser Singer y a las vecinas que llegaban a la casa con trajes de telas vistosas. Le atraían los velos y el colorido de los mantos. Después, cuando aquella euforia de la Pasión había pasado, recogía aquellos retazos de cintas y cordones brillantes y confeccionaba trajes para títeres que representaba en el vecindario con otros niños.

Un día, siendo joven, después de trabajar en vestuarios teatrales para la Sala El Farol del puerto, decidió cambiar de vida y emigró a República Dominicana. Allí, una vez instalado en la isla caribeña, con costumbres tan diferentes a las porteñas, echó mano a sus recursos

imaginativos y como una manera de ganarse la vida, se dedicó a coser vestidos de fiesta para las vecinas. Al principio eran simples, aunque con el lujurioso colorido del trópico. Pronto, se hicieron más sofisticados. Un día le pidieron un traje de novia y Eduardo Sánchez recordó aquellos trajes teatrales del Vía Crucis y de los títeres de Valparaíso. El sorprendente diseño llamó la atención y mereció la crítica por la prensa. Pronto, se dio a conocer, imponiéndose en el Caribe en el mundo de la alta costura.

Al comienzo fue difícil, sin embargo, con paciencia y perseverancia, el modisto porteño consiguió destacarse en la creación de trajes de novia. Hoy, junto a Óscar de la Renta, es uno de los más prestigiosos artistas de la moda en el Caribe.

«En República Dominicana, el traje de novia cobra una gran dimensión en la sociedad», dice. «Es muy diferente a Chile, donde el vestido es más sobrio. Recuerdo los trajes de las novias de Valparaíso. En el cerro Los Placeres eran muy simples y realizados sin finura. No se les confería importancia. No había dinero. Los materiales eran muy simples: tul y velo. Aquí en cambio hay [294] todo un ritual en tomo a la creación. Por eso, estos trajes tienen altos costos ya que se dedican muchos meses en su confección que es íntegramente a mano».

La casa misma en Santo Domingo es recibidor, probador y taller. Con plantas exóticas y frutas de la isla, se ha logrado crear un ambiente exclusivo subrayado con las flores caribeñas: anturios, cayenas y orquídeas. También hay buenos cuadros y pocos, pero seleccionados objetos decorativos, mezclados con objetos y retratos que ha rescatado de su casa de infancia en Los Placeres.

Como la ciudad es muy calurosa, Eduardo Sánchez ha decorado su casa con grandes abanicos a hélice que se integran perfectamente a los espacios, otorgando el característico ambiente del trópico. Los colores son terrosos, violetas, grises o azules. «Utilizo generalmente volúmenes de mármol o vidrio que dan una permanente sensación de frescor. Me gusta también coleccionar cuadros de artistas dominicanos como Marco Lluberes que valora las casas victorianas de Puerto Plata. También debo tener grandes espejos y una iluminación clara esencial para mi trabajo. Al comienzo, llega la novia a proponer sus ideas y a conversar en torno a la boda. Hojeamos revistas internacionales y a la tercera visita, le muestro los bocetos diseñados de acuerdo a su personalidad. Cuando se ha elegido el modelo y se estudian las telas, se pasa a la ejecución que es muy delicada porque se trabaja con materiales únicos, generalmente importados de Europa».

La fase más interesante es la de las pruebas, porque son secretas. «Nadie puede subir a ese probador. Incluso se hace la prueba sobre un vestido falso de tela ordinaria, porque el verdadero sólo se ve cuando está terminado. Entonces, viene una prueba total con maquillaje y peinado en otra habitación arreglada con ramos de flores y cortinajes. Se escucha la Marcha Nupcial y sólo entonces pueden entrar la madre y las hermanas. Es el momento en que se le desea felicidad a la novia y se brinda con champagne. Por eso, cada cuarto cumple una función social de acuerdo a la fase de la confección de ese vestido blanco que se usará una sola vez...»

Lógicamente el trabajo de Eduardo Sánchez no finaliza allí pues deberá acompañar a la novia a la iglesia y luego a la recepción donde también se lucen madrinas e invitados. En cada momento, ha de ir desprendiendo partes del traje, como el [295] velo o la cola. Todo ello le ha valido una reputación de un artista integral, ya que se ocupa de todos los detalles.

«En esta especialidad de la alta costura, hay también artistas que ofrecen un servicio total, desde la creación del traje hasta las fotografías de estudio. Pero no es mi caso porque yo me concentro exclusivamente en el vestido. Se trata de un trabajo artístico muy fino y de mucho esfuerzo. Por eso es tan valorado. He llegado a adquirir fama, a tal punto, que en mis inicios, cuando hacía vestidos de fiesta en general, llegué a ser el modisto de la Primera Dama. Ahora me buscan mucho, incluso las jóvenes planifican sus bodas de acuerdo a mi calendario porque yo solamente atiendo a una cada vez... Es curioso... A veces pienso en Valparaíso y me parece extraño vivir aquí. Sin embargo, he echado raíces. Como si siempre hubiese vivido en el trópico».

Se queda pensativo y luego continúa hablando de su trabajo: «Aquí en el Caribe todo es exuberante. Mientras que en Chile se valora lo sobrio, aquí es importante el diseño espectacular y el hecho de que sea un modelo único. En la iglesia, la gente está expectante para ver cómo va a ser el vestido. Una vez, confeccioné un traje color rojo furioso a pedido de la novia. ¡Todavía se habla de ese vestido! También es deslumbrante cuando la niña cumple quince años. Se hace una gran fiesta. Hay también modistos que se especializan en la creación y confección de estos trajes fastuosos con grandes sombreros de encaje, sombrillas y vuelos. A la quinceañera generalmente la acompañan los pajes y damas de honor, cada uno de ellos vestidos para la ocasión. Y no se escatiman gastos ni esfuerzos. Los «quince» son tan importantes como el casamiento. Puede decirse que el dominicano vive para estas celebraciones. Les gusta mostrar que tienen, por eso son tan importante las joyas y brillos. Hasta el sentido del color es diferente. Aquí se usan el fucsia, el lavanda, el damasco, el carne de melón y todos los tonos «pink». En todo hay un concepto diferente, por eso, creo yo que el Caribe es tan atractivo y único.

Después de la boda, estos suntuosos vestidos se van a Nueva York donde se guardan al vacío para que no se ajen. «Ahora estoy preparando en Estados Unidos una exposición retrospectiva de mis últimas creaciones en materia de trajes de novia realizados aquí en el Caribe. Esto jamás yo lo hubiera podido hacer si me hubiera quedado en Valparaíso, en la calle Malfatti del cerro Placeres donde vivía, ayudando a mi madre a confeccionar túnicas [296] para el Vía Crucis, haciendo la basta de los pantalones de los vecinos o cosiendo capas de fiesta para los títeres. Por eso, considero que fue bueno, un día, haber seguido aquel loco, impensado impulso de viajar. Creo sinceramente que donde uno menos espera, está aguardando el destino»... [297]

Tres libros:

HISTORIA URBANA DE VALPARAÍSO

La celebración de los 450 de vida de Valparaíso dio origen a una serie de investigaciones de diversa índole que, para alegría de los interesados en la historia de nuestro puerto, han sido en su mayoría publicadas. El hermoso libro «Memorial de Valparaíso» de Alfonso Calderón con la colaboración de Marilis Schlotfeldt, es un buen ejemplo de ello. Aquí, se reúne una completa colección de artículos históricos, de costumbres y de viajes acerca de Valparaíso en un periodo que va desde 1536 hasta 1985. El material registrado es de primer orden e incluye un buen acopio de iconografía: buenos grabados, retratos y pinturas inéditas que arrojan luz sobre facetas desconocidas de «la ciudad del viento».

Ahora, otro libro se viene a sumar a estas publicaciones monográficas. Se trata de un volumen de artículos históricos publicado por el Instituto de Historia de la Universidad Católica de Valparaíso. El libro «Valparaíso 1536-1986» es el primero de una serie de monografías históricas dedicadas a dar a conocer trabajos de investigación sobre temas específicos. Este primer volumen reúne gran parte de las ponencias presentadas a la Primera Jornada de Historia Urbana de Valparaíso realizada con motivo del aniversario de la ciudad. La publicación, por otro lado, se lleva a efecto con motivo de que el Instituto de Historia de la Universidad Católica de Valparaíso cumple 35 años de existencia. Una buena razón para conmemorar el aniversario con una publicación de esta categoría.

Ante todo, se trata de investigaciones científicas sobre la historia de la ciudad desde diversos ángulos. El espectro de puntos de vista es tan amplio que al leer el libro, podemos formarnos una clara idea de lo que ha sido la vida de Valparaíso durante los años que abarca el periodo de la investigación.

Hay abundancia de datos, citas y referencias bibliográficas, lo que da seriedad a los trabajos. Las fuentes utilizadas son confiables. Por otro lado, hay cuadros estadísticos, nóminas, listas y fechas que contribuyen a aportar un material específico de primer orden.

El primer estudio de María Teresa Cobos desarrolla el tema referido al Gobierno Político Militar de Valparaíso en un período comprendido entre 1682 y 1811. Como en el resto de los trabajos, la investigadora maneja siempre un lenguaje técnico para referirse [298] a las relaciones entre la ciudad y la política militar, resultando un trabajo profundo de gran documentación.

Luz María Méndez describe en su artículo la transformación de las plazas y parques de Valparaíso, desde aquellos espacios españoles cuadrados y sin árboles, hasta la paulatina forestación a la francesa que trajo consigo un sentido romántico de vivir y un gusto por la naturaleza.

Es en el siglo pasado cuando «florecen» en Valparaíso los paseos públicos con estatuas, escaños, fuentes y acacias. En 1885 se inauguró la Plaza de la Justicia con un «jardín a la yankee». El diario «La Unión» de esa época menciona las madreselvas, jazmines de la China y de Siberia, las palmas, los naranjos, las petunias dobles y sencillas... La investigadora describe detalladamente cada uno de los parques de Valparaíso explicando su evolución y cómo las corrientes de inmigración europea transformaron el espíritu de la ciudad, cambiando incluso el estilo de sus jardines. Un ejemplo, es el hermoso Jardín

Abadie que, con el correr del tiempo, se llamó Parque Italia, centro de reunión de la vida social porteña de fines de siglo que cuenta con la celebre estatua de Rómulo y Remo mamando a la Loba Capitolina.

Sonia Pinto Vallejos se refiere a la historia del ferrocarril en Valparaíso. Después de realizar una descripción urbana de la ciudad durante la primera parte del siglo XIX, citando el «Diario» de María Graham, entre otros documentos, la investigadora refiere el proceso de construcción del «camino de fierro» entre Valparaíso y Santiago a impulsos de William Wheelwright. La línea que pasó por Viña trazó el diseño urbanístico de la ciudad y desarrolló en Valparaíso hacia 1870 un estilo moderno de vivir.

Eduardo Cavieres analiza los comerciantes y artesanos de Valparaíso en la segunda mitad del siglo XIX. Aquí, el investigador describe la transformación cívica de nuestro puerto, la formación de instituciones sociales extranjeras, las compañías de bomberos, y en general, la actividad comercial por cerros. Interesantes resultan los cuadros estadísticos incorporados, así como los documentos y cartas referidos a disposiciones testamentarias, poderes matrimoniales, recomendaciones de padres a hijos para administrar fortunas, etc. Con estos textos, nos adentramos en la intra historia de la ciudad, descubriendo las relaciones de las familias y las de éstas con la ciudad.

Seguidamente, René Salinas Meza aborda el tema [299] «Nupcialidad, Familia y Funcionamiento del mercado matrimonial en Valparaíso durante el siglo XIX». Tras una pesquina de actas en las parroquias de Valparaíso (La Matriz, Los Doce Apóstoles y Espíritu Santo), el investigador entrega datos, de, por ejemplo, la edad promedio de los novios y del alto índice de «recasamientos» durante esta época.

El tema «Comerciantes chilenos de Valparaíso durante la primera mitad del siglo XIX» es analizado por Juan Eduardo Vargas quien nombra y define las principales firmas comerciales de la ciudad, entre ellas, las «casas de consignación» que eran firmas dedicadas a los negocios de importación y exportación. Los barcos que recalaban en el puerto y los negocios en El Almendral que vendían chancaca, chuño, pasas, velas de sebo, zapatillas, picaportes, bisagras, limas y sal, son temas analizados a fondo por este investigador porteño en este importante libro.

El Doctor en Filosofía, con mención en Historia por la Universidad de Londres, Luis Ortega, define en su trabajo el comercio exterior y el crecimiento urbano de Valparaíso entre 1800 y 1880. Desde un puerto «inmundo y repugnante» como se señala en crónicas de viaje, Valparaíso llegó a ser a fines del siglo pasado, un puerto comercial de gran magnitud y riqueza. Hay grandes casas comerciales, bodegas que atesoraban cocoa, sombreros de paja, pisco y maíz, mansiones señoriales de familias británicas en el cerro Alegre y un teatro en la Plaza Victoria con capacidad para dos mil personas en el que se presentaban compañías de ópera italiana.

Uno de los más completos y amenos trabajos del conjunto, se complementa con fragmentos de cartas de la edad dorada de Valparaíso y estrofas de canciones: la popular de Osvaldo Rodríguez y aquella que cantaban los marineros ingleses al zarpar de Liverpool

hacia Valparaíso... Todos estos testimonios íntimos y humanos dan una cierta calidez a la historia documentada de la ciudad.

Es en esta época cuando Chile respira una gran atmósfera de prosperidad económica. Julio Pinto Vallejos considera en su artículo que Valparaíso es una verdadera metrópolis financiera debido al auge del salitre. Entre 1854 y 1853 hay un período de bonanza para Valparaíso cuya aduana registra el máximo de entradas para todo el periodo anterior a la Guerra del Pacífico.

El esplendor comercial es extraordinario, pero luego va a decaer paulatinamente con la desaparición del ciclo salitrero. El [300] investigador Julio Pinto realiza un profundo análisis y desarrollo evolutivo de este período histórico en relación al salitre, en tanto que Baldomero Estrada relaciona Valparaíso con el proceso de industrialización en Chile a fines del siglo XIX. Su trabajo forma parte de un proyecto que fue aprobado por la Dirección General de Investigaciones de la Universidad Católica de Valparaíso y especialmente por FONDECYT en 1986. Durante el periodo analizado, Baldomero Estrada consigna el auge de la actividad industrial en Valparaíso. Se funda una importante Refinería de Azúcar, una Maestranza de Ferrocarriles, industrias de carrocerías, de bebidas «espirituosas», de textiles y confecciones, de sustancias químicas y farmacéuticas, de pieles y peleterías... La Revolución Industrial repercutió también en Valparaíso, siendo la inmigración europea fundamental, tanto en el aporte técnico, en la organización de las empresas, como en la inversión de capitales.

El inicio del siglo XX trae como consecuencia la diversidad de contactos que Valparaíso sostiene con el exterior. Ajuicio de Karin Schmutzer y Adolfo Ibáñez, Valparaíso es un lugar de encuentro entre Chile y el mundo. De acuerdo a lo investigado, los autores presentan el movimiento marítimo del puerto entre 1880 y 1930, según las diferentes banderas y los materiales de exportación e Importación. En las conclusiones señalan las repercusiones que tuvo en el puerto la Primera Guerra Mundial y la apertura del Canal de Panamá. Así también destacan la multiplicidad de barcos de distintas nacionalidades que arriban y la presencia permanente del comercio británico en Valparaíso.

Más adelante, y siguiendo el curso de la historia, Guillermo Bravo Acevedo señala cómo la Gran Depresión de 1929 afectó fuertemente el desarrollo económico y social del puerto. Con cuadros estadísticos, el investigador demuestra cómo, por ejemplo, durante este periodo, el tráfico de exportaciones e importaciones decayó notablemente repercutiendo en todos los estratos de la sociedad.

Finalmente, Juan Ricardo Couyoumdjian traza unos «Apuntes sobre un periódico inglés de Valparaíso: «The South Pacific Mail» entre 1909 y 1925». En su documentado trabajo, el investigador analiza esta publicación por cuanto considera que «es un buen reflejo de los intereses y preocupaciones de la comunidad británica residente» durante este período. El polo, el [301] cricket, la hípica, el fallecimiento de Su Majestad Eduardo VII en la colonia inglesa del cerro Alegre, eran noticias destacadas en el «Mail».

«Valparaíso 1536-1986» es un extraordinario aporte documentado y científico que el Instituto de Historia de la Universidad Católica de Valparaíso realiza como una contribución a los estudios históricos del puerto. [302]

LOS LIBROS DEL TROMBO AZUL

Paseamos por una Feria del Libro de provincias suele deparamos sorpresas agradables. Una de ellas es el hallazgo de aquellos libros locales que rara vez se encuentran en las librerías de la capital. En su mayoría se trata de ediciones artesanales de poetas pertenecientes a diversas entidades poéticas. Pero a veces se trata de escritores jóvenes que recién se inician en el campo de la prosa o la poesía, haciéndolo con originalidad y atrevimiento.

Es el caso de dos escritores que publican sus textos en la colección Trombo Azul de Valparaíso. Y allí estaban, firmando ejemplares en la Feria del Libro de Viña del Mar, en 1983, frente a los jardines del Centro Cultural. Nadie los reconocía demasiado, como tampoco a José Donoso que estaba en el stand «de al lado». Pero eso poco importa. Entre tantos libros de cuentos y novelas, el ojo avizor del entendido descubre siempre la perla y si en este caso es una perla rara, tanto mejor.

Una dama británica que acababa de recibir su ejemplar autografiado, le deseó a su autor que el libro fuese «todo un éxito». El poeta le sonrió a sabiendas que el libro iba a ser escasamente vendido y que no se enriquecería a costa de él. Incluso de uno de los libros de Trombo Azul se sacó un reducido número de ejemplares, ya que se trataba de una edición artesanal. Lo que importa, como se ve, no es «el éxito» en el caso de una publicación nacional, sino... ¡la publicación misma!

Ya habrá también un reducido número de poetas o curiosos que la disfruten en la intimidad. Y acaso ese gozo ni siquiera lo sepa el autor. Esto de escribir es siempre un acto solitario y muchas veces anónimo. Esto lo saben muy bien los escritores de Trombo Azul, preocupados por sacar libros diferentes capaces de suscitar el interés del que busca algo más que mera entretención.

Uno de estos libros se titula «Tango dos» y pertenece al autor Víctor Rojas Farías. El estilo del trabajo nos recuerda a un poeta de Con Con -Juan Luis Martínez- quien, hace unos diez años, «publicó» -si puede decirse- una caja surrealista con bolsitas de tierra de la tumba de Gabriela Mistral, copias del certificado de defunción de Pablo Neruda y banderitas chilenas. El efecto de estos «objetos» mezclados causaba ciertamente un estupor unido a una «sensación». Esta vez, también en el puerto, un poeta [303] se atreve a confeccionar un álbum que contiene diversos recuerdos personales de personas que han muerto.

Mezclando textos personales con fragmentos de cartas y recortes de periódicos, el autor logra que el lector realice una lectura participativa y se impregne de una extraña curiosidad como aquella que nos invade cuando vamos a leer una carta secreta dirigida a otra persona.

Lo primero que vemos es una cuartilla doblada y sellada con lacre. Si queremos saber lo que hay en el interior, debemos romper el sello y descubrir letras de tango:

«Eraaa / para mí / la vida enteraaa

como un sol / de primaveraaaa»...

Hay textos de tarjetas de saludo: «Feliz santo, compadre, oiga compadre, Evita le quiere saludar a usted»... y el contrato de trabajo del cantante de tangos que dejó abandonada a Evita en Valparaíso para irse a trabajar cantando en el bar «A Media Luz» de Buenos Aires.

Seguidamente viene un sobre aéreo a medio oficio, dirigido al señor Hugo Ducci Riveros que vive en la calle Sarmiento 2022 de Buenos Aires. El destinatario y el remitente están escritos con lápiz de pasta y las estampillas, así como los sellos timbrados dan una impresión de autenticidad.

Dicho sobre... hay que abrirlo con abridor de cartas. Y allí dentro viene la carta de la nieta de Evita. En ella, le cuenta a su prima que radica en Buenos Aires, la muerte de «la abueli»: «Te contaré primero que el funeral de la abueli estuvo muy concurrido: fueron de las montepiadas de la aguja, de la Cruz Roja y de la sociedad femenina. Yo lloré mucho...»

Junto a la carta, se adjunta un paquete de recuerdos personales de la abuelita muerta, anudados con una lana rosada. Al desatar el paquete, vemos un clavel seco, un papel amarillento del infiel Carlos que se fue a Buenos Aires a cantar tangos prometiéndole a Eva el pronto retomo: «Evita, amor mío. Usted sabe que yo la amo tanto, le suplico que me espere hasta mi vuelta, me voy a triunfar como cantante y volveré para casarme con usted».

Luego vemos un recorte de periódico de la Vida Social de «El Mercurio» de Valparaíso, fechado el 5 de septiembre de 1925. En él, vemos la fotografía de la novia Evita anunciando casamiento con el señor Gonzalo Ducci Robles. Dicha boda fue celebrada «en la iglesia de la Medalla Milagrosa de Playa Ancha». [304]

También vienen los recortes de una revista en que se nombra a Margarita Ducci, al parecer una hija de Evita, quien declamó en un acto homenaje a Gabriela Mistral, los versos de «Todas íbamos a ser reinas». En fin, el conjunto de intimidades de cajón de velador, nos hace adentrarnos en una historia de amor que el mismo lector y descubridor de tesoros, tendrá que ir armando...

A la manera de Manuel Puig en «Boquitas Pintadas», Víctor Rojas Farías juega con estos pequeños secretos y los usa como materiales narrativos y poéticos para crearnos escozores en el alma.

Junto a él, otro texto interesante. Es el de Marcelo Novoa, un joven narrador y poeta de Valparaíso que publica un conjunto de textos titulado «L. P.». El formato tiene el tamaño de un disco de 45 R. P. M. con su orificio circular en el centro y las definiciones de las dos partes del libro, tituladas «Lado A» y «Lado B». La ruptura de la sintaxis y de las formas convencionales de la escritura es lo que caracteriza esta serie de prosas que esconden poesía en su violencia verbal.

Bajo la agresividad del poeta se esconde también bondad, ternura y hasta dolor. Novoa es un narrador típicamente porteño. En medio del caos de su imagería, se avistan escaleras, casas de lata oxidada y hasta un «perro echado sobre los cardenales».

El «Lado A» trae tres «movimientos» y uno de ellos incluye un texto titulado «La Hora del Té». El poeta habla de «parejas tirando pedradas a la luna». Dice que están «tomados del talle», que «bailaron entre aplausos», para concluir diciendo «para qué desempolvo estos viejos discos tocando para nadie»...

Golpes, ruidos, onomatopeyas, versos sueltos, conforman este conjunto de prosa hermética que se abre al corazón para el que sabe ver.

Una fotografía del autor sentado en unas escaleras de una antigua casa porteña aparece pegada al final del libro, dando la característica artesanal y personal de estas cuidadas ediciones del sello Trombo Azul. [305]

«BAR PARADISE», POESÍA EXPERIMENTAL DE VALPARAÍSO

En las ediciones Tinta Negra de Viña del Mar, aparece en diciembre de 1986, al finalizar los festejos de los 450 años de Valparaíso, «la primera entrega» del libro «Bar Paradise» del escritor y poeta porteño Eduardo Correa. El librito, cosido, bien impreso y sin numeración de páginas, constituye una interesante muestra de la poesía experimental que se está escribiendo en nuestro país.

Eduardo Correa es un poeta perteneciente a una joven generación de escritores que, además de inspiración, posee preparación. La formación universitaria y académica de Correa, sus estudios de lingüística, literatura y semiótica, están latentes en este tomito de versos modernos. No hay arbitrariedad en sus juegos verbales ni tampoco azar, sino formas a veces desconcertantes que obedecen a intenciones programadas.

El «hablante lírico» se aboca a la tarea de recrear Valparaíso, considerado como un espacio poético. Pero no hay aquí evocación nostálgica a la manera tradicional de gaviotas y callejuelas empinadas, sino expresión auténtica de la experiencia personal que se tiene en el lugar donde se vive. No es el puerto pintado a la acuarela o el de la tarjeta postal coloreada, sino el de escaleras derruidas, el de pasadizos insondables y el de calles en vías de descomposición. En los versos delirantes se alza una ciudad fantasmagórica, putrefacta,

convertida en el símbolo de la destrucción. No por casualidad «en el cielo convergen aerolitos azules y bombas de neutrones destruyendo ese recinto que nunca más será el mismo».

El nombre de «Valparaíso» se funde con el de «Bar Paradise». Y en el juego de palabras hay también una intención semántica. ¿Por qué «Bar Paradise»? Porque Bar es punto de encuentro, sitio de convergencia, lugar de salvación y perdición, espacio sórdido para encontrar, encontrarse... y perderse.

«Paradise»... «Valparadise»... Evoca también el Paraíso Perdido, lo que un día tuvimos y hoy se ha vuelto locura y soledad.

Valparaíso, «Barparadise»... «Bar Paraíso»... es un «recinto que no conduce a parte alguna» o «una hirviente procesión de genuflexos lascivos» o la «locación imprecisa de la nostalgia».

Las visiones son alucinantes: «Aida» de Verdi, una noche del cincuentaitres», en el Teatro de la Victoria, «banderas en los [306] balcones, descolgándose al viento», mujeres que bailan en los dinteles de los bares y los eternos personajes mitos de Valparaíso, conversando en diálogo inaudito; el pirata Francis Drake, el fusilado Emil Dubois y la estatua del Duque de Caixas, bajo las palmeras de la avenida Brasil, donde «el hablante lanza una moneda / y pide que el azar / le favorezca resueltamente».

Valparaíso ha sido llamada «la ciudad del viento», «puerto de nostalgia» y también «la ciudad de las estatuas viajeras». Estas cambian constantemente de ubicación, produciéndose insólitos encuentros, como el que sostienen en cierta avenida, William Wheelwright con Isabel de Castilla. Eduardo Correa hace hablar a las estatuas en un diálogo delirante y surrealista que tiene el resplandor atómico de un Apocalipsis de fines del siglo XX. A ritmo frenético convergen en esta poesía de colores acrílicos, el Viaducto del Malleco con la Victoire de Samotrace que puede estar declamando un verso de Elliot con la música de fondo de un estridente würlitzer.

«Bar Paradise» es un lugar peligrosamente inseguro. Bajo la máscara, hay destrucción y pesadilla. El tiempo se anula y sólo quedan visiones despojadas de un terrible fin de mundo. La escritura también asume forma de torbellino: es irónicamente declamativa, como una arenga risible, críptica a veces, extrañamente hermética, desconectada en apariencia, diabólicamente experimental. El «ex libris» del poeta -una vitrola impresa manualmente con un tampón de tinta- resume visualmente su Idea de desvelar las zonas desgarradoramente ocultas a partir de la nostalgia.

Eduardo Correa ha obtenido anteriormente un segundo Premio en el Concurso de Cuentos de la Revista Paula con el relato «La Mariela, la Enciclopedia y el Caleidoscopio». La Revista «Obsidiana» le publicó el trabajo «Ensayo para un mismo texto de una voluntad resquebrajada» y en la reciente antología titulada «Contando el Cuento» que agrupa a jóvenes escritores, figuran sus relatos «Osito de Felpa» y «Orillera de los Rincones Perdidos». Con «Bar Paradise», el narrador se perfila ahora como un poeta audaz en la forma y dolorosamente lúcido y profético en el contenido. [307]

Apuntes:

ESCRIBIR SOBRE VALPARAÍSO

Es muy emocionante para mí estar ante ustedes: autoridades, artistas, familiares y amigos de Valparaíso, para agradecer el Premio Municipal de Literatura 1997 que me ha sido concedido. Pienso que es un enorme estímulo a una carrera literaria que he desarrollado a lo largo de muchos años, escribiendo cuentos, novelas y artículos en tomo al puerto. Y me alegra enormemente que este premio venga de mi ciudad natal. Dicen que nadie es profeta en su tierra, pero en este caso, me contenta demostrar que es posible ser reconocido en la ciudad donde he hecho pacientemente una carrera en el mundo de las letras.

Soy un escritor por vocación y al escribir crónicas o relatos siempre tengo en mente las escenas del puerto en el pasado. En Valparaíso he aprendido el oficio de escribir y de estas calles me he nutrido para escribir mis libros muchas veces teñidos de una nostalgia por el Valparaíso perdido, tal vez el Valparaíso que todos llevamos dentro. Porque cada uno de nosotros atesora secretamente un Valparaíso propio que a veces no coincide con el real. Cada artista lo ve con sus propios ojos imaginándolo o recreándolo. El mío es el del cerro Alegre, con sus casas victorianas y sus enredaderas de flor de la pluma, con sus pasajes y jardines recién regados, con sus pequeñas iglesias extranjeras, con sus ventanas de guillotina y sus mamparas, tal como lo vio Rubén Darío cuando llegó a Valparaíso en el siglo pasado.

¡Cerro de la Concepción con sus casas de fachadas de zinc, con la fragancia a galletas de anís y el sonido de las campanadas del reloj Turril ¡Qué hermoso es evocar Valparaíso desde la distancia! ¡Qué bello es pasearse por las calles del puerto con la imaginación, sintiendo el viento norte en la cara, el pitazo del automotor, el cuerno del heladero, el oleaje del mar una tarde de lluvia o el silbido del viento sur a muchos kilómetros de distancia!

Me alegra incluso ser el «porteño invisible» como me ha denominado Sara Vial, porque desde la lejanía me ha sido siempre mucho más fácil ver la ciudad, inventarla otra vez a mi manera.

Allá lejos, en un castillo de Alemania, en una casa de Madrid o en un departamento de Santiago, rodeado de objetos de otro tiempo, yo he rememorado Valparaíso y con mano presurosa [308] lo he ido atrapando en papeles blancos, con palabras escritas con lapicera de tinta, borroneándolas a toda prisa para que no se pierdan las imágenes ni las palabras que un día me dijeron.

El oficio de escribir lo aprendí desde muy niño, a los ocho años, cuando mi madrina me regaló un diario de vida. Aquel pequeño libro rojo, de tapas tornasoladas, que tenía un candado y con páginas inmaculadas, me pareció un regalo portentoso. Era un profundo

llamado a escribir. Así, cada tarde, debajo del parrón, escribía una escena distinta: la visita de un amigo, la función de títeres o el funeral de un jilguero... Pero un día, cuando no tuve qué contarle al diario porque nada había ocurrido, mi madrina me dijo una palabra mágica.

Las palabras mágicas existen en los libros de cuentos, pero también en la realidad. Ella me dijo: «Si nada importante te ha ocurrido, no importa, ¡inventa! Tú puedes escribir lo que nunca te ha pasado, pero que te gustaría que pasara. Puedes relatar historias que jamás han sucedido, pero que te gustaría que sucedieran... Todo lo que tú imagines con fuerza, se va a convertir en realidad a medida que lo escribas en este libro precioso».

Aquellas palabras me sonaron prodigiosas. Con mi lapicera Parker que tenía la pluma de oro, comencé a escribir, sintiendo que podía transformar la realidad. Una tarde, mi madrina me dijo: «También puedes contar un sueño. ¿No has soñado nunca que vuelas?» Esa noche escribí: «Ayer salí volando por la ventana y fui a buscar estrellas azules a la playa de los lobos marinos». Había nacido mi primer cuento.

Aquel diario de vida fue mi iniciación. Tiempo para descubrir la magia de los sueños y la fantasía de la niñez. Después vinieron las cartas. Mi familia viajaba a España a bordo de grandes trasatlánticos. Subíamos al Reina del Mar o al Reina del Pacífico a dejar a los familiares que se despedían en cubierta en medio de un agitarse de pañuelos y lastimeras sirenas. Luego llegaban las primeras tarjetas desde Guayaquil o Panamá. Antes de que llegaran a Barcelona, yo les había escrito mis primeras cartas en las que describía las pequeñas historias del jardín: había llegado un gato color miel, nadie sabía de dónde; habían florecido las amapolas canadienses o un volantín había quedado prendido en las ramas del níspero. Todo me parecía digno de ser contado. Así, la escritura pasó a ser algo natural, familiar. Y también los libros que leía en una atalaya arriba del damasco.

En uno de aquellos grandes trasatlánticos venía como tripulante [309] mi tío Lázaro, con su acento español. Me parece que lo veo entrar a la casa con su uniforme azul, su perfume extranjero y su pequeño cargamento de libros de cuentos que me traía desde España. Eran libros de la editorial Calleja que estimulaban mi imaginación. ¡Los cuentos de Andersen! «La Ondina del Estanque», «Aventuras de una muñeca española en Rusia». También les regalaba libros de hadas a mis primas españolas de la avenida Francia. ¡Qué alegría cuando iba a esa casa de techos altos a leer los cuentos de los hermanos Grimm! Una vez descubrí «El Miserere» de Gustavo Adolfo Bécquer. Lo leía por trozos, cada vez que iba a esa casa.

Mi padre tenía un negocio en El Almendral. Se llamaba «Peña Hermanos» y estuvo allí por más de medio siglo con sus frascos de caramelos Ambrosoli, su fragancia a bacalao y sus cajones para la cascarilla de cacao, la nuez moscada y las pasas Corinto.

Cada cierto tiempo mi padre arreglaba la vitrina y ponía un chanchito sentado, con las piernas cruzadas, que él mismo modelaba en manteca. En octubre, para el Mes de la Hispanidad, arreglaba una de las vitrinas con un mantón de Manila y muñecas andaluzas que bailaban entre platillos de garbanzos y pimentón Faro. Un día que fui a ayudarlo en el mostrador, me dijo: «Ese hombre que viene entrando es Pablo Neruda». Lo miré con

respeto. Con admiración. Decían que vivía en Valparaíso. Que escribía poemas. A menudo iba a comprar aceitunas de Azapa o queso mantecoso. Mi padre lo atendía e intercambiaba palabras con él. Era un tiempo en que ir a comprar se transformaba en un acto social. Cada cliente contaba una historia. En la pequeña oficina que tenía mi padre adornada con un barómetro y fragante a azafrán, yo escribía esos relatos en un cuaderno que titulé «Lo que cuentan los clientes». Cada uno tenía algo que contar. Se desahogaban mientras hacían sus pedidos. A veces me cansaba y me iba a la bodega a sentarme en un saco a escuchar a Polito Bascuñán que arriba, en la casa de altos, en medio de los canarios, tocaba al piano la Polonesa de Chopin.

Muchos años más tarde, cuando regresé de un largo viaje fui al negocio y constaté con sorpresa que aquella casa de altos había desaparecido con el último terremoto. Subí las escaleras y de aquel salón elegante, rodeado de espejos y aspidistras que yo recordaba, sólo permanecía en medio de los escombros, aquel piano de cola que nadie nunca quiso llevarse. [310]

De estas y otras melancolías están hechos mis libros. De recuerdos, de fantasmas, de fragmentos de conversaciones, de historias de gente que se fue. Tal vez me formó ese tiempo lluvioso de vitrolas y pasodobles, de cuando me quedaba mirando hacia una casa de afinación de instrumentos. Muchas veces, en esas mañanas brumosas de Valparaíso, yo escuchaba el lento afinar de los pianos. ¡Era la música del puerto!

Había también grandes sombrererías con letreros enigmáticos que a mí me gustaba leer. ¡Los lemas de las tiendas de la calle Independencia! El padrino de mi hermano era el dueño de la Mueblería La Mundial que se hacía anunciar por la radio Cooperativa Vitalicia en el programa «La Audición del Buen Provecho»: «Se casaron y con muebles Mundial su casa amoblaron». Y la Casa Peña de la calle Condell aún tiene su inconfundible letrero: «Existe para servir. Y servir es vivir». Había algo candoroso o Ingenuo en esas palabras porteñas que me formaron. Porque de niño aprendí a jugar con ellas. A leerlas. A saborearlas. A verlas escritas y a repetir las en voz alta como si fueran un conjuro.

Me gustaba leer los rótulos de las tiendas con esos nombres tan sonoros: «El Negro y el Globo», «Colchonería La Sultana», «La Joven Italia», «Las dos Campanas», «Salón de Té Hesperia». Mi tía Antonia me hablaba del «Ramis Claire». También íbamos al «Café Riquet» o al «Vienés», Inconfundible, donde se daban cita los artistas de teatro a tomar el té escuchando una orquesta de violines mágicos.

Luego vino el «Bogarín». «Bogarín». He aquí una palabra mágica típicamente porteña que me gustaba pronunciar. ¡Qué resonancias no tiene entre tantos porteños dispersos por el mundo! ¡Cómo añoran volver allí a beber un jugo de almendras! ¡Bogarín! ¿Saben ustedes lo que significa? «Cabaña de mimbre», en ruso. Le pusieron así unos hermanos argentinos que lo fundaron en los años treinta como un recuerdo de las confiterías de Buenos Aires.

¡Ah! ¡Ese estilo inconfundiblemente cosmopolita de Valparaíso! Los trolleys, los caramelos Sueño Dorado, los alemanes del paseo Atkinson, la visita del Hada Escarlata una tarde de viento a mi casa. Todo eso me formó.

Los tiempos universitarios fueron de aprendizaje literario. A los académicos de la Universidad Católica les debo el estudio del idioma. Nuestro profesor de gramática, don Félix Morales, [311] dijo un día: «Yo soy un obrero de la palabra». Y esa frase me quedó grabada. En ese mismo instante, me declaré a mí mismo, en secreto, otro obrero de la palabra, un artífice del idioma. Creía que era posible brindar un poco de magia o de poesía a través de ellas. Así nació mi primer cuento. Lo titulé «Berta o los dorados estambres de la locura» pero María Luisa Bombal, en una brillante lección de estilo, lo ajustó y quedó simplemente como «Dorada Locura».

Fue un tiempo de conversaciones con la autora de «La Última Niebla», tiempo de caminatas por la avenida Perú cantando el vals «Fascinación» que a ella tanto le gustaba, mientras me hablaba de Federico García Lorca y de Jorge Luis Borges con quien se retrató en la Escalinata de la Muerte junto al ascensor del cerro Cordillera, pero sin subir ni uno solo de los peldaños porque era muy supersticiosa. Una tarde me dijo: «Estoy atacada por la gran tentación de Satanás: la melancolía». Aquellas palabras me impresionaron profundamente.

A María Luisa Bombal y a esas tertulias literarias en casa de Sara Vial debo también el amor a los libros. Allí conocí a María Urzúa que había sido secretaria de Gabriela Mistral en Petrópolis. Y de esa época es también Roberto Silva que confió en mí y que en esos tiempos difíciles publicó en su imprenta del diario El Observador de Quillota mi primer libro «Dorada Locura» en una tirada de 500 ejemplares prologado por María Luisa Bombal y Ana Julia Ramírez, en una edición completamente artesanal con viejos tipos de imprenta.

Un amigo mío me dijo hace unos días «Ese no es un libro. Es una curiosidad». Y así es. Mi primer libro publicado hace veinte años reúne cuentos ambientados en Valparaíso a los que seguirían otros protagonizados por seres fantasmales en perpetua ensoñación, encerrados en sus propias obsesiones.

«El Niño del Pasaje» vino después. Y de la mano de Leonardo Wilson, quise mostrar las veladas musicales del cerro Alegre, la vida de la colonia británica en el Paseo Dimallow y el interior de esas casas repletas de aparadores venidos de Europa.

Tal vez sea una obsesión, pero siempre vuelvo a estas casas del ascensor Reina Victoria cada vez que escribo. Por eso, cuando imaginé «María Carlota y Millaqueo» recreé también historias del tiempo pasado. Y en archivos y libros antiguos busqué materiales para la reconstrucción de un tiempo hermoso en la vieja ciudad. [312]

«Lily, la Niña Duende del Callejón de las Hormigas» es la recreación de una leyenda rescatada al interior de Valparaíso. Porque también nuestros paisajes rurales tienen algo que contar. Valparaíso es una mina inagotable de temas y sólo es necesario apegar el oído al corazón de la ciudad para conocer en detalle una historia que pide a gritos ser contada.

Luego vino «El collar de perlas negras» que cuenta la historia de una joya desde la época colonial hasta nuestros días. Esta novela junto a las anteriores completa un conjunto de libros y artículos con los que he querido contribuir a un mejor conocimiento del alma de la ciudad.

Ahora tengo en mente publicar un volumen de crónicas titulado: «Ayer soñé con Valparaíso». Es mi próximo proyecto. La vida de un escritor es una permanente búsqueda y un constante ir por caminos nuevos. Por eso, un premio de esta naturaleza, otorgado por la Municipalidad, es un apoyo muy valioso y sólo me cabe dar las gracias a una ciudad que me ha brindado formación y permanente inspiración.

Agradezco muy sinceramente a la Fundación Renzo Pechenino, Lukas, al nominarme para este premio. Me halagó porque también yo me siento muy identificado con el espíritu curioso y observador del gran genio de Lukas. Él fue un enamorado de Valparaíso y supo captar muy bien los rasgos más entrañables de nuestra personalidad. Supo reflejarnos en esos dibujos llenos de tierna poesía. Me siento honrado de haber sido postulado por esta Institución, más aún cuando existe en el paseo Gervasoni, donde coincidentemente en mis imaginaciones y divagares ambienté muchas de las escenas de mis libros.

Por eso, en este momento de agradecimiento a la ciudad y a sus habitantes, a la Municipalidad de Valparaíso, al jurado, a la Fundación Lukas y a mis padres, yo, un artesano de la palabra, quiero dejar expresadas muy sinceramente las gracias por este hermoso regalo de Navidad. Gracias por las palabras mágicas que muchos me han brindado siempre: palabras de estímulo, palabras de aliento, palabras de consuelo, palabras de cariño, palabras de amistad de tantas personas que me han apoyado siempre en la noble tarea de escribir.

Discurso de agradecimiento al recibir el Premio Municipal de Literatura 1997 en Valparaíso. Salón de Honor, Municipalidad de Valparaíso. 23 diciembre 1997. [313]

- VIII -

Costumbres y tradiciones

[315]

AÑO NUEVO EN EL MAR

La última noche del año, la expectación crecía en los cerros de Valparaíso. Desde la capital y desde los pueblos vecinos habían llegado los curiosos a presenciar el espectáculo pirotécnico que tiene lugar tradicionalmente en la bahía a partir de la medianoche. Sea por un sentimiento pirómano o por el simple deseo de apiñarse en los miradores victorianos a presenciar fuegos artificiales gratis, las familias cumplieron el rito en las quebradas de ponerse en hilera mirando hacia el mar.

Una hora antes del minuto previsto, el paseo del cerro Barón con globos en estilo Belle Époque, estaba animado por una muchedumbre ansiosa. Los niños se perseguían reventando petardos y encendiendo luces de bengala que estallaban en el aire en chorreaduras de luces o explotaban inesperadamente antes de salir disparadas.

Las niñas, verdaderas hadas madrinas, movían ante sus ojos, como varitas mágicas, las destellantes «estrellitas». Por esa misma avenida repleta de gente, el Ministro don Diego Portales, mucho antes de que hubiesen plantado pimenteros y pitósporos, fue conducido en un sencillo carruaje y descendido de él violentamente, fusilado con la vista vendada. No vio por consiguiente, ni supuso el sabio ministro que en el escenario natural de su muerte, se representaría muchos años más tarde, un espectáculo completamente distinto.

Abajo, en el lugar de la maestranza, mucho después de la salida de los obreros, los automóviles avanzaban rápidamente por la avenida España, como temiendo llegar a destino, minutos después de la medianoche. Son muchos los que efectivamente llegan, no a la hora, que sería ya un atraso, sino antes de la hora, que es un tiempo ideal para ubicar una buena posición respecto del espectáculo y de la persona a quien se desea dar el primer abrazo.

Minutos antes de las doce, los barcos empiezan a hacer sonar lastimeras bocinas. «Están llorando los barcos» dicen las ancianas del cerro Lecheros y las de Ramaditas, asomadas a los balcones. Las damas elegantes -que son pocas- y que aún quedan en el cerro Alegre, se acodan en las viejas ventanas de guillotina, con visillos que aletean. La noche está fresca y agradable. Pocas noches de verano poseen este encanto, con la luna llena reflejada en el mar, trazando una huella plateada que ningún [316] barco sigue. Todos permanecen estáticos en la bahía, suavemente mecidos por un anhelo que casi, casi, está suspendido en el aire.

A las doce en punto de la noche, las campanas de la iglesia de La Matriz, de San Francisco, de los Doce Apóstoles, de la Catedral, de la torre de los Padres Franceses y de las capillas y conventos, repican despidiendo al año que se va y dando la bienvenida al que llega con los mismos miedos y las mismas esperanzas.

En la bahía se encienden las guirnaldas de los barcos y de los buques señeros salen lanzados al cielo los que en otra época se hubiesen llamado fuegos de artificio. Las ráfagas de luces se suceden una tras otra. Y las cascadas multicolores descienden lentamente como si quisieran ser sutiles, demorasas hasta la exasperación para producir el asombro sublime.

Casi no hay tiempo de abrazar y admirar simultáneamente. El molo de abrigo se ha convertido por efecto de las bengalas, en campo de amistad donde se abrazan hasta los desconocidos. Y los conocidos también se abrazan, claro, con lágrimas en los ojos, porque recuerdan a aquel que no está ahora, pero que estuvo el año pasado... Y hay casos en que ocurre al revés. Y entonces casi es doblemente emotivo.

Las radios a todo volumen transmiten lo que se ve a simple vista y reproducen a través de telas negras, el sonido de los petardos que escuchamos del natural. Efecto parecido ocurre en muchas casas donde -con las ventanas abiertas hacia el mar se sigue el espectáculo mirando hacia el televisor. Y entonces, la verdad simulada tiene más embrujo que la realidad. Como en el logotipo de Klenzo, no sabemos donde empieza lo real y donde termina la ilusión.

Lo que sí sabemos es cuándo termina la ilusión que -como en la realidad- dura muy poco. Dicen que el amor eterno dura tres meses. Así también las luces titilantes y enceguecedoras duran tres cuartos de hora, casi lo que duran los fuegos fatuos. Lo que comprueba que las cosas más hermosas de la vida tardan lo que dura un suspiro o tal vez un poco más... Y aquello en lo que se ha gastado una fortuna, ha tenido una breve duración pero ha unido a hombres remotos -por apenas treinta minutos- bajo una misma y pura emoción. [317]

DESDE LA AVENIDA ALEMANIA

El otoño en Valparaíso asume características muy especiales. Por las mañanas, la neblina se descuelga de los cerros con una apariencia casi líquida. Espesamente va bajando y difuminando el contorno de las viejas casas recubiertas de calaminas de zinc oxidadas por las lluvias.

Si un viajero, un paseante despreocupado o un simple curioso se asoma a la baranda de la avenida Alemania, podrá sentir a mediodía una intensa bocanada a café tostado. Si intenta abrirse paso con la vista, verá a lo lejos, la torre verde de Hucke -o su fantasma-recortada sobre un fondo de mar. Allá están los barcos y los remolcadores estáticos como figuras de una tarjeta postal. Si el tiempo es agradable, con un frío casi azul, verá allá abajo el patio del colegio de los Padres Franceses junto a los arbotantes de la iglesia.

Desde allí, contemplará un espectáculo único: los estudiantes están ensayando para el tradicional desfile ante el monumento de los héroes de Iquique. Ahora se han formado en batallones. El brigadier mayor da la orden y de inmediato, la banda escolar comienza a tocar la marcha Sargento Aldea. Entonces, por un fenómeno acústico que sólo se da en los cerros del puerto, el sonido de los tambores llega a aquella baranda pintada de blanco, un milésimo de segundo después -a veces, dos milésimos- de que veamos llegar los palillos a las tensas pieles de los tambores.

Si pedimos permiso y entramos a un ensayo general, de esos nerviosos y eléctricos que preceden al día 21 de mayo, veremos a los escuadrones infantiles que desfilan en círculo por el patio del colegio. Ahora, si prestamos oído, advertiremos que hay un vocabulario específico. La banda instrumental tiene sus reglas. Los tambores se llaman «cajas» y las flautas, «pitos».

Días más tarde, las bandas infantiles ensayarán en las mismas calles del puerto y los niños ejercitarán sus habilidades musicales tocando estridentes cornetas de tres teclas en los patios de sus casas y hasta en sus dormitorios.

He aquí lo que ocurre un domingo de mayo por la mañana. En las viejas calles de Chacabuco y Yungay, vacías a esas horas, con enormes bodegas de fruta y galpones marítimos, ensaya la banda de un Liceo de Hombres. Viene tocando en [318] medio de la neblina «la Marcha 1 en Caja» con rostros muy serios. Al llegar a la calle Freire, se

encuentran con algún madrugador desorientado que los ve pasar en una actitud completamente indiferente, o con aquellos padres ansiosos que corren con sus hijos de la mano a la matinal del teatro Metro que exhibe a esas horas «El Mago de Oz».

Hace más de cuarenta años que el Metro de Valparaíso -reliquia arquitectónica del puerto- viene repitiendo un ciclo de películas de cuentos o de dibujos animados que han visto muchas generaciones de porteños. Esta vez, los niños no tienen interés en ver a Judy Garland y prefieren detenerse a oír la «Marcha Banderkraf» que Interpretan otros niños en la calle. Pero los padres están impacientes por ver a Dorothy y al león cobarde y arguyen que pronto empezará «el noticiero de la Metro». Esos mismos niños que ingresan al inmenso foyer embaldosado, integrarán más tarde, siguiendo una fidelísima tradición porteña, las bandas juveniles del colegio San Rafael, Salesiano o Scuola Italiana.

Por fin ha llegado el día. Los estudiantes van con «uniforme de parada». Los pantalones inmaculadamente blancos llevan un pial elástico abotonado que pasa por debajo del zapato. Esto impide que el pantalón se suba enseñando los tobillos -o la pantorrilla- cuando pasando por delante de la estatua de Arturo Prat alcen la pierna a la altura de la nariz al compás perfecto del «Redoble al Cuarto con Treinta Años».

Pasado el monumento de las Glorias Navales -que paradójicamente da la espalda al mar- los estudiantes con sus uniformes impecables pasan por delante del Hotel Reina Victoria, un tanto deteriorado y sin el prestigio de su época. Aquí ya pueden hacer el paso normal con el que se internan marcialmente desfilando por los viejos palacios del puerto al compás de la marcha «Penacho Rejo».

Ya es la hora de regresar al colegio. Las damas de la Defensa Civil que han bajado del cerro Alegre, reparten golosinas y vasos de leche a los niños desfallecientes que no resistieron el desfile argumentando que estaban en ayunas.

Algunas madres, detrás de las sogas protectoras, reconocen a sus hijos y van a rescatarlos para llevarlos en trolleys a sus casas. Otras, más orgullosas de una centenaria tradición, los acompañan por las calles céntricas, marchando también a compás por la vereda, hasta el patio del colegio, donde será posible [319] romper filas después de un retórico discurso que casi siempre termina con un «¡Viva Chile!»

En la época del post modernismo, estos desfiles infantiles callejeros, que sólo se dan en provincias, tienen cierta gracia y candor. Parecen vestigios de una época caracterizada por el romanticismo y el ideal. El joven punk que está en la vereda contemplando, no puede creer lo que sus ojos contemplan esa mañana de niebla. Y acaso esa escena le parecerá sacada de un sueño o de algo imaginado. Tomará aquel desfile como una experiencia retro, en tanto que para algunos padres, constituirá un llamado a los recuerdos.

El próximo año -y el que vendrá- otros niños porteños integrarán las bandas del Liceo Eduardo de la Barra o del Colegio Juana Ross de Edwards, cuyas niñas uniformadas de azul desfilarán también, unidas a los hombres, portando estandartes de seda un tanto perforados por las mariposas nocturnas. [320]

CIRCOS DE SEPTIEMBRE

En la Caleta Portales se ha presentado el Circo de los Hermanos Segura. Bajo la carpa de franjas rojas y azules, con grandes estrellas plateadas, desfilaron por la pista caballos empenachados, leopardos de África, Insignificantes ponnies y hasta palomas amaestradas austríacas que volaron de trapecio en trapecio hasta posarse mansamente al índice de la domadora, Madame Asunción, vestida de lamé dorado.

Tienen encanto estos circos de la bahía, especialmente éste, cuyos números tienen como música de fondo las olas del mar. Pocas veces un circo se levanta literalmente «sobre la arena». Y a la magia del aserrín, las manzanas confitadas, el algodón de dulce y las «palomitas de maíz», se suman el aire salino y esta arenilla que se cuelga por la carpa y nos hace evocar las arenas de los circos romanos.

Fue en la época de los emperadores cuando los circos cobraron auge y popularidad. Julio César disfrutaba de ellos y podía pasar días enteros en su palco, sentado en su trono de marfil, contemplando a gladiadores que luchaban a muerte y a musculosos guerreros que caían heridos sobre la arena, pero que eran repentinamente salvados cuando el pulgar imperial se levantaba hacia el cielo.

Con los vítores de la plebe, se ponían en acción unas tuberías disimuladas que arrojaban sobre las galerías, refrescante agua pulverizada, en forma de lluvia finísima, con perfume de azafrán y verbena.

En los descansos, el emperador discurría entre cojines tapizados con sedas turcas, mientras que de pebeteros, emanaban los dulcísimos perfumes de sándalo de la antigua Arabia.

Mientras tanto, ocurrían cambios en el escenario, porque la pista era transformada a la vista del público. La arena podía ser bajada e inundada, formando un lago, o bien podía emerger de nuevo con otra decoración. Enrique Sienkiewicz nos da abundantes precisiones respecto de los terribles circos romanos de la época del emperador Nerón en su novela «Quo Vadis». Sin embargo, estos circos -estas «arenas»- que alcanzaron esplendor en el Imperio Romano, entraron en franca decadencia cuando el Imperio declinó. Y aún aquellos circos menores que se alzaron en las «arenas de Verona» o en Sagunto, cerca de Valencia, vieron su agonía y desaparición. [321]

Hoy solamente restan sus vestigios como testimonios de una época cruel y espectacular.

La Edad Media marca el renacer del arte circense y las calles se llenan de juglares, trovadores, titiriteros y «cómicos de la legua» que van de aldea en aldea, con un espíritu trashumante, como románticos vagabundos, llevando la magia de lo irreal.

Los bufones son los primeros payasos y los saltimbanquis precedieron a los malabaristas que hoy conocemos bajo las multicolores carpas de lona. Las novelas picarescas están llenas de personas circenses. Son gente «de mal vivir» que van de pueblo en pueblo armando el «tinglado de la antigua farsa», muchas veces prediciendo falsamente el porvenir, con un cortejo de contrahechos, enanos, meninas, gitanos, osos blancos que danzan al compás de una pandereta y hasta avezados ladronzuelos que están prestos a quitarles las bolsas a los espectadores más embobados.

Sin embargo, sólo en el siglo XVIII podemos encontrar circos más similares a los de nuestros días. Se reconoce como padre del circo actual al inglés Philips Astley, sargento del ejército que abandona la milicia para impartir lecciones de equitación. Las clases las efectúa por las mañanas y por las tardes, como propaganda, realiza exhibiciones gratuitas. Entonces, se le ocurre una idea genial. ¿Por qué no cobrar entrada? Si la gente quiere divertirse por ver piruetas... ¡que pague!

Entonces, a los números ecuestres se suman otras proezas tales como levantadores de torres humanas y equilibristas sobre la «cuerda floja». No obstante, la pista cuadrada es insuficiente y poco práctica para los números de los caballos. Astley considera que lo más conveniente es la pista circular. De esta manera, se adapta mejor a los giros y resulta mucho más decorativa. He aquí el principio del circo moderno.

El ingenioso inglés fundó en poco tiempo cerca de veinte circos en Europa. Claro que aquellos no tenían esa característica errabunda de los circos. Lejos de ser nómadas, los circos del siglo XVIII permanecían en sólidas construcciones sobre las capitales europeas. Y cuando el circo pasó en el siglo XIX a Estados Unidos, la búsqueda del abaratamiento y el sentido comercial de los norteamericanos dio como resultado la carpa actual.

Se precisaba además, la agilidad en las instalaciones. Y existía la posibilidad de llevar el espectáculo de un sitio al otro. [322]

De esta manera surgió la carpa estilo «paraguas» con un mástil central, aunque las más modernas son neumáticas.

En la actualidad, son grandes familias las que llevan la dirección de los circos. En España, el circo más famoso es el de Ángel Cristo. En Estados Unidos, el «Ringling Bros», un circo de tres pistas, que es considerado como el circo más grande del mundo. Y pese a los avances de la televisión y al magnetismo de las pantallas computarizadas, los niños -y los grandes- siguen prefiriendo las terribles fieras, los más diestros acróbatas, los más hábiles malabaristas, los bailarines más avezados y los payasos más alegres del mundo.

En Chile, el más famoso ha sido «Las Águilas Humanas» con trapeceistas, clowns, elefantes, fakires, mujeres barbudas y funambulistas. En los años cincuenta, era imponente el desfile del circo por la avenida Argentina de Valparaíso, con todo un séquito de jaulas con animales, domadores y un elefante africano en cuyos colmillos iban sentados dos mellizos vestidos de raso.

Con los primeros dedalitos de oro, en primavera, los circos levantan sus carpas en los cerros de Valparaíso y las pequeñas bandas empiezan a tocar «Ondas del Danubio». Es el momento en que los niños corren a ayudar. Más tarde será el debut y al día siguiente, «función con gancho». Esas imágenes no se borrarán más y con el correr del tiempo, pese a los avances tecnológicos, el circo seguirá siendo «el espectáculo más grande del mundo».

[323]

VÍA CRUCIS VIVIENTES

El ser humano tiene en forma innata el don de la representación. Desde la infancia, aprendemos a jugar y a actuar. La niña que juega a las visitas o que sienta en su silla a una muñeca, está representando a una señora tomando el té o a una mamá arrullando a su hijo, del mismo modo que el niño que juega a los soldados, está también actuando sin saberlo.

Al llegar a la vida adulta, seguimos actuando y representando papeles. El teatro está inserto en la vida y querámoslo o no, cada uno de nuestros actos tiene acaso una intención. Igual que en el teatro. También la vida es una gran comedia -o una gran tragedia- y en ella, cada uno de nosotros juega un papel que debemos representar hasta sus últimas consecuencias.

El teatro está presente con tanta fuerza en nuestras vidas, que cada vez que tenemos ocasión de actuar, salimos adelante conservando en nuestros corazones la pureza del niño que juega a las prendas y recibe una penitencia. Hoy más que nunca, predomina el gusto por el teatro. Y los talleres de actuación son siempre muy solicitados porque el hombre de hoy quiere estar bien preparado para el papel que le toca «jugar» en la sociedad.

A veces, las actuaciones son manifestaciones colectivas. Los pueblos también tienen necesidad de representar y el mejor ejemplo lo constituye la escenificación religiosa que desde muy antiguo se expresó a través de los auto sacramentales montados en el atrio de las iglesias. En ellos, todo el pueblo participaba activamente produciéndose una verdadera catarsis colectiva.

En Europa, son tradicionales las representaciones de «belenes vivientes» que tienen lugar en los países católicos durante la Navidad. En España, son famosas las «cabalgatas de los Reyes Magos» que tienen lugar el 6 de enero en los pequeños pueblos de la meseta castellana. Actores o no, a los españoles les gusta pintarse la cara de negro -con la boca muy roja- y subirse arriba de un camello para recorrer la aldea.

Por otra parte, a las mujeres sevillanas de Alcalá del Río, les gusta en Semana Santa vestirse de Verónicas e ir detrás de la procesión de Nuestro Señor Atado a la Columna, con un pañuelo de hilo blanco, en el que está estampado en sangre el rostro doliente de Cristo.

El joven pastor cabalgando como centurión romano por las callejuelas de La Palma del Condado interpreta su papel con singular [324] recogimiento. Y el mismo fervor religioso

lo experimenta la humilde campesina de Cazalla de la Sierra que este año se vistió de Virgen María.

En Riogordo, otro pueblo andaluz de la provincia de Málaga, se representa este año la famosa Pasión de El Paso en la que intervienen más de cuatrocientos aldeanos vestidos como en los tiempos del Nazareno. Es ésa, una de las más importantes y antiguas representaciones vivientes de la Pasión cristiana en España.

Durante días, el pueblo entero vive unas febriles vísperas: ensayos agotadores en un decorado de cartón-piedra, entusiasmo colectivo mezclado a un misticismo católico, máquinas de coser Singer en las que se deslizan a toda prisa túnicas y capas de satín. Toda una parafernalia que impresiona a propios y extraños.

Al español le gusta mucho la teatralidad sacra. Vive la procesión de Semana Santa con vírgenes que lloran lágrimas de diamante y se emociona ante el calvario humanizado. Prácticamente en cada pueblo manchego se representa la Pasión. Y esta costumbre ancestral se ha propagado también en los pueblos de América. Hay una película muy interesante protagonizada por Raúl Julia y Armand Assante titulada «El Penitente» que se ambienta precisamente en una representación del Vía Crucis en un remoto pueblo de México.

En Baviera, la escenificación del Santo Calvario tiene ribetes más solemnes. El sur de Alemania se ha caracterizado por un sobrio catolicismo que se expresa en una serie de bellos monasterios capuchinos y benedictinos con iglesias de estilo rococó bávaro. Durante el tiempo que precede a la Semana Santa hay un recogimiento y un ánimo dedicado al sosiego y a la meditación.

Arriba, en la montaña, cerca del pequeño -y grandioso- palacio estival de Linderhof (en el que solía retirarse Ludwig II de Baviera a disfrutar del encanto del agua en sus grutas artificiales) existe el pequeño pueblo de Oberammergau que cita el dramaturgo suizo Friedrich Dürrematt en su obra «La Visita de la Anciana Dama». Este pueblo, durante la Edad Media, se vio amenazado por la peste. Los habitantes huyeron y se refugiaron en una cueva alpina. Amenazados por una muerte inminente, pidieron piedad a Dios y realizaron una manda colectiva. Si Dios les conservaba la vida, ellos prometían escenificar las escenas [325] del calvario cada Viernes Santo en el pueblo de sus antepasados.

Una vez liberados, cumplieron la promesa y desde entonces, Oberammergau vive para representar el famoso Vía Crucis que ahora se escenifica cada siete años. Durante este período, los habitantes se preparan con especial recogimiento. Porque no cualquiera puede actuar en el papel de Jesucristo. El actor que encarna a Nuestro Señor debe prepararse teatral y espiritualmente. Llegada la fecha, numerosos peregrinos y creyentes de todo el mundo, suben a la Alta Baviera en medio de los Alpes, a contemplar la escenificación del Calvario que se realiza en un recorrido santo por las calles adoquinadas del pueblo.

Cada cierto tiempo, es necesario detenerse. Y allí delante, está pintada la escena en la fachada de la casa o de la Rathaus. Cristo cargando la cruz, azotado, escarnizado, injuriado

o caído, está pintado con delicados colores ocres en medio de ventanas decoradas con flores alpinas de la primavera que recién comienza.

El Vía Crucis en Valparaíso

En nuestro país también hay tradición de Vía Crucis Vivientes. Tal es así que recientemente se han filmado escenas de una película dirigida por Patricio Kaulen titulada «Viva Crucis» cuyas escenas más destacadas subrayan la religiosidad teatral de un grupo de actores aficionados que representan el Calvario en las inmediaciones de la Iglesia Matriz de Valparaíso.

Es que nuestro puerto tiene tradición en el arte de representar el Vía Crucis en los diferentes barrios, cosa inusual en Santiago o en otras ciudades de Chile. En el cerro Placeres se realiza desde 1953 una escenificación hasta un sector denominado precisamente La Cruz. Y en ella toma parte todo el vecindario ya sea en la actuación misma, como en su preparación teatral.

A la representación acuden numerosos porteños que se apostan a lo largo de la avenida sombreada por los pitósporos. En esta época del año, desprenden unas pequeñas semillas rojas que dejan todo el ámbito aromado de una extraña fragancia agrídulce.

Como Semana Santa es fecha otoñal, el dramatismo del Vía Crucis es más intenso en esas tardes brumosas y frías del Viernes de la Crucifixión. [326]

En medio de la muchedumbre, se ve a Cristo con el rostro agobiado por el dolor. Detrás, sollozando, va la Virgen María. Es María Celedón que vive en la calle Malfatti y que todos los años es elegida para representar el papel de la madre de Jesucristo.

Su padre, don Luis Celedón, ha aparecido ahora abriendo el balcón de la casa de los Toledo. Está vestido con una túnica de raso blanco y ciñe una corona de laurel. Es Poncio Pilatos que se lava las manos en el lavatorio de plqué de la señora Nancy Toledo. Más arriba, frente a la botica que atiende el doctor Frank, Cristo sufre la Primera Caída, exactamente en el mismo lugar donde hace muchos años cayó asesinado el Ministro Diego Portales. Un obelisco blanco se levanta en ese sitio y su sombra apunta como índice aguzado hacia la Subida Matta por donde deberá continuar Cristo en su calvario.

Ahora se abre una puerta y por las escalinatas del jardín de los Labarca, bajan unas mujeres sollozando, con niños aferrados a sus largos vestidos. Son las Mujeres Lloronas que salen al paso de Nuestro Señor. Hoy, Eduardo Sánchez recuerda en Santo Domingo, República Dominicana, donde reside, que él era uno de los hijos de esas mujeres angustiadas y que él también lloraba realmente creyendo verídico el calvario. Ese recuerdo de infancia no se le borrará más.

Finalmente, la Plaza de la Conquista. En medio de las araucarias y las palmas chilenas, se ha instalado el calvario. Han desnudado a Cristo. Los martillazos son impresionantes en la calle Amalia Paz. El público está con el corazón oprimido. De pronto, las cruces se alzan al unísono con vívido realismo: Cristo, en el centro; a su izquierda, Barrabás, el mal ladrón; a su derecha, Dimas, el buen ladrón. Los tres jóvenes toman con posesión sus respectivos papeles.

El viento norte que viene del mar hace flamear túnicas, mientras abajo, al pie de las cruces, los centuriones romanos se juegan a los dados el manto sagrado.

El realismo ha dominado la escena. Truenos de verdad desgarran el cielo de Valparaíso y sobre ese Gólgota teatral empiezan a caer los primeros goterones del otoño.

El público se dispersa con sentimientos de angustia bajo los paraguas. Al día siguiente, durante el Sábado Santo, transmitirán en las radios música sacra, pero a medianoche, durante la Misa del Gallo, cuando suene el órgano y se descorran los velos violetas, será Domingo de Resurrección. Cristo habrá resucitado [327] y de los árboles de la misma plaza, los vecinos de los Placeres colgarán un Judas de trapo y le prenderán fuego, siguiendo una remota tradición porteña. Cuando caigan las monedas al suelo y el muñeco arda en una pira infame, se habrá acabado la Semana Santa y con ella, la teatralidad de la liturgia. En otras palabras, el rito.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.

